



ADRIEN

VIRGINIA V.B.

Copyright © 2018 VIRGINIA V.B.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, Diciembre 2018.

Título Original:

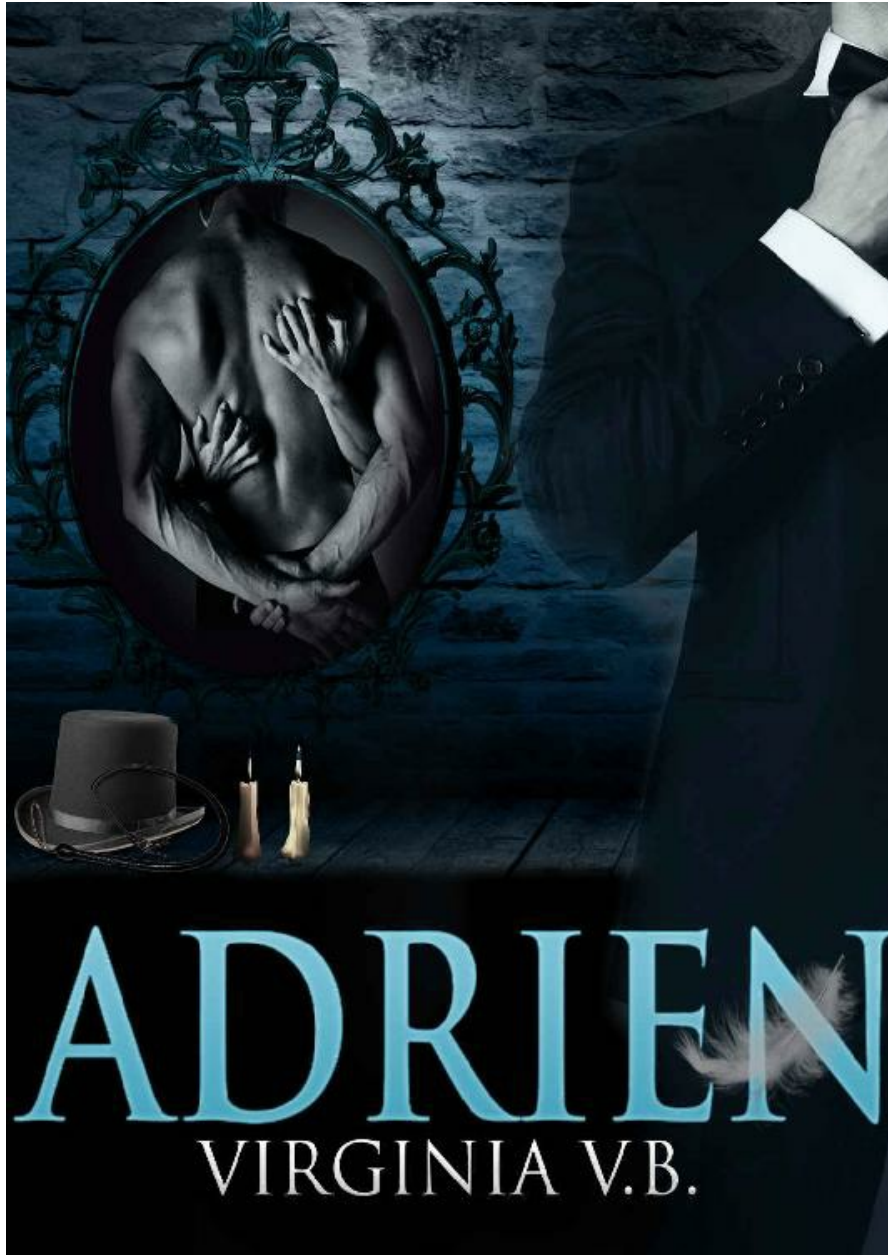
Adrien

Diseño y Portada: EDICIONES K.

Fotografía: Shutterstock.

Maquetación: EDICIONES K.





ADRIEN
VIRGINIA V.B.

ADRIEN

VIRGINIA V. B.



ÍNDICE



CITA
SINOPSIS
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPITULO 2
CAPITULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPITULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPITULO 21
CAPÍTULO 22
CAPITULO 23
CAPÍTULO 24

CAPITULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPITULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPITULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA

*Aprendemos a amar no cuando encontramos a la persona perfecta, sino
cuando llegamos a ver perfecta una persona imperfecta.
Sam Keen.*

ADRIEN

Oveja negra... Descarriada... Libertino... Irresponsable... Y un sinfín de calificativos más es con los que mi familia me deleita a la menor ocasión. No los culpo porque tienen razón. No entienden que el segundo de sus hijos haya decidido dar un cambio radical a su vida, pasándose por el forro la estricta educación que llevar el apellido James, implica. Ellos, con sus normas arcaicas y sus paripés, me han convertido en lo que soy.

Caitlin llegó a mi vida cuando yo contaba con dos años y, según cuentan nuestras familias, me pasé toda una tarde contemplándola. Fuimos creciendo, cumpliendo años, haciéndonos mayores... Se convirtió en una preciosa mujer delante de mis ojos. Me enamoré como un loco. Un amor que creía correspondido. Hasta que ella aceptó casarse con mi hermano.

Dicen que los hombres no tenemos sentimientos, no lloramos y somos inmunes al dolor cuando nos rechazan, nos engañan o se ríen de nosotros. Si eso fuera cierto, ¿por qué llevo penando tres malditos años por ella? No, no me avergüenza admitir que estar enamorado me hace sufrir como un perro. Sí, soy un hombre, pero eso no significa que mi corazón sea de piedra y que todo me dé igual.

Desde el anuncio de su compromiso, mi vida ha pasado por varias etapas: autodestrucción, aceptación, resignación y sumisión. Esta última, la más reciente, la pasé en el Libertine, el club que mi hermano regenta en Ibiza. Mi nombre es Adrien James, y esta es mi historia.

PRÓLOGO



Oveja negra...
Oveja descarriada...
Libertino...
Irresponsable...

Y un sinfín de calificativos más, son con los que mi familia me deleita a la menor ocasión. No los culpo porque tienen razón. No entienden que el segundo de sus hijos haya, desde hace aproximadamente tres años, decidido dar un cambio radical a su vida, pasándose por el forro de los cojones todo lo que hasta el momento había aceptado en su estricta educación: las normas, las buenas formas, el paripé y todo aquello que el llevar un apellido con título nobiliario implica.

Vamos, una gilipollez en toda regla si uno se para a pensar que estamos en el siglo XXI y que muchas de ellas, hoy en día, no tienen sentido porque se han quedado arcaicas y ancladas en un pasado que, gracias a Dios, no me ha tocado vivir de cerca; aunque hasta no hace mucho tiempo mis padres hayan pretendido todo lo contrario.

Nunca es tarde si la dicha es buena, dicen algunos.

No tengo muy claro si mi dicha es precisamente eso, buena, pero a veces, pasan cosas en la vida, a tu alrededor, que te golpean como un maldito puño, fuerte y duro, y te hacen tanto daño y te dejan tan hecho polvo que, una de dos, o te hundes, o remas contra la corriente intentando salir a flote y no ahogarte en el intento.

Yo he decidido remar, de hecho, me he vuelto un experto en coleccionar remos contra esa corriente, y nadar no se me da nada mal; no obstante, no niego que, más de una vez, me hayan dado ganas de dejar la cabeza debajo del agua y rendirme. Sigo aquí. Luchando. Intentando olvidar un pasado con nombre de mujer que llevo adherido a la piel y que me gustaría dejar atrás, más que nada en el mundo. No puedo. O no quiero.

No lo sé. Verla cada dos por tres no me ayuda a tenerlo claro y dificulta bastante mi determinación de olvidarla. La quiero desde hace tantísimo tiempo que, tengo miedo de que, al dejar de hacerlo, si eso es posible, me ahogue del todo. Por eso remo sin cesar en estas aguas turbulentas llamadas amor. A veces a un lado, a veces al otro, pero siempre manteniéndome a flote. Con eso me conformo.

No, no me avergüenza reconocer lo que siento, ni me siento patético por admitir que, estar enamorado, me hace sufrir como un perro. Sí, soy un hombre, pero eso no significa que mi corazón sea de piedra y que todo me dé igual. Eso de que los hombres no tenemos sentimientos, no lloramos y somos inmunes al dolor cuando nos rechazan, nos engañan o se ríen de nosotros, es un bulo.

Un bulo que nosotros mismos nos hemos encargado de propagar para que no se nos tache de blandos y aparentar así que no somos el sexo débil, que las débiles son ellas, las mujeres. Eso sí que es patético, ¿verdad?

A todos esos hombres les diría que: sufrir, llorar, sentirte destrozado por dentro y creer que tu vida no tiene sentido cuando el amor que sientes no es correspondido, no te hace menos hombre, sino más persona y mucho más humano. Por mucho que trates de ocultarlo y de hacerte el fuerte, no significa que no estés pasando por ello; así que admítelo, pasa tu duelo y sigue adelante, o al menos inténtalo, como hago yo. ¿Por qué engañarte a ti mismo? No tiene sentido y es ridículo.

Por el momento yo sigo mi camino y, sintiendo que Londres últimamente me asfixia, he decidido aceptar la propuesta que hace varios meses me hizo mi hermano Theo cuando estuvo aquí para comunicarnos a la familia su próximo enlace con la mujer que parece haberle robado el corazón y todo lo demás, Rebeca Hamilton. Una mujer de rompe y rasga, con carácter, que no se amilana ante nadie, ni siquiera ante el zoquete de mi hermano, que ha caído rendido a sus pies con un chasquido de dedos. ¿Quién iba a decir que existiría una mujer capaz de soportar toda esa arrogancia y petulancia del futuro duque de Kent? Joder, es la horma de su puto zapato de firma italiana, y eso me encanta porque, haberlo visto contra las cuerdas y totalmente hundido cuando la trajo al aniversario de nuestros padres, me hizo comprender que no es tan duro como se muestra y que, realmente, en su pecho, late un corazón; aunque a veces parezca que ese corazón está hecho de frío metal. Y no, congraciarme con él en un momento de tormento como el que yo llevo experimentando desde hace tiempo, no borra lo que por su

primogenitura me ha hecho pasar. Y tampoco olvido que mi dolor, en parte, es por su culpa, por aceptar las normas impuestas por nuestros padres, sin pararse a pensarlo siquiera. ¿Hubiera cambiado algo confesarle, por aquel entonces, mis sentimientos? Ya es tarde para indagarlo, ¿no?

El caso es que, aquella fría tarde de invierno, cuando más cómodo estaba yo en mi lugar favorito de Clover House, la casa familiar que mis padres poseen en Dover, contemplando cómo caía la nieve y se derretía contra los cristales del invernadero, mi hermano entró con ese aire de suficiencia que lo caracteriza, se situó a mi lado en el sillón y dijo:

—No entiendo qué tiene este lugar para que te apasione tanto esconderte en él.

—No me escondo.

—Entonces, ¿Qué es lo que haces aquí? ¿Contemplar las flores? —preguntó socarrón.

—Estoy aquí porque prefiero estar solo que mal acompañado.

—¿Quieres decir que tu familia somos mala compañía?

—Mi familia precisamente, no.

—¿Te refieres a los Smith?

Su mirada incrédula casi me hizo sonreír. Casi.

—Tú no sueles venir por aquí, de hecho, la última vez que lo hiciste, tu chica se largó de la fiesta, de la casa y casi de tu vida. ¿Qué quieres, Theodore?

—No me lo recuerdes...

—Ve al grano, por favor.

Se metió las manos en los bolsillos, algo muy típico en él, y se acercó un poco más al gran ventanal. Mientras él parecía la mar de sereno, yo me iba inquietando con cada minuto que pasaba, no me gustaba tenerlo allí. Me incomodaba. Era mi hermano y le quería, pero hacía demasiado tiempo que él y yo no compartíamos más que unas pocas palabras, la mayoría de ellas reproches, y obligados encuentros familiares. Mi relación con Theo había hecho un alto en el camino y, personalmente, un servidor no estaba por la labor de solucionarlo; y eso que hubo un tiempo en el que era mi mejor amigo y lo admiraba, más incluso que a mi padre.

—Quiero que te hagas cargo del Libertine cuando Rebeca y yo nos casemos y nos vayamos de luna de miel—habló por fin, girándose para mirarme de frente.

—Ya tienes a tu perrito faldero para eso.

—Preston no es ningún perro faldero, es uno de mis mejores amigos y trabaja conmigo, pero no es un James.

—Pues adóptalo y dale tu apellido.

—No seas impertinente, Adrien. Ya va siendo hora de que empieces a comportarte y asumas tus obligaciones y responsabilidades en los negocios de la familia.

—La respuesta es no—dije tajante.

—¿Por qué?

—Porque te equivocas, no es mi obligación, es la tuya. Tú eres el primogénito, no yo.

—No digas gilipolleces, ¿quieres? Sabes perfectamente que, de un modo u otro, todos formamos parte en los negocios familiares. Alison es mi mano derecha aquí en Londres, Amber se encarga de los temas burocráticos, de gestionar los temas internos y tú...

—Yo paso—lo interrumpí con chulería.

—Pasas... qué respuesta tan adulta. Tienes treinta y tres años...

—La edad de Cristo.

—No me interrumpas, joder. Tienes treinta y tres años—repitió—, y vives de la asignación mensual que tus padres te dan, dinero que se gana gracias a que tus hermanos nos deslomamos trabajando, codo con codo, cada día—nos miramos a los ojos, ambos apretando la mandíbula, un gesto muy nuestro.

Cada vez que me echaban eso en cara, lo de que no daba palo al agua y vivía del apellido James, me apetecía gritarles y decirles lo equivocados que estaban, que tenía un trabajo del que ellos no tenían ni puta idea y que me generaba grandes beneficios; pero mantenía la boca cerrada, ¿total para qué? Mis padres pondrían el grito en el cielo si supieran que un James tenía una página web, una muy importante, donde se llevaban a cabo las mayores subastas de piedras preciosas, joyas y alguna obra de arte. En cambio, tener un club para caballeros y un museo con objetos sexuales, era todo un orgullo. Claro, como era una herencia familiar, antigua y con renombre, ¿qué más daba que las fulanas más solicitadas del país se pasearan a sus anchas por él, y que hombres importantes con familia, se pasaran las noches allí metidos?

Menuda hipocresía.

—Tienes razón—dije—, no tengo vergüenza, estar toda la noche rodeado de putas y de un puñado de caballeros aburridos, debe de ser un trabajo agotador...

—Tu cinismo no tiene límites... Si te hubieras dignado alguna vez a pasar tiempo en nuestros negocios, sabrías que nuestro trabajo implica mucho más que eso, Adrien, no nos insultes. Eres un irresponsable y...

—Me da igual lo que penséis de mí, mi respuesta sigue siendo la misma. No.

—¿Ni siquiera si te digo que a Rebeca también le harías un favor si decidieras aceptar ir a Ibiza mientras nosotros estamos fuera?

—Mmmm... Hacerle un favor a mi futura cuñada no me importaría— respondí casi relamiéndome para sacarlo un poco más de sus casillas.

—Si no fueras mi hermano te partiría la cara por lo que acabas de insinuar.

—Y si tú no fueras el mío—me erguí en el asiento—, ya haría mucho tiempo que hubieras perdido la tuya.

Retornos con la mirada, como estábamos haciendo en aquel momento, era nuestro juego favorito. A ninguno nos gustaba ser el primero en desviar los ojos o agachar la cabeza. Esa vez, Theodore fue el primero en rendirse.

—Míranos, ¿qué nos ha pasado? Antes nos pasábamos horas tomándonos unas cervezas y hablando de todo. Nos divertíamos. Nos gustaba estar juntos.

—Tú lo has dicho, antes...

—¿Algún día vas a decirme qué fue lo que te hice para que, incluso a mí, que aparte de tu hermano me considerabas tu mejor amigo, me dejes fuera de tu vida?

Ese hubiera sido un buen momento para ser sincero y confesarle cuánto daño me había hecho que, precisamente él, hubiera aceptado sin rechistar el protocolo de las familias adineradas que se empeñaban en seguir unas reglas caducadas. Pero no lo hice, claro. Me constaba que mi hermano era lo suficientemente inteligente para saber qué era aquello tan grave que nos había distanciado.

—¿Por qué a tu futura mujer le viene bien que vaya a Ibiza? —pregunté tratando de desviar la conversación.

—¿Fue por lo que pasó con Caitlin? Porque puedo llegar a entender que...

—Theodore—dije poniéndome en pie—, has venido a mi santuario a proponerme algo, lo has hecho y ya te he dado una respuesta. Ya sabes dónde está la salida.

—Ésta sigue siendo también mi casa.

—Tienes razón—lo miré e incliné la cabeza a modo de despedida educada—. Buenas noches.

Con toda la tranquilidad del mundo, caminé hasta la salida con sus ojos pegados a mi nuca. Antes de que llegara a abrir la puerta, hizo un último intento:

—Rebeca confía en que, si tú estás allí cuando nosotros estemos fuera, puedas de vez en cuando echarle un vistazo al Lust.

—¿No tiene ya a alguien que se encargue de eso?

—Sí, pero, en vista de que vuestra relación es tan buena, se quedaría mucho más tranquila sabiéndote cerca—solté una carcajada.

—No cuela, Theodore. No cuela.

—Dime al menos que lo pensarás.

Salí del invernadero sin responder y sin dirigir ni una sola vez la vista atrás.

No obstante, lo pensé. Mucho. Muchísimo, en realidad.

Y ahora que ellos llevan casados unas pocas horas, y que mañana a primera hora saldrán de viaje para ser felices y comer perdices, y mientras el resto de los invitados se divierte en la fiesta del banquete de su boda, yo me encuentro preparando las maletas para cumplir, por primera vez, con la obligación y responsabilidad de ser un James.

De haber sabido lo que el puto destino, ese que supuestamente está escrito desde que nacemos, me tenía deparado, hubiera dejado que la corriente, contra la que tanto me empeñaba en luchar, me arrastrara al más allá.

Aunque, si mi destino era ella...

CAPÍTULO 1



Llego al aeropuerto de Heathrow con el tiempo justo de facturar mi equipaje y tomarme un café rápido. Todo ello mirando constantemente a mi alrededor para no encontrarme con Arthur Preston, el perrito faldero de mi hermano que, según tengo entendido, tomará el mismo vuelo que yo.

No debe de ser un mal tipo si lleva tanto tiempo siendo amigo de Theo, pero a mí no me cae bien. En realidad, ni bien ni mal, simplemente no me cae y ya.

Es un rubio gigante y bien formado, atractivo y demasiado estirado, al menos en apariencia, ya digo que con él sólo he cruzado las palabras justas: hola y adiós, y que siempre está disponible para todo y al lado de mi hermano. Siempre.

Su nombre sale a relucir en las reuniones familiares más veces que el mío propio, y eso que el James soy yo y no él. ¿Envidia? No. ¿Pelusilla?

Reconozco que sí. ¿Por qué? Theodore, esa es la respuesta. Lo que ocurrió hace tres años, no sólo me robó al amor de mi vida, sino también a mi hermano. Preston tiene ahora parte de lo que yo tenía entonces: su amistad y complicidad.

¿Que por qué no hago nada para recuperar eso? Porque todavía duele, y mientras eso ocurra, no puedo ni perdonar ni olvidar. ¿Rencoroso? Diría que un poco.

Me acerco con cautela a la puerta de embarque y, al divisarlo sentado en una de las sillas, me parapeto detrás de una columna, abro el periódico que llevo en las manos, y oculto mi rostro tras él.

Lo sé, al aceptar ir a Ibiza, también he aceptado, aunque no lo quiera, trabajar con Preston una temporada; debería de hacer gala de toda esa educación, que tan cara les costó a mis padres, y acercarme a saludarlo.

Paso. No sirvo para ser falso. Las puertas dobles se abren y una enorme fila se forma delante de ellas. Por decisión propia, me coloco el último, así me aseguro de no tropezarme con él.

El avión despegó y pone rumbo a mi nuevo destino.
Rumbo a lo desconocido.
Ibiza.
Libertine.
Estoy nervioso.
Ansioso.
Tengo que relajarme.

Cierro los ojos e inspiro y espiro, varias veces. Mi corazón va cogiendo un ritmo más pausado y mis pulsaciones se van regulando. «Bien, Adrien, eso es, tranquilízate. Piensa en algo bonito», me digo. Mantengo los ojos cerrados y, la primera imagen que me viene a la mente es la de ella llegando a la boda de Theodore y Rebeca, con sus padres. Los Smith. Una familia muy unida a la nuestra desde que tengo uso de razón.

Me centro en esa imagen y en lo que sentí al verla.

Ella estaba deslumbrante, como siempre. Su pelo, de un tono anaranjado oscuro, estaba recogido, laboriosamente, en lo alto de su cabeza, dejando su esbelto cuello a la vista. Su cara, perfectamente maquillada. Natural. Sus ojos, esos ojos azules, impresionantes, con los que me taladra el alma cada vez que me mira, destacaban sobre todo lo demás.

Su boca, de labios carnosos, rojos y brillantes, sonreían felices, relajados.

Su perfecto cuerpo, enfundado en un vestido plateado, sexi y elegante, probablemente de firma, se contoneaba al son de una música que sólo se escuchaba en mi cabeza, cadenciosa y excitante. Una descarga eléctrica cruzó mi cuerpo cuando pasó a mi lado y, sin mirarme, rozó mi mano con la suya.

Hacía mucho tiempo que no sentía ese calambrazo. Hacía mucho tiempo que no me tocaba, ni siquiera sin querer.

Hacía mucho tiempo que no me empalmaba como un puto quinceañero por un efímero contacto. ¡Joder! Abro los ojos y miro hacia abajo, a mi entrepierna. Con sólo evocarla con la mente, mi polla está en todo su esplendor. Suspiro ¡Hay que joderse!

Caitlin llegó a mi vida cuando yo contaba con dos años y, según cuentan nuestras familias porque, evidentemente yo no lo recuerdo, esa primera vez que vino a casa, me pasé toda la tarde contemplándola dormir en su cochecito de bebé.

Acariciando de vez en cuando su carita y sonriendo feliz. No tengo

ninguna duda de que fue aquel día cuando me robó el corazón. Fuimos creciendo, cumpliendo años, haciéndonos mayores y, gracias a la maravillosa amistad de nuestros progenitores, fui testigo de todos los cambios que fueron apareciendo en ella. En su cuerpo. Su carácter. Se convirtió en una preciosa mujer delante de mis ojos. Amé todos y cada uno de esos cambios. La amé a ella. La amo.

Ese amor duele.

¡Joder qué si duele!

Pensar en ella me mata.

Me destroza.

Vuelvo a suspirar, esta vez con más fuerza, como si al hacerlo así, pudiera librarme de la angustia que siento. Me centro en mi respiración, agitada por momentos, y en la presión que disminuye en la bragueta de mis pantalones.

«Bien, Adrien, eso es, lo estás consiguiendo», sonrío.

—¿Se encuentra bien, caballero? —la voz de la azafata me sobresalta y doy un pequeño bote en el asiento. Joder, me ha pillado mirándome el paquete.

—¿Acaso tengo pinta de estar mal? —contesto a la defensiva.

—No, la verdad es que no, pero...

—Podría estar mejor, ¿verdad? —la interrumpo socarrón—. ¿Alguna sugerencia?

Me mira a los ojos y, luego, como quien no quiere la cosa, dirige la vista al punto exacto donde instantes antes estaba la mía y sonrío pícaro.

—¿Ninguna? —insisto.

La señora mayor sentada a mi derecha carraspea, tratando de llamarnos al orden. Como si fuéramos a ponernos a follar delante de sus narices... Qué más quisiera la pobre, seguro que hace demasiado tiempo que ni siente ni padece.

—¿Le apetece algo de beber?

—No era la sugerencia que esperaba, pero está bien. Tráigame algo frío, aquí hace demasiado calor—contesto tras soltar una carcajada.

Cinco minutos después, disfruto de un agua mineral con mucho hielo cortesía de la azafata cachonda, con la que no me hubiera importado echar un buen polvo en el baño.

Lo sé, soy un poco cabrón.

Daños colaterales de mi desgracia.

Antes no era así.

Antes era un buen chico.

Mi mente vuelve a Clover House. Al momento exacto en el que le dije a mi hermano que aceptaba su propuesta. Recuerdo a la perfección la cara que se le quedó al escucharme decir que sí, que viajaría a Ibiza y asumiría mis responsabilidades. Fue dos días antes de su boda, en el despacho de nuestro padre. Su sonrisa, esa que pocas veces dejaba ver, me llenó de nostalgia.

—Vaya, Adrien, me alegra saber que has entrado en razón—dijo.

—En cambio yo creo que la he perdido por completo.

—No es para tanto, hombre. Sé que lo harás muy bien. Confío en ti.

—No me lo hubieras pedido si no lo hicieras—rezongué.

—Cuánto entusiasmo... ¿Puedo saber a qué se debe el cambio de tu respuesta? —indagó, acercándose al mueble bar.

—Digamos que me hace mucha ilusión que mi futura cuñada me deba un favor, estoy deseando que me lo devuelva.

—No tientes a la suerte, Adrien, estás corriendo el riesgo de perder tu bonita dentadura—dejó un vaso de licor frente a mí y me fulminó con la mirada. Yo sonreí ufano.

Me encanta putearlo. Sacarlo de sus casillas es mi entretenimiento preferido. Y saber que su punto débil, evidentemente, es su prometida, me lo pone fácil. Demasiado fácil.

—¿Vas a explicarme en qué consiste mi trabajo en el Libertine?

—Estar allí. Controlar al personal. Departir con los caballeros. Asegurarte de que se cumplen las normas... Preston estará encantado de ayudarte en lo que precisas.

—No lo dudo. ¿Y en el Lust?

—Nada. Pasarte de vez en cuando y comprobar que tanto Luis como Mila, siguen intactos.

—¿A qué te refieres con eso? —resopló.

—Luis y Mila son las personas de confianza de Rebeca. Estuvieron liados durante algún tiempo y, la cosa no funcionó.

La situación es un poco tirante entre ellos desde entonces.

—Mal rollo.

—Pues sí.

Me bebí el contenido del vaso de un trago y me puse en pie.

—¿Ya te vas?

—Si no hay nada más que tenga que saber sobre tu club, sí.

—En realidad hay una cosa más que deberías saber... —se quedó callado.

—¿Y vas a decírmela o tengo que adivinarla?

—Dos fines de semana al mes—habló por fin, tras dudar unos segundos—, en el Libertine se hacen reuniones de BDSM y la persona que se encarga de ello es...

Me reí a carcajadas cuando sus palabras traspasaron mis oídos y entendí a qué se refería.

—Dios—exclamé irónico—, no sabía de tu faceta pervertida, hermano, y luego yo soy el libertino de la familia.

¡Tócate los huevos!

—El caso es que—continuó, ignorando mis palabras—, dentro de unas semanas, se hará una exhibición de esa práctica sexual, una muy importante y que mueve a mucha gente, en el Libertine. Y la persona que lleva ese asunto es...

—Por favor, dime que no tengo que formar parte de eso.

—Adrien...

—Reconozco que me encanta follar de todas las maneras posibles, pero hay cosas por las que no estoy dispuesto a pasar. Respeto que tú lo hagas, Theodore, pero no me obligues a ser partícipe de algo así.

—Nadie te está obligando a nada, joder. Sólo quiero que sepas que...

—Tranquilo—lo interrumpí—, sé lo que es el BDSM, no me asustaré por ver lo que quiera que se haga en esas reuniones. Y prometo no contárselo a papá, me gusta llevar el cartel de libertino a cuestras—solté unas cuantas carcajadas más y abrí la puerta. Mi padre estaba del otro lado a punto de llamar a ésta.

—¿Qué es lo que no vas a contarme? —preguntó pasando a mi lado y colándose en el interior.

—Que te lo diga Theodore, yo acabo de prometer no hacerlo.

Allí los dejé. No sé si al final se lo contó o no. Tampoco es que me importe mucho, la verdad. Aunque tampoco creo que a mi padre le sorprendiera algo así.

Después de aquello, me dirigí a mi rincón favorito en el mundo entero, el invernadero de Clover House. Cogí una cerveza del pequeño refrigerador que tenía en un rincón, y me senté en el sillón. Mi madre siempre fue reacia a verme allí dentro. Solía decirme que aquel no era el lugar: primero para un niño, luego para un muchacho, y ahora para un hombre hecho y derecho.

¿Cómo no serlo? Si precisamente, en aquel cubículo de cristal enorme, me habían sucedido las cosas más hermosas, hasta el momento, de mi vida: el primer beso, la primera caricia... Mirara donde mirara, había un recuerdo de ella: oliendo las flores, sonriendo mientras las regaba y tarareaba una canción; tapándome los ojos con sus manos; el olor de su piel... Juegos de tardes de lluvia y nieve; lecturas de nuestros libros favoritos; escondernos tras los parterres de gardenias para que mis hermanos no nos molestaran con su sola presencia... Todo se reducía a ella, pero claro, eso nadie lo sabía. Joder. Aprieto la mandíbula con fuerza.

La voz que anuncia por el altavoz que estamos a punto de aterrizar en la isla, me obliga a regresar al presente. Sacudo la cabeza, con fuerza, para borrar las últimas imágenes que ya se van difuminando en mi mente. Puede que, tomar la decisión de aceptar venir aquí sea, después de todo, la correcta.

Al menos aquí tengo la certeza de que no voy a encontrármela a cada paso.

Aquí puedo estar tranquilo.

Suspiro.

«Bienvenido a Ibiza, Adrien, tu nuevo hogar», me digo.

CAPÍTULO 2



Bajo del avión y voy a recoger mi equipaje. Una vez aquí, ya es imposible darle esquinazo a Preston así que, me resigno a soportar su presencia. Por mucho que me pese, tendré que trabajar con él. No me queda otra. Me paro frente a la cinta, por la que no cesan de pasar maletas delante de mis ojos, y espero pacientemente a ver la mía. De repente, un fuerte manotazo en la espalda me impulsa hacia delante. Joder. Miro por encima del hombro, para comprobar que evidentemente es quien creo que es, y lo fulmino con la mirada. ¡Será zoquete!

—Vaya, pero si has venido—sonríe—. Te busqué en la zona de embarque de Heathrow y, al no verte, supuse que te habías echado atrás.

—Pues supusiste mal.

Alargo el brazo y cojo mi maleta que, en ese momento, pasa a mi lado.

—¿Has tenido buen vuelo?

—El mejor de mi vida—digo con sarcasmo.

Él ríe. ¡Gilipollas!

—¿Te apetece que tomemos un café? Aquí mismo hay un...

—La verdad es que no—lo interrumpo.

—Está bien, como quieras.

Se encoge de hombros y coge su maleta. Doy media vuelta y empiezo a caminar.

—¡Eh! —grita—. ¿No vas a esperarme? Los dos vamos hacia el mismo lugar, ¿no?

Me paro y resoplo.

—Preferiría no hacerlo, pero si no tengo más remedio.

—Vamos, Adrien, estoy aquí para ayudarte, y por narices tendremos que pasar mucho tiempo juntos.

—Ajá.

Viene detrás de mí parlotando como un pajarraco.

—Colega, todo esto es nuevo para ti y yo sólo quiero que te sientas cómodo, a gusto.

Me freno en seco y me giro para mirarle a los ojos.

—Punto uno: no soy tu colega. Punto dos: no me gusta tener perro faldero, yo no soy mi hermano. Y punto tres: no me lamas el culo sólo porque Theo te haya dicho que lo hagas.

Menea la cabeza de un lado a otro y suspira.

—Cuando Theo me dijo que eras un mamón no quise creerlo, me gusta otorgar siempre el beneficio de la duda, pero, chico, me lo estás poniendo muy fácil... No quiero ser tu colega, en absoluto. Trato de ser amable porque sé lo difícil que es llegar a un lugar en el que nunca has estado y hacerte cargo de un negocio que nunca te ha interesado. No te confundas conmigo, Adrien.

—Simplemente dejo de manifiesto que no me gustas y que no necesito que estés pululando a mi alrededor parloteando sin cesar. No tienes que contemplarme. Ni darme conversación porque sí. Limitate a hacer lo que sea que hagas cuando estás con mi hermano y a mí déjame en paz.

Levanta las manos en señal de rendición.

—Lo que tú digas, tío. Tus deseos son órdenes para mí—coge de nuevo la maleta y camina hacia la salida. Antes de llegar a la puerta, se para y me mira—. Me jode decir esto cuando no hace ni una hora que estás aquí, pero Theodore tenía razón. Eres un mamón.

Desparece de mi vista.

Este tío es imbécil.

Y yo, evidentemente, un mamón.

Con paso tranquilo me dirijo a la parada de taxis y me pongo a la cola. Theodore me dio todos los datos para poder llegar al club. No necesito ningún guía. Y menos a Preston.

Tres cuartos de hora después, el taxi me deja delante de una casa victoriana, de varias plantas. Silbo. Es alucinante. Mi hermano, como siempre, sabe hacer las cosas bien. Todo se le da fenomenal.

Maleta en mano, cruzo la verja, de forja negra, y recorro el camino empedrado hasta los escalones de la entrada. No puedo evitar levantar la vista y contemplar, desde más cerca, la imponente construcción. La casa está pintada de un impoluto blanco. Enormes balcones, de marcados arcos, también de forja negra, cubren la fachada delantera. Y hay mucho verde, sobre todo a mi espalda: árboles, jardines, plantas... De momento, lo que veo me gusta.

Rodeo la casa hacia la parte de atrás y vuelvo a silbar.

«Sí, señor, Theodore, nunca escatimas gastos a la hora de hacer las cosas», murmuro para mí. La piscina de aguas cristalinas me llama y me acerco. Sin pararme a pensar, me quito la chaqueta, desabrocho el botón de la camisa y me arremango hasta el codo para hundir la mano en el agua. Está fría. Ahora me apetece un baño. Sonrío. Soy un caprichoso. Alzo la mirada y la fijo en el horizonte. Más allá de la verja que cubre el perímetro de la propiedad. Hacia la playa. Una preciosa y pequeña playa. Tranquila. Relajante. Esto cada vez me gusta más.

Un carraspeo a mis espaldas me obliga a girarme.

—Caballero, esta es una propiedad privada, no puede estar aquí.

Un hombre, parecido a nuestro querido Curtis, el mayordomo que tenemos en Clover House, me mira con cara de pocos amigos.

—Lo siento—digo—, no era mi intención ser tan atrevido, pero no pude evitar seguir el sendero hasta aquí.

—Lo acompañaré hasta la salida.

Me indica con la mano que lo siga.

—Creo que eso no va a ser necesario—digo con suficiencia.

—Señor, por favor, salga de la propiedad o me obligaré a llamar a la policía.

—Acabo de decirle que eso no será necesario. ¿Acaso está sordo?

El hombre, alto y corpulento, aprieta la mandíbula sin apartar sus ojos de los míos.

—Salga inmediatamente de aquí, señor, no me obligue a hacer algo que detesto.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Darme una paliza?

—Usted lo ha querido—dice dando grandes zancadas hacia mí.

—Gonzalo, para.

La orden viene de la puerta, por la que asoma Preston. Cómo no.

Pongo los ojos en blanco.

¡Joder!

—Mira que te gusta ser borde y desagradable, Adrien. ¿Lo haces para protegerte?

—¿Protegerme? ¿De quién? ¿De ti? —lo señalo arrogante y me río.

—De las personas.

¡Gilipollas!

—Gonzalo—dice con tranquilidad señalándome—, el señor es Adrien James, el hermano de Lord James.

El tal Gonzalo baja la cabeza, avergonzado.

—Lo siento, señor Preston, no lo sabía. Al ver al caballero merodeando por aquí supuse que era un turista curioso.

Preston asiente.

—No te disculpes por hacer bien tu trabajo, Gonzalo—digo dando un paso hacia él, ofreciéndole mi mano—. Soy

Adrien James. Encantado de conocerte, aunque haya sido en estas circunstancias de las que, sólo yo, soy el culpable.

—Bienvenido al Libertine, señor James. Un placer.

Me estrecha la mano y una tímida sonrisa asoma a sus labios.

—Deberías relajarte, Adrien. No somos tus enemigos, al contrario, estamos aquí para hacerte las cosas más fáciles.

—Tampoco sois mis amigos.

—Pero podríamos llegar a serlo.

Resoplo con fuerza.

—No si yo puedo evitarlo.

Gonzalo nos mira a uno y a otro con cara de circunstancia. Seguro que, al igual que Preston, también cree que soy un mamón. Lógico. Le he dado motivos para ello. No pienso sacarlos de su error. A ninguno de los dos.

Principalmente porque lo soy. Y tampoco me interesa hacerlo.

—¿Dónde está su equipaje, señor?

—En los escalones de la entrada, frente a la puerta.

—Iré a buscarlo.

—No se preocupe, Gonzalo, ya voy yo. Si es tan amable de abrirme la otra puerta.

—Como guste, señor.

—Puedes tutearme, Gonzalo, eso de señor me queda grande.

—Además de verdad—masculla Preston.

Lo fulmino con la mirada.

¡Lameculos!

El tour por la casa dura más de lo que imaginaba. Tiene tres plantas y la buhardilla. Grande, espaciosa y con mucha luz, me recuerda mucho a Clover House, sobre todo por el mobiliario en la mayoría de las estancias. Excepto en la planta de arriba, que por lo visto es donde voy a vivir esta temporada. Junto a Preston. Vaya suplicio.

Las dos primeras plantas, pertenecen al club. La de abajo contiene varios salones: el de juegos, el de espectáculos y el de reuniones de miembros fijos.

También hay un bar, con la barra y algunas mesas, todo en madera oscura y reluciente.

Incluso un antiguo escritorio donde descansa el típico libro guía, donde se registran las apuestas y todo eso. Seguro que aquí es donde mi queridísima cuñada apostó por ella misma en el ridículo juego de mi hermano y su perrito faldero.

Cómo me reí cuando me lo contó. Hubiera pagado parte de mi fortuna por ver la cara de Lord James cuando supo quién era en realidad el señor Bennet. Sí, tuvo que ser la hostia.

En la planta que le sigue, apenas me paro. Son las habitaciones que los miembros usan para sus cosas con las fulanas. Todo está muy limpio. Impoluto. Insonorizado. No esperaba menos de mi hermano, pero, sinceramente, esta parte de su trabajo no es de mi agrado. En absoluto. Como tampoco lo es eso de las reuniones de BDSM que, por cierto, aún no sé en qué parte del club se practican. Supongo que todavía me queda mucho por ver. Menos mal que estoy hecho a prueba de bombas.

Por último, paseo con tranquilidad por el piso de arriba y acompañado en todo momento. Tengo la impresión de que, con sólo haber subido unos escalones y abierto una puerta, he dado un salto en el tiempo. En cuestión de minutos, he pasado del siglo XIX al XXI. En esta parte de la casa, todo es actual: los muebles, los electrodomésticos, la electricidad... Preston no me quita el ojo de encima. Estudia mis gestos, mis reacciones... Todo. Lo lleva claro. Soy muy bueno ocultando las emociones. Llevo tres años practicando y no se me da mal.

—Y esta es su habitación, señor.

—Adrien, llámame Adrien, Gonzalo.

Éste abre una puerta y se hace a un lado para dejarme pasar.

La habitación es amplia. Está decorada en tonos azul y gris. Con grandes ventanales que, para mi sorpresa, dan a esa preciosa playa que me cautivó hace un momento. También tiene un balcón, abierto de par de par, por el que se cuelan la brisa marina y el olor a salitre. Este será mi refugio. Me gusta.

Como todo lo que he visto hasta ahora.

—Enseguida vendrá María para ayudarlo a acomodar sus pertenencias, señor... quiero decir, Adrien.

Sonrío.

—No es necesario, yo lo haré.

Asiente.

—Espero que la habitación sea de tu agrado y que te sientas cómodo en ella, Adrien—dice Preston—. Supongo que no querrás cenar conmigo, ¿no?

—¿Estás proponiéndome una cita?

Enarco las cejas burlón.

—Me gustaría comentar contigo algunas cosas para que esta noche no bajes a ciegas al club. Hablarte de algunos socios, ya sabes, ponerte un poco al día.

—Entonces supones bien, no quiero cenar contigo.

—Vale. Pues nos vemos a las doce en punto al pie de la escalera.

—Allí estaré.

Me dejan solo.

Resoplo.

Lo sé, soy un borde con Preston.

Él sólo quiere facilitarme la vida aquí.

Y seguro que piensa que yo he venido a complicarle la suya.

Hace bien en pensarlo.

Deshago el equipaje y me doy una ducha en el lujoso cuarto de baño que hay en mi habitación. Un cuarto de baño al que no le falta detalle. Hasta la ducha de hidromasaje tiene radio incorporada. Hace tiempo que no escucho música. Los grupos y las canciones que me gustaban me traen demasiados recuerdos. Recuerdos que estoy dispuesto a cambiar, desde ya.

Salgo al balcón con la toalla enrollada en la cintura, me apoyo en la balaustrada y contemplo el paisaje. El sonido de las olas rozando la orilla me relajan.

Si ella estuviera aquí, se quedaría maravillada. Le encanta el mar.

Y a mí me encantaba verla disfrutar cuando caminábamos por los acantilados blancos de Dover. Sonrío sin querer. No, sin querer no. Sacudo la cabeza. «No vayas por ahí, Adrien—me reprendo—, no te hace ningún bien». Vuelvo dentro, me pongo un pantalón de deporte y enciendo la televisión para que me haga compañía. Me siento solo.

Un buen rato después, no sé cuánto exactamente, una mujer morena, rechoncha y con cara de ser muy amable, me trae una bandeja con la cena. Es María, la esposa de Gonzalo y cocinera del Libertine. Después de cenar, me dispongo a vestirme para la ocasión. Es mi primer día en el club y quiero causar buena impresión, por eso elijo la ropa a conciencia.

A las doce en punto, bajo las escaleras. Preston me espera al pie de éstas, como acordamos. Me mira de pies a cabeza y tuerce el gesto. Yo me

quedo patidifuso al verlo hasta con sombrero de copa.

—¿Vamos a una fiesta de disfraces? —apunto con sorna.

—No, vamos al Libertine, donde la primera norma es vestir como todo un caballero del siglo XIX. Si hubieras aceptado cenar conmigo, lo sabrías.

¡Mierda!

—Pues tenemos un problema—manifiesto—, porque no tengo nada que ponerme de esa época.

Ahora el que tuerce el gesto soy yo.

—La habitación que hay al fondo del pasillo, es la de Theodore, ve allí y coge algo de su armario. Estoy seguro de que no le importará. Te dejaría algo mío, pero salta a la vista que no te quedaría bien, a no ser que quieras llevar arrastrando los pantalones.

¡Payaso!

—Mañana te llevaré a nuestro sastre para que te confeccione algunas piezas.

Vuelvo a subir las escaleras y camino por el pasillo hasta la habitación del fondo. Entro de mala hostia y, de igual manera, abro el armario empotrado en la pared. Todas las prendas que veo son femeninas. ¿Este tío me está vacilando? Joder. De repente detecto algo que agita mi interior y acelera mis pulsaciones, pero no tengo claro qué es. Al mover las prendas de un lado a otro, para dejarlas en su sitio, lo vuelvo a notar. Inhalo profundamente. Ese olor... Cierro los ojos. Toda esa ropa huele a ella... Pero eso no puede ser posible, ¿verdad?

Empiezo a preocuparme.

Creo que me estoy volviendo loco.

O puede que sólo esté obsesionado.

«¡Pasa página de una puta vez Adrien!».

CAPÍTULO 3



Salgo de la habitación cagándome en todo. En los armarios de ahí dentro no hay ni una sola prenda de hombre. Seguramente sea la de mi cuñada y, este tío, se haya burlado de mí en mi cara. Sigo maldiciendo mientras recorro el pasillo en busca de alguien que me pueda ayudar. Esto me pasa por listo. Por no aceptar la mano que Preston no duda en tenderme una y otra vez y que yo me empeño en rechazar. Definitivamente soy idiota. Maldigo de nuevo. Paso al lado de la cocina y, al ver a

María dentro, asomo la cabeza.

—Disculpa, María—digo, asustándola—, ¿puedes decirme cuál es la habitación de mi hermano? Preston me dijo que era la del fondo, pero creo que se ha equivocado.

—Por supuesto, sígame.

Sale delante de mí de la cocina y me guía por el pasillo, pero en dirección contraria, hasta una nueva estancia.

Abre la puerta.

—Esta es la habitación de su hermano—sonríe—. ¿Necesita algo más?

—No, María, gracias. Y disculpa que antes te haya asustado. No era mi intención.

Una vez dentro, rebusco en los armarios de Theodore. Sí, los armarios. Tiene dos. Uno con la ropa de este siglo, me río, y otro con las prendas que, por lo visto, utiliza para el club. Todo está perfectamente colocado: por colores, accesorios... Joder, sigue siendo un maniático. Qué tío. Lo que no entiendo es que, si esta es su habitación, ¿por qué las cosas de su mujer están en la otra punta de la casa? ¿Acaso duermen separados?

«Una cosa más por la que mofarme de él», pienso con regocijo.

Me visto con parsimonia. No tengo ninguna prisa por bajar. Además, ¿no dicen que lo bueno se hace esperar? Pues que esperen.

Me miro al espejo. Parece que acabo de salir de una novela de Charlotte Brontë, de hecho, creo que así vestido, podría pasar perfectamente por el señor Rochester. Sí, me he leído Jane Eyre. Es un clásico de la literatura

inglesa. ¿Cómo no hacerlo? Joder, me siento ridículo con este atuendo.

Parezco un caballero de los de verdad. Suelto una carcajada.

No lo soy.

Para cuando enfilo de nuevo la escalera, es más de la una de la madrugada. Y Preston sigue ahí, al pie de ésta.

—¿Llevas todo el rato ahí esperando? —pregunto.

Asiente.

—¿En serio?

—Sí.

—Vaya, de haberlo sabido, hubiera tardado un poco más.

—Adrien, deberías de dejar tanta hostilidad y tontería a un lado. Para tu hermano, para mí, y para las personas que te encontrarás ahí dentro, este lugar es sagrado. Nos tomamos las cosas en serio y te agradecería que lo respetaras. ¿De acuerdo?

—No puedo prometerte nada.

—¿Por qué has venido si todo esto a ti te importa una mierda?

—A ti te lo voy a decir...—mascullo mordaz.

—Vete.

—¿Cómo dices?

—Lárgate. Vuelve a tu vida y deja que las personas adultas nos encarguemos de las cosas importantes.

Eso me ha dolido.

Nuestras miradas se encuentran.

Se retan.

Aprieto los puños.

—Estás un pelín exaltado, ¿no? —ataco con retintín.

—Adrien...

—Relájate, hombre, te lo estás tomando todo demasiado a pecho.

Rebufa.

Yo río.

—Después de ti—digo señalando hacia la puerta que supongo lleva al Libertine.

Ambos nos dirigimos hacia allí sin volver a pronunciar palabra. Creo que he creado demasiada tensión entre nosotros. Bien. Esa era, precisamente, mi intención. Lo sé, él no me ha hecho nada. Hubo una época de mi vida en que mi comportamiento era ejemplar con todo el mundo. Me educaron para eso. Ya dije que las cosas habían cambiado.

Nada de quedar bien porque sí. Nada de paripés.

Estaba harto de tanta gilipollez y de ser siempre el niño bueno que se conformaba con lo que le tocaba. Las cosas, para bien o para mal, son distintas. Ahora soy así. Al que no le guste, que se aguante. Hay muchas cosas que a mí no me han gustado y me las he tenido que tragar.

No es justo, lo sé.

Pero es lo que hay.

El murmullo de voces que hay en el salón, desaparece en cuanto ponemos un pie allí dentro, y todas las cabezas se giran prácticamente a la vez, en la misma dirección. Se palpa la curiosidad en el ambiente. Con las manos entrelazadas detrás de la espalda, me coloco al lado de Preston, que carraspea antes de empezar a hablar. Como si hacerlo le costara un triunfo.

Sí, tiene que ser difícil presentar a alguien que va a hacerse cargo de algo por lo que no siente el más mínimo interés cuando para ti es todo tu mundo y te apasiona. Además de que te conoces el negocio al dedillo y el nuevo es un inepto que no tiene ni idea de dónde se está metiendo. Por muy James que sea.

Sí, entiendo perfectamente que sea reacio a presentarme. En cuanto lo haga, él pasará a un segundo plano y yo seré el centro de atención.

Como si esa fuera mi intención... Nada más lejos de la realidad. Pero ya que estoy aquí, que empiece la comedia.

—Caballeros, como ya saben, nuestro querido Lord James estará ausente del club durante una temporada. Él y su flamante esposa, se encuentran de luna de miel.

—Qué suerte la suya—grita alguien al fondo.

—Yo no me atrevería a asegurar tal cosa—murmura otra voz cerca de mí—. La mayoría de los aquí presentes hemos sido testigos de cómo se las gasta la señora.

Las risas de los presentes aligeran el ambiente.

—El caso es que—continúa Preston—, mientras Lord James esté fuera, su hermano ha venido para vigilarnos—más risas—. Caballeros, es un placer para mí presentarles al señor, Adrien James.

—Mentiroso...—farfullo de modo que sólo él me oiga.

Su mirada lo dice todo.

La verdad que no siente ningún placer de tenerme aquí.

Y yo estoy encantado con ello.

Sonrío.

—Gracias, Preston, por tan agradable presentación y recibimiento. Ya sabes que para mí es todo un honor estar en el Libertine.

Nota la ironía en mi voz y tensa la mandíbula.

—Todos te damos la bienvenida, James, espero de corazón que, el tiempo que estés con nosotros, te proporcione una nueva experiencia y que te aporte satisfacción.

—Seguro que sí.

Nos estrechamos la mano, con demasiada fuerza.

En estos momentos ambos somos unos hipócritas. No tengo la menor duda de ello.

A partir de ahí, los caballeros presentes se acercan para presentarse y darme la bienvenida.

Es imposible quedarme con el apellido de todos, son muchos. Parecen agradables. Aunque todo el mundo sabe que las apariencias suelen engañar. No quiero juzgarlos, pero a veces me resulta imposible no hacerlo. Empezaré dándoles el beneficio de la duda. De momento es lo único que puedo hacer.

Me paseo por todos los salones haciendo gala de mi buena educación pagada. Hablo con unos, bebo con otros... Y hasta juego una timba de póker, siempre con Preston pisándome los talones. Es mi puta sombra. Parece mi niñera controlando todo lo que hago y digo. Qué se joda.

—Felicidades—me dice cuando me proclamo vencedor en la timba—, a eso lo llamo yo empezar con buen pie.

—Ya sabes lo que dicen—respondo, recogiendo mis ganancias—. Afortunado en el juego, desafortunado en amores.

—¿Las mujeres no te quieren, James?

Su tono burlón me repatea los intestinos.

—No importa lo que ellas quieran. Lo importante es lo que quiera yo.

Voy hacia la barra y pido una copa de bourbon. Bebo más de la mitad de un solo trago.

—Entonces no es que seas desafortunado, es que eliges serlo, ¿verdad?

—¿Intentas psicoanalizarme o algo así?

—Para nada, sólo quiero entenderte.

—¿Entender qué?

—Tiene que haber una razón para que te hayas convertido en lo que hoy eres, James. Nunca he pasado demasiado tiempo contigo, pero te recordaba de otra manera.

—Ahora soy la oveja negra, ¿no lo sabías?

Me bebo el líquido ambarino y pido más.

—Y a ti te encanta, ¿no?

—Por supuesto.

Copa en mano me separo de él y camino hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

Resoplo al escuchar su pregunta.

—Voy a mear, ¿quieres venir a sujetármela mientras lo hago, Preston?

Sus ojos me taladran.

Las personas que oyen mi respuesta se ríen con ganas.

Lo sé, estoy siendo injusto con él.

Quizá debería de darle también el beneficio de la duda, igual que a los demás.

Sí, puede que lo haga. Pero no será hoy.

Cuando regreso al salón, hay bastante más alboroto que antes. En cuanto paseo la mirada por la estancia, entiendo el porqué. Han llegados las mujeres de pago. Esas que se dedican a complacer tus necesidades por una cantidad ingente de dinero. Son espectaculares. Unas más que otras. Se nota que vienen de algún sitio exclusivo y no de cualquier puticlub de carretera. Los hombres parecen haber rejuvenecido varios años. Hay que ver el poder que tienen unas cuantas tetas.

Una de ellas llama poderosamente mi atención. No ella, sino el color de su pelo. Es pelirroja y, mis ojos, aunque me resisto a ello, no dejan de ir en su dirección. Los cierro unos segundos. Me recuerda tanto a ella... Suspiro con fuerza. Joder.

—Se llama Malena.

Mary Poppins está a mi lado tendiéndome una copa más.

La acepto.

—¿Cómo dices?

—Me refiero a la pelirroja, se llama Malena y tiene veinticinco años. Este es un trabajo extra para costearse su carrera universitaria.

—¿Acaso te he pedido que me dieras sus referencias?

—Al igual que tú, no te quita el ojo de encima. Le gusta el champán. Invítala a una copa y disfruta de su compañía. Un buen polvo te ayudará a relajarte.

—No me gustan los polvos pagados, Preston, prefiero los gratis. Los que surgen sin más.

—No seas tiquismiquis, Adrien. Invita la casa.

Suelto una carcajada.

—¿Tan necesitado me ves?

—Necesitado no sé, pero sí tenso... irritado... ya sabes—se encoge de hombros y bebe de su copa—. Viene hacia aquí.

Qué cabrón.

La verdad es que la chica no está nada mal. Tiene una cara bonita. El cuerpo lleno de curvas bien puestas. Y su forma de caminar es pecaminosa.

Mi polla empieza a despertarse.

Media hora más tarde, la tengo entre mis piernas haciéndome una mamada. Su lengua y sus dientes hacen virguerías con mi glande. Me la chupa de vicio. Tengo la respiración agitada y me duelen las pelotas de las ganas que tengo de correrme en su boca. Aún es pronto para eso. Dejaré que me saboree un poco más. La cojo por el pelo y muevo las caderas, presionando mi polla contra su paladar, con fuerza.

Una y otra vez. Cierro lo ojos y gimo. Joder. Es buena. Muy buena. Vuelvo a abrir los ojos para ver cómo se pierde mi polla entre sus dientes. Me encanta ver cómo me devora. Su lengua húmeda me vuelve loco. ¡Dios! Estoy a punto. En cuanto noto el latigazo en los testículos, empiezo a follarme su boca con ímpetu. Hasta que mi cuerpo tiembla y estallo en un orgasmo brutal que va directo a su garganta.

—Delicioso—dice mirándome a los ojos y relamiéndose.

—Si tú lo dices...

—¿Qué más quieres que haga por ti, machote?

—Quiero que me hagas olvidar.

Ruego.

—Entonces túmbate en la cama y deja que Malena haga su trabajo.

Y lo hace tan bien, que pierdo la noción del tiempo dentro de aquella habitación. Degustando todo su cuerpo. Lamiendo, chupando y mordisqueando sus pezones.

Impregnando mis dedos con sus fluidos cada vez que los meto en su interior. Masturbándome mientras ella juega con su clítoris, con las piernas totalmente abiertas para mí, y sobándose las tetas como toda una profesional. Follándome primero su culo y después su delicioso coño, para dejar que vuelva a chupármela con gula. Me corro tantas veces que pierdo la cuenta.

Pero una vez que sale de la habitación, con cara de satisfacción por el trabajo realizado y el pago recibido, soy plenamente consciente de que mis recuerdos, esos que he olvidado durante unas horas, siguen intactos cuando

me quedo solo.

CAPÍTULO 4



Empieza a amanecer cuando entro en mi habitación, y en lugar de darme una ducha y acostarme, decido salir a correr por la playa y, si después aún me quedan fuerzas, darme un baño en sus aguas cristalinas. Por muy cansado que esté, ahora mismo no podría pegar ojo, aunque quisiera. Siempre me pasa lo mismo cuando me follo a alguien. En el momento disfruto como cualquier ser humano, pero una vez terminada la faena, el frenesí y el desenfreno, me siento mal. Me siento culpable. Desleal. No con ella, al fin y al cabo, fue la que eligió su camino, sino con mis sentimientos. Le soy infiel a mis putos sentimientos, y eso, me destroza. Por eso necesito salir de aquí, para no señalar mis propios errores.

Salgo de la casa por la puerta de atrás, cruzándome en el camino con varias personas que están realizando tareas de limpieza en el club y en sus habitaciones. Paso por los pasillos y las escaleras como un fantasma. No creo ni que se hayan dado cuenta de mi presencia temprana por aquí. Mejor así.

Inhalo con fuerza cuando salgo por la puerta de atrás de la casa. Huele a verde y a mar. Cruzo toda el área de la piscina y el sendero que lleva a la playa. Por el cenador que hay en un extremo, en el que no había reparado ayer, la barbacoa y las hamacas, perfectamente dispuestas, debe de pertenecer a la propiedad de Theodore. Silbo. Qué bien se lo monta el cabrón.

La verdad que es una pasada lo que ha conseguido montar aquí en la isla. Algo parecido al orgullo, empieza a aflorar en mi interior. Lo destierro al instante. Nada de sentimientos y emociones. Total, para lo que sirven... Me anudo bien los cordones de las zapatillas de deporte, hago unos estiramientos y me lanzo a la carrera. No tardo en comenzar a sudar el alcohol ingerido la noche anterior.

Recorro la playa, de un lado a otro, muchas veces. Hasta que los pulmones me arden. Luego, sin pararme a pensar en ello, me deshago de la ropa empapada en sudor, y me lanzo al agua. Está fría, pero no tanto como la de Dover.

Me alejo de la orilla braceando con fuerza. Buceo. Y hasta me dejo

flotar unos minutos, para recuperar el aliento. Joder, estoy molido. También relajado. «Al menos el esfuerzo ha merecido la pena», pienso volviendo a la orilla.

Preston está ahí, de pie, esperándome.

Rebufo y maldigo.

¡Puto perro faldero!

—¿También eres el vigilante de la playa? —digo caminando hacia él—. Mi hermano te está explotando tío.

En lugar de responder, sonrío y me tiende una toalla y un botellín de agua helada.

—Eres el chico para todo, ¿eh?

Menea la cabeza sin entrar en mis provocaciones.

—Dime al menos que Theodore te paga un pastón y que no se está aprovechando de ti—insisto con guasa.

—Pensé que después de pasar parte de la noche con Malena estarías más sociable. Veo que me equivoqué.

—¿Creías que por invitarme a un polvo en el club ya seríamos amigos? Qué iluso...

—No he hablado de amistad, sino de que decidieras sacarte el palo del culo y ser más persona. Ya me entiendes.

Se me tensan los hombros y aprieto los dientes.

De buena gana le daba una patada en su estirado trasero y lo tiraba al mar. Pero tiene razón. Soy intratable. O al menos lo intento.

—Cuando estés presentable, sube a la buhardilla. Tenemos trabajo por hacer.

—¿Ahora eres mi jefe?

—Te quiero arriba en cuarenta minutos, Adrien.

Lo veo alejarse en dirección a la casa con paso tranquilo y sonrío. Se nota a leguas que está deseando partirme la cara. Lo entiendo. A mí me sucede lo mismo infinidad de veces.

Me daría de hostias sin pararme a pensarlo.

Tras una ducha larga, que desentumece todos mis músculos, me visto y voy al comedor donde María me sirve un succulento desayuno, que me tomo con toda la tranquilidad del mundo.

Ojeo el periódico, y enciendo el televisor para ver el canal de noticias. Son las nueve de la mañana y los cuarenta minutos que Preston me dio, han pasado hace rato. Qué se joda. A mí ya nadie me da órdenes.

Cuando creo que puede estar suficientemente cabreado por mi tardanza, subo a la buhardilla. Hay una sala de estar, dos despachos, y todo está organizado al milímetro. Como a mi hermano le gusta. Busco a Preston. Lo encuentro sentado tras una mesa de caoba antigua, escribiendo algo en el ordenador.

—Ah, ya estás aquí.

No aparta la mirada de la pantalla para dirigirse a mí.

—Siento la tardanza—digo con sorna.

—Seguro que sí—responde con indiferencia.

Entro y paseo la mirada por el amplio despacho. Es el de Theodore. Lo sé porque no hay nada fuera de sitio. Hasta los bolígrafos están ordenados por colores. Sí, se pasa de meticuloso. Camino hasta una de las estanterías que hay a la izquierda, también de caoba, y sonrío al ver las fotografías expuestas. Hay tres. Una es un retrato en el que estamos todos. Lo hicieron nuestros padres cuando éramos pequeños.

Recuerdo que aquel día nos castigaron sin postre, a Theo y a mí, por tirar a Alison al estanque de Dover House.

Aquella broma nos salió cara. De postre había soufflé de chocolate. Nuestro favorito. En la del medio estamos los cuatro hermanos vestidos con el traje tradicional de las fiestas patronales de Dover. Qué horror. A mí me costaba la misma vida ponerme aquellas prendas. Y, por último, una imagen de mi adorable cuñada sonriendo a la cámara. Qué guapa es la condenada. Y qué buena pareja forman Theodore y ella...

—Cuando el señor se canse de inspeccionar la estancia, puede sentarse ahí para empezar a trabajar.

La sonrisa se me borra de la boca.

Preston se ha levantado y está a mi espalda, señalándome el sillón que antes ocupaba él.

¡Pardillo!

—Vaya... pero si hasta sabes ser sarcástico y todo. Cada día me sorprendes más, Preston.

—¿Podemos empezar de una vez?

—Por supuesto. Para eso he venido, ¿no? Para hacerme cargo del imperio de los James.

Pone los ojos en blanco y me da una carpeta marrón.

—Punto uno—dice—, bajo ningún concepto debes tutear a los caballeros del club a no ser que ellos te den permiso para hacerlo,

¿entendido?

—¿Esa en una de las normas del club?

—Así es.

—Entonces, ¿por qué ayer te pasaste toda la noche tuteándome si no te di permiso para que lo hicieras?

Resopla.

Chasqueo la lengua.

—Qué mal, Preston. Qué mal. Te has saltado una de las normas del club.

¿Debo castigarte por ello?

—Tómatelo en serio, ¿quieres?

—En ello estoy.

—En esa carpeta que tienes en las manos, está todo lo referente al Libertine: normas, juegos de mesa, espectáculos...

Como no tienes ni idea de qué te hablo, me gustaría repasarlos contigo, punto por punto.

—¿Y a qué esperas para ponerte a ello?

Suelta una carcajada.

Ambos tomamos asiento, yo a un lado de la mesa, y él al otro. Y durante prácticamente toda la mañana, se dedica a ponerme al día en los temas del club. Las normas: el respeto entre los miembros es primordial. Están prohibidos el uso del teléfono móvil, las plumas estilográficas y todo lo que tenga que ver con la época actual, evidentemente.

—¿Debo de suponer, que, si alguien me ofende en el Libertine, puedo lanzarle un guante a la cara y retarlo a un duelo?

—Claro, y en ese caso yo sería tu padrino, no te jode.

—Está bien saberlo. Continúa.

Pasamos a los juegos de mesa, especialmente los de cartas: Tresillo, Bésigue, Écarté, Póker... Éste último es el que más se practica y el que mayores apuestas suma. También está el Bridge, principalmente para jugar con las fulanas.

—Seguro que ellas prefieren jugar al Strip Póker, ¿me equivoco?

—En absoluto.

Tema espectáculos. En su gran mayoría, por no decir todos, son eróticos. Todos los jueves se deleita a los caballeros con una actuación: lésbica, tríos, mascaradas en pelota picada... Está el de las trillizas, que incluye subir a tres caballeros para que participen en él. Es el más popular por ser bastante explícito en cuanto al aspecto sexual se refiere. Según Preston las mujeres

son espectaculares. Tendré que verlo para opinar.

—¿Y qué me dices de las reuniones de BDSM? —pregunto con interés.

—Éstas no tienen nada que ver con el Libertine ni con sus miembros.

—¿Qué quieres decir?

—Que no es necesario ser miembro del club para acudir a ellas.

—O sea que todo el que quiera puede unirse a la fiesta, ¿es eso?

—No. Existe una página web en la red donde se cuelgan las pautas a seguir para poder participar. Ya sabes... El fin de semana que se realizará, el foro limitado a equis personas, la temática de la reunión: Bondage y Disciplina, Dominación y sumisión y Sadismo y Masoquismo. Los interesados dejan un comentario en la web y, por privado, se les facilita una contraseña para ese día.

—Joder... En cuanto a esto estoy bastante perdido, la verdad.

—¿Nunca has practicado ninguna de las siglas del BDSM? —me mira sorprendido.

—Creo que no. ¿Tú sí?

Su sonrisa de oreja a oreja lo dice todo.

Otro viciosillo más.

Hay qué joderse.

—¿Y las reuniones se hacen aquí en la casa? Porque cuando ayer me hicisteis el recorrido por ella, no vi ninguna sala adecuada para eso.

—Se hacen aquí, sí. En el sótano.

—¿En el sótano?

—Así es.

Qué cutres.

—¿Os da vergüenza y por eso lo ocultáis allí abajo? —indago con retintín.

—¿Vergüenza? Para nada. Para practicar el BDSM en este tipo de reuniones, se necesitan demasiadas cosas para andar quitando y poniendo de los salones cada dos por tres. Por eso Theodore habilitó la zona del sótano para ello. Es muy grande y no se usaba para otra cosa.

—Nunca imaginé que a mi hermano le gustaran ese tipo de prácticas sexuales.

—Te sorprenderías de la cantidad de gente a la que le gusta el BDSM.

—Supongo que no me quedará más remedio que asistir a esas reuniones para comprobarlo.

—No parece que te entusiasme la idea...

—Sinceramente, ni una pizca.

—¿Por qué no empiezas por echarle un vistazo al sótano? —sugiere.

—¿Ahora?

—¿Por qué no?

—Adelante. Llévame a ver vuestro centro de perdición.

Sus carcajadas me hacen reír a mí también.

Alucinante, es la primera palabra que me viene a la boca cuando veo lo que hay allí abajo montado. Salas espaciosas repletas de artilugios que, en su mayoría, desconozco totalmente. Como la telaraña y la tabla de Bondage; los cepos, los columpios y el potro ese que parece una tortura. En cuanto a las vitrinas que ocupan la totalidad de las paredes, sólo puedo decir: «¡Válgame Dios!». Están repletas de fustas, látigos y palas; barras separadoras, de pies y manos, infinidad de rollos de cuerda, bridas de bricolaje... Pero lo que más me llama la atención, es que todo lo que sea que se practique aquí, parece realizarse a la vista de todo el mundo. Quiero decir que, no hay puertas en las habitaciones, ni siquiera unas tenues cortinas... nada.

—¿Qué te parece?

Preston me está mirando fijamente.

—Joder, no se qué decir... —reconozco—. ¿Aquí no hay intimidad?

—Por supuesto que sí. En la parte de atrás están las habitaciones privadas para quien quiera utilizarlas. También puedes echarles un vistazo, si quieres.

—No, no, tanta información de golpe me está acojonando. Prefiero dejar el resto para otro día.

—¿Nos vamos a comer? —propone.

Asiento.

—Oye—digo mientras volvemos arriba—, ¿cuánto tiempo hace que mi hermano realiza estas reuniones y tiene esa página web?

—Desde hace casi tres años, más o menos. Pero hacer esto no fue idea de Theodore.

—¿No? —niega con la cabeza—. ¿Entonces?

—¿Él no te dijo quién era la persona que se encargaba de las reuniones? ¿No te habló de ella?

—¿Ella? ¿Es una mujer?

—Una mujer fascinante...

—¿De quién se trata?

—La conocerás muy pronto, querido Adrien. Muy pronto. Y no tengo

ninguna duda de que te sorprenderá—dice con sorna palmeándome la espalda.

¿A qué mierda ha venido eso?

CAPÍTULO 5



A los pocos días de estar en la isla, ya tengo instaurada alguna rutina en mi vida. Como, por ejemplo, el salir a correr y darme un baño cada mañana en la playa. Hacer ejercicio me sienta bien. Oxigeno la mente y elimino el estrés. Estrés que no me produce el trabajo, al contrario, éste es tan llevadero y entretenido que, si soy sincero conmigo mismo, reconozco que me gusta. Sobre todo, las noches en el Libertine. Noches tranquilas. Conociendo a caballeros inteligentes. Jugando a las cartas y asistiendo a las actuaciones. En realidad, sólo he visto una. La disfruté como un enano. Noches sin demasiados excesos. No como las que últimamente estaba teniendo en Londres donde, ir cada noche a una fiesta distinta y follar con cualquiera, se estaba volviendo una costumbre que ya me hastiaba. Desde la noche con Malena, no he vuelto a acostarme con nadie. Sorprendente tratándose de mí, sí, pero aquí no siento esa necesidad de echar un polvo cada noche.

Creo que la decisión de venirme a Ibiza una temporada, ha sido acertada. Anímicamente me encuentro mejor. Animado. Tranquilo. Relajado. De hecho, Preston dice que me ha cambiado hasta el humor. Eso sólo lo dice porque he accedido a pasar más tiempo con él y no protesto tanto. Sigo pensando que es un puto lameculos. Pero, al fin y al cabo, un lameculos que sabe hacer muy bien su trabajo y que tiene una paciencia infinita para enseñarme el manejo del club. No obstante, a la menor oportunidad que se me presenta, me meto con él. No quiero que se acostumbre al Adrien relajado.

No quiero que se acostumbre a mí. No quiero caerle bien ni que crea que algún día llegaremos a ser amigos. No me interesa. En absoluto.

Por otro lado, está mi trabajo. La página web de subastas va tan bien, que me siento orgulloso de mí mismo por haber conseguido, yo solo, sacarla adelante.

Puedo manejarla desde cualquier parte del mundo.

Siempre que tenga un ordenador y conexión a internet. Pan comido. En este momento estoy esperando un correo electrónico de un tipo que tiene

unas esmeraldas que, supuestamente, ha comprado en un país latinoamericano y que quiere subir a la web. Le he pedido que me envíe los documentos que acrediten que son auténticas, la factura de compra y alguna fotografía de calidad. No es la primera vez que intentan tomarme el pelo y timarme. Gracias a Dios, cuento con gente experta en el tema que no dudan en echarme una mano siempre que lo preciso.

El correo llega.

Las fotografías son muy buenas y las esmeraldas parecen auténticas. Aun así, decido llamar a un amigo que es perito gemológico y que trabaja para Christie's, una de las galerías más importantes del mundo. Ante la duda, mejor confiar en un profesional.

—George—saludo—, soy Adrien James—escucho con atención y sonrío—. Vaya, las noticias vuelan... Sí, estoy en Ibiza, pero no será indefinidamente... Yo siempre estoy bien,

George... Por supuesto.

Le hablo de lo que tengo entre manos.

—Perfecto. Ahora mismo te lo envío todo por correo. Quedo a la espera de tu respuesta. Gracias, George. Saluda a tu esposa de mi parte.

Le reenvío lo que he recibido y compruebo cómo van las pujas de algunas de las joyas que más me interesa vender. Siguen subiendo. Eso es muy positivo. Sacaré un buen pellizco de ese lote. No tengo ninguna duda de ello. De ahí mi interés en él. Cierro la página web y me pongo con otra cosa.

Llaman a la puerta del despacho.

Es María.

—Adrien—dice en cuanto la mando entrar—, un mensajero ha traído este sobre para ti.

—Gracias.

Cojo el sobre dorado y lo miro con curiosidad. No tengo ni la más remota idea de qué puede ser.

—María, ¿podrías traerme un café, por favor?

—Claro que sí, muchacho. Enseguida.

Me encanta esta mujer. Siempre tiene una sonrisa en la cara.

Siempre es amable conmigo. Incluso cariñosa.

El sobre viene del Lust. Es una carta de invitación para ir cuando me venga bien. Lo envía Luis. Lo conocí la noche anterior en el Libertine. Preston me lo presentó. Mi primera impresión de él es buena. Parece un buen tío. Ayer, cuando le dije que un día de estos me pasaría por el club de mi

cuñada, prometió hacerme llegar una carta de invitación lo antes posible. Es un hombre de palabra. Y haré uso de ella esta misma noche. Me apetece mucho conocer ese lugar. Además, por extraño que pueda parecer, sólo he salido de esta finca para ir al sastre, acompañado de Preston, a que me confeccione un vestuario completo de hace un par de siglos. ¡Manda huevos! Estos días he estado utilizando la ropa de Theodore.

—¿Qué es eso que miras con tanto interés?

Pongo los ojos en blanco. Ya me parecía a mí que tardaba mucho en aparecer Mary Poppins.

—Tu carta de despido—respondo.

Suelta una carcajada.

—Lo siento por ti, pero por muchas ganas que tengas de perderme de vista, vas a tener que aguantarte.

—Se supone que en estos momentos soy el jefe, puedo echarte cuando me dé la gana.

—¿Y qué ibas a hacer sin mí, Adrien?

—No tener que mirar a mi culo constantemente para comprobar lo cerca que estás de él. ¿Te parece poco?

—Mamón desagradecido—suelta con sorna.

—Ese soy yo, sí señor.

—Venga, ¿no vas a decirme de qué se trata?

Para mi desgracia, se sienta en uno de los butacones y cruza las piernas, a la espera.

No conseguiré deshacerme de él hasta que satisfaga su curiosidad.

—Es una carta de invitación para el Lust. Me la ha enviado Luis.

—¿Y cuándo piensas utilizarla?

—Esta misma noche.

—Necesitarás un seudónimo de Disney y un antifaz o máscara.

Asiento.

—Te prestaré una de las mías, en cuanto a lo del seudónimo...

—Ya tengo uno.

—¿En serio? ¿Cuál es? No, espera, no me lo digas, prefiero enterarme esta noche en el club.

—No me jodas que piensas acompañarme...

—Por supuesto. No me perdería tu primera vez en el Lust por nada del mundo.

—Dios...

—Venga, venga, no refunfuñes, aunque no lo reconozcas nunca, sé que te gusta mi compañía.

Me guiña un ojo y se pone en pie.

—Si te hace ilusión pensar eso...

—Te veo esta noche al pie de las escaleras, como siempre.

—¿Significa eso que no te veré el resto del día pululando como una tierna mariposilla a mi alrededor?

—Así es. Tengo una cita para comer y, con un poco de suerte, se alargará hasta la noche.

—Rezaré para que esa suerte no te abandone y te olvides de que existo.

—No te caerá esa breva. Pórtate bien en mi ausencia, Adrien.

Cierra la puerta tras él.

Yo sonrío a mi pesar.

Está equivocado. No disfruto de su compañía. Para nada.

El resto del día pasa rápido. Es lo que tiene estar tan ocupado, que ni siquiera tengo tiempo para pensar. Mejor así. Mi mente siempre suele viajar a lo mismo. Es agotador, frustrante y demasiado doloroso. En silencio doy gracias porque eso parezca haber pasado a un segundo plano. Quizá aquí consiga lo que no conseguí en Londres. Olvidarme de ella.

Salgo de la ducha y busco en mi armario algo que ponerme. El Lust es un club muy exclusivo y opto por un traje de tres piezas en color azul. Camisa blanca y pajarita. Cojo el reloj de pulsera de encima de la mesita y me lo pongo. Por último, me echo perfume y me paso los dedos por el pelo. Sí, me gusta acicalarme y oler bien, como a la mayoría de los mortales. Pero no me miro al espejo antes de salir para comprobar el resultado. Eso me lo dirán las miradas de las mujeres con las que me encuentre esta noche. Suelen ser más halagadoras que un trozo de cristal. Y me excitan más.

Salgo de la habitación, recorro el pasillo, bajo las escaleras y ahí está Preston. Cómo no.

—Vaya, míralo él qué guapo se ha puesto—se guasea en cuanto me ve.

Chasqueo la lengua.

—Uno de los dos tenía que hacerlo, ¿no?

—Toma.

Cojo la máscara que me da. Es negra, con ribetes plateados en las cuencas de los ojos.

—Muy masculina—mascullo con sorna.

Ríe.

—Sin duda hará que tus ojos verdes destaquen esta noche. Parecerás un felino buscando a su presa.

—Tío, no hagas eso. Me dan escalofríos escucharte hablar así. Tu hombría disminuye...

Sus carcajadas resuenan en toda la casa.

¡Será gilipollas!

En el trayecto hasta el Lust, me explica la dinámica del club. Si me gusta una mujer y deseo jugar con ella, una de dos: o la invito personalmente, si se da el caso, o bien la invito mediante un mensaje que ella recibirá, de la mano de uno de los trabajadores del club, en un sobre dorado y con la llave de la habitación que yo elija para el encuentro. Suena bien. Me gusta jugar. Además, el cuerpo esta noche me lo pide.

El club está en el centro de la isla, frente al mar. El edificio es imponente, de mármol negro y blanco. Sus letras doradas brillan. Imposible no fijarte en ellas. Llama la atención de todo el que pase por allí, lo quiera o no.

Entramos sin problema. Sólo he tenido que enseñar mi pase y listo. Por dentro es todavía más espectacular y está lleno de gente. Nunca había estado en un lugar como este. En cuanto ponemos un pie en el salón principal, según Preston el de la toma de contacto, una mujer despampanante y sonriente, se acerca a nosotros.

—Simba, cuánto tiempo sin verte por aquí. ¿Qué has estado haciendo para no dejarte ver?

Miro a un lado y a otro. ¿Quién cojones es ese?

—Bambi, estás preciosa, como siempre.

Se me escapa la risa al escuchar a Preston responder. ¿Simba? ¿En serio?

Ambos me miran.

—Desde la boda de nuestros jefes he estado muy ocupado. Gracias a nuestro querido Tarzán, ahora soy una niñera—se carcajea.

Vuelven a mirarme.

Ella con demasiado interés.

—Entonces deberías hacerte llamar Mary Poppins, no Simba—rezongo.

—Bambi, querida, te presento al hermano de Tarzán...

—Llanero Solitario—me adelanto—, ese soy yo, querida Bambi.

Ahora el que ríe es Preston.

Lo ignoro y estrecho la mano de esa monada que no aparta la mirada de

mí.

—Un placer conocerte, Llanero Solitario, espero que disfrutes de tu noche en el club.

El tono de su voz es sensual. Picante.

Me gusta.

—Gracias.

Se despide de nosotros y se aleja contoneando su hermoso trasero respingón.

Ladeo la cabeza para contemplarlo mejor.

—Ni se te ocurra—me advierte Preston.

—¿Por qué?

—Ella y Luis... ya sabes.

—O sea que esa preciosidad morena, es Mila.

—Exacto. Olvídate de ella.

—Si se acerca y se insinúa, haré lo que me plazca, Preston.

—Luis es un amigo.

—Yo no tengo amigos.

—Adrien...

—Tranquilo, Simba—dice una voz a nuestro lado—, empiezo a estar acostumbrado a verla desaparecer escaleras arriba cada noche. No es plato de buen gusto, pero no soy su dueño. Es libre de acostarse con quien le dé la gana.

—Lo siento—murmuro—. No quería...

—No pasa nada y tienes razón. Tú y yo no somos amigos, no me debes nada. ¿Una copa?

Preston me fulmina con la puta mirada antes de aceptar.

Yo me encojo de hombros.

Es lo que hay.

A partir de ahí, el ambiente entre los tres se enrarece. Sí, no me cabe duda de yo he sido el culpable, pero sólo he sido sincero. Nada más.

Nos tomamos unas copas. Ellos charlan y yo escucho. De vez en cuando me presentan a alguien que se acerca a saludarlos, en su mayoría mujeres despampanantes que buscan algo de diversión. No tengo ojos para ellas. Toda mi atención, sin que pueda evitarlo, está centrada en la monada de antes, Bambi, que no deja de revolotear a nuestro alrededor. No sé si para llamar mi atención o la de Luis. Puede que ambas. Entre ellos todo parece estar claro, al menos es lo que dan a entender. Aunque él se tensa cada vez que ella se me

acerca y, como quien no quiere la cosa, me roza o se aproxima demasiado a mi boca para hablarme. El tonto me divierte y me está poniendo muy a tono, para qué vamos a engañarnos.

Me invita a bailar y acepto. Se pega a mi cuerpo en cuanto tocamos el suelo de la pista de baile y enreda sus brazos alrededor de mi cuello. Huele de maravilla. Y su boca es muy provocadora. Hace que piense en querer devorarla, de pies a cabeza. Desliza una de sus manos por mi pecho con lentitud y suspira cerca de mis labios, mezclándose su cálido aliento con el mío. Se relame y yo me empalmo. Imposible no hacerlo. Soy un hombre, tengo sangre en las venas y, ahora mismo, muchas ganas de follar. Con ella. La música cesa y volvemos junto a Preston y Luis, que no han apartado sus ojos de nosotros. Sé lo que están pensando. Que soy un cabrón sin escrúpulos. No los culpo. A veces lo soy.

Cambiamos de salón.

Bambi desaparece.

La tensión en el ambiente se puede palpar con los ojos cerrados.

Los tres estamos incómodos, no obstante, tratamos de disimular.

Estoy apoyado en la barra, con una copa, cuando uno de los trabajadores se acerca a nosotros bandeja en mano.

—Disculpen, caballeros, traigo esta invitación para el Llanero Solitario.

Me entrega el sobre dorado, una llave y recula dos pasos, esperando una respuesta. Lo abro y leo. Sí, es de ella, de Bambi. ¿De quién si no? Me invita a jugar en la habitación de los espejos. Dice que quiere darme la bienvenida como me merezco. Levanto la vista del papel.

Preston me está fulminando con la mirada.

Luis conteniendo la respiración, con disimulo. Sufre.

El chico esperando.

Yo siento regocijo por lo que estoy a punto de hacer. Dejarlos con un palmo de narices.

Le indico al chico que se acerque.

—Dígale a la señorita que me siento muy halagado, pero que no me interesa.

Asiente. Le devuelvo la llave y se va.

—Gracias—masculla Luis.

—No somos amigos, pero jamás me acostaría con ella sabiendo lo que significa para ti.

Sin más me alejo de ellos y enfilo la salida.

Sí, la deseaba. Sí, quería follármela. Y sí, a veces soy un cabrón. Hoy no ha sido una de esas veces.

Sé demasiado bien lo que él siente cada vez que la ve con otro.

Y como lo sé...

No quiero formar parte de ese dolor.

CAPÍTULO 6



Braceo con fuerza, alejándome de la orilla. Ayer llegué a casa muy cabreado. También frustrado. Tenía ganas de echar un polvo y, por empatía y consideración, me quedé a las puertas de un buen orgasmo. Me masturbé como un poseso mientras me daba una ducha. Y me corrí como un loco en cuestión de minutos. No pensaba en la morena del Lust, que me había puesto tan cachondo. Pensaba en ella, en la pelirroja que ocupa mi mundo desde hace demasiado tiempo. Debería de pasar página de una maldita vez... Por eso sigo cabreado.

Porque cuando creo que empiezo a avanzar, de un modo u otro, ella siempre aparece.

Puta obsesión.

Cuando creo que ya he dejado toda mi mierda, entre brazada y brazada, en el mar, vuelvo a la orilla y me seco con una toalla. Resoplo con fuerza. Estoy agotado. Hoy me gustaría poder encerrarme en mi habitación y no salir de ella para nada. No estoy de humor para aguantar a nadie, y mucho menos a Preston. No tengo ninguna duda de que, mi acción de ayer, para bien o para mal, me traerá consecuencias.

Y él hará preguntas que no quiero escuchar y mucho menos contestar. Será un día complicado.

Entro en casa y voy directo a mi habitación. Me doy una ducha, me visto y voy a la cocina a por el primer café del día.

María está canturreando mientras prepara el desayuno.

—Buenos días, María—saludo.

—Pero bueno muchacho, qué manera de madrugar.

—He pasado mala noche.

Cojo una taza del armario y me sirvo el café.

—¿Se encuentra mal? ¿Está enfermo? —me mira preocupada.

—No, nada de eso.

—¿Puedo hacer algo por usted?

—María, quedamos en que me tutearías, ¿recuerdas?

—Lo siento, es la costumbre. ¿Te sirvo el desayuno?

—No tengo hambre, pero gracias. Estaré arriba en el despacho.

—Ay, muchacho, si no duermes y no comes, entonces sí que acabarás enfermando.

—Tranquila, estoy bien.

Sonrío antes de dejarla a lo suyo en la cocina.

Subo al despacho, enciendo el ordenador y, mientras espero a que cobre vida, me bebo el café. Diez minutos después, estoy enfrascado leyendo y contestando correos electrónicos.

Comprobando la puja de algunos lotes y revisando los ingresos. Todo va como debería de ir. Bien. Esta parte de mi vida es la única que parece estar centrada. Menos mal, algo es algo.

Pasadas las diez de la mañana, Preston hace su aparición.

Entra sin llamar.

—¿Es que tú nunca duermes hasta tarde? —espeta al verme.

—Tengo obligaciones que atender.

—No es para tanto.

—¿Querías algo? —inquiero borde.

—Sí, hablar contigo.

—¿De trabajo?

—No, de lo que pasó ayer en el Lust.

—Estoy muy ocupado.

—Estás tomándote un café...

Señala la taza que hay sobre la mesa y se sienta.

Bufo.

—Lo tomé hace un par de horas.

—Es igual, ya que estoy aquí, hablemos—me mira durante unos segundos—. Lo que hiciste ayer al rechazar la invitación de Bambi te honra y te deshonra a partes iguales.

No contesto.

—¿Por qué lo hiciste si te pasaste toda la noche flirteando con ella? Darle esperanzas estuvo mal.

—Y si me hubiera acostado con ella también estaría mal porque Luis es tu amigo. Lo hice y punto.

—¿Te gusta jugar con los sentimientos de las personas?

Esa pregunta me cabrea.

Toda la maldita conversación lo hace.

—¿Vas a darme una charla de moralidad, Preston? —alzo la voz—. Que yo sepa, la única persona que anoche mostraba lo que sentía realmente era Luis. ¿Con qué sentimientos se supone que he jugado? ¿Con los suyos? ¿Los de ella? ¡Dime!

—Sólo quiero comprender por qué actúas así. Nos diste a entender que estabas dispuesto a aceptar una invitación de juego, incluso a ella. Y luego la rechazaste sin más.

—Lo que demuestra que ninguno de vosotros me conoce en absoluto. ¿Nunca has estado con una mujer que te pusiera cardíaco y la polla más dura que una piedra y luego te echaras atrás sin llegar a hacer nada con ella? —se queda pensativo y la expresión de su cara cambia—. Por tu expresión y silencio diría que sí. ¿Alguien te acusó de jugar con los sentimientos de las personas después? ¿Alguien te juzgó por ello? Las cosas pasan sin más, joder.

—¿Te la hubieras follado si Luis no estuviera enamorado de ella?

—No te debo ninguna puta explicación, Preston. Ni a ti ni a nadie.

—¿Lo hubieras hecho?

Dudo en contestar, pero lo hago.

—Por supuesto que sí, no soy de piedra.

—Entonces lo hiciste por él... No aceptaste su invitación a jugar por Luis.

Nuestras miradas se encuentran.

No respondo.

Él sonrío con suficiencia.

—Si hubieras dado esa respuesta a mi primera pregunta, hubiera sobrado todo lo demás—dice poniéndose en pie—. No sé por qué te empeñas en parecer un cabrón sin escrúpulos, Adrien, no lo eres.

—¿Algo más? —inquiero con rabia.

—Sí. La próxima reunión de BDSM ya está colgada en la red desde hace una hora. Será este fin de semana. Cincuenta personas, aforo limitado. La contraseña para asistir es Apple.

—¿Manzana?

—Sí, la fruta prohibida del Edén. Entra en la web de Lady Rebel y encárgate de que los interesados reciban la contraseña. Recuerda, sólo cincuenta personas podrán asistir. Ni una más.

—¿Ahora me das órdenes?

Mi desdén es más que evidente.

—Antes dijiste que tenías obligaciones, ¿no? —asiento—. Bien, pues ésta es una de ellas. Avísame cuando el cupo esté completo.

Se va sin más.

Rechino los dientes con fuerza.

¡Gilipollas sabelotodo!

Me quedo mirando la puerta con los puños sobre la mesa, apretados. Reconozco que estas situaciones, queriendo o sin querer, las provocamos mis acciones y yo. A veces hago las cosas sin pensar. Así me va. Lo de ayer en Lust, por ejemplo: Soy un hombre activo sexualmente y me encanta que las mujeres me rondan. ¿A quién no? Sé de sobra el efecto que causo en las féminas. No, no soy un creído ni un ególatra.

Tampoco soy idiota para no ver cómo me repasan con la mirada. No soy un adefesio, joder. Por supuesto que me la hubiera tirado si no estuviera Luis de por medio. Pero lo estaba. Y no, yo no juego con los sentimientos de nadie. El que hayan jugados con los míos me hace ser empático ante estas situaciones. ¿Cómo no hacerlo?

Me froto la cara con las manos.

Estoy cansado.

Suspiro.

Demasiado cansado.

Entro en Google y busco la página de la tal Lady Rebel. Deduzco que, si es su página, ésta será la mujer que se encarga de las reuniones pervertidas.

Veamos cómo se vende milady.

Estoy en la página de inicio y ya he tragado saliva varias veces. Joder con Lady Rebel. No sé por qué, pero en cuanto he visto la fotografía de la portada, el corazón me ha palpitado con fuerza. Y la polla también. Es una imagen erótica. Atrevida. Una mujer sexy y sin cara. Sólo se ve su cuerpo del cuello hacia abajo. Está a cuatro patas sobre un diván de terciopelo granete y brocados dorados. Lleva un conjunto de ropa interior, muy sugerente y semitransparente, en color rojo. A juego con los zapatos de tacón. Joder. Ni reunión de BDSM ni hostias. Paso directamente a la galería de fotos.

¡La virgen!

Se me seca la boca al ir pasando las imágenes.

Me excito como un puto quinceañero.

Estoy tan empalmado que me duele.

No me extraña que las reuniones tengan tanto éxito. Joder, esta mujer es una bomba sexual. Cierro los ojos y cojo aire. Nunca unas fotos me habían

puesto tan cachondo. Si sigo mirando, acabaré corriéndome en los pantalones. Fijo. No, jamás me había pasado nada igual. Creo que necesito echar un polvo. Urgentemente. De esta noche no pasa. Aunque tenga que pagar por él.

Vuelvo al inicio y paso directamente al post de la maldita reunión. Ya hay más de doscientos interesados en asistir. Lógico.

Hasta yo estoy deseando ir. Y eso que no me van estas cosas; pero ver a esa mujer en acción tiene que ser una experiencia inolvidable.

Me pongo en contacto con los cincuenta primeros comentarios y les doy la contraseña. Listo.

Trabajo realizado. Salgo de la página cagando leches. Antes de que la tentación me supere y me acabe masturbando aquí en el despacho. ¡Por

Dios, que tengo treinta y tres años!

Paso el resto del día esforzándome por eliminar esas curvas pecaminosas de mi mente.

No lo consigo.

¿Consecuencias?

Cuando por la noche entro en el Libertine, estoy más caliente que la tetera de una sorda.

Me tomo una copa. Preston y algunos caballeros charlan a mi lado. No les presto la más mínima atención. Estoy demasiado ocupado buscando a Malena. Aunque en realidad no tengo ninguna preferencia. Para lo que tengo en mente me sirve cualquiera de las chicas. Para eso están allí, ¿no?

—¿Te encuentras bien?

Alzo la mirada al techo al escuchar la voz de Preston.

—Perfectamente.

—¿Seguro? Porque te noto un pelín ansioso.

—Estoy de puta madre, Preston.

—Ya.

Su sonrisa, en estos momentos, me saca de quicio.

—¿Hiciste lo que te pedí esta mañana?

Giro la cabeza para mirarlo de frente.

No contesto.

—¿Entraste en la página de Lady Rebel y diste la contraseña?

Asiento.

—¿Y qué te ha parecido?

—¿Quién?

—Lady Rebel.

—No está mal.

Suelta una carcajada.

—Me muero porque la veas en persona...

—¿Por qué?

—Ya lo verás, James. Ya lo verás.

Me da la espalda y se aleja.

Confieso que es la segunda vez que me deja intrigado con esa mujer.

Y después de ver lo que vi, estoy deseando conocerla.

La cabellera roja de Malena llama mi atención. Está en el otro extremo del salón. Le doy un trago a mi copa y la observo. Es una mujer exuberante. Hermosa. Sus tetas son espectaculares.

Y la chupa de miedo. Me acerco a ella y voy directamente al grano.

—¿Follamos?

Susurro en su oreja.

Su respuesta es poner la mano en mi paquete.

Por supuesto que va a follar conmigo.

Tiene que pagar su carrera universitaria, ¿no?

Meto la lengua en su boca en cuanto entramos en la habitación. Sabe a vodka y limón. Me gusta. Sus manos me recorren los brazos. La espalda. Y el culo. En cinco minutos ya estoy listo para empotrarla contra la pared y hundirme en ella.

No pierdo el tiempo.

Estoy demasiado caliente. Llevo así todo el puto día. Bajo los tirantes de su vestido. No lleva sujetador. Enrosco la lengua a uno de sus pezones. Lamo. Chupo. Vuelvo a lamer.

Apoya la cabeza en la pared y jadea. Sigo bajando el vestido hasta el suelo. Acaricio sus tobillos.

Las rodillas y el interior de sus muslos. Todo ello sin apartar mi mirada de la suya. Me deshago de la minúscula prenda que cubre su coño. Separo sus pliegues. Están húmedos. Calientes. Soplo sobre su clítoris y lamo de un extremo a otro. Sus piernas tiemblan. Presiono con los dientes el hinchado botón y tiro con fuerza.

Un grito escapa de su garganta. Está chorreando. Cuelo un par de dedos en su interior. Los muevo lentamente. Dentro y fuera.

Dentro y fuera. Sus gemidos me encienden. Me hierven las pelotas. Contiene la respiración cuando la vuelvo a chupar.

Está a punto de llegar. Lo noto por cómo su coño aprieta mis dedos. Con la otra mano tanteo su culo. Le meto el dedo índice y ya no le doy tregua. En medio minuto está corriéndose en mi cara mentando a Dios. Cuando los espasmos de su orgasmo cesan, me pongo en pie.

—Dios no ha hecho que te corras así, nena, ha sido un servidor.

—Ha sido brutal.

Gimotea con los ojos entrecerrados.

—Ahora es mi turno. No te muevas de ahí. Quiero follarte contra la pared.

Cojo un condón de una de las bandejas. Hay varias por toda la habitación. También hay lubricante. Hoy no lo necesitaré.

Desabrocho el cinturón y lo saco de las presillas del pantalón. Cae al suelo con un golpe seco. Al igual que los pantalones y el bóxer. Tengo la polla tiesa. Dura. En el glande brilla una gota de líquido preseminal. La cubro con la goma y voy a por mi parte.

—Un momento—me frena.

Lleva ambas manos al cuello de mi camisa y tira con fuerza. Los botones salen disparados en todas direcciones.

—Siempre he querido hacer eso—sonríe.

Chasqueo la lengua.

—Ahora me debes una camisa de doscientos euros, monada.

—Luego te volveré a coser los botones. Ahora fóllame.

Y lo hago.

Enrosco sus piernas alrededor de mi cintura y me cuelo en su interior de una firme estocada. Joder, su calor me la va a desintegrar. Me muevo con lentitud. Su cavidad es estrecha.

Eso me pone a mil. Embisto con fuerza. Una vez. Y otra. Y otra más. Hasta el fondo.

Tanto que mis testículos chocan con fuerza contra ella. ¡Oh, joder! Cierro los ojos y sigo embistiendo como un loco. Ambos gemimos. Ambos bufamos. Nuestras respiraciones agitadas se entremezclan. Estoy a punto de caramelo.

Noto el orgasmo nacer en la punta de mis pies. Ascender por mis piernas. Y explotarme en el centro del vientre. Cuando me corro gruño de satisfacción:

—¡Sí, joder, sí!

Ella me sigue poco después.

Antes de salir de ella, saco la lengua y lamo la separación entre sus tetas, su clavícula y su cuello.

—Deliciosa—ronroneo.

Lo digo en serio.

—Si vas a ser un asiduo puedo hacerte una tarifa plana—dice mientras se viste.

—¿Como con los teléfonos móviles? —me guaseo.

—Algo así.

—Me lo pensaré.

Le guiño un ojo y entro en el baño para limpiarme.

Cuando vuelvo a salir, ya no está.

Me pongo el bóxer y recojo el resto de mis cosas con una mano. Compruebo que no haya nada más mío por ahí y salgo de la habitación. Subo las escaleras silbando. No hay nada mejor que un buen polvo para quitar el estrés. Sonrío.

Estoy pletórico. Relajado. Incluso animado. Sí, me siento bien. Muy bien, de hecho. Parece que las cosas están cambiando.

Sigo silbando.

Entro en la cocina, a oscuras. Dejo el pantalón y el cinturón sobre la encimera de mármol. Abro la nevera y cojo la jarra de agua.

—¿Una buena noche?

Esa voz...

Un escalofrío recorre mi espina dorsal.

El corazón se me paraliza.

No puede ser...

Me giro rezando porque sea una alucinación.

No lo es.

La jarra resbala de mis manos y se estrella contra el suelo.

¿Qué puta broma es esta?

CAPÍTULO 7



Estoy paralizado.

Ni siquiera soy capaz de pronunciar palabra.

Ella, la persona que lo ha sido todo para mí desde que tengo uso de razón; la que me hizo creer en cuentos de hadas y finales felices; la que destrozó mi mundo de golpe y porrazo, sin importarle nada más que las putas normas de las familias ilustres y adineradas, está sentada en uno de los taburetes, tomándose una copa de vino. Tan tranquila. Sin apartar sus ojos de los míos. Joder, ya han pasado tres años de toda esa mierda y sigue teniendo el poder de hacerme sentir vulnerable. Débil. Hundido. Traicionado.

Enamorado...

—Tal parece que hayas visto un fantasma, Adrien.

Su voz, antaño dulce como una caricia, ahora suena fría, impersonal. Vacía.

—¿Qué haces aquí, Caitlin? —consigo pronunciar al fin.

—Podría hacerte la misma pregunta.

Alza la copa y bebe, despacio. Desvió la mirada al movimiento que hace su cuello al tragar, recordando al instante las veces que hundí la nariz en él y me perdí en su olor.

—¿Qué haces aquí? —repito.

—Trabajo. ¿Y tú?

—Theodore está de luna de miel.

—¿La oveja descarriada ha vuelto al redil?

El roce de su lengua al limpiar una gota de vino de sus labios, tras volver a beber, me deja sin aliento. Si cierro los ojos, soy capaz de sentir ese roce por toda mi piel.

Me da un escalofrío.

—No hay ningún redil al que a la oveja le interese volver.

—¿Ninguno?

—No.

Chasquea la lengua.

—Lástima.

La miro fijamente.

No sé a qué mierda viene eso, la verdad.

—Es lo que hay.

Me encojo de hombros y me muevo con cuidado de no pisar ningún cristal. Entonces me doy cuenta de que estoy prácticamente desnudo: en bóxer, con la camisa abierta y los zapatos puestos. El agua de la jarra chorrea por mis piernas... Dios, qué imagen tan nefasta para estar delante de ella, joder.

Me siento patético. Aquí, de esta guisa, mientras ella está espectacular. Con su pelo rojizo cayendo sobre sus hombros; el maquillaje immaculado... Sigue siendo ella y, a la vez, parece una persona completamente distinta. Es por esa indiferencia que muestra cuando está cerca de mí. Con Theodore no es así. Ahora él es su mejor amigo. Un lugar que ocupé yo la mayor parte de mi vida. Ella eligió.

Inhalo con fuerza.

—Te ayudaré a recoger esto—se ofrece poniéndose en pie.

Camina hacia mí.

¡Mierda!

No me había fijado en que su cuerpo sólo está cubierto por una camiseta y unos shorts minúsculos. ¿Está en pijama o esa es una nueva moda londinense? Da igual, está para comérsela enterita. Paseo la vista por sus esbeltas piernas, sus muslos torneados y sus hermosas caderas. Joder.

—¡No te acerques! —gruño.

—Adrien...

—Por favor—suplico.

Temo mi debilidad si la tengo demasiado cerca. Temo mi reacción al sentir un mínimo contacto con su piel. Temo que escuche los desenfundados latidos de mi corazón. Y temo ceder a mis impulsos y que se aleje si intento acariciarla.

Me temo a mí mismo, joder.

—No seas orgulloso y deja que te eche una mano—insiste.

—He dicho que no te acerques—mascullo con los dientes apretados.

Pone los ojos en blanco.

—Te estás comportando como un...

—No te quiero cerca de mí, ¿lo entiendes? Aún dueles demasiado.

—Ya ha pasado mucho tiempo, Adrien, deberías...

—Lo intento cada día, Caitlin. Cada puto día de mi vida.

Traga saliva y asiente.

—Mejor me voy a mi habitación.

Sí, eso, que se vaya a su habitación y me deje en paz de una...

Un momento... ¿Ha dicho su habitación? ¡¿Su habitación?! «No me jodas, hombre», refunfuño mirando al techo.

—¿No había un hotel en el que alojarte?

—Me quedo aquí siempre que vengo a trabajar a la Isla. Es un acuerdo al que he llegado con Theo hace tiempo.

—Genial.

—Sí, como en los viejos tiempos, ¿verdad?

La fulmino con la mirada.

—Vale, eso sobraba. Lo siento. Buenas noches.

—Lo eran... —murmuro para mí.

Hace nada me sentía pletórico.

Ahora me siento abatido.

Furioso.

Me concentro en respirar.

En esto momento pagaría por no sentir absolutamente nada.

Recojo el desastre que ha ocasionado su presencia, mis prendas de encima de la encimera y me voy a mi cuarto.

No entiendo qué hace aquí ni a qué ha venido a Ibiza. Supuestamente regenta uno de los hoteles de su padre en Londres y, que yo sepa, el señor Smith no está pensando en ampliar sus horizontes empresariales. No recuerdo haber escuchado nada al respecto en las reuniones familiares de Clover House. De ser así, mi padre lo sabría. Tiene acciones en su empresa.

¿Qué me estoy perdiendo?

Tras darme una ducha, me tumbo en la cama y me enfrento a un duelo a muerte con mi mente: ella se empeña en recordar, y yo, sólo en olvidar. Dura batalla si uno de nosotros no tiene las suficientes fuerzas para luchar. Juro que lo intento; pero son tantas cosas...

Es una vida entera, joder.

Al final gana la mente. Y me quedo dormido en los imaginarios brazos de una mujer que en otro tiempo se desvivía por mí. Yo sigo desviviéndome por ella.

Aunque no quiera.

Aunque duela.

A la mañana siguiente, a pesar de que me despierto pronto, no tengo ninguna prisa por levantarme y remoloneo un buen rato en la cama. Sí, puede que esté haciendo tiempo para no encontrarme a alguien que no quiero ver por el pasillo. ¿Cobardía? No, yo prefiero llamarlo precaución. Luego, cuando finalmente me levanto, me doy una ducha, me visto y voy al comedor a desayunar. Ella está allí, tomando un café mientras ojea el periódico.

—Buenos días, Adrien—saluda en cuanto entro.

—Caitlin.

Me sirvo un zumo de naranja y me siento en el otro extremo de la mesa. Al rato, María deja a mi lado unas tostadas untadas con tomate natural y un café solo.

—Buenos días, muchacho—sonríe—, hoy tienes mejor aspecto que ayer.

—Pues no será por lo que ha dormido... —masculla ella.

La ignoro totalmente.

—Gracias, María.

—Buen provecho. Si necesitan algo más, estoy en la cocina.

—Gracias—repito.

Ambos comemos en un silencio bastante incómodo, la verdad. Pero he decidido actuar como si ella no estuviera. Sería una tontería entablar una conversación que en realidad no quiero mantener. Ni siquiera por cortesía.

—¿Qué planes tienes para hoy, Adrien?

Por lo visto ella no piensa lo mismo.

—Evitarte a ti, principalmente.

Nuestras miradas se cruzan. La suya por encima del periódico. La mía de frente.

—Qué pena.

—Sí, estoy a punto de echarme a llorar—rezongo.

Otra vez silencio.

Me como las tostadas, bebo el café, me limpio con la servilleta y me pongo en pie. Cuando estoy llegando a la puerta, entra Preston.

Mira su reloj de muñeca y luego me mira a mí.

—¿Estás enfermo? —indaga.

—No que yo sepa.

—¿Seguro? Porque hoy no has salido a hacer ejercicio por la playa y sigues aquí en el comedor a las nueve y media de la mañana—sonríe—. Debes de tener fiebre, tío. O puede que Malena te diera ayer un buen meneo y

te dejara para el arrastre.

—Puede ser.

—¿Te tomas un café conmigo? Hay algo que te quiero comentar.

—No. Si quieres hablarme de algo, sube al despacho. ¿Me dejas pasar?

En cuanto me muevo para salir, ve a Caitlin.

—Hola, preciosa, ¿cuándo has llegado?

No me quedo a escuchar, ya sé la respuesta.

En el despacho intento concentrarme al máximo en mis quehaceres: revisar el correo y contestar los más importantes; revisar algunos asuntos de mi web, las subastas y solicitudes. También llamo a George para saber si ya tiene lo que le pedí: el informe perital de las esmeraldas. Hablamos durante unos minutos. Todo está en orden, las piedras son auténticas. Me despido, hablo con el propietario de éstas y preparo la subasta. No tardará mucho en empezar la puja. Bien.

Preston entra sin llamar. Como siempre. Esta manía suya empieza a tocarme los cojones. Mucho. O puede que simplemente hoy no esté por la labor de soportar ciertas cosas.

—Deja de hacer eso—le digo.

—¿El qué?

—Entrar en mi despacho como Pedro por tu casa.

—No es tu despacho, es el de Theodore, y cuando él está no es necesario que llame a la puerta.

—¿Lo ves por alguna parte?

Hago un gesto con la mano señalando la estancia.

—No.

—Exacto. Él no está aquí. Yo ocupo su lugar. Y quiero que llames a la puta puerta antes de entrar. ¿Te queda claro?

—Oye, tener sexo te sienta fatal, tío. Siempre estás más borde de lo habitual después de practicarlos.

—¿Sabías que ella iba a venir?

—¿Malena? Por supuesto, viene todas las noches.

—Malena no. Caitlin.

—Ah, ella. Sí, claro que lo sabía.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Debería?

—¿Tú qué crees?

Sonríe.

—¿No te gustan las sorpresas, Adrien?
Su retintín me molesta.
—Odio las sorpresas.
—Tenía entendido que erais los mejores amigos.
—Lo éramos...
—¿Y qué ha cambiado?
—Que aceptó casarse con mi hermano.
—¿En serio?
Mierda, no me puedo creer que haya dicho eso en voz alta.
—No me jodas que estabas enamorado de ella por aquel entonces.
—Lárgate—lo interrumpo.
—Joder, ¡sigues enamorado! —grita—. Eso sí que no me lo esperaba...
—murmura sorprendido.
Se queda pensativo.
Y yo empiezo a perder la paciencia.
—Escucha, ella está aquí porque...
—No me interesa.
—Si sigues enamorado de ella y odias las sorpresas, tienes que saber que...
—Punto uno—lo interrumpo—: no estoy enamorado de ella. Punto dos: me importa una mierda qué hace aquí. Y punto tres: o sales ahora mismo del despacho o te saco yo de una patada en los huevos, Preston. Tú decides.
—No seas tozudo y déjame hablar.
—¡Que te largues! —bramo.
Alza las manos.
—Está bien, como quieras. Lo he intentado, luego no me vengas pidiendo explicaciones porque no te las voy a dar, cabezota.
—Me doy por advertido. ¡Fuera!
—No bajas al sótano, van a ensayar el pase de este fin de semana y necesitan privacidad—dice antes de salir por la puerta.
«Como si tuviera algún interés en bajar al puto sótano», pienso resoplando.
No puede ser que ayer por la noche estuviera pensando que las cosas parecían cambiar y que hoy vuelva a encontrarme en la casilla de salida. No puede ser que algo que pasó hace tres años siga haciéndome sentir de esta manera; que siga sintiendo esta agonía cuando la tengo cerca. No, no puede ser que su sola presencia siga gobernando mi mundo cuando, por decisión

propia, ya no pertenece a él.

Se acabó.

Estoy hartito.

Merezco ser feliz.

CAPÍTULO 8



Me centro en ignorarla todo el tiempo y evitarla. Cuanto menos la veo, más llevadera se me hace su estancia aquí. La verdad es que tampoco ella se deja ver mucho que digamos.

Por el día es como si la tierra se la tragara. O puede que, al igual que yo, sólo esté evitándome porque está claro que, cuando los dos nos encontramos en la misma habitación, hay demasiada tensión. También cabe la posibilidad de que, lo que sea que haga en la isla, la tenga demasiado ocupada. Gracias a Dios.

A veces, cuando estoy haciendo ejercicio en la playa, la veo asomada al balcón de su cuarto, observándome. Y, cuando por las noches subo del Libertine, suele estar tomando una copa de vino en la cocina. He dejado de entrar en esa estancia a ciertas horas. Verla escasa de ropa, me nubla los sentidos.

Demasiada tentación para este pobre diablo. Lo sé, en lugar de parecer que me esfuerzo en ignorarla, da la sensación de que hago todo lo contrario. Pero para mí es un esfuerzo muy grande. Si me dejara llevar, no me despegaría de ella con tal de tenerla un poco más cerca. Sueño patético, ¿verdad? En lo que respecta a Caitlin no tengo dudas. Lo soy.

Debo esforzarme más.

Por otro lado, la conversación mantenida con Preston hace un par de días en el despacho, es como si no hubiera tenido lugar.

Él no ha mencionado ésta y, evidentemente, yo tampoco. Nos limitamos a hablar de trabajo y compartir algún que otro momento en el club. Siempre rodeados de caballeros que se divierten con nuestras pullas.

Me encanta meterme con él. Y a él no parece importarle demasiado. A veces entra al trapo.

Otras, suelta una carcajada y me ignora. Es un buen tío. Cada día que pasa, me cae mejor. Aunque si me preguntan, lo negaré rotundamente.

Llaman a la puerta.

Es él.

—¿Puedo pasar?

Sonrío.

—Adelante.

—¿A qué viene esa sonrisita?

—Viene a que no parece que te haya costado mucho cambiar la costumbre de entrar sin llamar.

—Aprecio demasiado mis pelotas como para perderlas por esa nimiedad. ¿Estás muy ocupado?

—No mucho. De hecho, estaba pensando en tomarme la tarde libre. ¿Qué ocurre?

—Necesito que me eches una mano en el sótano.

—¿En el sótano? —asiente—. ¿No se suponía que no debíamos bajar porque estaban ensayando no sé qué?

—Sí. Pero como ha llegado el pedido para la reunión y no tengo quién me ayude, te necesito.

—¿Y no molestaremos?

—No hay nadie abajo. Nada de ensayos el día antes de la reunión, esa es la norma. Así tanto Lady Rebel como su sumiso estarán descansados para el pase de mañana por la noche.

—¿Lady Rebel está aquí?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Llegó hace unos días.

—¿Y por qué cojones no me lo dijiste?

—Quise hacerlo y tú no quisiste escucharme.

Me quedo pensativo.

No recuerdo tal cosa.

—Estás ansioso por conocerla, ¿eh? —se guasea.

—Para nada.

Se ríe.

—Tío, mientes fatal.

—Siento curiosidad, eso es todo.

—Lo que tú digas... ¿Vas a echarme una mano o no?

—La verdad es que preferiría no hacerlo.

—Vamos, hombre, no seas mamón y mueve el culo.

—Lo digo en serio, Preston.

—Y yo también, James.

Nuestras miradas se cruzan.

Apoya las manos en las caderas.

Yo me reclino en el asiento.

Pasan unos minutos.

Resoplo.

—Está bien—accedo finalmente—, tú ganas.

Su risa me irrita.

—Eres un blando, James.

No respondo.

Tiene razón.

Empiezo a perder mis facultades de cabrón.

Lo sigo escaleras abajo, hasta el sótano. Me asombra lo que han hecho aquí abajo en apenas unos días. Lo primero que llama mi atención, es el letrero con la palabra Edén que está sobre la puerta. Es negro con las letras en neón azul. Muy llamativo. Algunas de las paredes, de ladrillo visto, están cubiertas de ramas y hojas de árboles. Manzanas, rojas y brillantes, cuelgan de las vigas del techo. Las hay por todas partes. Hay una fuente de piedra en el centro del salón principal. Está rodeada de divanes de terciopelo granate. Y hay montones de cojines, del mismo color, esparcidos por todo el suelo.

—¿A qué viene este cambio? —pregunto.

—Es nuestro jardín del Edén particular, ¿te gusta?

—No está mal. ¿Transformáis el sótano para cada reunión?

—No siempre.

Todo está impoluto. No parece que haya nada que hacer por aquí.

—¿Y bien?

Lo miro esperando que me diga qué hacemos.

—¿Ves ese montón de cajas de ahí?

Asiento.

—Pues tenemos que moverlas al almacén.

—¿Por qué no lo han hecho los del servicio de paquetería?

—Porque son unos listos. Si no estás pendiente de ellos, las dejan en cualquier parte y se escaquean. Como hoy.

—Eso se soluciona poniendo una queja en la empresa. Para eso se les paga, ¿no?

—Sí.

Me quito la chaqueta. Desabrocho los puños de la camisa y me remango hasta los codos. Durante más de media hora, nos dedicamos a cambiar de

sitio las cajas y a ordenarlas en el almacén.

—¿Y ahora?

—Ahora tienes que rellenar las fuentes con los condones por tamaño, colores y sabores.

—¿Me estás vacilando?

—No. Los tienes en ese armario de ahí.

—Venga ya, no me jodas, hombre.

Sus carcajadas hacen eco en las paredes.

—Eres un gilipollas, Preston.

Sigue riéndose.

—Tenías que haber visto la cara que se te ha puesto.

Lo fulmino con la mirada y cojo la chaqueta.

—Vamos, anda, te invito a comer—dice palmeándome la espalda.

Mucho más tarde, mientras me preparo para correrme mi primera juerga en Ibiza, el Libertine no abre la noche antes, ni durante el fin de semana a una reunión, me doy cuenta de lo cómodo que empiezo a estar en compañía de Preston. Me ha llevado a comer a un restaurante barco, en el puerto. Y después me ha enseñado parte de la isla.

No hemos discutido. No nos hemos burlado el uno del otro. Joder. ¿Qué me está pasando? ¿Dónde está el mamón que hay en mí? Al final acabaré apreciando a ese lameculos entrometido. Tiempo al tiempo.

Me paso la camiseta por la cabeza. Abrocho los pantalones vaqueros y me calzo. Por último, me paso los dedos por el pelo, para peinarme. Cojo del armario la cazadora de cuero y salgo de la habitación. De encima del taquillón del pasillo, cojo las llaves del coche de Theo. Bajo las escaleras silbando. Me encuentro animado. Levanto la mirada y ahí está Preston. Me freno en seco.

—¿Ibas a salir de fiesta sin mí? —espeta molesto.

—Esa era la idea, sí.

—Me parece fatal, tío.

—Oye, empiezas a parecer una pareja bastante molesta, Preston. Tú y yo no estamos saliendo. No estás mal, pero no eres mi tipo. Ya sabes, prefiero las mujeres.

—No digas gilipolleces, a ti también te faltan atributos para que puedas interesarme. No conoces a nadie aquí y...

—No te preocupes por eso. Cuando quiero puedo ser bastante sociable. No me costará divertirme sin tenerte pegado a mi culo todo el tiempo.

—Me voy contigo. No vaya a ser que te metas en algún lío y Theodore se cabree conmigo.

—Ni hablar. Hoy ya te he dedicado demasiado tiempo.

Camino en dirección a la puerta, pero él se interpone en mi camino.

—Entonces te seguiré y haré que tu noche de fiesta sea un calvario. Tú decides, James.

—Me estás tocando muy mucho las pelotas...

—¿Os vais?

Esa voz...

Cierro los ojos y resoplo.

—Adrien y yo vamos a quemar la noche ibicenca, ¿te apuntas, Caitlin?

¡Me cago en toda su casta! ¡Este tío aprecia muy poco sus dientes!

—Suenan interesantes, pero no quiero molestar.

No me giro cuando habla.

Está justo detrás de mí. Lo noto por el cosquilleo que me acaba de recorrer la espalda. No quiero verla.

—No molestas, ¿verdad, Adrien? —pregunta con retintín, dándome un codazo.

Inhalo con fuerza. ¿Había dicho que este zoquete me caía bien? Pues lo retiro. Es un puto entrometido al que voy a patearle el culo hasta Londres.

—¿Adrien? —insiste.

Lo miro con furia y, finalmente, me giro, pero no la miro.

Una de dos, o hago de tripas corazón, al igual que cuando coincidimos en Clover House, y soporto también su compañía, o vuelvo sobre mis pasos y me encierro en mi habitación como si fuera un niño.

«Indiferencia, Adrien. Indiferencia», me digo.

—Está claro que a Adrien le molesta mi presencia, Arthur, mejor lo dejamos para otro momento—masculla con desdén.

Ahora sí la miro.

Sonrío.

—Sólo me molestan las cosas importantes. Tú no eres una de esas cosas, Caitlin. Ya no.

Nos taladramos con la mirada.

Preston carraspea para llamar nuestra atención.

—¿Nos vamos entonces?

—Por supuesto—dice sin apartar sus ojos de los míos—. Ahora más que nunca me apetece esta salida.

—Iremos al Vogue—propone Preston, abriendo la puerta—. Es un pub muy selecto y exclusivo que te va a encantar, Adrien.

—No, mejor vayamos al Cubano.

—¿Al Cubano? —pregunto, curioso.

—Sí, vayamos a bailar salsa, James, como en los viejos tiempos.

—Ya nada es como en los viejos tiempos, Caitlin.

—Ya veremos...

Me guiña el ojo y se sube al coche.

Empiezo a arrepentirme de no haberme comportado como un niño.

El Cubano es un pub de salsa. Está en la otra punta de la isla. Es grande, colorido y tiene música en directo. En el centro hay una pista de baile. Está hasta los topes. Hace un calor de mil demonios. Eso, o es que estoy demasiado tenso.

Nos acercamos a la barra. El camarero saluda a Preston con un apretón de manos. A Caitlin le da un par de besos en las mejillas. Yo opto por hacerle un gesto con la cabeza. Piden unos mojitos. El primer sorbo, me provoca un escalofrío.

Hubo un tiempo en el que ella y yo hacíamos esto mismo tres o cuatro veces al mes. A ambos nos gustaba bailar este tipo de música. Bebíamos unos cuantos de estos y, después, al acabar la noche...

—Estás muy pensativo—me susurra al oído.

Su aliento cálido cosquillea en mi cuello.

Me aparto.

Ella ríe.

Me bebo el mojito de un trago y pido otro. Bien cargado. Vuelvo a vaciar el vaso sin respirar.

Pido más.

Se pega a mi costado, rozándome el brazo con sus pechos cada vez que se mueve. Erizándome el vello de la nuca con cada movimiento. Trago saliva. El calor que desprende su cuerpo me hace contener el aliento. Joder, estoy incómodo.

Demasiados recuerdos... Busco a Preston. Es mi vía de escape. Habla con una morena que se lo está comiendo con la mirada. ¡Genial! Solo ante el puto peligro. Me centro en respirar. Algo que me cuesta realizar con normalidad teniéndola tan cerca. Bebo y respiro. Es lo único que soy capaz de hacer.

—Baila conmigo, Adrien.

La miro.

Dios, es tan hermosa que estaría contemplándola sin pestañear hasta que los ojos se me cayeran al suelo.

Contonea su trasero contra mi pierna.

—Vamos... —suplica.

—No.

Me giro en la dirección contraria y me alejo de ella.

—¡Cobarde! —grita entre carcajadas.

De dos zancadas vuelvo a estar frente a ella. Mi cara a dos centímetros de la suya. Mi boca a nada de beberme su aliento.

Su respiración se acelera.

—Estás jugando con fuego, Caitlin—murmuro entre dientes.

—Y a qué tienes miedo, ¿a quemarte?

Me mira con provocación.

Sus labios están tan cerca que...

—Lo deseas tanto como yo, Adrien.

Tiene razón. Lo deseo con tanta intensidad que duele.

Sólo tendría que adelantar un milímetro la cabeza para que nuestras salivas se mezclaran. Para que nuestras lenguas se enredaran...

—¿Por qué me haces esto? —mascullo.

Sus ojos brillan.

—Porque yo...

—¿Otro mojito, chicos?

Ambos nos giramos hacia la voz de Preston, que nos mira sonriente.

—¿He interrumpido algo?

—Nada que no podamos terminar en otro momento, ¿verdad, Adrien?
Como en los viejos tiempos—responde burlona.

—Qué te jodan—digo con rabia.

Dejo el vaso encima de la barra y desaparezco.

No permitiré que vuelva a jugar conmigo ni con mis sentimientos.

Jamás.

CAPÍTULO 9



Lo sé. He sido un maleducado y un grosero. No entiendo a qué han venido sus insinuaciones. Por un momento creí que eran ciertas. Que el anhelo y el deseo en su mirada eran reales.

Los míos lo eran. Cien por cien. Muy a mi pesar. ¿Cómo no serlo si sigo estando loco por ella? Aún tengo el corazón acelerado por esas provocaciones. Aún se me corta el aliento por sus contoneos. Podría haber entrado en su juego. Dejarme llevar. Seguirle el rollo y ver hasta dónde era capaz de llegar.

Pero la sensación de que se estaba burlando de mí ha podido con todas esas ganas, mis sentimientos y mi buena educación.

Entro en casa y subo las escaleras de dos en dos. Voy directo al salón. A la vitrina donde se guardan los licores. Cojo una botella de whisky y me sirvo dos dedos en un vaso. Me lo bebo de un trago. No es suficiente para calmarme. Estoy furioso. Mucho. Con ella, por seguir teniendo tanto poder sobre mí. Y conmigo mismo por permitirlo. Soy imbécil.

Quizá, si me bebo todo el líquido de la botella, consiga caer inconsciente y no pensar. No lo hago. Emborracharme no es la puta solución. Pero sí vuelvo a verter otro buen chorro en el mismo vaso. Esta vez con hielo.

Me siento en uno de los butacones, cerca de la ventana.

En penumbra. Cierro los ojos. Me duele la cabeza. Llevo el vaso con su contenido a la frente. Lo dejo ahí un rato, presionando. El frío me alivia un poco la presión. Inhalo hondo. Varias veces. Empiezo a pensar que el destino, o lo que sea, está jugando conmigo.

Me fui de Londres por un único motivo. Y ese motivo me ha seguido hasta aquí. O puede que haya sido yo el que me haya colado, sin querer, en su vida. Sin saberlo.

Al fin y al cabo, es ella la que tiene una habitación propia aquí. Un trabajo y amigos. ¿Debo marcharme? ¿Poner tierra de por medio, otra vez? ¿Huir de esos lazos, invisibles, que parecen empeñados en unirnos en un mismo lugar, a pesar de todo? Puede que la única manera de terminar con

todo esto sea enfrentándolo de una maldita vez. Dejar de evitarla. De ignorarla. Dejar que las cosas sigan su curso y ver qué pasa, a dónde nos llevan. Intentar ser su amigo de nuevo... Lo pienso y me entra angustia. ¿Eso es lo que quiero?

¿De verdad? No. En absoluto. No tengo fuerzas para eso. Pero está claro que no se trata de lo que yo quiera. De lo contrario, nada de los últimos tres años hubiera sucedido. No habría dolor. Rencor. Despecho. No habría normas protocolarias arcaicas... Y sí un amor puro. Limpio. Hermoso. Correspondido... Vuelvo a suspirar. Esta vez con más fuerza.

Tengo que resignarme y aceptar. Sólo eso.

Parece ser que es lo único que me queda.

Lo demás ya lo he intentado todo y aquí estoy.

En el mismo punto de partida.

La tensión va desapareciendo y me relajo.

Abro los ojos, lentamente. Sin querer me he quedado dormido. No me extraña, estoy agotado. Aunque pesa más el agotamiento mental que el físico. El vaso de whisky no está en mi mano. Qué extraño, no recuerdo haberlo dejado sobre la mesa, que es donde ahora descansa. Un leve movimiento, a la derecha, llama mi atención. No estoy solo en el salón. Ella está ahí, de pie, observándome. Tan tranquila. Su pelo, del color del fuego, descansa sobre sus hombros. Gracioso. Se ha desabrochado un par de botones de esa camisa tan sexy y entallada que lleva. El encaje de un sujetador negro asoma por la abertura. La falda, recta y ajustada, moldea sus perfectas piernas. Le llega por encima de la rodilla. Es una mujer increíble. Preciosa.

Nuestras miradas se encuentran.

Sonríe.

—Lo siento, no quería despertarte—dice.

—No lo has hecho.

Me incorporo un poco y apoyo los codos en las rodillas.

—¿Llevas mucho tiempo ahí? —señalo el lugar donde se encuentra.

—Quince minutos... Quizá veinte. Te vi de camino a mi habitación y no pude evitar entrar. Se te veía tan a gusto... tan cómodo.

—Lo estaba.

—El vaso estaba inclinado en tu mano. Te lo quité y lo dejé sobre la mesa.

—Gracias. ¿Y llevas todo este tiempo contemplándome? —asiente—. ¿Por qué?

—Siempre me ha gustado mirarte. ¿Cómo desaprovechar la oportunidad de hacerlo a capricho mientras dormías? —se encoge de hombros.

—A mí también me gusta mirarte—confieso.

Da un paso hacia mí.

—Lo sé. Hace unos minutos me has dado un buen repaso. Igual que yo a ti.

Da otro paso más.

No sé lo que pretende, pero pienso averiguarlo.

—Mírate, eres un hombre tan atractivo... Siempre me han fascinado tus ojos verdes... El tacto de tu piel... suave... caliente...

Un último paso y ya está rozando mis piernas con las suyas.

Mi corazón pega un brinco.

Alzo la cabeza para mirarla.

—Luego está esa barba de días, tan informal... Te hace parecer un poco canalla... Un chico malote—estira la mano y me acaricia la mejilla.

El corazón pasa de brincar a galopar, directamente.

Se sube la falda hasta la cintura y se sienta a horcadas sobre mí.

Me acaricia el pelo. La frente. La nariz... Los labios.

No se lo impido.

Estoy demasiado idiotizado sintiendo lo que me producen sus caricias. Demasiado pasmado enredado en sus ojos.

Ahora la que parece saltar eufórica es mi polla.

—Soy un chico malote—murmuro con la respiración entrecortada.

—No lo eres. Ambos lo sabemos.

—He cambiado mucho, Caitlin.

—Yo también. Para bien o para mal, todo ha cambiado, Adrien.

Coge mis manos, las lleva a sus muslos y las deja ahí.

—Tócame—suplica.

La miro sin saber qué hacer. Joder, tengo tanto miedo...

—Tócame—repite.

—Caitlin, los dos hemos bebido mucho esta noche y...

—Sí, pero no tanto como para no saber que esto es lo que quiero, Adrien... ¿Y tú?

Mi respuesta es inclinarla hacia mí y hundir la cara en su cuello.

Todas las dudas desaparecen.

Todos los miedos se van a la mierda.

Estoy en casa.

Ella es mi casa.

Inhalo profundamente su olor. Ese que siempre me ha embriagado. El que consigue que me cosquillee el cuerpo y me tiemblen las piernas. Es un olor dulce. Picante. Especial. Muy suyo. La acaricio con la nariz y ríe. Tiene cosquillas en esa zona de su cuerpo. Siempre las ha tenido. Saco la lengua y lamo con lentitud. También adoro su sabor. Me vuelve loco.

Es tan excitante...

Jadea.

Ahueco su cara con mis manos y la miro a los ojos, intensamente. Los suyos empiezan a estar nublados por el deseo. Los míos siempre lo están cuando se trata de ella. Bajo la mirada a su boca, hambriento. Goloso.

Empiezo con besos lentos. Entreabriendo sus labios con la lengua. Tanteándola. Sus manos se enroscan en mi nuca y me tira del pelo. Las ansias de saborearla y sentirla son inmensas. Inexplicables con unas pocas palabras. El vello de la nuca se me eriza. La sangre en las venas se vuelve gasolina incendiada por una boca que he anhelado demasiado tiempo.

Nuestras lenguas se enredan en un baile lento. Cadencioso. Me muerde el labio inferior. Gruño. La aprieto más contra mí.

Quiero que note lo duro que me pone. Que sienta el calor que ya emana de mi polla. Gemimos al contacto de nuestros sexos. Y eso que estamos aún con la ropa puesta... Nos balanceamos. Adelante y atrás. Adelante y atrás... lentamente. Mirándonos a los ojos.

Es mi puto mundo entero, joder.

Lleva las manos a su camisa. La freno antes de que la desabroche por completo.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres, Caitlin? —pregunto contra sus labios.

—En mi vida he estado más segura de algo, Adrien. En mi vida— susurra.

—Entonces continuemos en mi habitación, Preston puede llegar en cualquier momento y vernos.

—No me importa.

—Pero a mí sí.

Con ella enroscada a mi cintura, y mis manos apretando sus nalgas, me incorporo y vamos a mi habitación.

Cierro la puerta con el pie y camino hacia la enorme cama. La dejo a los pies de ésta y la beso. Con ansia. Enfebrecido. Necesitado del contacto de

nuestras lenguas. De nuestras pieles... Desabrocho el resto de los botones de su camisa y la dejo caer al suelo. A continuación, el sujetador. Y así hasta que está completamente desnuda frente a mí.

Dios, es tan hermosa... Tan perfecta...

Acaricio con los ojos cada parte de su cuerpo. Con las manos, sus pechos. Con la lengua, los erguidos pezones. Chupo. Lamo. Saboreo... Una y otra vez. Chupo. Lamo. Saboreo. Podría correrme sólo con esto. Lo juro. Pero no lo haré. Ya que estamos, la disfrutaré de todas las maneras posibles.

—Desnúdame—ruego.

Y lo hace.

Me pasa la camiseta por encima de la cabeza, arañándome la piel en su recorrido. Tiemblo. Se inclina y me lame el estómago. Ascende hacia las tetillas. Los pezones... Deja un sendero de saliva, húmedo y caliente, por mi cuerpo, quemándome. Sus manos bajan al botón de los vaqueros.

Contengo la respiración al notar la presión de sus dedos en la polla. Joder. Esta mujer me mata. Los desliza por mis piernas, hasta los tobillos. Me deshago de ellos con una patada. El bóxer va detrás. Ahora ya no hay nada que se interponga entre nosotros.

Nos contemplamos con gula.

Uno de mis dos pecados capitales favoritos tratándose de ella.

El otro es la lujuria.

—Ven aquí... —susurro acercándola a mí.

La cojo en brazos y la deposito sobre la cama. El pelo esparcido por la almohada. Los ojos brillantes. Los labios húmedos e hinchados. Completamente desnuda y dispuesta para mí. La imagen más exquisita que mis ojos han tenido el placer de ver en su puta vida.

Acaricio con parsimonia su cuerpo. Todo él. De pies a cabeza. Deleitándome con la suavidad de su textura. El calor abrasador de su tacto. De los gemidos quedos que se escapan de sus labios.

Le separo las piernas y me inclino para saborearla. Rozo cada pliegue con la lengua, separándolos con mis dedos. Se retuerce y jadea.

Presiono el clítoris con el pulgar y luego lo muerdo. Alza las caderas y me coge del pelo, con fuerza. Instándome a continuar.

Lo hago insertando dos dedos en su resbaladizo interior. Moviéndolos al ritmo de mi lengua, que sigue chupando y lamiendo, famélica. Tengo un dolor de pelotas impresionante. Sus caderas, mi lengua y mis dedos, marcan un ritmo frenético. Ella se alza y yo presiono su sexo. Cuando está a punto de

correrse freno.

Sonrío.

—Aún no es el momento, pequeña—digo con picardía.

—No me llamabas así desde...

—Shhh, no digas nada. No es el momento y las palabras sobran.

Abro más sus piernas, sujetando uno de sus muslos.

Con la mano libre sostengo mi polla cerca de su entrada y la restriego con suavidad, sin llegar a entrar en ella. La tengo muy dura. Duele. Ella está empapada de sus fluidos. Me gustaría que al terminar también lo estuviera de los míos. Eso es algo que de momento no puede ser; por eso, antes de caer en la tentación, busco un preservativo en el cajón de la mesita y me lo pongo. Presiono con la punta su cavidad y me introduzco, poco a poco. Disfrutando, con la boca abierta y los ojos cerrados, este maravilloso momento. Me muevo y, oh Dios, lo que siento es mágico. Sublime. Matador.

Jadeamos al unísono.

—Adrien... por favor—suplica.

Me dejo de miramientos y me hundo en ella de una estocada. Fuerte. Firme. Clava los codos en el colchón y se inclina para mirarme.

—Dámelo todo, joder—demanda.

Y lo hago.

Embestidas rápidas. Posesivas. Hondas. Una y otra vez. Sin descanso. Hasta el fondo. Tanto, que rozo ese punto que a ella siempre la enloquece. El que hace que grite mi nombre cuando se corre como una posesa con los talones clavados en mi culo. La sigo pocos segundos después, vaciándome por completo. Entre espasmos y gemidos que no podemos controlar.

Me dejo caer sobre ella e inhalo con fuerza en su cuello.

—Te he echado de menos, pequeña.

—Y yo a ti, grandullón.

Nos cubro con la sábana.

Hoy dormiré abrazado a ella.

Mañana Dios dirá.

CAPÍTULO 10



Cuando me despierto, varias horas más tarde, estoy solo en la cama.

Por un momento, creo que todo ha sido un sueño. Uno maravilloso y placentero. Pero no. La sensación de plenitud aún permanece en mí. Y no creo que haya nada que consiga borrar la sonrisa que ahora mismo luzco. Es imposible. Si me parase a pensarlo, reconocería que ambos hemos cometido una locura. No quiero hacerlo y estropear el momento.

Haberla tenido de nuevo en mis brazos, ha sido inexplicable. Indescriptible. ¡Bendita locura!

Al final ella tuvo razón.

La noche terminó como en los viejos tiempos.

Enredados entre las sábanas, disfrutándonos.

Sonríó pensando en nuestro último polvo, antes de que amaneciera. Lo sorprendido que me dejó.

Ella nunca fue una mujer a la que le gustara llevar las riendas durante el sexo. Al contrario. Si tuviera que definirla, diría que era una mujer más bien sumisa. Complaciente. Por supuesto que participaba en todo. Siempre fue muy receptiva.

Le gustaba y disfrutaba del sexo como todo ser humano, simplemente se dejaba llevar. Guiar. En cambio, esta madrugada... joder, sólo le faltó darme unos buenos azotes. Azotes que en ese momento no hubiera rechazado, ni loco.

Estaba tan obnubilado por la imagen que tenía sobre mí, que creo que lo hubiera permitido todo. Dios, qué forma más salvaje de cabalgarme. De comerme. Provocarme... Me empalmo evocando la imagen de mi polla en su boca. Del momento en que unió sus tetas para que me las follara y el exabrupto que se me escapó: «la hostia puta, Caitlin», casi grité.

Metó la mano entre las sábanas y me tocó.

Arriba y abajo.

No puedo evitarlo.

Cierro los ojos y escucho su voz dándome órdenes: «No te muevas».

«Tócame ahora». «Muérdeme los pezones». «Fóllame duro, Adrien. Muy duro».

Aumento la velocidad y la presión de mi mano.

La punta de la polla me late.

También están sus amenazas por no poder estarme quieto, como ordenó: «me masturbaré delante de ti y no podrás tocarme». «No dejaré que te corras cuando te la chupe». «Te dejaré con tantas ganas de mí, que te dolerán las pelotas durante días, Adrien». Evidentemente, me quedé paralizado. Ya me dolían las pelotas y no quería quedarme con las ganas.

Presiono un poco más.

Jadeo.

Estoy a punto de correrme.

Muevo la mano, más rápido. En cuestión de segundos tengo un orgasmo intenso y alucinante.

Gruño satisfecho.

Me limpio con las toallitas de papel que cojo de la mesita y me recuesto de nuevo.

No mintió cuando la noche anterior dijo que ella también había cambiado. No, no lo hizo. Y tengo que confesar que esta nueva Caitlin me pone aún más. Dios, se ha vuelto tan exigente. Tan mandona. Tan malhablada. Tan dominan...

¡Un momento!

Me incorporo de golpe, alucinado por lo que creo que acabo de descubrir.

¡Ella está aquí por la reunión de BDSM! ¡Ella es una de las personas que puso un comentario en la página de Lady Rebel! ¡Me cago en la puta! ¿Cómo pude estar tan ciego como para no darme cuenta?

«Estás tan centrado en tus mierdas, Adrien, que no ves más allá de tus putas narices, joder», me grito a mí mismo.

¡No me lo puedo creer!

¿Cuándo empezó a sentir ella interés por este mundo? Seguro que fue durante su compromiso con mi hermano. Seguro que fue él quien la introdujo en el pervertido mundo del BDSM. Sí, todo cuadra.

Estoy pasmado.

«Y a ti qué más te da—me digo en voz alta—. No es tu puto problema. Cada uno hace con su vida lo que le dé la real gana».

«Sí—continuo con mi diálogo particular—, pero tengo derecho a

mostrarme sorprendido. Muy sorprendido, de hecho».

«Pero no escandalizado, que tú tampoco eres ningún santo».

¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!

Sacudo la cabeza con fuerza.

Esta noche saldré de dudas.

Más tarde, después de darme una ducha y vestirme, me dirijo a la cocina a por un café.

—Buenos días, María—saludo al entrar.

—Buenos días, muchacho, hoy sí que se te han pegado las sábanas.

—Eso parece.

Me sirvo el café.

—¿No va a desayunar?

—Es un poco tarde para eso.

—No diga tonterías. La señorita Caitlin está en el comedor, vaya que enseguida le llevo algo.

—Tutéame, María. Cuando me tratas de usted me haces sentir viejo.

—Es la costumbre, joven. Siempre se me olvida. Anda, vete al comedor. Ahora mismo te llevo un trozo de bizcocho que acabo de sacar del horno.

Sonrío.

—Está bien.

Mientras voy hacia allí, me debato si preguntarle o no a Caitlin el tema del BDSM. Decido no hacerlo. Por muchas ganas que tenga de saber, ella no me debe ninguna explicación. Punto.

Me quedo parado en la puerta cuando la veo. Está ojeando el periódico. Como siempre. Una taza de café humea a su lado derecho. Un plato de fruta, a medio comer, al otro.

Lleva unos vaqueros y una camiseta de tirantes. El pelo recogido en una trenza. Sencilla. Preciosa. El estómago me cosquillea. «Sigues pillado hasta las trancas, colega», pienso.

—Hola—digo acercándome a la mesa, risueño.

Alza la vista y me mira de soslayo.

—Adrien.

Enarco una ceja. ¿Eso es todo? ¿No merezco nada más que una tibia mirada y una triste palabra?

—¿Has dormido bien? —pregunto.

—Perfectamente, gracias.

Me tenso.

María entra con el bizcocho y un zumo de naranja. Lo deja frente a mí.

—¿Le traigo otro café, señorita Caitlin?

—No María, muchas gracias.

—Buen provecho, muchacho—me dice sonriente antes de dejarnos solos.

Como en silencio durante unos minutos. Ella ni siquiera se digna a volver a mirarme. No cabrearme está resultando una ardua tarea, la verdad. No entiendo a qué viene este cambio de actitud. ¿Formará parte de la nueva Caitlin? Puede ser... Cuento hasta cien. Hasta doscientos... Hacerlo siempre ha sido un buen método para calmarme.

Bebo el café, sin apartar la mirada de ella.

Trescientos...

Miro el reloj.

Trescientos cincuenta...

Carraspeo.

Cuatrocientos...

—¿No vamos a hablar de lo que pasó anoche? —inquiero finalmente.

Consigo que cierre el periódico y me mire.

¡Al fin!

—No veo por qué—responde escueta.

—Hemos pasado la noche juntos, Caitlin.

—¿Y? ¿Hablas con todas las mujeres con las que te acuestas, de ello, al día siguiente?

Su actitud indiferente me hace daño.

—No conozco a la mayoría de las mujeres con las que follo, en cambio contigo tengo un pasado.

—El pasado, pasado está, Adrien. Déjalo ahí.

—No puede creer que, después de todo lo vivido juntos, acostarnos no haya significado nada para ti, Caitlin.

—Yo no he dicho eso.

—¿Entonces?

Espero durante unos minutos, eternos, a que responda.

—Mira, ahora soy una persona distinta, en todo. No tengo nada que ver con la mujer que conociste tiempo atrás.

Me he vuelto egoísta y mi principal prioridad soy yo misma.

—Yo también he cambiado.

—No, tú no has cambiado, Adrien, haces lo que haces porque te hice

daño, por despecho. Sigues anclado a un pasado del que yo ya he pasado página. Al que no quiero volver. En mi vida no hay espacio para lo convencional, lo clásico... Ahora veo la vida, mi vida, de otra forma. La vivo a mi manera. Sin normas... sin ataduras... Hago lo que me da la gana, cuando me la gana, donde me da la gana y con quien me da la gana. No quiero volver a hacerte daño.

—Que yo sepa sólo he preguntado si hablaríamos de lo de anoche. No te he pedido explicaciones...

—No, pero lo harás.

—Estás muy segura de ello.

—Te conozco, Adrien, y aunque ahora vayas por la vida de libertino, acostándote con unas y con otras, en el fondo sigues siendo un hombre convencional que rechaza ciertas cosas.

—Puede que te sorprenda.

Ríe.

—Si lo haces, entonces estaré dispuesta a hablarte de lo que significó para mí lo de anoche.

Se pone en pie y se dirige a la puerta.

—Si con todo esto querías advertirme de que serás una de las personas que encontraré esta noche en la reunión de BDSM, ya lo sabía.

Se gira y me mira extrañada.

—¿Lo sabes?

—Sí.

—Preston me dijo que no tenías ni idea.

—Y estaba en lo cierto, no la tenía. Pero tras la demostración dominante que he tenido el gusto de padecer en mis carnes hace unas horas, por tu parte, he llegado a la conclusión de que eras una de las cincuenta personas que dejó un comentario en la página de Lady Rebel para asistir a la reunión.

—Ya veo...

—Y no me importa, Caitlin—aseguro.

—Yo soy la reunión, Adrien, todo gira en torno a mí. Por eso me gusta este mundo. Puede que hoy no te importe, pero apuesto a que para mañana habrás cambiado de opinión.

—¿Qué quieres decir?

—Lo entenderás en cuanto cruces las puertas del Edén.

Sale del comedor sin darme tiempo a seguir indagando. No ha negado que esté aquí por la reunión. Al contrario. Por sus palabras, ésta es importante

para ella. ¿Por qué? Ni puta idea.

Tampoco me dijo qué significó para ella acostarse conmigo; en cambio, sí afirmó no querer volver a hacerme daño.

No se preocuparía de eso si no le importara, ¿verdad? Entonces, ¿aún siente algo por mí? Suponiendo que lo haya hecho alguna vez, claro.

Me llevo las manos a la cara con desesperación.

Estoy confuso e intrigado, a partes iguales.

No entiendo absolutamente nada. Y como no tengo ganas de volverme loco en el intento de encontrar algún sentido a todo esto, elijo no seguir pensando y esperar a ver qué me depara la noche. Puede que el Edén me dé las respuestas que estoy buscando.

Paso el resto del día enfrascado en mi web y, más tarde, tumbado en la playa leyendo un libro. Relajado. Tranquilo. Sí, tranquilo. Mi miedo al verla esta mañana era que se hubiera arrepentido. Incluso que estuviera enfadada por dejarse llevar por un calentón. Sí, he dicho calentón. Después de nuestra charla de esta mañana, tengo claro que eso es lo que ha sido. Y no tengo ningún problema con ello. Puede venir a follarme siempre que se le apetezca. Estaré totalmente dispuesto para ella. Cero compromisos. Sólo sexo. Es lo que parece querer, ¿no? Pues yo no tengo ningún problema en dárselo.

Vale, lo admito, sigo un poco molesto.

—Te veo muy relajado...

Preston sale de la nada y se sienta en una tumbona, a mi lado.

—Es porque lo estoy.

—¿Tienes ganas de que llegue la noche y puedas acudir a tu primera reunión de BDSM?

—Estoy impaciente. ¿No se me nota?

—No mucho, la verdad.

—Siempre he disimulado muy bien.

—Me estás vacilando, ¿verdad?

—Dios me libre...

—Mamón.

Saca una cerveza de la nevera portátil que hay junto a mí, la abre, le da un buen sorbo y se recuesta. Ambos miramos al mar, en silencio. Permanecemos así durante algunos minutos.

—¿Qué voy a encontrarme cuando traspase las puertas del Edén, Preston?

—A un grupo de personas dispuestas a disfrutar del sexo sin límites.

Sexo pervertido. Salvaje. Voyerismo. Sadomasoquismo. Dominación. Sumisión. Todo consensuado.

—¿Ella también?

Me mira sorprendido por la pregunta.

—Sí, ella también—murmura.

Asiento.

—¿Debo vestir de alguna forma en particular?

—No, puedes vestirme como quieras siempre y cuando sea de color negro. También puedes ir desnudo. O con un peto de esos de látex que...

—Vete a la mierda.

—Lo digo en serio.

—Y yo también.

Opto por unos vaqueros negros, con rotos en las rodillas y en el muslo. Una camiseta negra, con cuello de pico. Y las converse. Total, para lo que voy a hacer allí abajo, estoy divino de la muerte. Me peino el pelo con los dedos, me echo perfume y salgo de la habitación.

Preston está esperándome al pie de la escalera.

Hoy le he pedido que lo hiciera.

Mentiría si dijera que no estoy nervioso. O que no tengo miedo a lo que pueda encontrarme.

Bajamos al sótano y nos acercamos a la puerta.

Me tiemblan las piernas.

Cojo aire y lo expulso lentamente.

—Adrien—dice Preston antes de entrar—, una vez que traspases estas puertas, puedes encontrarte de todo. Mantén la mente abierta y piensa que todo está permitido.

—Lo intentaré.

Las puertas del Edén se abren.

«Bienvenido al jardín pervertido», me digo a mí mismo dando un paso adelante.

CAPÍTULO 11



Cruzo la puerta y me quedo ahí, sin atreverme a dar un paso más. Las luces son de un rojo intenso. Todo se ve de ese color. Excepto los atuendos de las personas que distingo desde aquí.

La música que sale de los altavoces es una mezcla de AC/DC y algún otro grupo de rock. No la aprecio bien. Estoy demasiado concentrado en usar las retinas, no los oídos.

—¿Quieres que te dé un empujoncito, o prefieres que te lleve de la mano?

La guasa de Preston no me hace ni puta gracia.

Lo taladro con la mirada y alza las manos.

—Está bien. Tómame tu tiempo. Entiendo que esto es nuevo para ti.

—Muy amable—murmuro irónico.

Trago saliva y empiezo a recorrer, lentamente, el sótano.

Hay varias personas apoyadas en la barra, tomándose algo.

Departiendo entre ellos. Supongo que conociéndose. O intercambiando experiencias. Las escasas prendas que cubren sus cuerpos son de látex. Negro y rojo. Esos son los colores que predominan. En sólo un minuto, veo más culos de tío que en toda mi vida. El sentido del ridículo brilla por su ausencia.

Está claro. Imagino que, sentir vergüenza en estas reuniones está de más. Llevo quince minutos aquí dentro y ya estoy pasándolas canutas. Tengo la sensación de que, al igual que yo lo observo todo y a todos con demasiada atención, también están haciendo lo mismo conmigo. Sí, noto sus pupilas curiosas sobre mí. Se preguntarán de qué mundo he salido para parecer tan fuera de lugar. No me importa. Es la verdad.

Este no es mi sitio. Lo sé por la cara de espanto que debo de haber puesto al ver un grupo de parejas alrededor de la fuente de piedra. No es para menos.

—Dime que eso no significa que usan a esas personas como mascotas—digo en tono bajo a Preston.

—¿Lo dices por el collar que rodea sus cuellos y la correa?

—¿Tú qué crees?

—Son sumisos y sumisas. Evidentemente, el que porta la correa en la mano, es el dominante. Practican el sadomasoquismo. Y esa es la manera de dejar claro que esas personas les pertenecen.

—¿Les pertenecen? —pregunto incrédulo.

—Así es. Han firmado un acuerdo de obediencia y sometimiento.

—Joder. ¿Eso significa que no pueden interactuar con el resto de los

presentes? —niega con la cabeza—. ¿Por eso están mirando al suelo?

—Exacto. Así es la sumisión. Aceptas todo lo que te impongan. Se supone que, si lo hacen, es porque les gusta sentirse dominados. No deben mirar, ni hablar con nadie a no ser que el amo, o dominante, se lo ordene. Incluido con él mismo.

Sólo de pensar en ello, me dan escalofríos.

—Alucinante—mascullo.

Rodeo la fuente. En el otro lado, hay dos chicas practicando sexo oral. Hacen un perfecto sesenta y nueve. Creo que eso me pone. Al menos me ha parecido que mi polla daba señales de vida. Unos tíos se la menean mientras las observan. Sus caras son de puro éxtasis. ¡Dios!

Sigo caminando y observando, atentamente. Temiendo encontrarme con ella. Con su mirada. O peor aún, con su cuerpo desnudo gozando de las caricias de otro.

No sé cuál sería mi reacción si eso sucediera.

Me llama la atención ver a una mujer atada de pies y manos a un butacón. Lleva un conjunto de ropa interior de encaje negro. El rostro cubierto con un pañuelo de seda rojo. Muy sexy. Totalmente expuesta. Junto a ella, un hombre sujeto por los tobillos, a una barra de metal, jadea. Una rubia se la está chupando a la vez que le mete un dedo por el culo. Parece muy concentrada en la tarea. Y sin ninguna duda él lo disfruta.

¡Mierda!

Se me empieza a poner dura y no quiero, joder.

—Eso es Bondage. Una práctica erótica basada en la inmovilización del cuerpo de una persona. Estar atado de pies y manos a merced de alguien en quien confías, es muy excitante.

—No me jodas, Preston.

—No juzgues algo que nunca has probado, Adrien. Podrías sorprenderte de la cantidad de sensaciones que uno siente siendo sometido. Saber que sólo tienes que relajarte y disfrutar, es algo inexplicable.

—O sea que eres un sumiso.

—Soy ambas cosas. Según el humor que tenga.

Silbo.

—Empiezas a acojonarme.

Se ríe.

—Aún te queda mucho por ver.

—Espero que una de esas cosas no sea verte doblado sobre ese artilugio

tan raro mientras te azotan—digo señalando un poco más allá.

Suelta una carcajada.

—Ese artilugio, como tú lo llamas, es un potro sexual. Se utiliza para facilitar la práctica de algunas de las posturas del Kamasutra. No lo rechaces a la ligera, James, es absolutamente fascinante.

Gritos jadeantes me hacen volver la vista atrás. No me había fijado en la chica que cuelga de unas cuerdas, del techo. Excepto por el antifaz, está desnuda.

De los pezones, cuelgan una especie de pinzas unidas a una cadena de la que un tío, del tamaño de un armario de tres puertas, tira con saña. Aprieto los dientes. Eso debe de doler lo suyo.

La dinámica de lo que está haciendo, me hace contener la respiración. Azota con un látigo su espalda y su culo. Tira de la cadena, varias veces, e inserta un par de dedos en su interior. Ella se arquea. Grita y jadea.

Joder.

—Es placer lo que siente, no dolor—asegura Preston.

—Eso parece... Aunque si alguien me hiciera algo así... —gruño.

—Todo lo que ves a tu alrededor, se basa en la confianza y el respeto. Sin esas dos cosas, es imposible disfrutar. También está la experiencia de la persona a la que te sometes. Ésta, debe darte tranquilidad. Mimarte. Cuidarte. Al fin y al cabo, es un intercambio. Tú le das lo que ella desea, y recibes sus atenciones y el mayor de los goces. Te diría que no fueras un mojigato y probaras la experiencia, pero, por tu cara, deduzco que me darías un puñetazo. Aunque si me guío por el bulto de tus pantalones... —se encoge de hombros.

—Deja de mirarme la polla, ¿quieres? No soy de piedra.

Mira el reloj y sonrío.

—¿Qué pasa, tienes prisa? —pregunto con sorna.

—No.

—¿Entonces?

—Es la hora del espectáculo.

—¿Más?

—Ya te dije que aún te quedaba mucho por ver, James.

De repente, las luces bajan más de intensidad, hasta casi apagarse por completo. La gente se mueve hacia la pared del fondo. Parecen entusiasmados. Ansiosos. Tanto que, las felaciones, los azotes y cualquier práctica sexual, quedan a medias. En un segundo plano. Eso hace crecer mi

curiosidad.

¿Qué cojones pasa? Un solo cañón de luz enfoca esa pared. Todo el mundo se apela ahí, justo enfrente. Expectantes.

—¿No vas a decirme de qué se trata? —indago.

—¿Cómo? ¿Y perderme tu reacción? ¡Ni de coña!

La música cambia. Ahora suena I Feel You, de Julia Nails. Conozco esta canción porque es una de las muchas que escucha mi hermano Theodore.

Siento un escalofrío.

Uno que se intensifica con cada paso que doy en esa dirección. Como si presintiera que lo que voy a ver, no va a gustarme.

Un hombre, moreno, grande como un guerrero vikingo, con un cuerpo impresionante, está sujeto a una cruz de San Andrés. No soy tan ignorante en el tema como para no saber qué tipo de artilugio es ese. Tenemos uno en el museo de Londres. Está desnudo. Sólo cubren su cuerpo las ataduras de sus muñecas y tobillos. Tiene la mirada clavada en el suelo. Su respiración es tranquila. Profunda. Está relajado. Achico los ojos y me fijo mejor. Conozco a ese tío. Lo he visto entrar aquí en la casa alguna vez. Preguntando por Caitlin.

El vello de la nuca se me eriza.

Cuando la canción está a punto de terminar, el cañón de luz se apaga, sumiéndonos en la oscuridad.

Me tensó.

Los acordes de Black Celebration, de Depeche Mode, suenan a todo volumen.

Los murmullos de la gente, a mi alrededor, se hacen menos audibles. Alguien silba. Alguien grita: «¡déjate ver milady!». Entonces, como si Dios dijera: hágase la luz, ésta vuelve con todo su esplendor y enfoca a un solo punto. Uno ocupado por una mujer, de espaldas, que no logro ver bien.

Aplausos y vítores.

La puesta en escena es alucinante.

Estoy nervioso. Impaciente.

Las palmas de las manos me sudan.

La luz del cañón pasa de casi blanca, a azul. De azul, a verde. De verde, a morado. De morado, a rojo. Y ahí se queda, en ese color que me hace creer que más bien estoy en el infierno y no en el paraíso.

Centro la mirada en la mujer y otro escalofrío me recorre de pies a cabeza. Sigue de espaldas. En la mano porta algo que no sé qué es. Lleva una

falda larga, hasta los pies, de color negro. Llena de capas y capas. Como las que usaban las damas de la época victoriana. También lleva un pequeño sombrero. No distingo más. La luz no me deja apreciar bien el resto de su indumentaria.

Todo se ha quedado en silencio. Sólo se escucha el sonido de la música. La misma canción una y otra vez. En bucle. Tengo que reconocer que, para lo que creo que estoy a punto de presenciar, la banda sonora es cojonuda.

Lady Rebel se mueve. Sí, al fin estoy ante esa mujer que ha conseguido hacerme sentir como un quinceañero con las imágenes de su página web. Camina hacia el tipo y se planta frente a él. Abre la mano. De ella cuelga un látigo de siete colas, de un rojo brillante. Parece seda, creo.

—Mírame—ordena alto y claro.

Esa voz...

Esa voz consigue colapsar el aire en mis pulmones.

Esa voz consigue que el corazón detenga sus latidos.

¡No puede ser...! Ella no... Pero lo es. ¡Vaya que si lo es!

Me quedo pasmado cuando al fin se gira.

Su cara está parcialmente cubierta por una pequeña redecilla que sale del sombrero. Un corpiño de encaje, negro y rojo cubre su torso. El escote de éste es profundo. Roza los pezones. No hay tela que cubra sus esbeltas piernas. No es una lady. Es una cortesana. Una meretriz.

Se me tensa todo el cuerpo.

La mandíbula se me descuelga, rozando casi el suelo.

Aprieto los puños, con fuerza, a los costados.

¿Qué cojones...?

Trato de coger aire. Creo que me está dando un ataque de algo. Puede que, de ansiedad, o rabia. O ambas. No lo tengo claro. Sólo sé que no puedo respirar. Que tengo el estómago tan encogido, que parece haber desaparecido. Que tengo la boca seca. Y que quiero partirle las piernas a alguien. Inevitablemente busco a Preston, que sigue a mi lado, observándome. ¡Qué hijo de puta! ¡Qué hijo de la gran puta!

Aprieto los dientes, hasta que crujen.

—He dicho que me mires—ordena de nuevo.

Y lo hago.

Como si esa orden me fuera dada a mí.

Nuestros ojos se encuentran.

Inclina la cabeza, a modo de saludo, y se gira.

A partir de ahí, se desarrolla una escena frente a mí que me hipnotiza. Me tiene tan fascinado y horrorizado a la vez que, aunque no quiera, no puedo dejar de mirar. Debo de ser un perverso. O un puto masoquista, ya que estamos...

Ver cómo acaricia el cuerpo de ese tío, duele. Ver cómo besa otros labios, duele. Ver cómo lame una polla que no es la mía, y disfrutarlo, duele. Ver cómo se relame, y gime de gusto, me hace añicos. Me destroza. Me mata. En cambio, ver cómo golpea ese cuerpo, una y otra vez, con el látigo, me llena de satisfacción.

Soy gilipollas.

La ira me ciega.

Hiperventilo.

Tengo que salir de aquí, o cometeré una locura.

Preston comete la estupidez de cruzarse en mi camino, en mi huida. Gruño, poseído por la furia y le doy un fuerte empujón. Se cae al suelo. Lo cojo por el cuello, con una mano, y lo levanto. Lo acerco a mí. Su cara se contrae. Le estoy haciendo daño. ¡Qué se joda!

—¡Eres un maldito cabrón! —bramo.

Me golpea una y otra vez para que lo suelte.

—Intenté decírtelo y no quisiste escuchar, James. Ahora no pidas explicaciones.

Tose cuando libero su cuello de mi agarre.

—Has disfrutado con esto, ¿verdad, Preston?

No responde.

—¡Qué te jodan a ti y a ella! ¡Qué os jodan a todos!

Salgo de allí sin volver la vista atrás. Subo las escaleras de tres en tres y recorro el pasillo a grandes zancadas. Salgo por la puerta de atrás y corro hacia la playa. Una vez allí, apoyo las manos en las rodillas y vomito. También lloro. De dolor. De rabia. De impotencia...

Estoy hundido.

Destrozado.

CAPÍTULO 12



No sé cuánto tiempo llevo aquí fuera. No tengo ni idea de si han pasado segundos, minutos u horas. Tampoco soy consciente de haber vuelto a entrar en la casa. Y mucho menos de haber cogido una botella de whisky, que ya casi me he bebido, sentado en una tumbona. Es lo que tiene estar ciego de ira. Que pierdo la razón y no sé ni lo que hago. Sólo sé que soy un idiota. Un imbécil. Un ciego. Todas las señales estaban ahí y no las vi. O puede que no haya querido verlas. Ahora recuerdo perfectamente que, el día que hablé con mi hermano y acepté su propuesta, él ya quiso decirme quién era la persona que se encargaba de las reuniones de BDSM.

—En realidad hay una cosa más que deberías saber... —me dijo—. Dos fines de semana al mes, en el Libertine se hacen reuniones de BDSM, y la persona que se encarga de ello es...

No le escuché. Me reí a carcajadas en su cara al saber de su faceta perversa.

Él insistió:

—El caso es que, dentro de unas semanas, se hará una exhibición de esa práctica sexual, una muy importante y que mueve a mucha gente, en el Libertine. Y la persona que lleva ese asunto es...

Seguí sin prestarle atención. Fui irónico y me burlé de él.

Preston también lo intentó. Fue al día siguiente de llegar Caitlin. Cuando hablamos en el despacho y se me escapó que ella y yo ya no éramos amigos porque aceptó casarse con mi hermano. Se quedó pensativo. Ahora tengo claro que dudando si hablar o no. Al final lo hizo. Más bien, lo dicho anteriormente, lo intentó. Pero, de nuevo hice oídos sordos.

—Escucha, ella está aquí porque...

—No me interesa—dije.

—Si sigues enamorado de ella y odias las sorpresas, tienes que saber que...

Suspiro hondo y cierro los ojos. Al hacerlo, el retazo de otra conversación me hace gruñir:

—Yo soy la reunión, Adrien, todo gira en torno a mí. Por eso me gusta este mundo. Puede que hoy no te importe, pero apuesto a que para mañana habrás cambiado de opinión.

Joder, me dan ganas de gritar.

Con un poco de tiempo que le hubiera dedicado a atar cabos y a sumar dos más dos, bastaba. Pero he estado tan centrado regodeándome en mis mierdas; tan centrado en lo que me hacía sentir teniéndola aquí, que no lo vi venir. Así que no, no puedo culparlos cuando, el único culpable de mi ceguera he sido yo mismo. Aun así, estoy tan furioso... No porque ella sea Lady Rebel. Ella eligió hace tres años y su decisión la ha llevado a esto. Algo que, como he podido comprobar con mis propios ojos, y dicho por ella misma, le apasiona. Todo gira en torno a ella. Hoy he sido testigo de ello. Hasta mi vida lo sigue haciendo, joder. Por lo que estoy furioso es por haber sido su hazmerreír. Por saber, ahora, que tanto ella como Preston, estaban pendientes de mi reacción.

Como si fuese un puto experimento. ¿Qué esperaban ver? ¿Qué querían comprobar con ello? ¿Que sigo enamorado de ella? Joder, ya he dicho que sí por activa y por pasiva. Creo que, con sólo observarme cuando estoy cerca de ella, basta para darse cuenta de lo que siento. Nunca he tratado de disimularlo ni de negarlo. O puede que sí y como nunca lo consigo...

Lo que han hecho me ha parecido cruel y macabro.

No creo que pueda perdonarlos nunca.

Cada vez que cierro los ojos, vuelvo a ver las imágenes una y otra vez: los latigazos y las caricias; sus labios rodeando otra polla; las caras de satisfacción de ambos... «¿Qué has hecho con tu vida, pequeña?». «¿Por qué este cambio en ti?».

«¿Quién te introdujo en este mundo?». ¿Y por qué te sientes tan poderosa en él?». «No entiendo tu cambio...». Y juro que no lo entiendo, de verdad. Me gustaría hacerle todas esas preguntas a la cara, para tratar de hacerlo. Tengo miedo a sus respuestas. Soy un cobarde.

Ahora soy consciente de que sigo enamorado de una mujer que ya no existe. Una mujer que desconozco. Una mujer que se ha convertido en la antítesis de lo que era. Que tenía razón cuando dijo que había pasado página. Que el pasado, pasado era y que jamás regresaría a él. Que jamás regresaría a mí. Y sé el porqué. Porque, muy a mi pesar, sigo siendo un hombre convencional. Un hombre que no soportaría ver a su mujer haciendo algo como lo que ella hizo hoy. Un hombre posesivo. Lo suyo, suyo, y de nadie

más. Ese soy yo. Todo un puto cavernícola, sí. Gruño. Debería de darme vergüenza...

Acercó el morro de la botella a la boca y bebo casi hasta la última gota.

Decididamente, el mundo del BDSM no está hecho para mí. Si antes no llamaba mi atención, ahora mucho menos. No creo que pueda sobrellevar otra noche como la de hoy.

Y definitivamente, Caitlin no es para mí. Primero nos separaron las normas protocolarias de las familias ilustres. Y ahora un mundo que no detesto, pero que tampoco comparto.

«Adrien James, ahora sí que estás jodido», me digo.

Me recuesto en la tumbona. Estoy borracho y todo me da vueltas. No creo ni que sea capaz de ponerme en pie. Tendré que dormir aquí fuera, a la intemperie. Menos mal que no hace ni gota de frío. Estamos en verano. No me gusta beber hasta perder el control. Hoy ha sido una excepción. Merecía poder anestesiarme después de lo vivido. Lo malo es que el alcohol sólo ayuda a mitigar el dolor de las heridas, no a curarlas. Y mucho menos a cicatrizarlas.

—Ah, aquí estás... Llevo un buen rato buscándote.

—Lárgate... Preston.

Joder, sí que estoy perjudicado. La lengua me tropieza contra el paladar al hablar.

—Genial, estás borracho.

—Qué observador...

—Has armado una buena ahí abajo. Caitlin está preocupada, y yo también.

—Podéis iros a la mierda los dos. Juntitos. Como buenos colegas.

—¿No crees que tu reacción ha sido un poco exagerada? ¡Casi me asfixias, joder!

—Exagerada... ya... ¿Sabes? Tienes suerte de que aún tengas tus lindos dientes intactos.

—Estoy hablando en serio, Adrien.

—¿Acaso te parece que yo estoy de broma?

Hago ademán de incorporarme. No lo consigo. El cuerpo me pesa como si fuera plomo.

Él resopla y se sienta a mi lado, cabizbajo.

—De todas las reacciones posibles, juro que no pensé en esta. Estaba seguro de que te sorprendería verla, pero no que quisieras matarme.

Enfoco bien la mirada para verle la cara. Está borrosa.

—Deja de moverte, ¿quieres? Me estás mareando.

Ríe.

—Ya estabas mareado antes de que yo llegara. ¿Qué mierda has bebido para estar así?

Levanto la mano, y con ella la botella vacía.

—¿En serio te has tomado una botella de whisky, entera?

—Aún queda un sorbo pequeñito. ¿Lo quieres?

Menea la cabeza de lado a lado.

—Vayamos dentro, tomemos un café y hablemos.

—Paso.

—Vamos, Adrien, mírate. Estás hecho una mierda.

Lo sé, debo de tener un aspecto lamentable. Aquí, tirado de cualquier manera en una tumbona. Con una botella de licor vacía en la mano.

Borracho como una cuba. Sin poder vocalizar como Dios manda. Con los bajos de los pantalones salpicados de vómito... Doy puta pena, pero me da igual. Es mi momento de mierda y punto.

—Adrien...

Resoplo.

—Ponte en mi lugar... ¿Cómo te sentirías tú, si vieras a la mujer de tu vida con la polla de otro en la boca y disfrutándolo? ¿Cómo te sentirías si, descubrieras que la mujer más importante de tu puto mundo siente placer golpeando a los tíos y sometiéndolos a capricho? ¿Que el BDSM se ha convertido en lo más esencial de su existencia?

—¿Tanto la amas?

Podría decirle que más que a mi vida.

No lo hago.

—No has respondido a mi pregunta—recalco.

—No tengo ni idea, Adrien. Supongo que si la quisiera como tú parece querer a Caitlin...

—Exacto—lo interrumpo—. No tienes ni puta idea.

—Pues entonces ayúdame a entender a qué ha venido esa reacción. Creo que ya te he demostrado que no soy tu enemigo.

—No estés tan seguro de eso...

—Vamos... Háblame. Cuéntame. Quiero ayudarte.

Me carcajeo.

—¿A qué? ¿A dejar este mundo? Porque hoy casi lográis matarme con

la sorpresita que me teníais preparada.

—Por favor... —ruega.

Levanto la mano, pongo el dedo índice delante de su cara y lo muevo con ímpetu. O eso creo.

—No.

—Está bien.

—¿Qué haces? —pregunto al verlo acomodarse en la tumbona de al lado.

—Hacerte compañía.

—¡Lárgate, joder!

—No pienso moverme de aquí. No si tú no lo haces conmigo.

Rezongo por lo bajo.

Cruza los brazos sobre el pecho y cierra los ojos.

Suspiro.

¿Qué hay de malo en contarle mi historia? ¿Qué hay de malo en desahogarme con alguien, por una vez?

Total, mañana no voy a acordarme de nada...

—Amo a Caitlin desde que tengo uso de razón—susurro—. Siempre ha formado parte de mi vida. Mi madre dice que, con sólo dos años, no le quitaba la vista de encima.

—¿Ella sentía lo mismo?

—Sí. Al menos es lo que me hizo creer. Después de todo lo sucedido, ya no lo tengo claro.

—¿Qué pasó?

—Pasó que nacimos en el seno de familias ilustres con apellidos importantes.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Nada si nuestras familias no se hubieran quedado ancladas en el siglo pasado.

—No te sigo.

—Los primogénitos deben acatar las órdenes. Ya sabes... Matrimonios por conveniencia, de buena cuna y posición. Hasta un título nobiliario.

—Tú eres un James.

—Pero no soy el primogénito, Preston.

—Ah, por eso ella y Theodore... —asiento—. Joder.

—Hubiera podido entenderlo, hasta cierto punto, si ella y yo no... —me quedo callado.

—¿Si ella y tú? —me insta a continuar.

Tardo mucho tiempo en contestar. Me duele demasiado revivir todo aquello. Al final hago de tripas corazón y se lo cuento todo. Absolutamente todo. Por primera vez, saco fuera todo mi dolor. Toda mi rabia. Toda mi impotencia... Le hablo sin tapujos. De la traición. La humillación. De los peores ocho meses de mi vida.

Contengo un sollozo.

—Dios, Adrien, no tenía ni idea.

—Lo sé.

Durante unos minutos, nos sumimos en un silencio raro.

—Ahora entiendo tu distanciamiento de Theodore, de la familia en general. ¿Crees que él sabía de tus sentimientos por Caitlin y aun así aceptó el compromiso?

—No lo sé. A veces pienso que no, que no tenía ni idea. Y otras, cuando veo la culpabilidad en sus ojos cuando me mira, pienso todo lo contrario. De todos modos, y dada nuestra relación, no era él quien me debía lealtad, sino ella.

Qué menos que ser sincera conmigo y no dejar que todo me explotara en la cara, como así fue.

—¿Nunca hablaste con ella? ¿No le pediste explicaciones?

—¿Para qué si ya había tomado una decisión?

—A lo mejor se vio obligada a hacer lo que hizo, no sé...

—Estamos en el siglo XXI, Preston, nadie hace por obligación aquello que no quiera hacer.

—Pues vuestras familias no piensan igual.

—Lamentablemente, no.

—Y después de que rompieran el compromiso, ¿tampoco sentiste curiosidad?

—No. Era demasiado tarde. El daño ya estaba hecho.

—Y, aun así, la sigues queriendo.

—Lo haré mientras viva. Lo tengo asumido. Por eso no volverás a verme en una de esas malditas reuniones. No podría soportarlo.

—Lo entiendo—me mira—. Te pido disculpas por no haber sido sincero contigo y haberte hecho pasar por todo esto—asiento—. Si te sirve de algo, ella estaba muy preocupada por tu reacción desde que supo que estabas aquí.

Supongo que sabía que, verla en acción, te haría daño.

—Puede ser...

No volvemos a hablar. Ambos nos quedamos con la vista fija en un horizonte que no se ve. Un horizonte lleno de oscuridad.

Una oscuridad que no será eterna.

No mientras un nuevo amanecer traiga un nuevo día.

Y, cada día, una nueva lucha.

CAPÍTULO 13



La fresca brisa del mar me despierta.

Parpadeo.

Dios, el dolor de cabeza me taladra el cerebro. ¿Qué cojones...? Aparto la manta que me cubre el cuerpo. No recuerdo haber cogido una la noche anterior. En realidad, no recuerdo muchas cosas de la noche anterior. Pero sí lo más importante. No creo que eso pueda olvidarlo con facilidad. Miro a mi derecha... ¿Preston? ¿Qué hace él aquí conmigo?

Me incorporo y me miro. El simple movimiento del cuello, para mirar hacia mis pies, me paraliza. Lo tengo entumecido. De hecho, creo que todos los huesos de mi cuerpo lo están. Intento estirarme y, al hacerlo, todo me cruje.

«¿Cómo se te ocurre quedarte a dormir en una puta tumbona, Adrien?». Apoyo los codos en las rodillas y suspiro. ¡Oh, joder, el olor de mi aliento es demoledor! Mejor no abrir la boca si no quiero caer fulminado al instante. Me froto la cara con las manos y entonces reparo en la botella vacía, a mis pies. ¡Mierda! Odio emborracharme. Me siento fatal cuando lo hago. Y no por la maldita resaca. Es por el remordimiento de conciencia. Creo que es una auténtica estupidez. Una que no dejamos de cometer; como esa piedra con la que siempre tropezamos, aunque nos machaque el pie.

Tuerzo el gesto y cierro los ojos.

—Me gustaría decir que te advertí para que no bebieras, pero cuando di contigo, ya te habías zampado todo el whisky.

Resoplo.

—¿Por qué estamos aquí fuera? ¿Tan gorda la pillamos?

—La pillaste, yo no bebí.

—Y entonces, ¿qué haces aquí?

—¿No lo recuerdas? —niego con la cabeza—. ¿Nada?

Lo miro.

—Nada desde que eché la bilis justo en esa roca—la señalo.

Suspira.

—Te busqué por toda la casa después de que casi me ahogaras en el sótano. Te encontré aquí, borracho. Te habías bebido toda esa botella. Traté de convencerte para que entráramos en casa, tomaras un café y hablásemos. Te negaste y por eso estamos donde estamos.

Se sienta y se despereza.

—¿Dije algo que...?

—Dijiste lo que tenías que decir. Te desahogaste.

Mierda, esto es lo peor de pillarse un pedo descomunal. Sentir esta angustia por no acordarme de lo que hice y dije.

—¿Qué te conté, exactamente?

—Todo.

—Joder.

No me puedo creer que le haya contado a Preston, alguien que ni siquiera es mi amigo, todas mis mierdas. Con lo hermético que yo soy para ciertos aspectos de mi vida, debía de estar fatal para hacer algo así.

—Oye... —susurro.

—Tranquilo, haré como si la conversación de ayer no hubiera tenido lugar.

Asiento.

—Gracias.

—Te pedí disculpas después de... ya sabes, y las reitero. Mi intención no era hacerte daño y lo lamento.

—Vale.

Aparto la mirada. Me siento como si me hubiera arrollado un puto tren de mercancías. Aplastado. Hundido. Dolorido...

—Adrien, estoy aquí y puedes confiar en mí. Si en algún momento necesitas algo, no sé, hablar, gritar o golpear una pared, cuenta conmigo—sonrío de medio lado—. Lo digo en serio.

—Lo sé, gracias... por todo. Por escucharme y no burlarte de mí. Por no dejarme solo en una tumbona de playa—ríe—. Incluso por haberme tapado con una manta.

—Para eso estamos los amigos, James, pero lo de la manta no fue idea mía—lo miro sin comprender—. Después de que te quedaras dormido, ella vino aquí. No hablamos. Estuvo ahí—señala los pies de la tumbona—, observándote dormir. Entró en casa y volvió a salir con dos mantas. Una para cada uno. Te arrojó y, en el mismo silencio en el que había llegado, se fue.

No digo nada.

Ahora me siento peor al saber que ella me ha visto de esa guisa. Como si descubrir que ella es Lady Rebel no fuera bastante humillante. Como si reaccionar como lo hice, en la reunión, y comportarme como un energúmeno con Preston, no me dejara bastante en evidencia. Creo que ya he superado el límite de ridiculizarme. Más patético no se puede ser...

—¿Por qué me lo cuentas?

—Porque tengo la sensación de que ella no es tan inmune a ti como aparenta.

Con gran esfuerzo me pongo en pie.

—Cuando la veas dale las gracias de mi parte.

—¿Y por qué no lo haces tú?

—Prefiero no hacerlo.

—Tienes que hablar con ella. Creo que os lo debéis.

—Puede ser.

—Sabes que tengo razón.

Me encojo de hombros.

Ahora mismo todo me da igual.

Lo único que necesito es darme una ducha, tomar un ibuprofeno y dormir.

—Adrien...

—Déjalo, Preston.

Me alejo sin más y entro en casa.

Él viene detrás, rezongando por lo bajo. Prefiero no saber lo que está diciendo.

Afortunadamente, llego a mi habitación sin encontrarme con nadie. Entro, cierro la puerta y me apoyo en ésta.

«Es el momento de pasar página de verdad, Adrien, como ella—me digo—. Pero esta vez no vale con intentarlo, tienes que conseguirlo. Es una puta orden».

Voy al baño y me quito la ropa. Huelo a cloaca. Abro el grifo y dejo correr el agua caliente hasta que el vapor cubre toda la estancia. Luego, simplemente, me arrastro hasta situarme debajo del chorro. Ahí me quedo durante un buen rato. Con los ojos cerrados y la frente pegada a los fríos azulejos. Suspiro, varias veces. Cuando los músculos se empiezan a desentumecer, me enjabono el cuerpo con vigor.

Me lavo el pelo y me aclaro. Salgo de la ducha y anudo una toalla a la

cintura. Me miro al espejo, después de pasar la mano por él. Tengo un aspecto lamentable. Pálido. Ojos hinchados. Ojeras. Labios agrietados... Joder, doy miedo.

Meneo la cabeza, con desagrado. Hacía mucho tiempo que no me veía así. Hubo una época de mi vida en que este solía ser mi aspecto habitual cada mañana. Gracias a Dios sólo fueron unos pocos meses. Los que tardé en asimilar las cosas y volver a centrarme.

No pienso volver a caer en esa dinámica de autodestrucción.

No pienso volver a perder el norte.

Ahora estoy más fuerte.

Soy más fuerte.

Cuando me despierto, varias horas más tarde, el sol ya pega con fuerza contra los cristales de la ventana y contra mi cara. Me olvidé de cerrar las malditas cortinas. Normal, en cuanto apoyé la cabeza en la almohada, caí redondo.

No era para menos. Uno ya no tiene el cuerpo para ciertos excesos... Bostezo. Me froto la cara con las manos y resoplo. Ya no me duele la cabeza, al menos no como esta mañana. Ahora es una leve molestia. Bastante soportable.

Aparto la ropa de cama a un lado y me levanto. La losa que esta mañana aplastaba mi pecho sigue ahí. También es más llevadera. Mi madre siempre dice que, con la luz del día, hasta lo más complicado se ve con más claridad. Tiene razón. No hay dolor de cabeza que no desaparezca. Ni problema que no tenga solución.

Me acerco al balcón, lo abro y salgo. Ni siquiera me molesto en poner un pantalón. Después de todas las cosas que se practican tras las paredes de esta casa, no creo que nadie se asuste por verme en bóxer. Además, qué cojones, estoy de buen ver. Seguro que más de una se alegraría de tener estas vistas frente a su casa. O ya puestos, en su cama. Lo sé, estoy desvariando. Creo que es un mecanismo de defensa para no dejarme llevar por la puta desesperación. Inhalo con fuerza y luego expulso el aire con lentitud. No puedo seguir así. Esto no es vida, es una agonía.

¡Se acabó!

A partir de hoy, no pienso regodearme en mis mierdas nunca más.

Adiós pasado.

Pero antes de poner fin a este capítulo de mi vida, hay algo que debo hacer.

Aunque me pese.

Aunque duela.

Vuelvo dentro decidido a hacerlo ya mismo. Antes de que la determinación se esfume por este balcón abierto. Antes de que el miedo me supere.

Poco después, salgo de la habitación y enfilo el pasillo a mi derecha. Me paro frente a una puerta y llamo con los nudillos. Siento el corazón latirme en la garganta. Estoy nervioso. Ansioso.

La puerta se abre y me pierdo en sus ojos. Me sumerjo en el azul de esa mirada que me observa con atención. Me mira con tanta intensidad que, casi me flaquean las fuerzas de seguir adelante con lo que tengo en mente. Casi.

Sin decir nada, se hace a un lado, invitándome a entrar.

Lo hago. Ya no hay vuelta atrás.

—La primera vez que entré en esta habitación—digo girándome hacia ella—, lo hice pensando que era la de Theodore. Estaba buscando ropa del siglo XIX para acudir a mi primera noche en el Libertine. Al rebuscar en los armarios, sólo encontré ropa de mujer. Y tu olor. El olor de tu piel. Lo sentí con tanta intensidad, que tuve que cerrar los ojos. El vello de la nuca se me erizó. Me dije que era imposible. Me equivoqué.

—Sí.

—¿Por qué, Caitlin? ¿Por qué ayer, cuando te dije que sabía que estabas aquí por la reunión, no fuiste sincera conmigo? ¿Por qué me dejaste creer que eras una participante más?

—Me daba miedo hacerlo. Sabía que te haría daño.

—¿Pensaste que el golpe iba a ser menos duro si lo veía con mis propios ojos? —inquiero indignado.

—Algo así...

—¿Igual que creíste que me dolería menos saber que habías aceptado casarte con mi hermano si, en lugar de escucharlo de tus labios, venían de los de nuestros padres? —gruño.

—No quiero hablar de eso.

—Pero es que eso, como tú lo llamas, nos ha traído hasta aquí, Caitlin. A esta situación. A este momento.

—Lo sé, pero me juré a mí misma que jamás volvería la vista atrás y no pienso hacerlo, Adrien.

—¡Teníamos planes! —grito—. Teníamos...

—¡Sé lo que teníamos!

—¿Entonces?

—¡Entonces nada! ¡Nada!

—Caitlin...

—¡No! Ni se te ocurra juzgarme, ¿me oyes? Tu mejor que nadie debería de saber por qué acepté. No niego que me haya equivocado y, darme cuenta de mi error, me abrió los ojos de una maldita vez. Ahora soy egoísta y pienso en mí. En lo que deseo hacer con mi vida sin preocuparme lo que piensen los demás.

—¿Y esto es lo que deseas? ¿Dedicar tu vida al BDSM? ¿A torturar? ¿Someter?

—Así es.

—¿Por qué?

—Porque es mi vida. Porque me siento poderosa y eso me gusta.

—Dios, eras la princesa de mi cuento y ahora te has convertido en la bruja perversa.

—Adrien...

—¿Me quisiste alguna vez?

—Sabes que sí.

—Juro que ahora mismo no sé nada... Ni siquiera te reconozco, Caitlin. Dices que me querías y, aun así, aceptaste casarte con mi hermano. Me destrozaste... Y ahora esto... No entiendo por qué sigo estando loco por ti si lo único que consigo con ello es dolor. No entiendo por qué, si formo parte de un pasado al que no quieres regresar, me buscas para acostarte conmigo. No entiendo nada.

—Porque siempre serás tú, Adrien.

—Por favor, deja de jugar con mis sentimientos, ¿quieres?

—No estoy jugando, es la verdad.

—Entonces, ¿qué cojones estamos haciendo?

—No lo sé, pero la persona que quiera compartir mi vida tiene que aceptarme como soy.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no estoy dispuesta a dejar de hacer lo que hago ni por ti ni por nadie. Ya he hecho demasiadas concesiones en mi vida.

—Vamos a ver si lo he entendido bien... Aún sientes algo por mí, pero no estás dispuesta a hacer nada al respecto. Ni un mísero sacrificio. En cambio, pretendes que yo, que soy el perro apaleado, humillado y traicionado, acepte este mundo en el que te has enrolado si quiero estar

contigo. ¿Es eso?

—Algo así, sí.

—Vaya... Pues sí que es verdad que eres una egoísta.

—Ya te lo dije.

—Cierto, pensé que exagerabas.

—Ya ves que no.

—Lo veo. ¿Y sabes qué? —chasqueo la lengua contra el paladar y la miro—. Esta Caitlin en la que te has convertido no me gusta. Ya no eres la mujer de la que me enamoré. Se acabó. No pienso perder ni un minuto más de mi vida contigo. Ni un puto pensamiento. Que seas feliz en tu mundo de perversión.

Paso a su lado, hacia la puerta.

—Adrien...

Salgo sin mirar atrás.

Este es mi punto final.

CAPÍTULO 14



Subo a la buhardilla, a mi despacho. Bueno, al de Theodore.

Me acerco a la ventana y apoyo la frente en el marco. Nunca pensé que pudiera sumar un sentimiento más a todos los que acarreo. También me equivoqué en eso. Como en todo lo demás. Es tan grande la decepción que me corroe las entrañas... No sé cómo Caitlin puede tener la desfachatez, después de lo que me hizo, de pensar siquiera en que estuviera dispuesto a arrastrarme y aceptar cualquier circunstancia con tal de estar con ella. Pero ¿quién cojones se cree que es? ¿El ombligo del mundo? ¿Acaso piensa que estoy tan desesperado por ella que me conformaría con unas migajas de mierda? ¿Que no merezco nada más? ¡Pues se equivoca! Por supuesto que merezco más. Mucho más. Y si ella no es capaz de verlo, que le den. Sí, sé que la culpa de que me vea así es mía. Por mostrar lo que aún siento por ella tan abiertamente. Por seguir mostrándome dolido después de tanto tiempo. Eso se acabó. Lo que le dije en la habitación, era cierto. Ni un puto pensamiento más.

«¿Y qué se supone que estás haciendo ahora, Adrien, jugar al ajedrez? Estás pensando en ella, estúpido», me digo a mí mismo.

«No, estoy analizando lo que ha pasado dentro de ese cuarto. Sólo eso», me respondo también.

«Si tú lo dices...».

Pongo los ojos en blanco.

¿Desde cuándo tengo estas conversaciones con mi yo interior?

«Estoy como una chota, joder».

Unos golpes en la puerta desvían mis pensamientos hacia ésta.

Preston asoma la cabeza.

—¿Puedo pasar? —pregunta.

—Claro.

—¿Cómo estás? ¿Has hablado con ella?

—Sí.

—¿Y?

—Y nada. Ella dejó clara su postura, y yo la mía.

—Explícate.

—Déjalo estar, Preston.

—No pienso hacerlo. Habla.

Resoplo con fuerza.

Qué cansino es, joder.

Y como sé que no voy a librarme de él, lo hago. Le cuento con pelos y señales la conversación. Sin omitir ni una coma.

—Vaya... —tamborilea con los dedos en el respaldo de una silla—, qué atrevimiento el suyo decir algo así después de todo, ¿no? Podía haberse mostrado un poco más humilde. No conocía esa faceta suya. Por lo general suele ser un encanto, al menos cuando no está en el papel de Lady Rebel.

—Yo ya no sé ni cómo es... la desconozco totalmente. Y no me gusta. No me gusta ver en la mujer que se ha convertido. Una que ni siquiera es capaz de pedir perdón.

Digo yo que es lo menos que me merecía después de lo que me hizo. Pero no, está visto que, para ella, ni siquiera merezco eso.

—¿Y qué vas a hacer?

—Nada. Borrón y cuenta nueva.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—No sé...

—¿Lo dudas?

—A ver, Adrien, ella es una parte muy importante de tu vida. Según tú, la amas desde que tienes uso de razón. Te hizo la putada del siglo y, aun así, aquí estás, loco por ella. Lo siento, pero sí, dudo de que seas capaz de hacer ese borrón y cuenta nueva que dices.

—Esta vez es diferente.

—¿En qué?

—Ya te lo dije. Esta Caitlin no me gusta.

—Pero sigue sintiendo algo por ti...

—Y no está dispuesta a hacer nada al respecto. Espera que sea yo quien ceda y acepte y no pienso hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque este mundo no me gusta. Porque no soportaría saber que está con uno de sus sumisos. Y mucho menos verla.

—Me repatea los hígados escucharte decir que «este mundo no me

gusta» cuando ni siquiera lo has probado. Podrías sorprenderte.

—Lo dudo mucho.

—Haz la prueba...

—¿Perdona?

—Oh, venga, cambia ese gesto de ofendido. Según lo veo yo, puedes hacer dos cosas. Intentar hacer borrón y cuenta nueva o, darle a probar de su propia medicina.

Me cruzo de brazos y lo miro con atención. Estoy un poco perdido.

—Si decides darle a probar de su propia medicina—continúa hablando—, estarías matando dos pájaros de un tiro.

—¿De qué cojones estás hablando?

—Le demostrarías a ella que no es el único pez en el mar, y probando un mundo que, según tú, detestas.

—Creo que no me he expresado bien, Preston, este mundo no me gusta porque ella forma parte de él. Por lo demás me la suda. ¿Lo entiendes ahora?

—¿Y no cabe la posibilidad, de que ella opine lo mismo que tú, si ve cómo otra te domina? ¿Cómo te sometes a la voluntad de otra mujer que no sea ella?

—No, no lo creo.

—Dime que no te pica un poco la curiosidad por comprobarlo.

—Lo que ahora mismo me pica es la mano de las ganas que tengo de darte una hostia por atreverte siquiera a proponerme algo así, Preston.

—Piénsalo.

—No tengo nada que pensar. Fin de la historia.

—Está bien, tú mismo. Pero, por si cambias de opinión, te diré que esta noche vendré a la reunión acompañado de dos morenas despampanantes. Dos mujeres que estarían más que dispuestas a hacerte pasar un buen rato. A mí no me importaría cederte a una de ellas. Soy un tipo generoso.

—Estás como una puta cabra, macho.

Suelta una carcajada.

—Puede ser... —me guiña un ojo y se dirige a la puerta—. Sabes el camino y la contraseña; aunque, en realidad, no la necesitas para entrar. Eres un James.

Miro al techo cuando me quedo solo.

¡La madre que lo parió! ¡Ha conseguido que me pique la curiosidad!

¡Seré gilipollas!

El muy cabrón ha sabido qué teclas tocar para hacerme dudar.

Joder.

¿Y si tiene razón? ¿Y si Caitlin al verme con otra mujer, igual que yo la vi a ella con ese tipo, descubre que no le gusta lo que ve? ¿Merece la pena siquiera intentar que se ponga en mi pellejo? ¿Estoy dispuesto a hacer algo así por matar la curiosidad? No lo sé... tengo demasiadas dudas. Puede que lo que ella siente por mí no sea tan fuerte. De hecho, creo que no lo es. De lo contrario no hubiera dicho lo que dijo hace un rato en su habitación.

¡Maldita sea, ahora no podré dejar de pensar en ello!

¡Entraré en bucle y no pararé de darle vuelta a la cabeza!

¡Soy patético!

Pero gracias a mi fuerza de voluntad, lo hago. Consigo centrarme en los temas pendientes de la web de subastas.

Temas que me llevan algo más de dos horas gestionar, analizar y solucionar. Dos horas que me pasan volando y sin ser consciente de que también me he saltado la comida. Igual que el desayuno. Da igual, tampoco es que tenga muchas ganas de meter nada al estómago. No obstante, debería dejarme ver por la cocina o el comedor; de lo contrario María se preocuparía. Y esa mujer es capaz de venir aquí al despacho para darme una reprimenda. Le estoy cogiendo mucho cariño. Siempre es muy atenta conmigo. Antes de que me dé tiempo siquiera a ponerme en pie, llaman a la puerta.

Es ella, que sonrío al entrar. Lleva una bandeja en las manos. Y en la bandeja, un plato con un bocadillo de jamón, un refresco y una servilleta.

—Te traigo algo de comer, muchacho. No has metido nada en la boca desde que te has levantado.

—No tenías que haberte molestado, María. Iba a pasarme ahora por la cocina. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—No es ninguna molestia, para eso estoy en esta casa. Para cuidaros. Eres igualito a tu hermano, corazón. Cuando él se salta una comida, es por trabajo. Entonces sé que está encerrado en este despacho. Como tú hoy.

—Gracias, eres una mujer encantadora.

—Y tú eres un zalamero. Anda, come, que desde hace unos días estás muy desmejorado y no quiero que tu hermano me regañe por haberte descuidado.

Me dedica una sonrisa muy maternal y me deja solo.

Me como el bocadillo, como hombre obediente que soy, y sigo trabajando.

Para cerciorarme de que todos los pagos de la web están realizados y

mis beneficios ingresados, hago una llamada a mi banco de Londres. Hablo con el director un buen rato. Es amigo de mi padre y, como no se ven todo lo que quisieran, siempre me pregunta por él. Cuando cuelgo, tengo un nuevo correo en la bandeja de entrada. Lo abro y leo. Es de alguien que quiere subastar una colección de botones antiguos del ejército americano. A partir de aquí, pierdo la noción del tiempo tramitando el proceso.

Cuando quiero darme cuenta, está anocheciendo.

Y es, en este preciso momento, así, como si nada, cuando decido aceptar lo que Preston me ha ofrecido.

Me pongo en contacto con él.

De tirados al río.

Esta vez soy yo quien lo espera al pie de las escaleras. Vestido de negro. Nervioso y ansioso. Nervioso, porque he aceptado que una desconocida me someta. Ansioso, porque estoy deseando ver la reacción de Caitlin. O lo que es lo mismo, Lady Rebel.

—Vaya, vaya... parece que alguien está impaciente...

—No me toques los cojones, Preston.

—Descuida, de eso ya se encargará Mistress—se guasea.

— ¡Ja, muy gracioso! ¿Mistress?

—Sí, una de las mejores dominatrix de Italia. Su nombre de pila es Isabella, te encantará.

—Permíteme que lo dude...

—Oh, amigo mío, créeme, sé lo que me digo. Su dedicación es absolutamente asombrosa.

—Me estás acojonando.

—Tranquilo, he hablado con ella y ya sabe que eres un novato. Un vainilla. No hará nada que tú no quieras.

—De acuerdo.

—Tu nueva dueña nos espera abajo. ¿Vamos?

Asiento.

Una vez que llegamos a la puerta del sótano, me pasa lo mismo que la noche anterior. Me quedo paralizado.

Hay una pequeña diferencia.

Ahora sé lo que voy a encontrarme ahí dentro.

Y, aun así, estoy aquí.

Decir que estoy loco es quedarse corto.

—Relájate, James.

Inspiro con fuerza.

—¿Listo? —pregunta con recochineo.

Lo fulmino con la mirada.

—Venga, hombre—masculla—. Relájate.

Qué fácil es decirlo, joder.

Cruzo la puerta con la sensación de que voy directo al averno.

«Ayúdame, señor, ten misericordia de mí».

No soy muy dado a orar, pero esa plegaria me sale sola.

Una vez dentro, paseo la mirada entre la gente. Buscándola.

La localizo enseguida. Mi cuerpo reacciona a su presencia como un imán. Está junto a la fuente de piedra. Sola. Nuestro contacto visual es inmediato. Sus ojos se agrandan y su boca se tuerce. Parece sorprendida de verme. Bien, eso es buena señal. Recorro todo su cuerpo con los ojos. Lleva un mono negro de látex, tan pegado a su cuerpo que parece una segunda piel. Joder, envidio ese látex que la toca continuamente. Es de manga larga y con una cremallera central, abierta en uve, hasta visualizar su ombligo. Se me reseca la boca. No lleva sujetador y, sus pechos, firmes y bien formados, parecen estar a punto de salir de su minúsculo escondite. Hasta vislumbro la cumbre de sus pezones desde aquí. Duros. Erectos. Sabrosos. La polla me salta dentro del bóxer. No puedo evitarlo, es superior a todas mis fuerzas. Es verla y desearla como un condenado. Y lo que más me jode es que ella lo sabe. Me lo dicen esos ojos que me taladran el alma. En los que veo regocijo. Y esa sonrisa de suficiencia que se dibuja en su cara. ¡Maldición!

No estoy aquí para babear por ella.

Al contrario.

Por eso y, por mucho que me pese, decido ignorarla y prestar atención a las dos mujeres que se han acercado a nosotros. Dos bellezones. Impresionantes, en todos los sentidos. Arrogantes en su forma de caminar y expresarse. Seguras de sí mismas. No tengo duda de que saben lo que se hacen. Vestidas para hacer pecar hasta el más santo de los santos. Provocativas. Sexis. Sensuales. No quiero ni imaginar lo que son capaces de hacer con eso que llevan enroscado en los brazos. Una especie de látigos negros con las puntas plateadas.

Trago saliva y vuelvo a acordarme de Dios.

De esta me hago católico.

O cristiano.

O lo que sea...

CAPÍTULO 15



Preston hace las presentaciones. La del pelo largo, hasta la cintura, es Mistress, a secas. «Tu ama y señora», me susurra al oído. Su aliento caliente, consigue que un escalofrío me recorra la espalda. La otra es Madame Ornella. El juguetito de Preston. Perdón, por cómo éste baja la mirada al suelo, creo que he invertido lo roles. Estoy a punto de soltar una carcajada al ver ese gesto. No lo hago. Podrían tomarlo como una falta de respeto y no lo es. No quiero empezar metiendo la pata.

—Tú deberías hacer lo mismo que él. Estás frente a tu ama, o sea yo, y no te he pedido que me mires.

—¿Cómo dices? —pregunto con la boca seca.

—Sabes de qué va esto, ¿verdad? Yo mando y tú obedeces. Si te digo que bajes la mirada, la bajas. Si te ordeno que te desnudes, lo haces. Si te pido que se la chupes a él, se la chupas. Y así con todo... Tú eres el sumiso, tu placer es complacerme a mí. El mío... dominarte. ¿Lo entiendes?

Joder, si antes estaba acojonado, ahora estoy aterrorizado. Estoy a punto de mandarla a la mierda, cuando veo por el rabillo del ojo que Lady Rebel se acerca.

—¿Lo entiendes o no?

—Sí.

Chasquea la lengua.

—Esa no es la respuesta adecuada.

—¿Y cuál es? —inquiero molesto.

Menea la cabeza con desagrado.

—En todo momento te dirigirás a mí como ama o señora. Ahora piensa bien la respuesta, sumiso. ¡Y no me mires!

Su forma despectiva al hablarme me hace apretar los dientes. Aun así, bajo la mirada al suelo y digo:

—Sí, señora, lo he entendido.

—Así me gusta.

—Afloja un poco, Mistress, ya te dije que ésta era su primera vez—pide

Preston.

Dios, casi estoy a punto de darle un beso en agradecimiento.

—Si vuelves a hablar sin mi permiso te castigaré.

La amenaza de Madame Ornella no cae en saco roto. Preston es un manso corderito en sus manos.

Me tiemblan las rodillas. En serio.

Creo que no estoy hecho para este tipo de cosas.

Mistress se me acerca con cara de sádica. Lo que es, ¿no?

Se inclina y vuelve a susurrarme al oído:

—Respira, James, es una broma.

Preston se ríe a carcajadas. Ellas también.

Han conseguido que casi me hiciera caquita encima.

—¡Hijos de perra! —gruño.

—¿Cómo dices?

—Me has escuchado perfectamente, mala pécora.

Más risas.

Por un momento ha estado a punto de darme un infarto, joder. Y resulta que todo era una puñetera broma. Pues yo no sé dónde está la puta gracia. No la veo por ninguna parte. Estoy tan furioso que creo que los voy a mandar a la mierda junto con toda esta gilipollez en la que me he embarcado. Yo no sirvo para hacer estas cosas. Estoy a punto de abrir la boca, cuando veo la mirada de Preston clavada detrás de mí.

El estómago se me encoje.

—¿Qué está pasando aquí?

Esa voz a mis espaldas me eriza el vello de la nuca. Y su mano acariciando mi espalda, me descoloca.

¿A qué vienen ahora estas caricias?

—Ah, Lady Rebel, acabas de perderte una broma divertidísima que le hemos hecho a James—responde Madame Ornella.

—¡Divertidísima los huevos! —rezongo por lo bajo.

—Contádmela, así podré reírme yo también.

¿Qué es eso que detecto en su tono de voz? ¿Ironía, tal vez?

—Nah, ahora ya no tendría gracia—Preston la mira con interés.

Yo mantengo la vista clavada en Mistress. Ésta me guiña un ojo y sonrío.

—¿Has visto el regalito que me ha traído Preston de Londres, Lady Rebel? —Mistress acaricia mi cara con parsimonia—. ¿Verdad que es todo

un bombón? Estoy deseando verlo derretirse en mis brazos...

La mano apoyada, casi en mi cintura, dibujando círculos, se queda quieta.

—¿A qué te refieres? —inquire colocándose a mi lado.

—Adrien James es mi nuevo sumiso. Hoy mismo empezaremos con su sometimiento, ¿verdad, cosita?

Disimulo una sonrisa al verla actuar.

—¿Lo dice en serio?

Esta vez me mira directamente a mí. A los ojos.

—Completamente.

Su mandíbula se tensa al oír mi respuesta. Al igual que el resto de su cuerpo. La conozco lo suficientemente bien como para saber que lo que acabo de decir no le ha gustado.

A mí, ver su reacción, sí.

¡Qué se joda!

—Adrien...

—Creo que te buscan por allí, Lady Rebel—Preston señala al fondo, donde se encuentra el tipo del espectáculo. El vikingo. Su sumiso.

Taladra a Preston con sus preciosos ojos azules.

—Disculpadme.

En cuanto se aleja, es Mistress la primera en hablar. Se dirige a mí.

—Bueno, pues parece que esto pinta bien, ¿no crees?

Sonrío.

—Preston te ha puesto al día, ¿eh?

—Oh, sí. Este hombretón, aquí donde lo ves, guarda una cotilla insufrible en su interior.

—Ya lo veo, ya.

La primera copa de la noche, la tomamos los cuatro juntos. Después, Preston y Madame Ornella, se escabullen por ahí, a lo suyo.

Con la segunda, mi ama, qué absurdo me suena eso, me cuenta que conoció a mi hermano Theodore y Arthur Preston en un club de Londres, hace ya algunos años. Desde entonces son grandes amigos y han compartido muchas experiencias juntos. Por eso siempre viene a estas reuniones como invitada Vip. Sin contraseña. A veces trae a su sumiso particular. Otras, sólo viene como espectadora. Dice que, ver a otras personas en acción, le da muchas ideas para hacer sus exhibiciones. Ha estado casada ocho años y su marido la dejó por una jovencita.

Con la tercera, ya sé que Mistress empezó en el mundo del BDSM cuando tenía veinte años, como sumisa. Ahora, con casi cuarenta, es una de las mejores dominatrix de Italia. Cobra trescientos euros la hora. Cada sesión tiene como mínimo, dos. Y a la semana, tiene varias sesiones. Incluso hace sesiones por días enteros y varios días con el mismo sumiso. Según lo que demande el cliente. Sí, gana un pastón. Afortunadamente, yo no tengo que pagarle. Según me dice, porque, por raro que parezca, este tipo de reuniones para ellos no son trabajo, sino desconexión.

—¿Cuál es tu límite, James?

—¿Mi límite?

—Sí, ya sabes... Hasta dónde estás dispuesto a llegar y eso. Tolerancia al dolor, bondage...

—No lo sé.

—¿Nunca has practicado sexo que no fuera convencional? En plan salvaje, atado a la cama, por ejemplo. Con los ojos vendados... Dime.

—Pues lo cierto es que no. Soy apasionado y, algunas veces un poco brusco, pero nada más.

—Bien, entonces lo mejor es que empecemos con algo light.

—¿Ahora?

—Ahora es un buen momento, sí. Mira a tu alrededor y dime si, de lo que ves aquí, hay algo que quieras probar.

La vista se me va de inmediato a la cruz de San Andrés. Quiero hacer exactamente lo mismo que ella hizo la noche anterior.

Sonríe al ver donde están clavados mis ojos.

—Apuntas alto, ¿eh?

—Me gusta el riesgo.

—Sígueme.

Me lleva de la mano hasta la tarima donde se encuentra la cruz. En el escaso trayecto, soy consciente de que algunas personas nos observan. Entre ellas, Caitlin. No aparta sus ojos de mí. Todo este rato los he sentido sobre mi persona. Aguijoneándome la piel. Haciendo que el corazón me lata eufórico por su evidente malestar. Sonríe con regocijo para mis adentros. Y, muy a mi pesar, no puedo evitar sentirme mal por ello. Lo sé, soy idiota. No me gusta hacerle daño a la gente que quiero. Aunque, esa gente, en este caso ella, me haya hecho sufrir como nadie en esta vida. Sin merecerlo. Sólo por estar enamorado como un loco y no ser capaz de pasar página. Bueno, pues ahora lo estoy haciendo justo delante de sus narices. Donde las dan las toman.

Quizá, después de esta noche, se dé cuenta de que no todo gira en torno a ella. Que, como dice Preston, hay más peces en el mar. Que yo puedo ser tan buen pescador como el que más. Y que siempre habrá alguien dispuesta a picar en el anzuelo.

Punto.

Subimos a la tarima. Mentiría si dijera que estoy tranquilo. No lo estoy. Cómo para estarlo con la mujer que, con las manos apoyadas en las caderas, me apremia a acercarme a ella. Además, con toda esa gente mirándonos... uff.

Cuando estoy frente a ella, esas manos, de dedos largos y manicura perfecta, se deslizan por mis brazos hasta los hombros. Contengo la respiración.

—¿Confías en mí?

—¿Puedo?

Miro sus ojos buscando una respuesta clara.

—Por supuesto. No haré nada que tú no quieras. Y si en algún momento prefieres parar, sólo tienes que pronunciar la palabra rojo.

—¿Por qué?

—Porque esa es tu palabra de seguridad. En cuanto salga de tus labios, pararé.

—Vale.

—Desnúdate —ordena.

—¿Desnudarme? Toda esa gente nos está mirando.

—Así es. Y, aunque no lo creas, en cuanto te metas en la situación y te dejes llevar, te olvidarás de esas miradas. Estarás demasiado centrado disfrutando de mí. Ahora obedece, James, no hagas que me cabree.

Me quito la ropa, con parsimonia. Me estoy muriendo de vergüenza, aun así, me quedo en pelotas. Camino hacia la cruz, lentamente. Por los altavoces salen los primeros acordes de una canción que, nuevamente, reconozco gracias a Theodore. Es Wings of Gabriel, de Arcana. Con esa música, como banda sonora, me siento igual que un esclavo del imperio romano que va a ser azotado hasta sacarle la piel a tiras.

Mistress sonrío.

Yo, nunca había tragado tanta saliva en mi vida.

Me pego de espaldas a esa cruz. El corazón latiendo a mil por hora. Joder. Ella se agacha para sujetar mis tobillos a las trabillas de cuero. Luego, en su ascenso hacia mis manos, para hacer lo mismo con mis muñecas, sus

uñas marcan mi piel. Dejando pequeños senderos rojos por toda ella. Comprueba que estoy bien sujeto y me mira directamente a los ojos.

—¿Estás preparado?

—Todo lo que se pueda estar, dada mi situación.

Suelta una carcajada.

—Esto va a ser divertido.

—Seh, seguro que sí.

A partir de aquí, no sé qué me ocurre que me pierdo. Con cada minuto que pasa, agonizo de placer. La piel me arde allí donde ella toca. Me escuece cada vez que deja caer ese látigo negro de puntas plateadas sobre mí. Se me nubla la vista cuando derrite la cera de unas velas en mi cuerpo. Todo en mí está sensible. Las sensaciones se magnifican con cada contacto. Cada roce. Cada orden. Me vuelvo dócil. Obediente. Sumiso... Lo que sea con tal de que no deje de tocarme y hacerme sentir lo que siento. Estoy tan excitado... La expectación de cuál va a ser su siguiente paso me mantiene en vilo. La polla me duele de lo dura que está. Noto el semen burbujeándome en las pelotas, buscando la salida. La delicadeza de unas plumas sobre mi glande me hace jadear. Me arqueo y retuerzo.

Cierro los ojos y boqueo como un pez.

Acaba de meterse mi polla en la boca. Una boca caliente. Húmeda. Avariciosa...

¡La hostia!

¡Esto es brutal!

Me tenso y tiro de los amarres cuando me muerde, con suavidad, la punta. Quiero follarme su boca con fuerza. Enredar los dedos en su pelo y tirar y presionar. Tirar y presionar.

Hasta correrme en su garganta. No puedo hacerlo. Mis movimientos están limitados y debo conformarme con esta lenta tortura. Gruño. Jadeo. Gimoteo... No puedo más. Son tantas las veces que me lleva al borde del orgasmo y me deja a las puertas, que me apetece gritar de frustración.

—¿Qué es lo que deseas, James? —me pregunta al oído.

Aprieto los dientes y respondo:

—Correrme. De. Una. Puñetera. Vez.

—Deseo concedido.

Su lengua vuelve a enredarse en mi polla y me tenso. Lame y chupa con fruición. Lo siento ahí, en la boca del estómago. A punto de explotar y hacerme gritar. Es como un puto tirachinas que estira, estira y estira y,

cuando lo sueltas... ¡Bummm! Un gruñido de satisfacción y placer se escapa de mi garganta. ¡Oh, joder! ¡Joder! Los espasmos de mi cuerpo parecen interminables. Incontrolables...

Cuando finalmente cesan, abro los ojos.

Acabo de tener un orgasmo bestial.

Pero el verdadero éxtasis, es ver la cara de Caitlin, justo detrás de Mistress.

Su mirada de reproche lo dice todo.

Y eso es lo que más me complace de esta noche.

CAPÍTULO 16



Caitlin

No quiero hacerlo y, aun así, aquí estoy, frente a esta tarima sin poder apartar los ojos; como si algo, más fuerte que mi propia voluntad, me impidiera dar un solo paso en la dirección contraria. Anclándome a este suelo como una estatua. Una estatua que siente cómo se resquebraja viéndolo disfrutar de cada orden, caricia o golpe que ella le prodiga. Siendo testigo de su sometimiento, de su primera vez en este mundo que, según él, detestaba con toda su alma. Por su forma de aceptar lo que ella le impone, no lo parece.

¡Mentiroso!

Contengo la respiración al ver la cera derretida caer sobre su cuerpo. Sé lo que produce el contacto de ésta al rozar la piel. Esa sensación de que todo te arde sin llegar a quemarte. De sentirse tan sensible que, hasta el aleteo de una mosca, te hace gemir de placer. Igual que está haciendo él en este momento. Igual que hizo cuando, Mistress, golpeó sus muslos con el látigo. Sus jadeos retumbaron en mis oídos como el peor de los ruidos. Unos ruidos quedos y sexis que a mí me parecieron ensordecedores. No debería de estar aquí contemplando esto. Debería de estar ahí arriba, en el lugar de ella. Ser testigo de cómo él le ha dado un poder que debería de ser mío, me mata. Y sentirme así me desconcierta porque hace demasiado tiempo que he pasado página. ¿Entonces? ¿Qué me está pasando? ¿Por qué me siento así? ¿Qué es esto que me recorre de pies a cabeza? ¿Rabia?

«Celos», me respondo a mí misma. Unos celos cegadores que no me dejan respirar.

Descubrir que, a estas alturas, después de tanto tiempo, siento esto... me deja perpleja. Sólo me había sentido así una sola vez en mi vida. Después de romper mi compromiso con Theodore. Por aquel entonces, no tenía ningún derecho a pedir explicaciones, no después de mi comportamiento. Ahora mucho menos. No cuando esta misma mañana he sido fría y egoísta. Creí que bastaría con dejarle entrever que para mí siempre sería él, para que aceptara

mis condiciones, y no que unas horas más tarde estaría presenciando lo que tengo ante mis ojos. He vuelto a equivocarme, otra vez. Igual que hace tres años. Igual que ocho meses después de aquello. Y ahora... esto.

Debí haber luchado en su momento. Haber insistido en hablar con él y no darlo todo por perdido a la primera de cambio. No cuando yo era la única culpable de nuestra situación y su dolor. Lo que hice no fue premeditado, ni elección mía. Fue una imposición y, como tal, acaté las órdenes impuestas. Me tocaba hacerlo por ser la única hija de Cooper Smith. De haber tenido más hermanos, concretamente un varón, no hubiera recaído sobre mis espaldas un peso tan grande. Fui desleal y traicioné al hombre que más me ha importado en la vida. El único que me ha amado de verdad. El único al que yo correspondí.

No lo hice. Soy una cobarde de manual.

«Está claro que cuando se trata de Adrien no haces nada al derecho, Caitlin». «¿Qué esperabas esta mañana?». «¿Que cayera rendido a tus pies?». «Si al menos te hubieras dignado a ser sincera con él de una maldita vez, ahora no estarías aquí abajo, estúpida».

Hablar conmigo misma es algo que hago muy a menudo. Eso y regañarme, continuamente. Y porque quedaría como una loca, que, si no, hasta me daría de hostias. Merecer, me merezco unas cuantas. Aún no he tenido el valor de dármelas. Aunque, bien mirado, de eso ya se está encargando la vida. Dicen que no se sale de ella sin haber pagado antes las deudas. A mí, al parecer, ya ha empezado a cobrármelas.

Cierro lo puños a mis costados y miro a mi alrededor. Por lo que veo, todos los asistentes a la maldita reunión se han concentrado en el mismo punto que yo. Parecen extasiados, incluso los hay que se están masturbando. No es para menos, la escena que se desarrolla ante nuestros ojos es... absolutamente caliente y erótica. Si no fuera porque estoy hirviendo de rabia, estaría disfrutándola igual que el resto.

«Sal de aquí».

«Márchate».

«No tienes por qué seguir presenciando esto».

Ojalá pudiera despegar los pies del suelo, pero no puedo. Tampoco mis ojos parecen muy dispuestos a mirar hacia otro lado demasiado tiempo. Juro que lo intento, no obstante, vuelven al mismo punto una y otra vez. Adrien y su cara de placer. Adrien y sus jadeos entrecortados. Adrien y su cuerpo arqueándose, buscando más fricción. Adrien apretando los dientes a punto de

correrse en la boca de Mistress. Adrien gruñendo y convulsionándose, mientras ella se traga toda su esencia. Apuesto a que hasta se está relamiendo la muy... «No lo digas, Caitlin, ella no tiene la culpa. Está en todo su derecho de ejercer su voluntad si así lo desea y él lo permite».

¡Maldita sea!

No me puedo creer que...

Joder, la intensa mirada que Adrien me dedica me deja en blanco. No busca a su ama, como sería lo más lógico y normal. Su primera mirada debería de ser para ella en señal de agradecimiento. En cambio, me ha buscado a mí... Intento disimular el placer que eso me causa, sin apartar la mirada.

Quizá no esté todo perdido, después de todo.

Giro sobre mis talones y me alejo, al fin, de la tarima. Nunca se me dio bien disimular mis estados de ánimo y él me conoce demasiado bien. No quiero parecer una mujer patética y celosa. Necesito salir unos minutos de aquí para recuperar el dominio de emociones.

«¿Eso significa que es lo que has pensado de Adrien la otra noche cuando te vio con Dimitri, justo en el mismo lugar? ¿Que era patético y celoso?». «¡Por supuesto que no!», grito en mi cabeza. Dios, a veces odio la voz de mi conciencia, qué inoportuna es la cabrona.

Salgo del sótano y me dirijo a los baños que hay aquí abajo. Entro, inhalo con fuerza y me planto delante del espejo:

—Esto no te lo esperabas, ¿eh? —le digo a mi imagen reflejada en él—. Pensaste que ya eras inmune a todo. Que te habías convertido en una mujer tan dura y distante, que ni siquiera él te haría volver a sentirte así... El brillo en tus ojos después de acostaros el otro día tenía que haber sido una pista. En cambio, tú lo achacaste a que habías descansado bien esa noche e ignoraste todo lo demás. ¡Boba!

Abro el grifo y dejo que el agua corra hasta salir bien fría. Mojo las manos y luego las llevo a la nuca, donde las dejo unos segundos.

No sé el tiempo que paso aquí dentro, haciendo respiraciones profundas e intentando volver a ser la misma que hace un par de horas bajó al sótano dispuesta a comerse el mundo. Al parecer, ha sido el mundo el que me ha dado un buen bocado, sin esperármelo. De hecho, pensé que Adrien no bajaría a la reunión de hoy. Además, Preston me lo aseguró este mediodía cuando le pregunté al respecto.

Sus palabras exactas fueron:

—Jamás volverá a poner un pie allí abajo, Caitlin. Detesta este mundo y no se siente cómodo. Sobre todo, sabiendo que tú eres Lady Rebel.

Por eso, cuando horas más tarde lo vi entrar en el sótano, me quedé estupefacta. Lo primero que me pregunté, fue qué hacía él de nuevo en la reunión.

En un principio, al encontrarse nuestras miradas y sentir en mi piel el efecto de éstas, creí que yo era la respuesta. Que por fin había tirado por la borda todos sus escrúpulos y quería probar conmigo la experiencia.

Luego, al ver acercarse a Mistress y a Madame Ornella, supe que no podía estar más equivocada. No estaba allí por mí. Lo estaba por ella... o ellas. Y si por si las moscas, no lo tenía claro, que lo tenía, Mistress se encargó de sacarme de dudas cuando más tarde me aproximé al grupo, que reía a mandíbula batiente y parecía divertirse de lo lindo, a fisgonear:

—¿Has visto el regalito que me ha traído Preston de Londres, Lady Rebel? —Mistress acarició su cara con parsimonia—. ¿Verdad que es todo un bombón? Estoy deseando verlo derretirse en mis brazos...

Querer matar a Preston en ese mismo momento hizo saltar todas las alarmas en mi cabeza. ¿Por qué reaccionaba así? Ahora lo sé. De lo que no tengo ni idea es de lo que voy a hacer al respecto.

Salgo del baño con la cabeza llena de interrogantes y dudas. Recorro el pasillo hasta la puerta del sótano y, de repente, me faltan las fuerzas para poder cruzarla. ¿Y si entro ahí y ahora se la está follando en cualquiera de las salas comunitarias? ¿Estoy preparada para lo que eso me haría sentir? Porque visto lo visto... ¿Estoy dispuesta a comprobarlo? Me tiembla la mano al acercarla al pomo de la puerta y la retiro inmediatamente, como si quemara.

«Vamos, Caitlin—me animo—, ¿qué hay de esa mujer en la que presumes haberte convertido?». «¿Vas a tirar por la borda todos los esfuerzos que has hecho estos últimos dos años y medio, cuando decidiste dar un giro de ciento ochenta grados a tu vida?». «No seas cobarde, entra ahí y asume las consecuencias de tus actos, joder».

Antes de que me dé tiempo a reaccionar, la puerta se abre, asustándome. Pego un brinco hacia atrás y me llevo las manos al pecho.

—Lo siento, no pretendía asustarte.

Alzo la mirada y ahí está él. Adrien. Con sus preciosos ojos verdes observándome con burla. Con su deliciosa boca curvada en una sonrisa socarrona.

Con su perfecto cuerpo relajado...

¡Maldita sea su estampa!

—¿Te encuentras bien? —pregunta.

—Perfectamente, gracias.

—¿Vas a entrar?

—No.

Asiente y sale, cerrando la puerta a sus espaldas.

Su indiferencia al pasar a mi lado me duele.

—Parece que hoy sí has disfrutado de la reunión, James.

Se para de golpe y se gira lentamente.

¿Por qué hago esto? ¿Por qué meto el dedo en la llaga? ¿Es que no he aprendido nada esta maldita noche?

—Puede que desde donde tú estabas sólo lo haya parecido. Te puedo asegurar que lo he hecho. De principio a fin.

¡Zasca, en toda la boca!

—Debiste pedirme a mí que te iniciara en esto, Adrien.

Mierda, no me puedo creer que de verdad haya dicho eso en voz alta.

Sonríe con desdén y se cruza de brazos.

—¿Y por qué iba a hacer tal cosa?

«Te estás dejando en evidencia a ti misma, idiota. No contestes».

—Porque nos conocemos—digo, sin embargo—. Porque me sé cada palmo de tu cuerpo de memoria. Porque la confianza en este tipo de encuentros es fundamental...

—¿Y quién te dice que confíe en ti? —me interrumpe con ironía.

—Siempre lo hiciste.

—Y así me fue.

—Adrien...

—Ya te lo dije esta mañana, Caitlin, no volveré a perder el tiempo contigo. No mereces la pena.

—Hasta hace bien poco no pensabas eso.

—Tienes razón. No lo hacía porque seguía estando ciego. Y ya sabes lo que dicen, que no hay peor ciego que el que no quiere ver. Tú te has encargado de abrirme los ojos a base de golpes. Gracias.

—De nada.

«¿Pero qué mierda te pasa, chica? —me reprendo—. ¿No puedes ser un poco más humilde y aceptar que tiene toda la puta razón?».

Lo último que veo es su espalda al doblar el pasillo en dirección a la

escalera.

Me dan ganas de darme de cabezazos contra la pared. ¿Se puede ser más gilipollas? Sí, me refiero a mí, ¿a quién si no?

«Te equivocaste una vez y creíste haber perdido aquello que más te importaba. A él. Después de todo lo que has sentido esta noche... ¿de verdad estás dispuesta a seguir por ese mismo camino?».

«¿En serio?».

Niego con la cabeza.

«Ya lo imaginaba...».

Puñetera conciencia, al final voy a tener que darle las gracias y todo.

CAPÍTULO 17



Adrien

Pasan dos semanas desde la reunión de BDSM. Dos semanas en las que las aguas han vuelto a su cauce.

Caitlin ha regresado a Londres. A su vida.

Yo sigo aquí, en Ibiza.

Tranquilo.

A gusto.

Supongo que es porque me siento liberado de una piedra que ya pesaba demasiado en mi mochila. Mentiría si dijera que todo es maravilloso. Que el sol sale cada día y que los pájaros trinan de felicidad. No, no es mi caso. No se olvida parte importante de tu vida en tan sólo quince días. Sería un hipócrita si asegurara tal cosa. Pero sí puedo decir que ya no siento esa angustia y que el dolor ha empezado a mitigar. Eliminar todo eso de mi cuerpo y de mi mente, es cuestión de tiempo. Como cuando alguien se desengancha de una adicción. De una droga. Cuesta lo suyo y lleva un proceso importante. Consta de rabia. Negación. Aceptación... Pasar página está ahí, a la vuelta de la esquina. Y conseguiré voltear esa hoja. De eso estoy seguro.

Creo que siempre recordaré ese fin de semana por varios motivos. Principalmente, porque ha sido un punto de inflexión en mi vida. Un punto y aparte. No, aparte no, final.

Eso, un punto final de un capítulo demasiado largo. Tanto que era aburrido y repetitivo. Sin contar con que no llevaba a ninguna parte, claro está.

Por otro lado, si esa reunión no se hubiera hecho, Caitlin no hubiera venido. No nos habríamos acostado. No habría descubierto que es Lady Rebel.

No hubiera reaccionado como lo hice. Ni tenido una conversación con ella que necesitaba como el comer. Aunque ésta no haya disipado parte de la

densa niebla que cubre mi mente desde hace tiempo. Aun así, gracias a esa conversación, he llegado a la conclusión de que ya no merece la pena, siquiera, llegar a recuperarla. Ella ya no es quien yo recordaba.

Ni yo estoy dispuesto a aceptar ciertas cosas.

Y, finalmente, lo recordaré por mi experiencia como sumiso con Mistress. Una experiencia satisfactoria en el plano sexual y el personal.

En el sexual porque, jamás imaginé que fuera capaz de reaccionar como lo hice. Que me dejaría llevar hasta el límite de dejar en blanco la mente y disfrutar. Ni mucho menos imaginé que las sensaciones se magnificaran hasta el punto de querer que el tiempo se detuviera. De anhelar cada golpe. De desear acatar cada orden. De sentir ese placer inmenso recorrer cada parte de mi cuerpo. Sí, una experiencia única que, aunque me gustó, no pienso repetir. Con una vez me basta y me sobra. Ya lo dije en otras ocasiones. El BDSM no es lo mío.

Y en lo personal porque, ver con mis propios ojos que a Caitlin no pareció gustarle mi experiencia con Mistress, fue absolutamente... ¿Cómo decirlo? ¿Gratificante? ¿Maravilloso? ¿Exultante? Ahora sé que no soy el único que sigue teniendo sentimientos. Ella también. Por mucho que se haya empeñado en olvidar. Por muy enterrados que los tuviera bajo capas y capas de tierra. Por muy mujer de mundo que quiera aparentar ser... egoísta y fría, están ahí. Yo los he visto. Ella los ha sentido. Puede que, incluso se haya sorprendido de ello.

No digo que no. Pero eso no significa que no existan. De ella depende ahora decidir qué hacer al respecto. Seguir echando más tierra encima para que no vuelvan a salir a la superficie, o, por el contrario, desenterrarlos de una puta vez.

Sé que puedo parecer un cabrón por lo que voy a decir a continuación. Me da igual. Lo soy.

Ojalá cambien las tornas.

Ojalá ella sienta en su fuero interno lo que yo he llegado a sentir en todo este tiempo.

Y ojalá yo pueda pagarle a ella con la misma moneda.

Sí, no sólo soy un cabrón. También soy vengativo. Y rencoroso. Ella me ha hecho así.

Fin de la historia.

Por lo demás, todo sigue su curso. Mi negocio va viento en popa y a toda vela. Cada día me siento más orgulloso de lo que he conseguido. Ser

visible en un mundo virtual, que está saturado de páginas como la mía, es un logro personal muy grande. Uno que he logrado gracias a mis esfuerzos.

Levantado de la nada en los peores momentos de mi vida. Sin la ayuda de nadie. Probando aquí y allá. Cometiendo errores y rectificándolos. Desesperándome los primeros meses. Sintiendo por momentos que iba a ser un fracaso. Que, había invertido una cantidad de dinero importante, para nada.

Un dinero que no fue sacado de las arcas de los James, sino de un préstamo bancario. Muchas noches en vela que han merecido la pena, aunque en aquellos momentos no lo supiera. ¿Cómo no sentirme orgulloso de ello?

Imposible no hacerlo.

El Libertine también es un éxito. Me lo demuestra el lleno absoluto de cada noche. Y que jóvenes de mi edad, la de Cristo, quieran ser miembros de un club de caballeros del siglo XIX. Donde la música, a no ser que sea clásica, brilla por su ausencia. Sin importarles las normas a cumplir. Dispuestos a llevarlas a cabo al pie de la letra.

Dispuestos a vestirse con prendas de otra época que, la mayoría de las veces, nos hacen parecer un pelín ridículos, la verdad. Donde las mujeres, si no es pagando, no se acuestan contigo. Y, precisamente, lo que más me asombra, es que la mayoría de esos jóvenes, ni siquiera se molestan en buscar esa compañía femenina.

Simplemente vienen, se toman unas copas, departen con el resto... Igual que yo. Si alguien me hubiera dicho que iba a sentirme tan cómodo entre ellos, me hubiera reído. Y, en cambio, aquí estoy, como uno más. Confieso que, el día que vuelva a Londres, a mi vida, echaré de menos todo esto.

¡Ver para creer!

Theodore se pondría a dar palmas de alegría si me escuchara.

Por cierto, he hablado con él. Me llamó hace unos días. Estaba en el Caribe. En las Barbados. En una playa. Tumbado al sol con su mujercita y tomándose una caipiriña. Sí, a mí también me dio la sensación de que estaba muy estresado. Preocuparse sólo de rellenar el vaso y untar de crema el cuerpo de tu mujer, debe de ser un agobio. Bromas aparte... Hablamos de varias cosas: de la familia, con la que yo apenas hablo, pero con la que él lo hace a diario. Theodore siempre tan correcto. Del club. De un par de caballeros que deben las cuotas. De los nuevos miembros... De su extraordinaria luna de miel. El tiempo que aún les quedaba por disfrutar. Los

lugares que visitarían después de Barbados... El broche final de la conversación llegó a los pocos minutos:

—Me ha dicho un pajarito que has estado probando cosas nuevas... — dejó caer como si nada.

Automáticamente me vino a la mente la imagen de un pajarraco rubio. De anchos hombros. Grande. Muy grande. Y de lengua demasiado larga.

¡Maldito Preston, charlatán de pacotilla!

—Adrien, ¿sigues ahí?

—Ajá... ¿Decías?

—Oh, vamos, me has escuchado perfectamente.

—Tienes razón, estaba demasiado entretenido arrancándole la lengua al lameculos de tu querido Preston.

Soltó una carcajada y miré el teléfono, sorprendido.

—Pues siento decirte que estarías dejando muda a la persona equivocada.

—Lo dudo mucho. Seguro que a la cotilla que lleva dentro le ha sido imposible contenerse.

—Lo digo en serio, Adrien, no fue él quién me vino con el chisme.

Cerré los ojos al comprender.

¡Maldita Lady Rebel, charlatana de pacotilla!

A ella sí que le arrancarí la lengua, pero de un mordisco.

—Poco tardó tu amiguita en ponerse en contacto contigo, por lo que veo —dije irónico.

—Siempre lo hace después de cada reunión. Más que nada para darme las gracias por permitir que asista.

—Tenía entendido que ella era la reunión...

—Bueno, no niego que sea parte importante, pero tanto como eso... no.

—Pues piensa todo lo contrario.

—¿En serio? ¿Ella te lo ha dicho?

—Sí. Fue muy rotunda y convincente, te lo aseguro.

—¿Cuándo?

—El día antes, en su habitación. Discutimos por algo que pasó y...

—¿Cómo que en su habitación? ¿Has estado en su hotel?

—¿Hotel? Hablo de tu casa, Theodore. ¿No se supone que tiene una habitación propia aquí?

Tardó demasiado tiempo en contestar.

Y yo empecé a mosquearme.

—Adrien, Mistress no tiene...

—¿Mistress? —lo interrumpí.

—Sí, ella no tiene ninguna habitación en mi casa, no sé por qué... Oh, ¡joder! No te referías a ella, ¿verdad? Tú hablabas de Caitlin... ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Por qué habéis discutido? Dime que no has hecho ninguna estupidez, Adrien.

—Déjalo, Theodore.

—No pienso dejarlo, ¿me oyes? Estoy harto de esta situación. De tu...

—Gggsggfgfssg no se te escucha bien—dije tras hacer ruidos sobre el altavoz del teléfono.

—... Ya va siendo hora de acabar de una maldita vez con...

—Gfgfggfgfgfg te pierdo. No hay cobertura.

—¡No te atrevas a colgarme, Adrien James!

Lo hice. Colgué sin más.

Un segundo después, recibí un mensaje en el móvil.

«Lo quieras o no, Caitlin, tú y yo hablaremos a mi regreso, capullo».

Lo borré.

Lo sé, me comporté como un niño acojonado e infantil. No lo soy. Simplemente creo que hay ciertas cosas de las que me niego a hablar con mi hermano. Caitlin es una de ellas. Ninguno de los tres lo hicimos en su momento. Ahora ya es tarde.

Ya no me interesa.

Volviendo al club... Preston ha hecho muy buenas migas con dos de los nuevos miembros: Pablo y Javier y, junto con ellos y Luis, me arrastra de un lado a otro de la isla. Yo me dejo, claro, no tengo nada mejor que hacer. Y me viene bien salir y desconectar. Me caen bien. Parecen buena gente y tienen la cabeza bien amueblada. Solemos hablar de negocios. De los suyos y de los míos. Sí, Preston ya sabe que no vivo de las rentas de mi familia. Decir que se ha sorprendido por ello, es quedarse corto. Pensaba que era un puto mantenido, al igual que mi hermano, que piensa lo mismo. Otro que se quedará a cuadros cuando se entere. Fijo. Ahora ha empezado a pujar en algunas de las subastas de mi web. Dice que quiere colaborar en hacer aumentar mi cuenta corriente. Si él supiera la cantidad de ceros que hay en ésta, ni abriría la página.

Sonrí.

Algún día tendré que darle las gracias por todo lo que está haciendo por mí. No podía estar más equivocado con él. El muy cabrón me ha sorprendido

para bien y, hoy en día, ya lo considero mi amigo.

Se lo ha ganado a pulso. Aunque, claro, aún no lo sabe. Se reiría de mí en mi cara y no tengo ganas de escuchar sus burlas. Que ahora lo considere mi amigo no significa que esté dispuesto a aguantarlo todo. Ni de coña. Luego se viene arriba y puede ser muy pesado. Así que paso. El día que vuelva a dejar el club en las manos de mi hermano, le diré lo que ha significado para mí tenerlo a mi lado todo este tiempo. Hasta entonces, seguiré siendo el mismo mamón de siempre.

Vuelvo a sonreír.

El caso es que, todos ellos me han convencido para hacer una escapada de tíos. No, no me refiero a una escapada tipo «Resacón en Las Vegas»: alcohol, drogas, chicas y descontrol a tope. Me refiero a hacer una ruta de un montón de kilómetros, andando. Pasar la noche en una tienda de campaña. Cenar alrededor de un fuego mientras nos tomamos unas cervezas. Mirar las estrellas. Y charlar de nuestras cosas. No soy yo muy de hacer eso. En realidad, nunca he hecho algo así. Ni siquiera cuando era pequeño. Nunca es tarde, dicen... Y más cuando quieres darle un giro a tu vida. Así que, aquí estoy. En mi habitación. Cerciorándome de que he metido todo lo necesario, para nuestra expedición, en una enorme mochila.

¿Cómo cojones se supone que voy a poder dar un solo paso con esto a la espalda?

Me río por no llorar.

CAPÍTULO 18



El día, por primera vez desde que estoy aquí, amanece nublado y con bruma. Tenía que ser precisamente hoy, el día escogido para salir a la aventura por ahí. Igual tengo suerte y llueve. No me importa la caminata, pero sí tener que dormir en una tienda de campaña. Debe de ser incómodo de cojones acostarte en el suelo sobre una esterilla y cubrirte con un saco de esos. Ya dije que yo no era muy dado a vivir experiencias de ese tipo en la naturaleza. Soy más de asfalto. De no poder ver las estrellas por culpa de la iluminación de la ciudad. Del ruido. Del caos... En fin, supongo que tampoco va a pasarme nada porque pase una noche sabe Dios dónde.

Si decidiera ponerse a diluviar, no tendríamos más remedio que volver a casa, digo yo. Aunque con estos nunca se sabe.

El encargado de elegir la ruta ha sido Luis. Por eso la hacemos hoy lunes. Él descansa. Los demás nos amoldamos. Para cuando llega a recogernos a mí y a Preston, yo ya he hecho mis deberes: al día mi página web, realizados mis ejercicios por la playa y el estómago lleno.

Uno no se va a recorrer unos cuantos kilómetros a pie sin tomarse un café y un trozo de bizcocho de los que prepara María. Antes de salir de mi habitación, me miro al espejo. Pantalones y camiseta, cortos.

Gorra con visera, del Arsenal football club, que le he cogido a Theodore, y zapatillas de deporte. Estoy de anuncio sí, yo también lo creo. Vale, ha sonado un pelín sarcástico. Soy así. Qué le vamos a hacer.

Ya están todos en el vestíbulo, esperándome. Los observo desde lo alto de la escalera. Parecen emocionados.

Dándose collejas y muertos de risa. Como niños pequeños que se van de excursión sin sus padres.

Se supone que son hombres hechos y derechos, ¿no? Responsables y con trabajos importantes.

Viéndolos de esa guisa, nadie lo diría. Creo que empiezo a entender por qué me han pedido que los acompañe. Quieren una niñera. Pongo los ojos en blanco. Pues ese papel Preston lo desempeña a la perfección. Por algo le ha

quitado el puesto a Mary Poppins.

—¿Qué pasa, James, no te atreves a bajar? —pregunta éste en cuanto me ve.

—No sabría decirte...

Bajo los escalones y me acerco a ellos.

—... ¿Pensáis comportaros así todo el tiempo? —inquiero.

—No, sólo hasta que tú decidas sacarte el palo del culo, capullo.

Todos ríen las palabras de Preston, menos yo.

—Tienes la gracia precisamente ahí.

—Mira por donde, igual que tú el palo.

—Haya paz, hermanos—dice Luis con guasa.

—Tranquilo, la sangre nunca llega al río, ¿verdad, James?

—No me tientes...

—Gruñón—masculla entre dientes.

—Gilipollas.

Una vez que metemos las mochilas en el maletero del todoterreno de Luis, éste nos explica por alto la ruta elegida. Tiene una duración de cuatro horas y media, aproximadamente. Recorreremos, desde la iglesia de Sant Joan, unos quince kilómetros, hasta llegar a Forn des Saig. Donde acamparemos cerca de un acantilado.

—¿Lo tenemos claro? —pregunta.

Todos asentimos subiéndonos al coche.

Conduce hasta Sant Joan y aparca cerca de la iglesia. Volvemos a coger nuestras cosas del maletero y nos ponemos en ruta.

Luis va a la cabeza del grupo, ensimismado en sus pensamientos. Pablo y Javier van charlando distendidamente. Yo voy el último, con Preston a mi lado, en silencio. Salimos del pueblo y cogemos el camino de la izquierda. Según Luis, hasta un depósito de color verde, donde nos desviaremos a la derecha. O eso le he entendido.

—No parece que te apetezca mucho el plan de hoy—murmura Preston.

—No es eso...

—Si no querías venir haber dicho que no y listo.

—No estaría aquí si no quisiera.

—Pues entonces relájate, joder, y disfruta de este momento. Olvídate de todo lo demás.

Sé a qué se refiere con ese «todo lo demás», y juro que ni por asomo estaba pensando en ello.

—Al menos inténtalo, ¿vale?

Resoplo.

—Dios, Arthur, eres muy cansino, macho.

Suelta una sonora carcajada.

—¿Sabes que es la primera vez que me llamas por mi nombre de pila, James?

—¿En serio? ¿Apuntarás la fecha en el calendario?

—No, pero me gusta. Significa que tus barreras empiezan a ceder. Es buena señal.

—Cierra el pico de una maldita vez, ¿quieres? Pareces una puta cotorra.

Sonrío.

Los gestos y las acciones empiezan a delatarme.

La primera parada, para descansar un poco, la hacemos en un cruce de caminos. Desde donde se ve la isla de Tagomago. La panorámica, desde aquí, es alucinante. Bebemos agua y nos comemos una barrita energética. Quince minutos después, volvemos a la ruta.

Para cuando llegamos a nuestro destino, Forn des Saig, son casi las tres. Lo primero que hago es acercarme al acantilado, justo al borde. Alzar la cara hacia el cielo y cerrar los ojos. Inspiro con fuerza. La brisa golpeándome la cara y el sonido del mar embravecido, rompiendo contra las rocas, me relaja. Me acuerdo de Dover y de sus acantilados blancos. De la infinidad de veces que paseé al borde de éstos. Los momentos compartidos... Las caricias... Los besos...

Suspiro.

Fue muy bonito mientras duró.

—¿Quién va a ser el valiente que va a armar este trasto?

Javier está mirando las instrucciones de lo que supongo es la tienda de campaña.

—¿Seguro que aquí dentro cabemos los cinco? Porque esta cosa parece de juguete.

Nos mira a todos, buscando ayuda.

—Yo también he comprado una—Luis se acerca—. Déjame ver eso—frunce el gesto, concentrado—. La dependienta nos dijo que eran fáciles de armar...

—Estamos apañados—digo.

—¿Quieres probar tú, listillo? —Me reta Preston.

—¿Acaso crees que no soy capaz?

—Vamos, James, eres un niño pijo.

—¿Y?

—Pues que siempre te lo han dado todo hecho.

—Sabes que eso no es verdad.

—Entonces demuéstranos lo que sabes hacer, venga.

Sé lo que este idiota pretende. Que me implique y forme parte de esta escapada. Le daré el gusto sólo por cerrarle la puta boca.

Lo primero que hago es mirar la bolsa redonda donde parece estar metida la tienda. Luego, le quito el papel de las manos a Luis y, en cuanto le echo una ojeada, lo tengo claro.

—¿De verdad esto os parece complicado?

—Tiene que serlo porque faltan piezas, ¿no lo ves? Sólo es una bolsa redonda. Dentro no hay nada más.

Luis asiente a las palabras de Javier.

—¿Y qué más quieres que haya? —indago conteniendo la risa.

—Pues lo típico: unas barras, ganchos para clavar al suelo y cuerdas, ¿no?

—¿Tienes idea de la tienda de campaña que has comprado?

—Pues la que la dependienta me aconsejó, joder.

—Ya.

—Qué pasa, James, ¿te vas por las ramas porque no tienes ni idea?

—No, zoquete. Estoy perplejo porque sois unos tarugos. Montar esto es una chorrada.

—No me digas...

—Es tan simple como abrir la bolsa. Sacar la tienda de su interior. Quitar esta goma de aquí y... —la tienda se abre automáticamente—. ¿Dónde la quiere el caballero?

Las carcajadas de Pablo nos contagian a todos.

—La madre que nos parió, somos unos puñeteros ineptos.

—Sois, Preston. Los niños pijos como yo estamos preparados para todo.

—Touché.

Tardamos menos de media hora en montar el resto del campamento: otra tienda más, las esterillas y sacos de dormir.

Cada vez que pienso en sus caras al ver abrirse la tienda sola, me descojono. Ni unas puñeteras instrucciones saben leer.

Vaya expedición montañera de pacotilla estamos hechos.

El resto de la tarde me pasa volando. Buscando piedras y ramas secas

para la hoguera de la noche. Tirados en el suelo, de cualquier manera, jugando a las cartas. Escuchando los chistes verdes de Pablo. No tienen mucha gracia, pero verlo a él gesticulando y demás, sí. Inspeccionando los alrededores. Haciendo fotos de las vistas desde el acantilado...

Confieso que estoy muy relajado.

Y, para mi asombro, disfrutando de la compañía.

Al anochecer empieza a hacer frío. Encendemos la pequeña hoguera y, con unos bocatas y unas cervezas, nos sentamos alrededor de ésta. A los pocos minutos, y no sé por qué, Javier empieza la típica conversación en estos casos. Sí, nosotros los hombres, también hablamos de mujeres. De relaciones fallidas y de sexo. Como todo el puto mundo.

—¿Soy yo, o enamorarse es una mierda? —pregunta.

Nadie contesta. Nos limitamos a masticar y tragar.

—Veo que este tema os deja mudos—masculla—. ¿Ninguno tiene nada que decir al respecto?

—Yo no puedo opinar porque nunca me he enamorado—responde Preston.

—Venga ya, tío, eso no te lo crees ni tú—suelta Pablo—. ¿Cuántos años tienes, cuarenta?

—Treinta y cinco, y lo digo en serio. Nunca he tenido una relación de pareja. No me gusta sentirme atado. Prefiero disfrutar del amor libre, por decirlo de alguna manera.

—No te creo...

—Me gustan demasiado el sexo y las mujeres, no podría prometerle amor eterno a ninguna en concreto, Javier. Eso no va conmigo.

—¿Y ellas lo aceptan, así sin más?

—Pablo, las mujeres de hoy en día ya no son como las de antes. Ellas son tan libres de elegir como nosotros. Yo siempre soy sincero con ellas, si lo quieren, bien, y si no... ya saben donde está la puerta.

—Y por culpa de tíos como tú, pagamos las consecuencias los que sí buscamos a la mujer de nuestras vidas, capullo—rezonga Javier.

Preston lo fulmina con la mirada.

—Yo no tengo la culpa de que tu ex haya resultado ser un tío. Ni de que la mujer de Pablo lo haya abandonado por otro. Tampoco de que Mila decidiera no tener una relación exclusiva con Luis. Y, mucho menos de que... —se calla de golpe.

Nuestras miradas se encuentran y aprieto los dientes.

—Adelante—digo—, si resaltar nuestras miserias te hace sentirte menos culpable de ser un cabrón con las mujeres, no te cortes.

—Lo siento, yo no...

—Crees que ser así te salva de sufrir por amor, ¿verdad? Cero sentimientos. Cero emociones... Nos miras a nosotros y respiras aliviado porque no estás en nuestra situación. Qué imbécil. Pues déjame decirte que te equivocas.

No estás a salvo. Algún día conocerás a la mujer que ponga tu mundo del revés. Que te haga sentir el hombre más especial del mundo. Y caerás rendido a sus pies porque ellas tienen el poder de hacer eso. Así que no vayas de gallito, amigo mío, porque ten por seguro que en el corral hay una gallina destinada a ti que te cortará la cresta antes de que puedas parpadear.

—Así se habla, tío—Pablo me guiña un ojo.

—Secundo sus palabras—Luis me señala con una medio sonrisa dedicada a Preston.

—¿Cuál es tu historia, macho? Me he quedado intrigado.

—Mejor cambiemos de tema, ¿vale, Javier? —propone Preston.

Le doy un trago a la cerveza. Y otro. Y otro más.

Suspiro.

—Estoy enamorado de una mujer desde que tengo uso de razón—relato en voz baja y pausada—. Tuvimos una relación que duró algo más de un año. Se comprometió con mi hermano de la noche a la mañana, sin decírmelo. Ese compromiso duró ocho meses. Nunca me dio una explicación. Nunca pidió perdón por el daño ocasionado. Sigo viéndola porque su familia y la mía son íntimas y...

—Joder, macho, menudo dramón el tuyo—me interrumpe Pablo.

—Ya te digo, mi historia al lado de la tuya es una comedia—Javier me mira apesadumbrado.

—Aún no sabéis lo mejor—murmuro—. Recientemente me he enterado de que ella es Lady Rebel. La mejor dominatrix de Londres.

—¡Hostia puta! —exclama Luis—. ¿Lady Rebel es...? ¿Ella es...?

—Mi ex, sí.

—¿Y tú no sabías que ella...?

—No tenía ni puta idea, os lo aseguro.

—Lo siento, Adrien.

—Gracias, Luis. Yo también siento lo vuestro. Lo tuyo no, Preston. Lo tuyo me da lástima. Uno nunca debe de presumir de no haberse enamorado

nunca. ¿Y sabes por qué? —niega con la cabeza—. Porque, corregidme si me equivoco—digo mirando a los demás—, el amor, con todo lo que conlleva, es el sentimiento más maravilloso del mundo. Es muy triste que nunca lo hayas sentido y, mucho menos no haberlo recibido.

Y lo digo en serio.

Enamorarme de Caitlin es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Aunque duela.

Aunque ya no exista.

CAPÍTULO 19



La experiencia de la acampada resultó... interesante. Incluso divertida. Lo pienso ahora, una vez en casa y con una buena taza de café en las manos. Hace unas pocas horas estaba que me llevaban los demonios. Sonríó para mis adentros al recordar lo inútiles que fuimos. Sobre todo, esta mañana, cuando al ir a recoger las malditas tiendas de campaña, casi nos dan los siete males. Si abrirlas ya resultó una odisea, innecesaria, la cosa era bastante simple, volver a plegarlas fue todo un espectáculo. Los malabarismos que llegamos a hacer... por Dios. Nunca imaginé que resultaría tan complicado hacer coincidir unos puñeteros colores. Y muchos menos dejarla como estaba. Supongo que la falta de experiencia jugó en nuestra contra. Al final, tras intentarlo una y mil veces, conseguimos volver a meterlas en sus bolsas. A punto estuvimos de dejarlas allí y que se las llevara el viento. Sí, está claro que somos hombres de poca paciencia y mucha menos pericia.

¡Ya nos vale!

Dormimos poco. Estuvimos hasta altas horas de la madrugada charlando junto al fuego. Cerveza en mano. Aparte de hablar del amor no correspondido que todos parecíamos padecer, excepto Preston, también hubo otros temas de conversación. Fantasías sexuales. Posturas imposibles de realizar... Sí, lo sé, somos hombres y todas esas conversaciones giraban en torno a lo mismo. Sexo.

Un tema que suele ser bastante frecuente cuando te juntas con amigos y bebes algunas cervezas. ¿A quién no le gusta hablar de eso? Vale sí, es mejor practicarlo que hablar de ello. Pero intercambiar opiniones y experiencias puede resultar positivo. Siempre se aprende algo nuevo.

Excepto Preston, otra vez. Este hombre parece haberlo practicado todo, joder. Es como una enciclopedia andante respecto al tema. De algo tiene que servir ser un pervertido y gustarte el BDSM, ¿no? Ahora que saben quién es Lady Rebel y a qué se dedica, todos quieren asistir a las reuniones del sótano.

Menos yo.

Paso.

Con una vez fue suficiente.

—¿Qué haces?

Preston entra en el despacho.

—¿Por qué no has llamado a la puerta?

—¿Porque está abierta?

—¿Y?

Resopla.

Vuelve a salir.

Acto seguido llama a la puerta.

Dos golpes secos con los nudillos.

—Pasa, la puerta está abierta—digo con recochineo.

Pone los ojos en blanco.

Me encanta putearlo.

—Eres un mamón, James.

—Eso dicen... ¿Querías algo?

Se sienta en uno de los sillones y cruza las piernas.

—Luis me comentó ayer que está pensando en dejar su trabajo en el Lust.

—¿En serio?

—Sí. Dice que se le hace insoportable seguir trabajando con Mila. Lleva fatal eso de verla cada noche con un tipo distinto.

—Lo entiendo... Pero no tanto como para que deje un empleo que salta a la vista que le gusta.

—Eso mismo le he dicho yo. He pensado que, llegado el caso de que renuncie en el Lust, voy a proponerle a Theodore que lo contrate. ¿Te parece bien?

—No veo qué tiene que ver eso conmigo.

—Eres un James, este club es también tuyo, ¿no?

—Pues no. Todo esto es de Theo, yo ni pincho ni corto.

—¿Pero lo contratarías?

—Por supuesto que sí. Mi cuñada no se hubiera largado un par de meses de vacaciones si no confiara en él. Está claro que es un tipo responsable. Trabajador.

—Le he aconsejado que se lo piense bien, que sería una tontería que hiciera tal cosa. No obstante, quiero que sepa que puede contar con nuestra ayuda y que no se quedará en la estacada.

—Vale.

Nos quedamos unos minutos en silencio.

Si yo estuviera en el pellejo de Luis, ya habría renunciado. Es muy jodido saber a qué se dedica la mujer de la que te has enamorado cada vez que cruza una de esas puertas.

Muy, muy jodido. Sí.

Por algo dicen que, corazón que no ve, corazón que no siente.

Y es la puta verdad.

—¿Querías algo más? —inquiero.

—Sí. Esta tarde llegará un camión y los operarios para transformar el sótano y...

—¿Transformar el sótano? ¿Vuestra próxima reunión también será temática?

—¿Tu hermano no te habló de la exhibición que habrá aquí a finales del mes que viene?

Me quedo pensativo buscando esa información en mi mente.

No tardo en encontrarla.

—Dentro de unas semanas, se hará una exhibición de esa práctica sexual, una muy importante y que mueve a mucha gente, en el Libertine. Y la persona que lleva ese asunto es...

Fue cuando mi hermano intentó por segunda vez decirme quién era la persona que se encargaba de las reuniones de BDSM.

No lo recordaba...

—Sí. Me lo dijo.

—Pues ese es el motivo de hacer alguna obra en el sótano. Asistirá mucha gente y hay que habilitar y acondicionar ciertas zonas ahí abajo.

—¿Tan importante es?

—Mucho.

—¿Por qué?

—Porque es un evento que mueve a mucha gente. Una especie de concurso del que saldrán elegidos los dos mejores dominantes del mundo. Hombre y mujer. Tu hermano es uno de los patrocinadores y este año le ha tocado a él ser el organizador. Por eso tiene que salir perfecto.

—Entiendo.

—Durante esa semana el Libertine permanecerá cerrado. Nos centraremos en la exhibición.

—¿Por eso esta vez no habéis hecho la reunión?

—Sí. Tocaba hacerla este fin de semana, pero, las personas que se

presentan necesitan prepararse bien, por eso hemos preferido posponerla.

—¿Cuántas personas calculas que asistirán?

—Unas doscientas. Se ha reservado al completo el hotel más próximo. La gente anda bastante revolucionada con este tema. Dejará grandes beneficios en la isla.

—¿Participantes?

—Veinte. Diez hombre y diez mujeres. Los mejor valorados por los más entendidos.

—¿Ella?

Me mira directamente a los ojos.

—Sí. Ella será una de las participantes. ¿Te supone eso algún problema?

—Ninguno. Además, para entonces mi hermano estará de vuelta y yo ya no estaré aquí.

—¿Y no sientes curiosidad por...?

—Ni gota—lo interrumpo—. Este mundo está de más para mí, Preston, ya te lo dije. Os respeto a todos los que disfrutáis de esto, de verdad. Yo paso. En cuanto Theodore regrese de su luna de miel, volveré a Londres. A mi vida.

—Nunca pensé que diría esto, pero, cuando eso ocurra, te echaré de menos.

—Lo sé, estás loco por mí.

Suelta una carcajada.

—Ya quisieras... ¿Te encargarás, hoy, de supervisar que esa gente haga su cometido? Tengo que ir al ayuntamiento a recoger unos permisos y aprovecharé para hacer más cosas.

—¿Sólo eso?

—Sí.

—Entonces despreocúpate.

—Te veo esta noche en el club. Pórtate bien en mi ausencia, Adrien.

En cuanto me quedo solo, es inevitable que piense en Caitlin. En lo que era... En lo que se ha convertido... ¿Puede alguien, en verdad, cambiar tan radicalmente de la noche a la mañana, y convertirse en lo opuesto a lo que era? Supongo que sí. Basta con que compare a la Caitlin de antaño con la de ahora.

No podrían ser más distintas.

Recuerdo la primera vez que la besé. Yo tenía veintiuno. Ella estaba a punto de cumplir los diecinueve. Fue en el invernadero. Una tarde de

noviembre. Hacía frío y lloviznaba. La niebla cubría parte de la campiña inglesa y nos escondíamos de mi hermana Alison. Estábamos detrás de unos parterres de peonías y begonias. Ella nos buscaba y llamaba por los pasillos de flores y, a Caitlin, se le escapaba la risa. Le cubrí la boca con la palma de mi mano y nuestros ojos se encontraron. Risueños. Le hice un gesto para que guardara silencio.

De lo contrario, mi hermana daría con nosotros y ya no podríamos estar solos.

Su mirada me tenía clavado al suelo. Tenía, y tiene, los ojos más bonitos que he visto en mi vida. Conseguía dejarme sin respiración cada vez que me miraba.

Se me aceleró el pulso al sentir el calor de su aliento contra la palma de mi mano. Reseguí con los dedos el contorno de sus labios. Su pecho ascendía y descendía, alterándose con mis caricias. Fui inclinando la cabeza, lentamente, sin apartar la mirada de la suya. Dándole la oportunidad de hacerme a un lado, si ese era su deseo. No lo hizo. Sus labios, carnosos y rosados, se entreabrieron para mí, involuntariamente. Se me erizó el vello al primer contacto con estos. Eran muy suaves y sabían dulces. Al zumo de piña que hacía nada nos habíamos tomado. Su mano, temblorosa, me acarició la base de la nuca. Esa simple caricia, me incendió la piel. La sentía ardiendo. Igual que cuando enfermaba y me subía la temperatura. No, miento. Esa vez era diferente. Mi calentura se debía al deseo... la necesidad y el anhelo de tenerla entre mis brazos y hacerla mía. Por aquel entonces, y siendo tan joven, ya la sentía parte de mí. Ahogué un gemido, ronco, cuando nuestras lenguas se rozaron. Saboreé cada recoveco de su boca, tragándome sus jadeos. El beso apenas duró unos minutos. Los suficientes para enamorarme un poco más de ella. Si mi hermana no hubiera estado rondando por allí...

Suspiro hondo.

Esto era lo que me quedaba de nuestra historia.

Recuerdos...

—Muchacho—María irrumpe en el despacho sacándome de mis pensamientos—, preguntan por ti abajo.

—Diles que ahora voy María, gracias.

Me asomo a la ventana. Un camión, de tamaño mediano, está en la entrada de la finca. Ni puta gana tengo de bajar ahí abajo a supervisar nada. No he vuelto a pisar el sótano desde hace dos semanas. No me gusta lo que me hace sentir ese antro. Es algo difícil de explicar. Una sensación rara que

me pesa en el estómago. Algo parecido al miedo... Sí, miedo. Miedo a que, si lo frecuento demasiado, me vuelva adicto a él. Al igual que le ha pasado a Theodore. A Arthur Preston y a Caitlin.

—¿Muchacho?

La voz de María, desde el pasillo, me sobresalta.

—Ya voy. Ya voy...

Salgo del despacho rezongando.

¿Qué cojones voy a supervisar nada si no tengo ni idea de lo que hay que hacer?

Pero lo hago. Al menos lo intento siguiendo unos planos que Preston ha dejado para mí. Y así, enfrascado en descifrar dichos planos, el resto del día pasa volando.

Cuando me quiero dar cuenta, estoy bajando las escaleras ataviado con un nuevo traje de época y un sombrero de copa en la mano. Listo para entrar al Libertine. Me choca no ver a Preston ahí, al pie de éstas, esperándome. Sonrío. «Tú también vas a echar mucho de menos ciertas cosas cuando te vayas, capullo», me digo a mí mismo. Sí, lo reconozco. Arthur Preston es como un grano en el culo, pero el jodido se hace querer.

Entro en el club y enseguida veo a Pablo y Javier, que me hacen una señal para que me acerque. A Preston no lo veo por ningún lado y eso me choca más todavía. «¿Dónde demonios estará metido?», me pregunto en silencio. Es raro de cojones que él no ande por aquí. Siempre es muy puntual. Supongo que si le hubiera pasado algo me habría avisado, ¿no? En fin, puede que se le haya hecho tarde, nada más. Camino en dirección a los chicos, que ya tienen sendas copas de brandy en las manos. Sus caras muestran esas sonrisas traviesas que indican que algo traman.

¡Miedo me dan!

—Acércate, amigo James, y toma algo.

Pablo le hace una señal al camarero y me pide otra copa igual a la de ellos.

—¿A qué vienen esas sonrisas?

—Hemos preparado una timba de Strip Póker en una de las salas privadas—responde Javier en voz baja.

—No me lo puedo creer—digo meneando la cabeza, incrédulo—. ¿Ahora os va jugar a esas cosas?

—Hemos pensado que, ya que nuestras relaciones son un fraude, nos merecemos un poco de diversión en buena compañía. ¿Qué te parece? —

Pablo me mira ansioso.

—No pretenderás que me apunte, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Si lo haces tú, aquella pelirroja también. Nos lo ha dicho ella.

Miro en la dirección que indica con la cabeza y sí, la pelirroja es quien me imaginaba: Malena.

—Paso. No me van esa clase de juegos...

—Venga ya, hombre, os necesitamos a ti y Preston. Por cierto, ¿dónde está?

—No tengo ni idea, creí que ya estaba por aquí.

—No. Hemos sido de los primeros en llegar y no lo hemos visto.

—Pues no sé...

Miro el reloj de bolsillo, preocupado. Si en media hora no está aquí...

—Míralo, ahí entra.

Avanza hacia nosotros con zancadas largas.

—¿Dónde te habías metido? —inquiero molesto.

—Se me ha pinchado una rueda del coche y...

—Joder, ¿y no pudiste avisarme?

—¿Estabas preocupado por mí, James?

—Ni un poco.

—Ya... Oye, Caitlin me ha llamado. Está arriba, en casa. ¿La has visto?

El corazón me golpea con fuerza la caja torácica.

—No. Se supone que no debería de venir hasta finales del mes que viene, ¿no?

—Sí, por eso me extraña que esté aquí. ¿Me acompañas a averiguar el motivo?

—No, sus motivos no me interesan. Además, una pelirroja me está esperando para jugar una timba de Strip Póker.

—Adrien... debe de ser importante si la ha traído a la isla.

—Me la suda, no es mi problema. Si más tarde quieres unirte a nosotros, estaremos en una de las salas privadas.

Sale del salón escopetado.

Yo me quedo mirando hacia la puerta.

¡Maldita sea! ¡Me comen las ganas de seguirle!

No lo hago.

CAPÍTULO 20



En la sala privada para la timba somos seis personas: Pablo, Javier, Malena, Rocío, Carmen y un servidor. Las reglas establecidas son las siguientes: haremos manos rápidas y, al final de cada mano, descubriremos cada uno su jugada. El único que no se quitará prenda, será el que mejor jugada tenga. Hemos establecido un máximo de seis prendas por persona. Las joyas, tipo pendientes, relojes y demás, no serán contadas como prendas. La primera persona en quedarse completamente desnuda pierde.

Hubo en tiempo, hace ya bastante, que este era uno de mis juegos favoritos los viernes de madrugada. Cuando ya llevaba alguna copa de más encima y todo me lo pasaba por el arco del triunfo. Solía preparar las timbas en el salón de mi casa.

Luz tenue. Música suave de ambiente. Muchos cojines por ahí esparcidos y alcohol hasta hartarse, entre otras sustancias. No hay que ser muy inteligente para saber cómo terminaban aquellas reuniones. Todo el mundo en pelota y follando sin discreción y con quien fuera. Auténticas bacanales en las que, menos comer, hacíamos de todo. Le cogí aversión al juego cuando me di cuenta de que no podía seguir así. Me estaba autodestruyendo y era el momento de parar. Lo dejé. Como todo lo demás.

Hoy, alrededor de tres años después de eso, vuelvo a estar en la casilla de salida.

Impulsado por el mismo motivo, muy a mi pesar.

Olvidarme de Caitlin Smith.

¡Maldita sea, esta mujer va a ser mi perdición!

¡Que empiece el juego!

Pablo saca de su bolsillo un estuche que contiene varios cigarros habanos. No me gusta fumar, aun así, cojo uno y llevo a cabo el ritual. Con la pequeña guillotina, corto la parte trasera del cigarro. Un corte limpio y preciso. Luego, simplemente giro el puro alrededor de la llama de una cerilla de madera. Soplo ligeramente sobre la parte encendida, y me lo llevo a la boca. Su sabor es fuerte. Igual que el de la copa de coñac que descansa en mi

lado de la mesa. Seguro que, si mi padre me viera, estaría orgulloso de mí por actuar como un caballero de antaño.

Javier reparte las cartas. Las mías no parecen malas del todo, pero se pueden mejorar. Las chicas parecen impacientes. Se nota que lo único que les interesa del juego, es quitarse la ropa. Diez minutos después, gano la primera mano. Todos se deshacen de una de sus prendas, excepto yo. A partir de aquí, la cosa se calienta y se descontrola. Los cuerpos van quedando desnudos a gran velocidad. Las copas se llenan y se vacían de igual manera. Y los cigarrillos se consumen apoyados en un cenicero de caoba. Luis y Pablo están en calzoncillos y camiseta. A las chicas, lo único que las cubre, son unas minúsculas porciones de encaje sobre sus tetas y coño. Tienen la piel respigada. No es por el frío. Es por la expectación. Yo, aún conservo la camisa, el bóxer y los calcetines. Eso sí, tengo la polla más dura que un garrote de hierro.

—¿Y si hacemos el juego más interesante? —propone Rocío.

—¿A qué te refieres? —Pablo la mira con interés. Al igual que el resto.

—Para empezar, nos desnudamos todos, del todo. Así estaremos en igualdad de condiciones. Formamos dos equipos, chicas contra chicos. Asignamos una pareja a cada uno. Si gana uno de vosotros, nosotras haremos lo que nos pidáis. Si, por el contrario, somos una de nosotras la que gana, seréis vosotros los que obedezcáis.

Cada orden tendrá la duración de diez minutos. Me explico: si nos mandáis que os hagamos una mamada, ésta durará diez minutos. Así sucesivamente. ¿Qué me decís? ¿Os animáis?

—Por supuesto, nena, cuenta conmigo—Pablo le guiña un ojo.

—Yo también me apunto—Javier parece inquieto.

—Y nosotras.

Todos los ojos se clavan en mi persona.

—Lo que propones es una orgía... —mascullo.

—Tampoco es eso. Digamos que es un juego inventado en el que todos nos lo vamos a pesar de vicio. Aunque si prefieres llamarlo así, por mí no hay problema.

La sonrisa pícaro de Malena me hace sonreír a mí también.

—¿Qué pasa, James, tienes miedo?

—Ni un poco, querido Pablo.

—¿Entonces?

—Adelante. Juguemos.

Y lo hacemos.

Nos enrolamos en un juego picante y pornográfico. Con la sala en penumbra. Sólo hay un candelabro de tres brazos encendido. Mejor así. No me apetece gran cosa ver las caras de éxtasis del resto, aunque confieso que pone mucho. Sobre todo, contemplar la de Malena cuando se mete mi polla en la boca y me la chupa con gula. Tiene los ojos muy abiertos, al igual que la boca. Parece hambrienta de mí. Eso me calienta la sangre. Su lengua, suave y húmeda, me rodea el glande.

Cierro los ojos cuando me muerde con suavidad. Sus manos me presionan con fuerza los muslos. Los gemidos del resto me llegan a los oídos con claridad. Se me pone más dura, si cabe. Embisto con fuerza dentro de su boca. Me devora. Me saborea. Me acaricia con ansia. Me lleva al límite y, cuando estoy a punto de correrme, se terminan los diez minutos.

¡Joder, me van a explotar las putas pelotas!

La siguiente mano la gana Rocío.

Me toca a mí enterrar la cara entre las piernas de Malena y saborearla.

Lo hago de una manera lenta. Separando cada pliegue de su coño y lamiendo con parsimonia. Pasando la lengua por cada rincón. Enroscándola en su clítoris y presionando a la vez el dedo índice en la resbaladiza abertura. Alza las caderas compulsivamente. Una y otra vez. Sus roncos gemidos me encienden de una manera asombrosa. Creo que tengo toda la sangre del cuerpo concentrada en la punta de la polla. Cambio el dedo índice por la lengua y la penetro con ella. Se arquea. Gime. Y ruega que no pare.

Pero el tiempo se acaba...

—¡Mierda! —protesta frustrada.

Sonrío con malicia.

Vierto dos dedos del líquido ambarino en la copa y me lo bebo de un solo trago. Javier reparte las cartas. Estamos ansiosos por seguir jugando. Nuestras respiraciones están agitadas y las banderas izadas en todo su esplendor. Ellas tienen las mejillas arrojadas. Pupilas dilatadas. Labios hinchados. Lo que es Malena, no ha dejado de mordérselo en el último minuto. Su mirada se concentra en mi polla. Parece que tienes ganas de volver a hincarle el diente. Avariciosa... Yo de lo que tengo ganas es de hundirme en ella y hacerla gritar hasta que se le vaya la voz. Estoy tan al límite que, follarla duro, es mi único consuelo. Embestirla con fuerza y tan profundo, que se le corte la respiración.

Me centro en el juego.

Necesito ganar para llevar a cabo mis bajos instintos.

No lo hago.

Hay un empate.

Javier pide que cambiemos de pareja.

Carmen, mirándome a mí, que juguemos con sus lindos traseros.

Sin perder el tiempo, que es escaso, nos ponemos a ello.

Carmen es una mujer de curvas redondeadas. Caderas anchas y pechos voluminosos. Morena de piel. Cabello negro, hasta la cintura. Ondulado y sedoso. De mirada intensa y profunda. Labios gruesos. Carnosos.

Rojos. Apetecibles. Muy apetecibles, de hecho. Los imagino alrededor de mi polla y me duele. De momento me basta con verla ponerse a cuatro patas delante de mí. Con su precioso culo en pompa. La espalda arqueada. La cabeza ligeramente echada hacia atrás. Dirigiéndome una mirada, libidinosa, por encima del hombro. La boca semiabierta. La punta de la lengua sobre su labio inferior. Lista. Dispuesta...

¡Joder!

Me enfundo un preservativo. Llevo la mano derecha a su coño y utilizo sus propios fluidos para lubricar su retaguardia. Apoyo el glande en el orificio de entrada y empujo con suavidad. Entro lentamente en ella. Su cavidad es estrecha. Apretada. Contengo la respiración y ahogo una exclamación cuando estoy totalmente dentro. «¡La hostia!», pienso demasiado excitado. Me muevo, dentro y fuera. Una... Dos... Tres... Gruño. Ella gime y se acompasa a mis movimientos. Saliendo en mi busca cada vez que hago el amago de salir de ella. Sujetándome de los muslos y presionando con fuerza.

—¡Más fuerte! —demanda entre jadeos entrecortados.

—No quiero hacerte daño.

—No vas a partirme en dos, James.

—Monada... eso me encantaría, créeme.

—¡Pues hazlo, joder!

Sus deseos son órdenes para mí y profundizo la penetración. Mis estocadas son firmes. Duras. Secas... Sus jadeos suben de volumen hasta convertirse en gritos de placer. Roncos. Intensos. Alargados... Cierro los ojos y me muerdo los labios.

¡Dios! Afianzo las manos en sus caderas y empujo enfebrecido. El sonido de nuestros cuerpos al chocar me lleva a vislumbrar el orgasmo. Lo tengo ahí... a punto de explotar.

Y de nuevo me quedo a las puertas.

«¡Puto tiempo de mierda!», mascullo quitándome el preservativo.

Con la respiración agitada, me pongo en pie. Cojo la botella y bebo directamente de ésta. Me siento frustrado y dolorido. Muy dolorido. ¡Maldita sea! Necesito liberarme o se me enquistarán las putas pelotas.

Resoplo con fuerza.

Por unanimidad, decidimos que esta será la última mano de la partida. La última oportunidad de correrme sin tener que recurrir a mi mano más tarde en la intimidad de mi habitación. Por las caras y las prisas de continuar, no debo de ser el único en pensar eso. Todos estamos ansiosos y, por qué negarlo, demasiado necesitados de culminar de una puñetera vez.

Carmen reparte las cartas. Cinco minutos después, tengo en mi poder una escalera real. La máxima puntuación del Póker.

Sonrío satisfecho y descubro las cartas.

—¿Cuál es tu petición, James? —pregunta Pablo.

—Que se pare el tiempo...

—¡Gracias a Dios! —exclama Javier.

—¿Volvemos a la pareja inicial? —propone Malena.

—No.

Ella tuerce el gesto mientras Carmen sonrío complacida.

No lo hago por ningún motivo en especial. Simplemente deseo que, cuando el juego termine, no sea una pelirroja la que esté en mis brazos.

Me acomodo en el sofá de terciopelo verde y brocados dorados que hay pegado a la pared del fondo. Le hago un gesto a la morena para que se aproxime y se siente a horcajadas en mi regazo.

Deslizo la mano por su cuerpo, con parsimonia. Muslos. Vientre. Pechos... Inclino la cabeza, saco la lengua y lamo los rosados y duros pezones. Pasadas lentas.

Largas. Húmedas... Ella gime, echa la cabeza hacia atrás y se balancea buscando la fricción con mi polla. Amaso sus nalgas y la empujo sobre mí. Recorro cada parte de piel que queda al alcance de mi boca, hasta saborear esos labios tan jugosos. Nuestras lenguas se enroscan con urgencia. Ávidas. Calientes... No tardo en ponerme otro preservativo y clavarme en ella. La sensación que me produce hacerlo, al fin, es... increíblemente alucinante. Cierro los ojos y aspiro su olor. Un olor a sexo que me nubla los sentidos. Joder, se me hace la boca agua cada vez que me muevo en su interior. Hundo los dedos en la carne de su cintura y la hago subir y bajar, con fuerza, sobre

mí. Gruño. Resoplo. Aprieto los dientes... ¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡El puto orgasmo va a ser bestial! Ella se tensa... Se arquea a los lados y jadea mi nombre:

—James... Joder, James... Sí... James...

—Vamos, monada, córrete. Dámelo todo.

Y lo hace.

Me cabalga como si no hubiera un mañana. Tan fuerte que, sus tetas, rebotan con ímpetu delante de mi cara. Lleva la mano al clítoris y lo frota con firmeza. Eso termina por volverme loco y, en cuestión de segundos, me corro gruñendo de puro deleite. Convulsionando todo mi cuerpo y vaciándome, hasta la última gota, en su interior.

—Follar contigo ha sido un placer, James—manifiesta sobre mi boca con una gran sonrisa.

—Lo mismo digo, monada.

Poco después, y tras dejar unos billetes sobre la mesa, salgo de la sala privada en silencio.

Cuando me acuesto en mi cama, tras una larga ducha, son las cinco de la madrugada.

Estoy exhausto.

Complacido.

Satisfecho...

«¿Qué cojones ha venido a hacer Caitlin a la isla si no hay reunión de BDSM?», me pregunto antes de caer profundamente dormido.

CAPÍTULO 21



Me despiertan las voces en el pasillo. Al principio creo que sólo están en mi cabeza. Que es un sueño. Pero, según me voy despejando, éstas van llegando nítidas a mis oídos. Son Preston y Caitlin, intentando no gritar, sin conseguirlo.

«¿Tenían que ponerse a discutir justo frente a la puerta de mi habitación?», exhalo malhumorado. Me incorporo hasta apoyar la espalda en el cabecero de la cama y presto atención:

—Definitivamente te has vuelto loca, Caitlin. Tiene que haber alguna otra manera de solucionarlo.

—¡Por supuesto que la hay, pero sería perder el tiempo!

—Deja de gritar, ¿quieres? Toda la puta casa acabará enterándose de nuestra discusión.

—¡Pues que se enteren, me importa una mierda!

—Por el amor de Dios, contrólate.

—Estoy desesperada, Arthur, necesito tu ayuda—musita lastimera.

—Lo siento, pero no voy a hacerlo. Con esto no.

—Por favor... —suplica.

Aparto la sábana a un lado y, resignado, me levanto de la cama. No sé qué cojones les pasa a esos dos, pero ya han conseguido cabrearme. Apenas llevaba cuatro horas durmiendo, joder. Podían haberse ido a discutir, no sé... a China, por ejemplo. Qué poca consideración, maldita sea. Encima han conseguido intrigarme con sus puñeteras voces.

Ahora quiero saber a qué viene tanto revuelo a las nueve de la mañana. Cuando está claro que algunos, como yo, hemos estado despiertos hasta la madrugada. Vale sí, porque me ha dado la gana. No obstante, un poquito de respeto no vendría mal, coño.

Abro la puerta de par en par, con ímpetu. Están justo ahí, frente a ésta. Ella ni se inmuta. Se dedica a recorrer mi cuerpo con la mirada de pies a cabeza. Sí, estoy en pelota, ¿y qué? Siempre duermo desnudo. Preston, por el contrario, parece avergonzado.

—¿Se puede saber qué mierda os pasa? ¿No había otro lugar en toda la casa donde ponerse a gritar?

—¿Qué, James, hemos interrumpido tu placentero descanso?

Su actitud chulesca me irrita aún más. O me controlo o la estrangulo. Lo juro.

—Caitlin... —murmura Preston.

—Si no hubieras estado jugando al Strip Póker hasta las tantas de la mañana...

La fulmino con la mirada.

—Hago con mi vida lo que quiera y me acuesto cuando me da la real gana. Pero no estáis aquí, discutiendo frente a mi puerta, por lo que yo haga o deje de hacer. Habéis conseguido, para bien o para mal, llamar mi atención. Así que, decidme, ¿de qué va esto?

Se miran.

Preston le hace un gesto con la cabeza para que hable.

Ella se muerde el labio inferior, dudando.

Yo empiezo a perder la paciencia.

—Quedarse mudos hubiera venido bien hace unos minutos, cuando gritabais, no ahora—mascullo entre dientes.

Caitlin coge aire y vuelve a dirigir sus ojos a mí.

—Qué pasa, monada, ¿te has quedado de repente sin palabras?

—No soy tu monada—dice con desdén.

—En ningún momento he dicho que lo fueras.

Bufa.

Achina los ojos.

Aprieta los dientes...

—Nuestra discusión, en realidad, sí que tenía que ver contigo, James.

La respuesta de Preston me sorprende. ¿En serio discutían por mí? No me lo creo.

—¿Por qué?

—Será mejor que te vistas y hablemos en mi despacho.

—Quiero saberlo ahora.

—Oye, Caitlin te lo explicará todo, pero no contigo así, señalándonos con la polla. Además, María o cualquiera podría pasar por aquí. ¿Quieres que te vean en pelota?

—Me la suda.

—¿Ahora eres un exhibicionista, Adrien?

—Vaya... veo que ya vas recuperando el habla, monada.

—He dicho que no...

—Cierra el pico, Caitlin. Y tú, entra ahí y ponte decente. Luego sube a mi despacho.

Preston sale a grandes zancadas hacia la escalera.

Ella detrás.

—Con esa actitud no vas a conseguir nada, Caitlin. Un poco de humildad no te vendría mal, sobre todo para tratar con él.

Esas son las últimas palabras que alcanzo a escuchar antes de que se pierdan escaleras arriba.

Cierro la puerta, entro en el baño y me meto en la ducha. Juro que no entiendo nada de lo que pasa. Sin comerlo ni beberlo, causo una discusión entre ellos y quiero saber por qué. Auguro que no va a gustarme lo que me puedan decir. Y más después de escuchar el consejo que Preston le da a Caitlin. Aun así, no estoy dispuesto a quedarme con las ganas de saber carcomiéndome por dentro. Cuanto antes lo haga, antes disiparé mi curiosidad y le daré solución. En el caso de que la haya. Por eso no pierdo el tiempo y me ducho con rapidez. Me visto en un santiamén. Y subo las escaleras de tres en tres.

Entro en su despacho sin llamar.

—¿No te han enseñado a tocar a la puerta? —me pregunta con retintín.

—Está visto que las malas costumbres se pegan, ¿no te parece?

Se cruza de brazos y me observa, sin pestañear.

—¿Qué? —inquiero furioso.

—Ya sabes qué, James.

Resoplo con fuerza y salgo cerrando la puerta tras de mí. Al momento estoy llamando a ésta con los nudillos.

—Pasa—es su respuesta.

¡Puto Arthur Preston!

—¿Contento?

—Mucho—responde sonriendo—. Siéntate.

—Prefiero quedarme de pie.

Se encoge de hombros y, desabrochando la impecable chaqueta de su traje, se sienta tras la mesa.

—Adelante, Caitlin, explícale a Adrien por qué él era el motivo de nuestra discusión.

Lo mira a los ojos durante unos minutos que se me hacen eternos.

Parece nerviosa. Lo sé por su compulsiva manera de tragar. Finalmente se dirige a mí. No sin antes cargar sus pulmones de aire, para soltarlo segundos después.

—Imagino que sabrás que dentro de unas semanas habrá una especie de exhibición de BDSM aquí en el Libertine...

—¿Imaginas? —la interrumpo.

—Está bien, lo sé con seguridad. Y también sé, con la misma seguridad, que estás al tanto de mi participación en dicha exhibición—asiento con cautela—. El caso es que... —murmura, dubitativa—, Dimitri, el chico que trabaja conmigo asiduamente, ha tenido un accidente que lo ha postrado en cama al menos durante seis semanas. Lo que significa que no estará preparado al cien por cien para... para nuestros países.

—¿Y? ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Hemos pensado que...

—Hemos no—la corta Preston.

Lo taladra con sus hermosos ojos azules.

—Yo—matiza—, he pensado que, ya que estás aquí y nos conocemos tan bien, podrías ocupar su lugar y ser mi sumiso. No me interrumpas... —pide al ver mis intenciones—. No te lo pediría si no hubiera sido testigo de cuanto has disfrutado de tu experiencia con Mistress. Has sido dócil, acatado cada orden y creo que tú...

—La respuesta es no—digo categórico.

—No me has dejado terminar.

—Ni falta que hace. Puedes adornarlo todo lo que quieras, mi respuesta seguirá siendo la misma. No.

—Escúchame, por favor...

—Ya lo he hecho y no me interesa. Gracias.

La ironía en mi voz es patente y eso parece molestarla. Bien.

—Adrien, estoy desesperada, por favor, hazlo por mí, por nuestra amistad—ruega.

Mentiría si dijera que no me la he imaginado en más de una ocasión precisamente así, rogando. Aunque también confieso que, ni de lejos, me imaginaba que lo hiciera para que fuera su sumiso. No era eso lo que he anhelado durante tanto tiempo.

Tuerzo el gesto en una sonrisa sardónica.

—Hubo un tiempo, no hace mucho, en que hubiera hecho cualquier cosa por ti, Caitlin. Las cosas han cambiado, afortunadamente para mí. No hay

nada que me una a ti. Ni siquiera esa amistad a la que, de repente, te aferras para tratar de convencerme. Mi prioridad ya no eres tú, soy yo. No voy a ayudarte. No quiero hacerlo. Búscate a otro.

Antes de girarme para salir por la puerta, alcanzo a ver el brillo de las lágrimas en sus ojos. Al parecer, le he hecho daño.

O puede que sea su orgullo el único que esté dolido. Hace un mes, esas lágrimas me harían sentir que soy un hijo de puta por ser el causante de ellas. Hoy me dan igual. No me importan. De hecho, me alegro, por una maldita vez, de haberlas provocado.

Quizá este sea el preludio de que las tornas han dado la vuelta.

Y sería un hipócrita si dijera que eso no me encanta.

No quiero perder el tiempo dilucidando por qué, de pronto, soy tan necesario para ella. No obstante, no puedo dejar de pensar en ello por mucho que me empeñe en concentrarme en el trabajo. Ni siquiera los beneficios generados por la subasta de aquella colección de botones, consiguen llamar mi atención. Confieso que soy demasiado obsesivo con ciertos temas como para dejarlos pasar por alto. Es superior a mis fuerzas. Y eso me cabrea muchísimo, joder.

Me acerco a la ventana y observo el exterior, sin verlo.

Algo se me escapa. Me lo dice esa sensación rara en la boca del estómago y el hormigueo en la cabeza. Con la cantidad de tipos que tiene que conocer en ese mundo que la fascina, y que estarían más que dispuestos a ponerse a su merced... ¿Por qué yo, cuando sabe que el BDSM no es lo mío? ¿Y por qué precisamente ahora que, por fin, empiezo a pasar página?

Una sospecha me golpea con fuerza el esternón.

Como una patada.

¡Mierda!

Todo esto es por aquella noche con Mistress en la reunión. Por no pedírselo a ella y sí a otra. A la competencia, ni más ni menos. Está dolida por mi indiferencia... por lo que le dije... Y ahora busca resarcirse demostrando que sigue teniendo poder sobre mí. Dios, y yo pensando que por fin las tornas empezaban a girar en la dirección contraria. Qué estúpido soy. Y qué iluso... Si me quedaba un resquicio de duda sobre su cambio, esta última acción la esclarece. No pienso...

Unos golpes quedos en la puerta me hacen girar la cabeza en su dirección.

Por su bien espero que no sea ella porque si no...

Es Preston.

—¿Puedo pasar?

—Ya estás dentro.

—No, estoy en el quicio...

—¿Qué quieres, Preston?

—Hablar contigo.

—Estoy demasiado ocupado.

—¿Haciendo qué? ¿Calculando la velocidad a la que vuela una gaviota?

Resoplo y, de malas formas, me siento tras la mesa. Cruzo las manos sobre ésta y lo miro.

—Adelante, di lo que tengas que decir y lárgate.

Con una calma pasmosa, cierra la puerta, se quita la chaqueta, la coloca perfectamente en el respaldo de una silla y luego toma asiento.

—No te cortes, ponte cómodo—mascullo entre dientes.

—Eso hago.

Bufo poniendo los ojos en blanco.

Qué cruz, señor. Qué cruz.

—¿Cómo estás?

Su pregunta me sorprende.

—No me digas que estás aquí porque estás preocupado por mí, Preston.

—Dada vuestra historia, sí.

—Pues agradezco tu preocupación, pero estoy bien. Si no tienes más que decir... ya sabes donde está la puerta.

—Bien los cojones. Estoy seguro de que no has dejado de preguntarte a qué ha venido esa propuesta, ¿me equivoco?

¡Genial, ahora soy como un puto libro abierto para él!

No sé si reír o llorar.

—¿Me equivoco? —repite.

—No, pero ya he llegado a una conclusión.

—¿Y es...?

Me reclino contra el respaldo y suspiro con fuerza.

—Que se ha vuelto tan sumamente egoísta y vanidosa que no soporta no salirse con la suya. No lo hizo cuando pretendió que me postrara a sus pies aceptando en lo que se ha convertido. Tampoco que fuera a la reunión con Mistress y no con ella. Ahora busca doblegarme y hacerme pagar mi indiferencia y mis desplantes. No va a conseguirlo.

—Ya... —Chasquea la lengua y sonrío—. Yo tengo otra teoría.

—¿Cuál?

—Que evidentemente le jodió verte con Mistress. Se ha dado cuenta de que sus sentimientos por ti son más fuertes de lo que ella creía y no quiere perderte.

Suelto una carcajada.

—Lo digo en serio, Adrien. Tienes que aceptar su propuesta.

Lo miro con rabia.

—¿A qué has venido exactamente, Preston?

—Quiero ayudarte.

—¿Cómo? ¿Convenciéndome para pasar por un calvario? —rujo dolido.

—Ese calvario puede ser la solución a tus problemas.

—Lo siento, pero no veo de qué manera eso puede ayudarme.

—Primero pregúntate qué es lo que quieres en realidad, recuperarla u olvidarla. Si decides recuperarla, ese calvario te servirá para conocer su mundo. Su pasión. Sus por qué... Te servirá para entenderla y aclarar las cosas. Si por el contrario decides olvidarla, dicho calvario hará justo eso. Odiarás cada orden. Cada golpe. Cada humillación... Cuando todo termine no querrás volver a verla en la vida... ¿Qué decides, James?

¡Maldito Arthur Preston y su puñetera habilidad de presionar las teclas correctas en cuanto a mí se refiere!

¡Maldito cabrón entrometido!

CAPÍTULO 22



Empieza a clarear el día cuando cruzo el camino que me lleva a la playa. A pesar del cacao mental que tengo en la cabeza. A pesar de que no he descansado las suficientes horas. Sigo con mi rutina. Salir a correr me ayuda a oxigenar la mente. A tener las ideas más claras. Quizá, dentro de una hora, consiga saber qué quiero hacer con la propuesta de Caitlin. Convertirme en su sumiso no es, ni de lejos, lo que yo tenía en mente para pasar página. Al contrario. Cuanta mayor distancia hubiera entre nosotros, mejor. Ahora, y tras la conversación con el puñetero Arthur Preston... no tengo ni idea. Puede que él tenga razón y, aceptar, me ayude a conseguir mis propósitos.

Que no son otros que desintoxicarme de este amor que me ha consumido durante tanto tiempo. O puede que la intoxicación se agrave y sea peor el remedio que la enfermedad. En cualquier caso, tengo la sensación de que seré el único expuesto en todo este asunto. Tendré que acatar cada orden. Aceptar cada golpe. Tragarme la humillación y el cabreo que ello provocará. ¿Estoy dispuesto a pasar por todo eso? ¿Estoy preparado para volver a pasar tanto tiempo a su lado? Confieso que, saber qué la llevó a enrolarse en este mundo, me puede. Que, si aceptara, daría respuesta a todas esas preguntas que llevo haciéndome desde que supe que ella era Lady Rebel.

Llego a la playa y hago unos estiramientos: roto el cuello de un lado a otro. Los tobillos. Flexiono las rodillas. La cintura...

«¿Por qué, simplemente, no sigues con tu vida y ya? Que le den a la pelirroja, ya nos ha jodido bastante».

«¿Nos?».

«Soy tu mente... ¿Tú qué crees? Estoy harta de tus dudas y de que me marees. Decídate de una vez. ¿Qué quieres hacer?».

«No lo sé...».

«Por supuesto que lo sabes, lo que pasa que te acojona reconocerlo».

«Puede que tengas razón...».

«La tengo. Sólo recuerda que la curiosidad mató al gato. En tu caso serán unos latigazos de nada, entre otras cosas...».

Silencio esa vocecilla impertinente de mi cabeza poniendo los auriculares y abriendo la aplicación de Spotify en el móvil. Busco la lista de reproducción que utilizo para hacer ejercicio, subo el volumen a tope y me lanzo a la carrera. No, no estoy volviéndome loco. Todos escuchamos, más de lo que quisiéramos, esa voz. Siempre está ahí. Dispuesta a hacerse oír cuando nadie la ha invitado a hablar. Decidida a tocar los cojones, lo quieras o no. Diciendo aquello que te niegas a escuchar y reconocer. Y la muy zorra siempre suele tener razón. Me conoce demasiado bien.

¡Maldita sea!

Me distraigo contabilizando las veces que cruzo la playa de lado a lado. Cuando llego a diez, el sudor comienza a resbalarme por la espalda y se me adhiere la camiseta a la piel. Con veinte, noto la respiración agitada e inspiro y espiro con regularidad. Con veinticinco me quedó clavado al suelo al saltar una canción que siempre me ha recordado mis años adolescentes junto a Caitlin. Cuando sólo éramos unos niños... Cuando creía que todo era posible... Cuando bailar en la oscuridad con ella entre mis brazos, me hacía sentir completo. “Perfect”, de Ed Sheeran, me pone los pelos de punta cada vez que la escucho. Por eso mismo estaba seguro de haberla eliminado de la lista de reproducción.

Está claro que no llegué a hacerlo...

Mi memoria, sin querer, rescata aquella primera vez que le dije que era perfecta. Ella tenía dieciocho años. Yo veinte. El chico con el que salía por aquel entonces, la dejó colgada pocas horas antes del baile de su graduación del instituto. Alegando que no sentía lo mismo que ella. Que no era su tipo. Las lágrimas, y la congoja en su voz, cuando me llamó, me hicieron recorrer medio Londres para estar a su lado. La abracé con fuerza en cuanto la vi. Le susurré palabras de consuelo. Le aseguré que el gilipollas ése no merecía la pena si no era capaz de ver lo especial que era. Que debería de estar ciego para no darse cuenta de que ella era perfecta en todos los sentidos.

—Sólo lo dices porque eres mi amigo, Adrien—murmuró contra mi cuello.

—Lo digo porque es la verdad, Caitlin. Mírate.

La situé frente al espejo de su habitación e hice que se viera a través de mis ojos. Señalando lo que para mí era tan evidente.

—Pequeña, te estás convirtiendo en una mujer realmente preciosa. El color rojo de tu pelo te hace resplandecer. El azul de tus ojos, hipnotizan y calman a todo aquel que los contempla. Las pecas te hacen parecer un duende

travieso. Tus labios prometen besos ardientes y apasionados. Las curvas de tu cuerpo harían pecar hasta al más santo de la biblia. Pero lo que te hace perfecta no es tu belleza exterior, cariño, sino la interior. La que no se ve. La que está aquí—puse la mano sobre su corazón—. Y aquí—dije besando su cabeza—. La persona que sólo se fije en el envoltorio y no aprecie todo lo demás, no merece la pena.

Su primera respuesta fue girarse y abrazarme con fuerza.

Luego dijo:

—No sé qué haría sin ti, grandullón. Haces que me sienta como una princesa.

—Lo eres... No dejes que nadie te convenza de lo contrario.

Aquella noche la acompañé al baile. Reímos. Bailamos. Bebimos... Lo que ella no sabe es que me encontré con su reciente ex en el baño y que le di un puñetazo que lo dejó maldiciendo mi estampa. Creo que fue la primera vez que hice algo así... y fue por ella. Hasta mi vida hubiera dado por ella.

«¿Y ahora?», me pregunta esa vocecilla, curiosa.

No necesito pensar la respuesta.

«Ahora también».

«¿Entonces?».

«¡Cállate!».

Elimino la canción de la lista de reproducción y reanudo la carrera.

Creo que ya he tomado la puta decisión.

Más tarde, después de nadar un rato, de ducharme y vestirme, voy al comedor a desayunar.

Ella está allí, con la mirada perdida en algún rincón del jardín. Tan ensimismada, que no se percata de mi presencia. Mis ojos se deslizan por su cuerpo, como atraídos por un imán. Lleva un pantalón de pitillo, negro y ajustado, que me hace salivar. La camisa de florecillas blancas, entallada en la cintura, deja patente las curvas de esa parte de su cuerpo. Unas curvas que he trazado con la lengua y las manos infinidad de veces. Trago saliva. Pero lo que más llama mi atención, es su pelo. Si cierro los ojos, puedo sentir el tacto de éste entre mis dedos. Su olor... Sonríe con tristeza al pensar la cantidad de veces que he inhalado ese olor mientras le acariciaba la espalda.

Suspiro.

Lo confieso, muy a mi pesar, sigue dejándome hipnotizado con su sola presencia.

No tengo remedio.

—Buenos días—carraspeo sentándome a la mesa.

Mi voz la sobresalta y se gira.

—Buenos días, Adrien. Estaba pensando en ti.

—Qué casualidad... —exclamo sarcástico.

—Quería hablar contigo respecto a lo que te dije ayer y...

—¿Por qué? —la interrumpo.

—Bueno, no debí...

—Me refiero a por qué yo, Caitlin, cuando sabes perfectamente lo que pienso de tu mundo.

—Porque hacer una audición a estas alturas, cuando está tan próxima la fecha del evento, para buscar un sumiso y trabajar con él, sería una pérdida de tiempo.

—No sería tan complicado dado que conoces a muchos hombres que se dediquen a esto, ¿no?

—Contigo sería mucho más sencillo.

—¿Por qué? —repito.

—Porque te conozco. Porque me conoces... Porque tenemos un pasado en común como pareja. Porque me sé cada recoveco de tu cuerpo... Tengo muchas razones para querer que seas tú, Adrien.

—Para haber pasado página, veo que no te ha costado volver a ese pasado del que hasta hace nada renegabas, ahora que supuestamente me necesitas.

—Hay partes del pasado que, sin que lo esperes, regresan sin más. Me duele no poder estar contigo en la misma habitación sin que haya reproches o acusaciones. Sin sentir toda esa tensión y esa rabia que emana de ti cuando me tienes cerca. Prepararte como sumiso, haría que confiaras de nuevo en mí. Quiero que conozcas esta parte de mí que tanto detestas. Quiero...

—Crees que todo gira a tu alrededor, ¿verdad? Eres tú, tú, y sólo tú—mi voz suena más fría de lo que pretendo—. ¿Qué hay de mí? ¿Qué hay de lo que yo quiera? ¿No importa?

—Por supuesto que importa—asegura rotunda.

María entra en el comedor y se queda parada en la puerta al vernos.

—Pero bueno, muchacho, ¿cómo no me avisaste para que trajera el desayuno?

—Porque tenía una conversación pendiente con la señorita Smith, María. Gracias. Si fueras tan amable de traerme un café—sonríe en su dirección.

—Claro que sí, ahora mismo. ¿Le traigo otro a usted, señorita? —ella niega con la cabeza—. Vengo enseguida.

En realidad, no tengo ganas de ese café. Pedirlo es la única manera de volver a quedarme a solas con Caitlin y finiquitar nuestra conversación.

Guardamos silencio hasta que María regresa. Una vez solos, vuelvo a la carga.

—Entonces... —digo removiendo el café, sin mirarla—, si importa lo que yo quiero, y sabes perfectamente que detesto todo lo que ahora te rodea...

—¡Oh, vamos, no seas hipócrita! Te llenas la boca diciendo que el BDSM no te gusta cuando ambos sabemos que disfrutas del sexo pervertido. Puede que no lo hayas practicado en toda la extensión de la palabra, pero te excita. Gozaste de la dominación de Mistress. Aceptas y propones juegos sexuales, como el Strip Póker, en grupo. Dime, ¿cómo terminó la otra noche esa partida una vez que os quedasteis todos desnudos? Seguro que no os estrechasteis la mano sin más, ¿me equivoco?

—Que me guste follar de todas las maneras imaginables no significa que esté dispuesto a dejarme azotar, humillar y todo lo que implica esa práctica.

—¿Humillar? —pregunta.

—Sí, maldita sea, me sentiría humillado como hombre si dejara que me hicieras todas esas puñeteras cosas.

—Lo que significa que no tienes ni idea de ese mundo. Jamás te humillaría, Adrien, al contrario. Si confiaras en mí y accedieras a ser mi sumiso, te mimaría, te cuidaría y haría que te sintieras el hombre más especial del mundo.

—¿Por qué sientes la necesidad de hacerme pasar por todo eso? —indago hastiado de todo.

Suspira y clava sus ojos en mí.

—Porque quiero recuperarte.

El corazón me golpea con fuerza en el pecho.

—¿Recuperarme?

—Sí.

—¿Después de tanto tiempo y precisamente ahora?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque te echo de menos y...

Suelto una carcajada desdeñosa.

¡Hay que ver lo que es capaz de decir con tal de salirse con la suya, joder!

—No sé qué te hace tanta gracia—masculla entre dientes.

—Darme cuenta de lo manipuladora que eres con tal de conseguir lo que necesitas. ¿También vas a decir que sigues sintiendo algo por mí? ¿Que me quieres? Porque eso también sería muy gracioso escucharlo, ¿no te parece? —mi voz destila ironía, rabia y dolor. No puedo evitarlo.

—Adelante, búrlate y despréciamié todo lo que quieras.

Soy consciente de que me lo he ganado a pulso. No obstante, eso no cambiará el hecho de que te estoy diciendo la verdad y que estás tan cegado por el rencor que no ves más allá de tus narices. O puede que sólo seas un cobarde y que, darme una oportunidad, te acojone tanto que prefieras esconderte y seguir negando lo evidente. Que para mí siempre serás tú y que para ti siempre seré yo.

—Me has hecho mucho daño, Caitlin. Demasiado. No se trata de si soy un cobarde o no. Se trata de que me cansé de esperar. Se trata de que mi sufrimiento ha llegado a un límite y ha dicho basta. Se trata de quererme más a mí.

—Adrien...

—Voy a ayudarte, pero no porque quiera darle una oportunidad a algo que ya no tiene sentido para mí, sino todo lo contrario. Cada golpe, cada orden y cada castigo que me inflijas, servirá para que te odie cada día un poquito más. Merecerá la pena pasar por todo ello si así, de una puta vez, me olvido de que existes. No hago esto por ti, Caitlin, lo hago por mí. No lo olvides.

Dicho esto, me bebo el café de un trago, me levanto y salgo tranquilamente del comedor.

Con ella clavada al suelo detrás de mí.

Al fin he conseguido dejarla sin palabras.

CAPÍTULO 23



No vuelvo a verla en lo que resta de día. Una de dos, o le he hecho tanto daño, que se ha echado atrás; o está tramando algo y por eso no se ha dejado ver. Me inclino más bien por esto último. Si ha sido capaz de decir que sigue sintiendo algo por mí, para que le hiciera el favor, a saber qué ideará ahora su linda cabecita después de escuchar mis motivos para aceptar ser su sumiso. No creo que mis palabras la hayan impactado tanto como para tirar por tierra la oportunidad de hacerse con un título que desea hasta el punto de mentirme en mi propia cara. Escucharla decir que quería recuperarme y que me echaba de menos, casi me provoca un síncope. No tardé en atar cabos. ¡Maldita arpía manipuladora! Si eso mismo me lo hubiera dicho hace un mes, me tendría postrado a sus putos pies. Ahora, después de todo, es demasiado tarde.

Ya no me interesa. Cuando más lo pienso, más rabia siento. Me revienta las entrañas que quiera jugar conmigo. Me jode, hasta lo indecible, que me considere un puñetero peón en su vida: ahora sí, mañana no... Necesito tanto odiarla que, buscaré con ahínco cada castigo. Desobedeceré cada orden. La desafiaré...

Sí, quiero que me haga más daño.

Y sí, se ve que mi vena masoquista sólo fluye cuando ella está cerca.

¡Manda huevos!

Por la noche, cuando entro en el Libertine, veo a los chicos al fondo del salón principal. Están los tres: Preston, Pablo y Javier. Los observo desde la distancia. Todos van impecablemente vestidos.

Se ríen a carcajadas mientras Pablo no deja de gesticular con motivo de lo que sea que les está contando. Espero que no sea nada que tenga que ver con la partida de Strip Póker. No me avergüenzo de lo que hice, en absoluto. Soy mayor de edad y hago con mi vida lo que me da la real gana. Eso no significa que me guste que algunas de mis intimidades anden de boca en boca. Aunque sea en las de mis amigos.

Me acerco a ellos.

—Caballeros, sean más comedidos, por favor, sus carcajadas

escandalizan al resto de los presentes—digo con sorna.

—Di mejor que te escandalizan a ti—Preston me da una palmada en la espalda a modo de saludo.

—Para nada.

—Acabo de enterarme, por Pablo, de cómo terminó el juego de la otra noche—silba—. Menuda orgía, James.

—Sí, la cosa se desmadró un poco.

—¿Un poco? —inquire Javier—. Joder, yo aún no me lo creo. Escucharte pedir que se parara el tiempo, casi me hizo correrme del gusto.

—No seas vulgar hombre... —mascullo sonriendo.

—Te marchaste sin despedirte—me reprocha Pablo.

—Estabais demasiado entretenidos y extasiados para deciros nada.

—También tienes razón.

Le guiño un ojo y me despido hasta más tarde.

Como sustituto de Theodore, es mi obligación echar una ojeada por el club. Departir con otros caballeros y comprobar que se cumplan las normas.

Me aproximo a la barra y le hago una señal al camarero para que me sirva una copa. Mientras espero, paseo la vista por la estancia. Las mesas de juego están a tope. Sobre todo, la de los dados.

Y, por lo que aprecio desde aquí, el señor Pembroke esta noche está en racha.

De seguir así, tendré que hacerle un gesto al crupier para que deje de animarlo a apostar. De lo contrario se hará con una buena cantidad de la recaudación y eso no interesa.

Lo sé, suena feo, pero en eso consisten los clubes de caballeros. En animarlos hasta cierto punto a jugar y beber. Hacerlos creer que ellos son lo más importante para el club. Cuando, en realidad, lo que realmente importa es su dinero. Como en la mayoría de los sitios.

En la parte derecha del salón, junto al aparador del bufé, se encuentran reunidas varias de las chicas. En corrillo. Hablan en voz baja. Se ríen quedamente. No como los tres que tengo a mis espaldas. Al fondo. Las repaso de una en una, hasta encontrarme con los impresionantes ojos de Carmen. Son tan oscuros y profundos que estremecen. Es una mujer impresionante en la que no había reparado hasta la dichosa partida. Mueve el pelo, coqueta, y saluda con la mano. Una mano de piel morena y largos dedos que me dio mucho placer. Igual que su boca. Una boca de gruesos labios que en este mismo instante está entreabierta. Dejando entrever la punta de esa

lengua que lamió cada parte de mí. La polla se me contrae en los pantalones. Alzo la copa, a modo de brindis, y bebo un sorbo del líquido ambarino. Ese gesto la alienta a contonear las caderas en mi dirección.

—He aquí el hombre más guapo de todo el club... —ronronea cerca de mi oreja.

Sonrío.

—Me halaga, señorita...

—Torres. Carmen Torres para servirle. ¿Dónde están hoy sus amigos? ¿Le han dejado solo?

—No, me he alejado por propia voluntad. Sus estridentes risas me daban dolor de cabeza.

—Yo tengo un buen remedio para eso—su dedo índice recorre la botonera de mi camisa.

—No lo dudo.

—Si me acompaña a una de las habitaciones, puedo...

—Ahora no, monada—la interrumpo—. Estoy trabajando.

—Yo también.

Suelto una carcajada.

—Más tarde quizá precise de tus cuidados, preciosa.

—Estaré por aquí entonces...

Se aleja igual que se acercó.

Contoneando sus redondeadas caderas.

—¿Ahora te van las morenas? —indaga Preston detrás de mí.

Lo miro por encima del hombro.

—Lo cierto es que me van todas.

—Pues aprovecha ahora, querido amigo, muy pronto sólo podrás estar con una. Y no es ninguna de ellas—señala con guasa.

—¿A qué te refieres?

—Caitlin me ha dicho que has aceptado ayudarla. En cuanto firmes el contrato de sumisión, pasarás a ser de su propiedad. No podrás relacionarte, y mucho menos acostarte, con ninguna otra mujer a no ser que ella te dé permiso.

Se me tensa el cuerpo al escuchar su respuesta.

Aprieto los dientes.

—Eso es lo que ella cree.

—No, James, así es como funcionan las relaciones en el BDSM. En el momento que pongas tu nombre en el papel, dejarás de tener voluntad propia

y pasarás a satisfacer las peticiones de tu ama o señora. ¿Estás seguro de que eso es lo que quieres?

—No. De lo que estoy seguro es de lo que quiero conseguir con ello. Sólo espero que merezca la pena el esfuerzo.

—Has elegido odiarla.

No es una pregunta.

Asiento.

—¿Lo has pensado bien?

—Sí.

—Entonces te deseo suerte. Estoy completamente seguro de que será una experiencia que no podrás olvidar en la vida.

—Me basta con poder olvidarla a ella. Eso es lo único que quiero.

—Ya...

—¿No me crees?

—¿Y tú?

¡Ya estamos tocando los cojones!

Lo fulmino con la mirada.

—No me subestimes, Preston.

—No lo hago, James.

Le doy la espalda y lo dejo ahí. Su boca torcida en un gesto burlón. Que piense lo que quiera. No me importa en absoluto. Tengo muy claro en mi cabeza cuál es el motivo principal para aceptar ayudarla. Si él no se lo cree es su problema, no el mío. Y si ella piensa que por hacerme firmar un puñetero papel me va a tener pillado por las pelotas, se va a llevar una sorpresa. Sonrío para mis adentros con desdén. Para mí será un placer incumplir esa parte del contrato. Usaré todas las armas posibles que estén al alcance de mi mano. Mi mayor objetivo es fulminar cualquier resquicio de lo que hubo entre nosotros. Follarme a otras sin su permiso, será un puto placer. Estoy completamente seguro de ello.

Son cerca de las dos de la madrugada cuando decido que ya es hora de retirarme. No sin antes haber deambulado por el club. Charlado con unos y reído con otros. Rechazar una timba de póker y otra de dados. Evitar a las mujeres y a los chicos. Hoy no me apetecía la compañía de ninguno de ellos. Estoy demasiado cansado. Necesito recuperar horas de sueño... Abandono el salón sin despedirme de nadie.

Subo las escaleras con paso tranquilo. Voy a la cocina y cojo del frigorífico una botella de agua. Enfilo el pasillo y entro en mi habitación.

Dejo la botella en el suelo, a la cabecera de la cama. El portafolios azul que hay sobre la almohada llama mi atención. Meto las manos en los bolsillos y lo contemplo como si fuera venenoso. No tengo ninguna duda de lo que hay en su interior. Que haya tenido la desfachatez de colarse en mi cuarto y dejarlo ahí, me cabrea. Sobre todo, por no haber tenido la valentía suficiente para dármele en persona.

¡Menuda cobarde!

Me quito toda la ropa. Entro al baño y me doy una ducha rápida. Me enrolló una toalla a la cintura y me lavo los dientes. Vuelvo a la habitación, me acerco a las ventanas y corro las pesadas cortinas. Cerciorándome de que no queda una sola rendija por la que pueda pasar la luz. Sí, en efecto. Estoy alargando el momento de enfrentarme al maldito portafolios. Retiro el cubrecama y la sábana. Dejo caer la toalla al suelo y, en lugar de acostarme, me siento con la espalda pegada al cabecero de la cama. Me cubro con la sábana hasta la cintura y suspiro antes de coger el portafolios.

Adiós a mis horas de descanso.

Lo abro y se me encoge el estómago al leer:

CONTRATO DE SUMISIÓN:

Adrien James, sumiso, en posesión de su persona, consiente y manifiesta que desea y pretende entregarse totalmente en las manos de Lady Rebel, su ama. Por su parte, el ama, Lady Rebel, consiente y manifiesta que desea y pretende tomar posesión de su sumiso, Adrien James.

Por la firma de este contrato de sumisión, se acuerda que el sumiso cede todos los derechos sobre su persona, y que el ama toma completa posesión del sumiso como propiedad, reclamando para sí misma su vida, su futuro, su corazón y su mente.

«¡Y una mierda, ya tuviste todas esas cosas de mí y las despreciaste, mala pécora!», le gruño en mi mente.

DEBERES DEL SUMISO:

El sumiso acepta obedecer y someterse completamente al Ama. Sin límites de lugar, tiempo o situación, en la cual el sumiso pueda deliberadamente rechazar obedecer las órdenes de su Ama, excepto en las situaciones donde se aplique el veto del sumiso.

El sumiso también acepta, una vez firmado el Contrato de Sumisión, que su cuerpo pertenece a su Ama, para ser usado como ésta considere conveniente.

El sumiso comprende que todo lo que tiene, y todo lo que hace, pasará

de derecho a privilegio, otorgado solo cuando el Ama lo desee, y solo hasta el punto que ella lo desee.

PALABRA DE SEGURIDAD:

Si el sumiso siente que la situación se aproxima al límite de lo imprevisto, puede pronunciar la palabra de seguridad

"AMARILLO" para indicarlo. El Ama acepta evaluar la situación en la que el sumiso pronunció dicha palabra y usará su capacidad para modificar la actividad o detenerla completamente.

El sumiso está de acuerdo en atenerse a la decisión del Ama.

El Ama está de acuerdo en no castigar al sumiso por el uso de la palabra de seguridad.

VETO DEL SUMISO:

El sumiso, cuando lo considere oportuno, tendrá poder de veto sobre cualquier orden dada por el Ama, cada vez que él pueda legítimamente rechazar obedecer esa orden. Esto será indicado con la palabra de seguridad "ROJO". El uso de la palabra de seguridad "ROJO" precisa la inmediata conclusión de la actividad, es considerado un veto, y puede ser motivo de conclusión del Contrato de Sumisión.

CONDUCTA DEL SUMISO:

El sumiso se esforzará en amoldar su cuerpo, apariencia, hábitos y actitudes conforme a los deseos del Ama. El sumiso está de acuerdo en cambiar sus actos, forma de hablar y forma de vestir para expresar su sumisión. El sumiso hablará siempre a su Ama en términos de amor y respeto. Se dirigirá a ella apropiadamente ("Ama", "Señora", "Guardiana", etc.).

El sumiso ambicionará y se esforzará en aprender cómo agradar a su Ama y aceptará agradecido cualquier crítica y en cualquier forma que el Ama elija.

El sumiso, renuncia a todo derecho de intimidad u ocultamiento a su Ama.

El sumiso está de acuerdo en exponer todos sus deseos y fantasías a la consideración del Ama.

El sumiso responderá, sincera y completamente, todas y cada una de las preguntas que el Ama le haga. El sumiso dará voluntariamente cualquier información que su Ama deba conocer sobre su condición física y emocional.

Cuando esté en la misma habitación que su Ama, el sumiso pedirá permiso antes de salir de ella, explicando donde va y por qué. Esto incluye

pedir permiso para usar el aseo.

El sumiso será responsable de mantener la limpieza y disponibilidad de todos los juguetes. Ninguno será usado sin el expreso permiso del Ama.

APARIENCIA DEL SUMISO:

El sumiso cuidará y adornará sus órganos sexuales, asegurándose de que sean perfectamente asequibles para su Ama. Todas las partes del cuerpo del sumiso podrán ser expuestas en público o en privado, para otros o para su Ama, cuando así sea ordenado.

El sumiso nunca usará ropa interior, excepto cuando le sea permitido, y no cubrirá su cuerpo con ropas o cualquier material, excepto cuando el hacerlo y el diseño de las prendas o el material sean expresamente aprobados por el Ama.

El sumiso mantendrá su sexo limpio y rasurado o dejará crecer el vello según el deseo de su Ama.

NORMAS DEL AMA:

El Ama acepta la responsabilidad sobre el cuerpo del sumiso y sus posesiones, para hacer con ellos lo que considere conveniente. El Ama está de acuerdo en amar, cuidar, proteger y mimar al sumiso, y cuidar de su seguridad y bienestar. El Ama acepta también el compromiso de entrenarle, castigarle, amarle y usarle como considere conveniente.

CASTIGOS:

El sumiso está de acuerdo en aceptar cualquier castigo que el Ama decida infligirle, lo haya merecido o no. El sumiso está de acuerdo en que estos castigos puedan ser infligidos por cualquier infracción de la letra o el espíritu de este Contrato de Sumisión, y aceptará agradecido la corrección. La forma y duración del castigo serán a gusto del Ama. Puede castigarle sin razón, solo para su placer. El sumiso goza del derecho a llorar, gritar o suplicar, pero acepta el hecho de que esta expresión de sentimientos no afectará su tratamiento. Igualmente acepta que, si su Ama se cansa de sus ruidos, podrá amordazarlo o adoptar otras acciones para silenciarlo.

OTRAS PERSONAS:

El sumiso no buscará otro ama o amante, ni tendrá relaciones sexuales o de sumisión con otros, ni tan siquiera 'virtual', sin el permiso de su Ama. Hacerlo será considerado una violación del Contrato de Sumisión y tendrá como resultado un castigo extremo o la ruptura del Contrato.

ALTERACIÓN DEL CONTRATO DE SUMISIÓN:

El Contrato de Sumisión no puede ser alterado a menos que ambas

partes estén de acuerdo. Si el Contrato es alterado el nuevo se imprimirá y será firmado, y el viejo Contrato será destruido.

TERMINACIÓN DEL CONTRATO DE SUMISIÓN:

Este Contrato puede darse por terminado en cualquier momento por cualquiera de ambas partes.

FIRMA DEL SUMISO:

He leído y comprendido este Contrato de Sumisión. Estoy de acuerdo en entregarme por completo a mi Ama, acepto cualquier reclamación sobre mi cuerpo, corazón, alma y mente. Comprendo que seré dominado, entrenado y castigado como sumiso y prometo cumplir todos los deseos de mi Ama y servirle con lo mejor de mis habilidades. También comprendo que me puedo retractar de este Contrato de Sumisión en cualquier momento.

FIRMA DEL AMA:

He leído y comprendido completamente este Contrato de Sumisión. Estoy de acuerdo en aceptar este sumiso como mi propiedad, y cuidar de él lo mejor que sepa. Cuidaré de su seguridad y bienestar y le dominaré, entrenaré y castigaré como sumiso. Comprendo la responsabilidad implícita en este acuerdo y estoy de acuerdo en todo. Nada dañará a mi sumiso mientras me pertenezca. También comprendo que me puedo retractar de este Contrato de Sumisión en cualquier momento.

¡Santa madre de Dios!

¿De verdad hay personas que están de acuerdo con toda esta cantidad de locuras? Estoy alucinado no, lo siguiente.

¡Ni de coña pienso firmar esto!

¡Antes muerto que aceptar tantas barbaridades, joder!

CAPÍTULO 24



Paso la noche en vela.

Ansioso.

Furioso.

¿Quién en su sano juicio es capaz de conciliar el sueño después de haber leído esas barbaridades? Juro que lo he intentado. De verdad. Ha sido imposible. Cada vez que cerraba los ojos, imágenes mías con el pelo teñido y joyas brillantes, en la polla y en los pezones, me atormentaban. También llegué a verme con un collar de tachuelas alrededor del cuello. Como si fuera una mascota a la que exhibir. Un perro. Por no decir que llegué a sentir el escozor de una fusta en la parte baja de mi espalda. Fue tan real, que no me extrañaría ver cardenales en esa zona de mi cuerpo. Varias veces he tenido ganas de cruzar el pasillo y aporrear su puerta. Mirarla a los ojos y decirle que estaba loca por pensar, siquiera, que iba a aceptar sus términos. Que estaba enferma. Que se lo hiciera mirar... Luego me di cuenta de que para ella aquel contrato era algo normal. Su forma de ganarse la vida.

De asegurarse que no habría denuncias. Que, como me dijo Preston en una ocasión, todo era consensuado. Evidentemente, me quedé aquí, en mi habitación.

Theodore, Preston, Caitlin, Mistress, Madame Ornella... ¿Rebeca? Todos forman parte de este mundo pervertido. Excepto yo. Para todos ellos, yo soy el raro. El que está fuera de lugar. No me tratan diferente por ello. Ni me reprochan nada. No me juzgan. No me tachan de loco ni de enfermo por no compartir sus gustos sexuales. Me respetan sin más. Y yo debo hacer exactamente lo mismo. Por eso sigo aquí, carcomiéndome por dentro y buscando la mejor manera de enfrentarme a esto.

Salgo al balcón y apoyo las manos en la balaustrada. Aspiro con fuerza, ensanchando los pulmones. No sé qué hacer... Estoy hecho un lío... Si firmo, estaré dándole todo el control sobre mi persona. Tendrá el poder para hacer conmigo lo que quiera. Tomará decisiones por mí... Y lo único que me preocupa es que me vuelva adicto a ello y quiera y desee complacerla en

todo.

Cuando lo que realmente quiero es hacer todo lo contrario.

Tiene que haber una manera de hacer esto sin que salga dañado.

Vuelvo dentro, cojo el puto contrato y lo releo.

Finalmente, creo encontrar la solución al llegar a uno de los puntos, que dice así:

ALTERACIÓN DEL CONTRATO DE SUMISIÓN:

El Contrato de Sumisión no puede ser alterado a menos que ambas partes estén de acuerdo. Si el Contrato es alterado el nuevo se imprimirá y será firmado, y el viejo Contrato será destruido.

Decidido, me acomodo en el escritorio. Saco papel y lápiz de uno de los cajones. Lo coloco todo en el centro y empiezo a anotar todos los términos con lo que no estoy de acuerdo. Uno por uno y analizándolos bien. Mentiría si dijera que no se me encogen las pelotas, otra vez, con cada palabra. Aun así, me concentro en realizar una nueva propuesta que pueda ser del agrado de ambos. Si ella está dispuesta a aceptar algunas de mis sugerencias, firmaré.

Bastante rato después contemplo lo escrito. Lo evalúo y lo leo, al menos, diez veces. Me lo sé de memoria, joder. Podría recitarlo con los ojos cerrados y no me saltaría ni una puta coma.

Así de concienzudo soy.

Sonrío satisfecho.

Veamos qué pasa...

Me visto con toda la parsimonia del mundo. Unos vaqueros, azul oscuro, y una camiseta morada que siempre llevo conmigo a todas partes y que nunca me pongo. Me calzo y, como es habitual en mí, me peino con los dedos frente al espejo. Me duele el estómago. Es por culpa de las tripas. Las puñeteras no dejan de retorcerse cual culebras. Sí, estoy nervioso, para qué negarlo. Es la primera vez que me veo en esta tesitura. Voy a hacerle una contraoferta a una de las mejores dominatrix de Europa. Empeñada en ser la mejor del mundo. ¿Por qué? No tengo ni idea, pero ese es su deseo. Y, según ella, me necesita para conseguirlo. Si eso es verdad, aceptará mis condiciones con los ojos cerrados. Sí, he pensado en dejarlo correr y que se busque la vida. Fastidiar su posibilidad de hacerse con el título ése. Entonces sería ella la que me odiaría a mí. Eso no serviría de nada para mi propósito.

Quiero ser yo el que odie.

Y si esta es la única manera de conseguirlo, que así sea.

Antes de dirigirme al comedor, donde creo que ella estará, voy a la cocina. Está vacía. Saco una taza de la alacena y me sirvo un café triple, muy cargado. Lo necesito para estar bien despejado. La confrontación que se aproxima será ardua y tengo que estar al cien por cien. Sonrío por esto último. ¡Joder, ni que fuera directo a la guerra! Bueno, una batalla sí que será, de eso no tengo dudas.

—Buenos días, muchacho.

Me sobresalto al escuchar a María a mis espaldas.

Pues sí que estoy nervioso, sí.

—Lo siento, ¿te he asustado?

—Un poco, estaba pensativo.

—¿Problemas?

—No.

«Aunque los habrá».

—¿Qué te apetece desayunar?

—No tengo hambre, María, gracias. ¿La señorita Smith sigue en el comedor? —indago.

—¡Por Dios, muchacho, si sigues así te vas a quedar en los huesos! —me advierte meneando la cabeza—. No, la señorita está encerrada en el sótano. Pidió que no se la molestara.

—¿En el sótano? ¿No está en obras?

—Sí, pero su cuarto, el que tiene ahí abajo, no.

—¿Caitlin tiene un cuarto en el sótano? —pregunto sorprendido.

—Así es. Es su lugar de trabajo. Cada vez que viene, se pasa horas y horas encerrada en él.

—No lo sabía... —murmuro.

—Bueno, eso es porque la señorita no deja que nadie entre en él. Sólo tu hermano, el señor Preston y el muchacho que siempre la acompaña, nunca recuerdo su nombre, pueden hacerlo.

—¿Dimitri?

—El mismo.

Vaya... así que Lady Rebel también tiene su propia habitación en el sótano. No sé por qué me sorprende, la verdad. Supongo que porque creí que realizaba sus ensayos en el Edén. En fin, preferiría enfrentarme a ella en un lugar neutro, no obstante...

—¿En qué parte del sótano dices que está ese cuarto, María?

—No te lo he dicho.

—Pues dímelo.

—La señorita no quiere...

—María—suspiro—, tengo que tratar asuntos de trabajo con ella, ¿entiendes? Así que dime dónde está, por favor.

—Lo siento muchacho, pero una orden es una orden.

—Ella me está esperando.

Me mira dubitativa.

—¿Seguro?

—Completamente—miento.

—Está bien...

Escucho con atención sus indicaciones. Le doy las gracias.

Cojo el portafolios de encima de la isla de la cocina. Me bebo el resto del café y me marchó.

Desciendo las escaleras con la sensación de que voy directo al matadero. Una vez abajo, enfilo el pasillo de la izquierda, como me indicó María. Con cada paso que doy, más tenso me pongo. Cuento las puertas. Es la quinta por la derecha.

Cuando llego ante ésta, contengo la respiración. El corazón me golpea el esternón con fuerza. Golpes secos. Pum. Pum. Pum. Creo que en la vida había estado tan nervioso y acojonado. Es lo que tiene saber que estás a punto de perder parte del control de tu vida. Inspiro varias veces y llamo con los nudillos.

La puerta no tarda en abrirse.

Al igual que mi polla en endurecerse.

Caitlin tiene la respiración agitada. El pelo, húmedo, recogido en una cola de caballo. Gotas de sudor se deslizan por su piel, hacia la separación de sus tetas. Apenas cubiertas por un top deportivo. El vientre también le brilla por la transpiración. Los minúsculos pantalones que lleva son tan ajustados que me hacen salivar. De hecho, la boca se me está haciendo agua.

No era esta la reacción que esperaba al verla, joder.

—¿Querías algo aparte de devorarme con la mirada, James?

Contraigo la mandíbula y rechino los dientes.

«¡Bruja!».

—Sí, hablar contigo—declaro recuperando la compostura.

—Veo que has traído el contrato...

—No está firmado—atajo.

—Qué poco has tardado en hacerte caquita, grandullón.

Sonrío de medio lado.

—Hay algunos términos con los que no estoy de acuerdo. Los he anotado y quiero discutirlos contigo. Eso es todo.

Le entrego el portafolios. Repasa las hojas del interior sin cambiar la mueca burlona de su cara.

—Tan metódico como siempre... —murmura.

—Sí, así soy yo. Estaré en mi despacho. Cuando te venga...

—Ahora es un buen momento—me interrumpe.

—¿Ahora?

—Sí. Sólo tengo que darme una ducha.

Asiento y entro.

—Estaré contigo en unos minutos. A no ser que quieras entrar conmigo en la ducha para frotarme la espalda.

La miro indiferente.

—No, gracias.

—Ponte cómodo entonces. Vuelvo enseguida.

Ponte cómodo dice... como si eso fuera posible en la habitación de los horrores.

Es una habitación muy grande. Luz tenue. Artificial. Las paredes son de ladrillo visto. Barnizados. Una cama, con postes de madera, ocupa gran parte de la pared frontal. Un potro sexual de esos, a los pies de ésta. Las vigas del techo son de madera. De ellas cuelgan correas de cuero con muñequeras en los extremos. También hay una cómoda grande, de madera, y un par de vitrinas llenas de juguetes. A mis espaldas, colocados por orden: látigos, palas y cinturones.

¿Es o no es la habitación de los horrores? Para mí sí, sin duda.

Se abre la puerta a mi derecha. Caitlin se asoma secándose el pelo con una toalla.

—Mueve tu bonito trasero hasta aquí, James.

Es un pequeño despacho: una mesa rectangular, un par de sillas y poco más.

—Siéntate.

Lo hago.

—Bien, veamos qué me traes aquí...

Saca del portafolio mis hojas y lee.

No tarda en soltar una estruendosa carcajada.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—No sería una de las mejores dominatrix si aceptara esto, James.

—Está bien—me pongo en pie—. Entonces pon un anuncio en el periódico y búscate a otro.

—Vuelve a sentarte.

—Todavía no es mi obligación acatar tus órdenes—digo con desdén.

—Pues lo estás haciendo desde que has entrado en mi santuario. ¿No lo has notado? —chasquea la lengua—. Me pregunto por qué será...

«¡Arpía!».

—Punto uno: ¿por qué no quieres que utilice tu nombre y apellido?

—Porque en cuanto firme ya no seré yo. Seré un sumiso más. Así es como quiero que te dirijas a mí.

—Vale—accede haciendo unas anotaciones en un ordenador portátil—. Punto dos: ¿Un horario? ¿En serio?

—Sí. Te obedeceré y me someteré a ti dentro de un horario. No te dedicaré todo mi tiempo. Tengo mejores cosas que hacer.

Asiente y escribe.

—Punto tres...

—No renunciaré a mi intimidad. No podrás hacerme fotografías ni videos. Y responderé únicamente a las preguntas que estén relacionadas con el sometimiento. Nada más.

—Punto cuatro—me mira.

—No consentiré que me pongas ninguna clase de joyas en la polla, testículos y pezones. No me teñiré el pelo, ni me lo cortaré, bajo ningún concepto. No cambiaré mi imagen por algo que tiene los días contados. Y mucho menos permitiré que me marques con un collar, pulsera, o lo que sea.

—Punto cinco.

—Aceptaré cualquier castigo que me impongas siempre que sea merecido. De lo contrario, romperé el contrato en el acto.

—Punto seis.

—No me compartirás con ninguna otra persona ni me exhibirás delante de nadie.

—No tenía pensado hacerlo—masculla.

—Por si acaso... En cuanto a lo de follar con otras personas, no tienes ni voz ni voto. Seguiré haciéndolo con quien me plazca.

—Ya veremos...

—No, no lo verás. Tú dedícate a calentarme que ya decidiré yo con quien me enfrío.

Si sus ojos fueran un arma, ahora mismo estaría muerto.

Sonrío.

—¿Qué me dices, Caitlin, aceptas o te haces caquita?

No responde.

Se dedica a teclear con una loca.

Sé que está muy cabreada conmigo en estos momentos.

Eso me satisface enormemente.

Conecta la impresora. Imprime el nuevo contrato. Lo coloca encima de la mesa y firma.

—Te toca—dice dándome un bolígrafo.

Lo hago sorprendido porque no ha rebatido ni una sola vez mis condiciones.

—Decididamente no eres una buena dominatrix—digo con sorna—. Has firmado sin más. ¿Por qué lo has hecho?

—Porque mi máxima prioridad ya no es ganar la exhibición.

—¿No? ¿Y cuál es?

—Hacerte cambiar de opinión.

Me carcajeo en su cara y me pongo en pie.

—Eso no lo verán tus ojos, monada.

Giro sobre mis talones y camino hacia la puerta.

—¡Sumiso! —exclama.

Me giro.

—Mañana a las ocho de la mañana empieza tu horario conmigo. Te quiero desnudo y arrodillado a los pies de la cama—me lanza una llave que cojo por inercia—. La impuntualidad será castigada.

Sonrío para mis adentros.

Entonces será un placer ser impuntual.

CAPÍTULO 25



No necesito poner ningún tipo de alarma para despertar. Mi cuerpo es como un reloj. Siempre se activa a la misma hora. A no ser que haya trasnochado mucho, claro. Hoy, puede que por lo que intuye, se ha espabilado algo antes. De hecho, aún es de noche ahí fuera. Da igual. Me desperezo y hago lo mismo de cada día. Ponerme ropa de deporte y salir a trotar. A las siete y media de la mañana, ya estoy dentro de la ducha.

A las ocho menos veinte, vistiéndome con tranquilidad. A menos diez, entro en la cocina y le pido a María el típico desayuno inglés: salchichas, huevos y beicon; zumo de naranja, café y un par de tostadas.

—¿Y vas a ser capaz de comerte todo eso, muchacho?

—¿No me decías que tenía que comer más?

—Sí, pero entre lo mucho y lo poco... bueno, hay un término medio, ¿no crees?

—Soy inglés, María, estoy acostumbrado a ese tipo de desayuno. Sobre todo, en Clover House, la casa familiar.

—Pues desde que estás aquí, como mucho te he visto comer un trozo de bizcocho, nada más. ¿Estás seguro?

—Mujer de poca fe...

A las ocho y cinco estoy sentado a la mesa degustando el delicioso desayuno. María tiene razón. No soy una persona que se toma su tiempo en hacer bien la principal comida del día. Hoy es diferente. La ocasión lo merece. Espero recibir un buen castigo por ello.

—¿Qué estás haciendo?

Preston hace su aparición a las ocho y cuarto.

—¿Desayunar?

—Ya sabes a qué me refiero.

—¿Desayunar? —repito.

Ayer le conté que había firmado el contrato de sumisión. No sin antes haber puesto mis condiciones, por supuesto. Se sorprendió por la aceptación, sin más, de Lady Rebel.

—Te castigaré por desobedecer, Adrien.

—Lo sé.

Suspira.

—Es lo que estás buscando, ¿no? Desafiarla para que te haga daño.

—Esa es la idea, sí.

—No me gustaría estar en tu pellejo.

—No lo estarás.

—¿Cuánto tiempo permanecerás en el sótano?

—El horario es de ocho de la mañana a cinco de la tarde. Supongo que lo aumentará debido a mi tardanza. Si surgiera algo importante con...

—Despreocúpate. Yo me encargo.

—Gracias. Trataré de ponerme al día antes de bajar por la noche al Libertine.

—Lo que deberías hacer es tomarte esto en serio, Adrien. El BDSM no es un juego. Es disciplina, obediencia y...

—No hago esto por placer, Arthur, lo hago por necesidad.

—Si tú lo dices... No será indulgente porque se trate de ti. Lo sabes, ¿verdad?

—Eso espero, de lo contrario no serviría de nada lo que tengo en mente.

—Estás loco.

—Puede ser.

No vuelve a abrir la boca. Se dedica a masticar y tragar. Igual que yo.

A las ocho y media me despido con un ademán de cabeza.

Me desea suerte.

No la necesito.

Me miro en el espejo del hall principal antes de enfilear el pasillo y las escaleras del sótano. Me he puesto un pantalón negro y una camiseta blanca. Ambos de deporte. Comodidad, ante todo. «Para lo que vas a tardar en quedarte en pelotas». Por eso mismo. Cómodo de quitar y de poner.

Son las nueve menos veinte cuando introduzco la llave en la cerradura de la puerta.

Contengo la respiración unos segundos y abro.

Vamos allá...

Lady Rebel está de espaldas a la puerta. Lleva un vestido de látex en color verde botella que resalta el tono rojo de su pelo. Trenzado perfectamente sobre uno de sus hombros. Unas botas, de finísimo tacón, cubren sus piernas hasta la mitad del muslo. Se gira en cuanto escucha el clic

de la puerta al cerrarse. Sus ojos se clavan en los míos. Serios. Fríos. Arrogantes. Camina hacia mí. Pasos lentos. Calculados.

Cuando está a escasos centímetros, y sin que me lo espere, alza la mano y la deja caer, con fuerza, sobre mi mejilla. Literalmente me gira la cara de una hostia. Me muerdo la lengua en consecuencia. Noto el sabor de la sangre en la punta de ésta. La piel me arde. El tímpano me zumba. Cierro los puños con fuerza y me mantengo firme.

—Desnúdate, Sumiso—ordena tajante.

No lo hago.

Vuelve a pillarme de sorpresa el impacto de la palma de su mano en la otra mejilla. Me tambaleo. Sacudo la cabeza. Me palpita la mandíbula. Es la rabia contenida. No por las bofetadas. La polla se me ha puesto dura y eso sí que no me lo esperaba. Jamás pensé que eso fuera posible.

¡Me cago en la puta!

Me quito la camiseta y los pantalones.

No llevo ropa interior.

Su mirada va directa a mi polla y sonrío con suficiencia.

¡Es humillante, joder!

—Arrodíllate a los pies de la cama. Las manos a la espalda.

Obedezco.

—Ahí es donde quiero verte cada mañana al entrar aquí, Sumiso. No me mirarás. No hablarás. Y no te moverás hasta que yo te lo indique. ¿Está claro?

Asiento.

—No te he escuchado. ¿Está claro?

—Sí.

—¿Sí qué?

—Sí, Ama.

—Buen chico.

Me palmea la cabeza como si fuera un puto perro.

Sinceramente, prefiero las bofetadas.

—Entiendo, por tu falta de puntualidad y desobediencia, que buscabas un castigo inmediato. ¿Querías que te diera con un látigo? ¿Que te amordazara? —se acuclilla frente a mí y me obliga a mirarla—. Pues lo siento mucho, grandullón, no es eso lo que obtendrás. Imaginaba que querías sabotear nuestra primera sesión y por eso estaba preparada... Voy a poner a prueba tu autodominio. ¿Cómo?

Te preguntará. Muy sencillo. Me desnudaré y masturbaré delante de ti. Podrás ver, pero no tocar. Tampoco gemir o verbalizar ninguna muestra de deseo. Cerrar los ojos o apartar la mirada, contará como muestra de debilidad. Ese será tu castigo, Sumiso. Darte cuenta de hasta qué punto sigo siendo tu debilidad. Pero aún no te he dicho lo mejor... ¿Sabes quién va a encargarse de contabilizar tus fallos? ¿No? Tu nuevo amigo Arthur Preston.

Sus palabras me perforan los tímpanos.

El estómago se me encoge.

La respiración se me colapsa en los pulmones...

—Me pregunto cuánto será el grado de tu odio cuando hoy salgas por esa puerta. Para eso estás aquí, ¿no? Por eso no te vas a tomar en serio el sometimiento, ¿verdad? Para que te golpee sin parar... Pues deja que te aclare algo: no soy amiga de los castigos físicos, prefiero los emocionales. Suelen ser mucho más efectivos. Ya comprenderás de qué te hablo.

Permanezco impasible.

Con la mirada clavada en la suya.

—Por lo pronto, permanecerás en esta posición, sin moverte, y reflexionarás sobre lo que has hecho. Volveré a hablar contigo dentro de media hora. Espero que para entonces te hayas dado cuenta de cuál es tu papel aquí. Depende de ti que sea magnánima contigo y te perdone. Dios sabe que no quiero hacerte daño, Sumiso, pero lo haré si no tengo más remedio. ¿Lo has entendido?

—Sí, Ama.

Mi respuesta es involuntaria. De hecho, no pensaba contestar. Su forma de hablarme y amonestarme me tiene obnubilado.

¡Mierda!

Se levanta complacida y me deja solo.

Evalúo la situación.

Mentiría si dijera que no me ha pillado por sorpresa su forma de actuar. Esperaba que mi desobediencia la provocara de otra manera. Que la pusiera furiosa. Que sintiera rabia. No ha sido así. Al menos no lo ha demostrado. De ahí mi sorpresa. Puedo lidiar con unos cuantos golpes: con palas, cinturones, látigos... Puedo armarme de toda la fuerza de voluntad del mundo para no ceder al deseo y la excitación que me provocará verla masturbarse. Aunque no niego que eso me costará la misma vida. Uno no es de piedra, joder. En cambio, no sé si seré capaz de contenerme y no partirle la cara a Preston por acceder a ser el juez en este castigo. No quiero que la vea masturbarse para

mí. No quiero que escuche sus gemidos. No quiero...

«Cambia el puto chip, Adrien».

«Piensa como un sumiso».

Lo intento y llego a una conclusión: me lo merezco y debo pagar las consecuencias de mis actos. Además, si Preston tiene que vigilar que yo ni pestañee, no podrá mirarla a ella. No pienso pedir perdón.

«¿Y eso es pensar como un sumiso?».

No puedo pensar como tal porque no lo soy. Punto.

Empiezo a sentir molestia en las rodillas cuando ella regresa a la habitación.

—¿Y bien? —pregunta situándose frente a mí—. ¿Has hecho lo que te pedí?

Mantengo la vista fija en el suelo de parqué.

—Sí, Ama.

—Puedes mirarme, Sumiso.

Alzo la mirada.

—Habla.

—He desobedecido tu orden de la puntualidad y acataré el castigo impuesto, Ama.

—¿No vas a pedir perdón?

—No, Ama.

Sus ojos brillan. No sé si de furia o diversión.

—Me lo imaginaba...

Saca el teléfono móvil del escote de su vestido y hace una marcación rápida.

—Baja—es la única palabra que pronuncia.

Se mueve por la habitación.

Coge una butaca de madera y asiento acolchado de cuero y lo pone en el centro de ésta. A unos diez metros de mí. De uno de los cajones de la cómoda, saca un consolador. Enorme. Color carne y con las venas marcadas. Presiona algo en el extremo y éste se mueve en círculos. ¡Joder! Se acerca al equipo de música que hay sobre una repisa. Lo enciende. Saca el CD que hay en el interior y pone otro en su lugar.

—¿Puedo hablar, Ama?

—Adelante.

—Me pregunto qué pasará en el caso de que no muestre ningún signo de debilidad... ¿No será violento para ti confirmar que tu sumiso no te desea?

—Que te empalmes ya es un signo de debilidad, Sumiso.

—¿Y cómo sabrás que es por ti? Siempre puedo pensar en otra mujer... La partida de Strip Póker del otro día... No sé, me excitan demasiadas cosas...

—Tienes razón, no lo sabré, pero tú sí. Con eso me basta. Por mucho que te empeñes, no podrás engañarte a ti mismo.

Llaman a la puerta.

Ambos miramos en esa dirección.

—Pasa—ordena.

Preston menea la cabeza en cuanto me ve. Sé lo que quiere decir con ese gesto. Que me lo he ganado a pulso por idiota y cabezota. No pienso darle la razón. Lady Rebel le da una libreta y bolígrafo. Debe apuntar cada uno de mis gestos.

En el caso de que los haya, claro. Se coloca cerca de mí y de espaldas a ella. Me hace un gesto para que me fije en sus orejas y el bolsillo interior de su chaqueta. Su teléfono móvil parpadea y lleva unos auriculares Bluetooth. El gesto le honra, a pesar de todo lo demás.

Mentalizarme para lo que viene a continuación sería perder el tiempo.

No sé cuánto dura el numerito de Lady Rebel exactamente. Sí sé que tardo unos cinco minutos en ponerme duro. Sólo con ver despuntar sus rosados pezones entre el encaje del sujetador, ya me duelen las pelotas. Aun así, ni me inmuto cuando se abre de piernas y veo la humedad brillar entre ellas.

Tampoco cuando introduce la punta de ese armatoste y lo rota con precisión.

Ni siquiera trago saliva al verla arquearse hasta estar empalada por completo en la polla de goma. La presión que hace su dedo corazón en el clítoris la hace jadear. El gesto de su boca, semiabierta y gloriosa, me hipnotiza.

Siento la sangre bombear en cada vena de mi cuerpo. El corazón me va a mil por hora. Quiero gritar. Gruñir. Tocarme... Qué cojones, quiero ser yo el que se hunda en ella y provoque esos gemidos.

El que la haga correrse hasta perder el sentido... Casi cedo al impulso de cerrar los ojos al escuchar el último quejido de placer que escapa de sus labios. No lo hago.

Esto es una puta tortura, joder. Contener todo lo que estoy sintiendo en mi interior me provocará un puto infarto, lo sé. Me da igual. No pienso

satisfacer su vanidad demostrándole mi debilidad por ella.

Ya lo hice durante demasiado tiempo.

Tenía razón.

El dolor que siento ahora mismo en el cuerpo es peor que si me hubiera azotado con uno de sus artilugios. Me excitaría y empalmaría, también, con cualquier otra. En cambio, el hormigueo en las manos, la angustia de verme limitado y este ardor que me consume, sólo me lo provoca ella. Pero se ha equivocado en una cosa... Cuando horas más tarde abandono la habitación, no he conseguido odiarla ni siquiera un poco.

Todo lo contrario.

¡Maldita sea mi estampa!

CAPÍTULO 26



Pasa una semana desde entonces. Una semana en la que me he dado cuenta de varias cosas. Entre ellas que, ser un sumiso, no es nada fácil. Sobre todo, si no lo deseas. Aunque sobre ello empiezo a tener mis dudas. Y eso que sólo han pasado unos pocos días. Tampoco es sencillo dominar. Al menos no a mí. Eso es lo que escuché que le decía Caitlin una tarde a Preston: «está resultando más complicado de lo que imaginaba». Me reí por ese comentario. Luego está el estado físico. Sí, físico.

Hay que tener muy buen fondo corporal. Si no se está en plena forma, es imposible que se puedan realizar la mayoría de las cosas en el BDSM: posturas imposibles, aguantar cierto tiempo sujeto a una correa colgando de una viga, castigos...

Hace un par de tardes Lady Rebel me castigó. Fue merecido, por supuesto. Era la hora de comer. Me había pedido que no apoyara los codos en la mesa. Que me mantuviera recto con la espalda pegada al respaldo de la silla. Y que, mantuviera con ella una conversación amigable. No lo hice y me negué a abrir la boca. ¿Resultado? Una sonrisa sardónica por su parte y el merecido castigo: sentarme en el aire durante media hora. Sí, en el aire. Yo también me quedé en un principio descolocado.

No tenía ni idea de a qué se refería con eso. No tardé en averiguarlo. Era justo la misma posición en la que estaba, pero sin silla. Sujetando sólo con mis piernas el peso de mi cuerpo. Sin apoyar la espalda en ningún lado.

Si por algún casual me dejaba caer sobre alguna superficie, añadiría diez minutos más al castigo. Y la muy zorra me situó cerca de la pared. Mirando al suelo y con las manos a la espalda. Sólo tenía que pedir disculpas y volvería a la mesa. Tampoco lo hice.

Aguanté como pude el temblor de las piernas y la quemazón en los músculos. Para cuando pasó el tiempo estipulado, estaba empapado en sudor.

«¿Estás dispuesto a conversar ahora?», me preguntó. No tuve más remedio que responder: «sí, Ama». Desde entonces he añadido las sentadillas a mis ejercicios matinales para fortalecer las piernas.

Esa fue la primera conversación, en muchísimo tiempo, que mantuvimos. Sin órdenes por su parte. Sin monosílabos por la mía. En un principio me costó. Luego, simplemente me dejé llevar.

Me arrepentí.

Hablamos de la próxima reunión familiar en Clover House. De lo bien que mi hermana Alison parecía estar llevando lo suyo. Del regreso de mi hermano y su esposa de su viaje de novios...

—Rebeca es una maravillosa persona, ¿verdad? —dijo.

—Sí, y sabe poner en su sitio a mi hermano. Son iguales.

—Son la pareja perfecta.

—Lo son.

—Hubo un tiempo que nosotros también lo éramos...

Me envaré en el asiento.

No esperaba ese comentario por su parte.

—¿Lo recuerdas?

¿Recordarlo? ¡Nunca lo había olvidado, joder!

—Lo que me extraña es que lo recuerdes tú.

—Oh vamos, Adrien...

—Sumiso—maticé.

—¿Por qué te pones a la defensiva?

—No quiero hablar de ello.

—Nuestra historia era muy bonita como para dejarla así...

—Tú lo has dicho, era.

—Pero ¿por qué no...?

—Ponte en mi lugar y medítalo. Tal vez así entiendas el porqué de negarme a hablar de nosotros. ¿Para eso querías esta conversación? ¿Para sacar este tema? Pues prefiero estar sentado en el aire mil horas a escuchar una puta palabra sobre aquello.

—En algún momento tendremos que hacerlo, ¿no te parece?

—El momento se esfumó con el tiempo.

—Adrien...

—Pido permiso para levantarme de la mesa, Ama.

—No lo tienes.

—Entonces me mearé encima.

—Adelante. Hazlo.

Porque en realidad no tenía ganas, que si no...

Las dos sesiones después de esa conversación fueron extenuantes para

mí. También dolorosas. No porque ella empleara la fuerza y fuera cruel, sino todo lo contrario. Supongo que actuó así para obligarme a tener presente lo que habíamos sido juntos.

Lo peor que me podía pasar.

Esa semana me estaba iniciando en el sexo Bondage. Consiste en inmovilizar el cuerpo de una persona, a mí en este caso, durante la relación sexual. Primero me explica la teoría. Luego pasamos a la práctica. Durante horas. Horas tortuosas, pero que llevo bien. Excepto esas dos últimas sesiones tras la conversación. Imagino que fue porque estaba demasiado tenso. O puede que porque ella fue extremadamente dulce y cuidadosa conmigo. El caso es que, hasta el momento, fueron las peores.

Después de recoger la mesa y dejarlo todo del otro lado de la puerta para que María pasara a por ello más tarde, me inmovilizó en la cama. Muñecas y tobillos. Completamente desnudo. Ella llevaba un body de encaje negro que no dejaba nada a la imaginación. Se dedicó a contemplarme durante minutos. La respiración agitada. Pupilas dilatadas. Boca entreabierta.

Me dolía la polla sólo con verla ahí, deseándome. Es un dolor al que empiezo a acostumbrarme.

Prácticamente estoy espalmado desde que entro en la habitación hasta que me marcho horas después.

—Mírate—ordenó señalando al espejo del techo.

Alcé la vista y me observé.

Despatarrado en la cama. Sin poder mover piernas ni manos. La piel brillante por el calor que emanaba de mi cuerpo. La polla tesa contra el vientre...

—Eres hermoso, Sumiso—susurró—. Tienes un cuerpo perfecto. La piel suave...

Comenzó acariciándome el empeine y subió hacia arriba. Lentamente. Espinilla. Rodillas. Muslos. Ingles... Deleitándose en el contacto con mi piel.

—Siempre me ha gustado tocarte...

Contuve la respiración al sentir sus dedos tibios en el glande y cerré los ojos.

—Ábrelos. Quiero que contemples cada paso que da mi mano, Sumiso. Quiero que lo sientas...

Jadeé sin despegar los ojos del espejo.

Su mano siguió ascendiendo: vientre. Estómago. Pecho. Clavícula...
Se inclinó sobre mi cuello.

—Tu olor es embriagador. Dulce... Picante... Sexy... No tienes ni idea de la cantidad de veces que he recurrido al recuerdo de este olor para excitarme... Y tu sabor...

Ronroneó a la vez que me lamía los labios.

Volví a jadear.

—¿Sabes la de veces que te imaginé así? ¿Las veces que soñé con adorarte? ¿Con volver a sentirte?

¡Dios!

La respiración se me hizo pesada. Tanto que me costaba dejarla salir entre los dientes. Sus caricias me nublaban los sentidos. Y sus palabras... Joder, esas palabras susurradas con tono ronco y excitado me mataban.

No quise ahondar en el significado de éstas. Lo que parecía querer decirme al pronunciarlas. Me dediqué a sentir. A disfrutar cada espasmo de mi cuerpo. Cada cosquilleo. Cada sacudida... Su lengua recorrió cada centímetro de mí. Húmeda. Caliente. Juguetona... Me saboreó con parsimonia. Trazando círculos en el glande y marcándome con los dientes. Me enarqué buscando más fricción de la polla con su paladar.

Gruñí. Tiré con fuerza de los agarres. Y me corrí... Me corrí gritando su nombre. Sí, su nombre. No Lady Rebel. Ni Ama. Ni Señora. No. Caitlin. Caitlin. Caitlin. Grité varias veces mientras mi cuerpo se sacudía e inundaba su boca de semen...

Un error, sí.

Una cagada monumental.

Humillante.

Para ella un gran triunfo, sin duda.

Tuvo la decencia de no ahondar en mi humillación. De no alardear de lo que acababa de conseguir. Me desató y me dio permiso para ir a lavarme. Me encerré en el baño y apoyé la frente en los fríos azulejos. Me llamé mentalmente estúpido. Imbécil. Gilipollas... Sin duda estaba resultando ser peor el remedio que la enfermedad. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mil veces mierda! Me serené y me duché. Cuando volví a salir, lo hice con el firme propósito de no volver a cometer ese error.

Pero lo hice.

Me arrodillé a los pies de la cama. La vista clavada en el suelo y las manos a la espalda. Ella trasteaba por la habitación preparando la siguiente sesión. Luego me dejó solo durante unos minutos. Minutos que dediqué a mentalizarme de no volver a cagarla. De morderme la lengua cuando perdiera

el control en el próximo orgasmo. No importaba la intensidad de éste. Tenía que ser fuerte y mantenerme firme.

No lo hice.

¡Putita debilidad!

Esa vez, ordenó que me pusiera en la cruz de San Andrés. Sujetó mis manos y mis tobillos con las puñeteras correas.

Me cubrió los ojos con un pañuelo de seda negro. Aún no me había tocado y el corazón ya me iba a dos mil por hora. ¡Joder! Pegué un brinco cuando algo se me cerró alrededor de los pezones. Algo frío y duro que hizo clic. Contuve el aliento cuando dio un pequeño tirón y sentí una punzada de dolor en éstos. ¡Hostia puta! Automáticamente se me concentró toda la sangre del cuerpo en la punta de la polla. Hasta las pelotas se me endurecieron.

¡Maldita sea!

—Lo que te voy a hacer se llama privación de los sentidos—me susurró al oído—. La incertidumbre de no saber qué va a pasar, hará que se intensifiquen las sensaciones en tu cuerpo. ¿Confías en mí, Sumiso?

—Sí, Ama—respondí sin dudar.

El sonido de su risa complaciente llegó nítida a mis tímpanos.

Otro triunfo más para ella.

Me puso unos tapones en los oídos de silicona y fue lo último que escuché.

A partir de ahí... ¿Qué puedo decir? La más simple de las caricias, me cortó el aliento. Lo juro. Al principio fueron sus dedos. Luego las palmas de sus manos. Más tarde algo suave. Fino. Delicado. Puede que una pluma. No estoy seguro.

De lo que sí lo estoy es de no haber sentido nada igual en mi vida. De que nunca tantos escalofríos seguidos recorrieron mi espalda. La piel me ardía... Dolía... Sólo sus caricias mitigaban esa sensación tan placentera y torturadora a la vez. Le rogué para que no dejara de tocarme. Lo sé. Patético. Pero ¿qué podía hacer si me nublaban el deseo? La conexión con mi cerebro era nula y me estaba muriendo de excitación y expectación. La necesitaba como el respirar, joder.

—¿Qué es lo que deseas, Sumiso, ¿esto?

Me escoció la polla al sentir que algo se estampaba en ella. Un golpe seco. Rápido. Y otro. Y otro más. Eché la cabeza hacia atrás y jadeé desesperado a la vez que tiraba con fuerza de los amarres.

—¿O esto?

El frío del hielo sustituyó el calor de lo que fuera que había utilizado primero. Se me erizó la piel de pies a cabeza. Me cosquilleó la nuca. Me torturó durante varios minutos, eternos. Intercalando el calor, el frío y los tirones en los pezones. Primero los golpes secos y rápidos. Luego las pasadas del hielo con lentitud. Por último, esos tirones que dolían como el demonio pero que me encantaban. Todo unido era una mezcla explosiva que me enardeció por dentro y por fuera. Gemí enloquecido. Con la respiración tan agitada que se me entrecortaba. Tan necesitado de ella que me asustaba. Anhelante de cada una de sus caricias... Anhelante de ella.

Para mi desgracia abrí la boca para volver a rogar.

—Por favor, Caitlin... me estás matando.

—¿Qué quieres, Adrien?

—¡Correrme, joder!

—Hecho. Estoy aquí para complacerte. Tu placer es mi placer, grandullón. No lo olvides nunca.

Fue el orgasmo más intenso de mi vida. Lo sentí nacer en la punta del dedo gordo del pie. Ascender por las piernas. Concentrarse en el vientre y estallarme en el puto centro de las pelotas. Creo que fue la primera vez que gemí descontrolado, sin importarme que alguien más me pudiera escuchar, aparte de ella. Me convulsioné con tanta fuerza que las correas se me clavaron en las muñecas. No me di cuenta de ello hasta mucho más tarde. Como tampoco me di cuenta de que su nombre, otra vez, se escapaba entre mis labios mientras gemía.

Una vez en mi habitación, me maldije un millón de veces por ello.

Hoy me he despertado extenuado. Cansado. Dolorido... Las sesiones me dejan hecho polvo. Ni siquiera tengo ganas de pasar por el Libertine. Preston me dice que es normal. Que sólo es hasta que el cuerpo se acostumbre. Que son simples agujetas... Jamás imaginé que se pudieran tener agujetas de practicar sexo. Cuando se lo dije a él, se rio en mi cara. «Eso es porque eres vainilla», se mofó. Y mi padre pensando de mí que soy un libertino... ¡Hay que joderse!

Miro el reloj por quinta vez en los últimos diez minutos.

Me asusta estar tan ansioso por bajar al sótano y ponerme en sus manos.

Tengo que hacer algo al respecto.

¡Ya!

CAPÍTULO 27



No sé en qué momento, exactamente, mi propósito para aceptar ser el sumiso de Caitlin pasó a un segundo plano. Supongo que tuvo mucho que ver lo que sucedió a mediados de la semana pasada. La segunda de nuestro contrato de sometimiento. En mi empeño por sabotear cada sesión y merecer un castigo, conseguí hacer algo que la puso al límite. Las consecuencias fueron..., bueno, digamos que ni ella ni yo las esperábamos.

Un día antes de aquello, como siempre, bajé tarde a la sesión. No diez minutos. Ni media hora. No. Aparecí dos horas y media tarde y dispuesto a desafiarla en todo. Empezaba a estar desesperado por despertarme cada mañana deseando cada minuto que pasaba con ella. Tenía que hacer algo al respecto. Cuanto antes.

Me esperaba de pie, junto a la cama. Me miró y no dijo nada. Ni un gesto que delatara cómo se sentía. Si estaba cabreada o qué. La miré a mi vez con desdén. Como si su sola presencia me produjera hastío. Incluso asco. Provocándola. Ni se inmutó. Se dedicó a observarme. Como si estuviera estudiando a un espécimen en extinción. La verdad que, en su papel de Lady Rebel, era muy buena guardando sus sentimientos y emociones. Excepto cuando me hacía gozar de sus favores y me llevaba a la estratosfera. En esas ocasiones era simplemente ella. Se dejaba llevar. Al igual que yo. Todo lo que reflejaba su cara, parecía real. Y esos reflejos me tenían, y me tienen, desconcertado y acojonado a la vez. Darme cuenta de que sigue teniendo el poder de destrozarme, si quisiera, me tortura constantemente.

Afiancé los pies al suelo al verla caminar hacia mí. El único castigo físico que había logrado, hasta el momento, eran sus bofetadas. Me las daba con tanta fuerza, que siempre me hacían tambalear. Aparte de dejarme los tímpanos temblando y una erección de caballo. Por eso me preparé para recibir el primer impacto.

No llegó.

—Desnúdate y ocupa tu lugar—ordenó.

—¿Hoy no hay bofetada?

—No.

Me reí y dije con inquina:

—Y luego dicen que eres una de las mejores dominatrix... ¡Ja! —me burlé—. Te desafío, te desobedezco..., incluso te reto, y no haces nada por meterme en vereda. Eres el angelito del BDSM, monada.

Sus ojos me taladraron.

—No te he dado permiso para que hables.

—Tampoco me lo has dado para que llegue dos horas y media tarde y aquí estoy... Ayer estuve hasta tarde en el club. Bebí unas cuantas copas y me follé a una morena despampanante. Estoy hecho polvo. Creo que voy a volver arriba a acostarme y recuperar fuerzas para esta noche. Me la volveré a follar otra vez.

Su sonrisa me sorprendió.

—Mientes.

—No lo hago.

—Sabes que sí. Ayer bajaste al club después de varios días sin hacerlo. Te retiraste pasada la medianoche. Solo. Te encerraste en tu habitación y apuesto a que dormiste como un bebé. Te dejo exhausto y saciado en cada sesión. No has vuelto a estar con otra mujer aparte de mí.

Su regocijo me produjo náuseas.

Rechiné los dientes.

—¿Me estás vigilando?

—Me cercioro de hacer bien mi trabajo. Nada más.

«Así que se trataba de eso... de que no hubiera otras mujeres...».

—No follo contigo—dije para cabrearla.

—Que no haya penetración no significa que no folles.

—No te toco. No te saboreo. No me hundo en ti... Eres como una muñeca hinchable que me da orgasmos.

—Sí, una que te hace gritar su nombre mientras te corres como un loco.

«¡Mala pécora!».

—¿Por qué ese empeño en no querer que esté con otra?

—Porque eres mío, Adrién. Desde siempre y para siempre.

Me sorprendió su respuesta. No me la esperaba. Pensé que diría algo así como que estar con otra mujer me desconcentraría del contrato de sometimiento...

Me carcajeé.

—Te estás viniendo muy arriba, monada. Yo no tengo dueña.

—Claro que sí. Soy yo. Lo que pasa que eres tan cobarde que no quieres reconocerlo.

En ese momento tuve claro que tenía razón. Al menos le estaba demostrando que así era. Y me jodió. Bien, ya sabía qué hacer para bajarle los humos y ponerla contra las cuerdas...

Follarme a otras.

Lo haría sin ninguna duda.

El castigo de ese día fue dejarme a las puertas del orgasmo. Exacto. No dejó que me corriera ni una sola vez. ¡Ni una! Me hizo virguerías. Me puso al límite. Y me dejó con un dolor de pelotas que no se lo deseo ni a mi peor enemigo.

Por la noche bajé al club dispuesto a aliviar ese dolor. Pero, sobre todo, dispuesto a demostrarle que se equivocaba y que yo no era de nadie. Mucho menos de ella.

Ahora que sabía que me vigilaba y por qué...

Sonreí para mis adentros.

A las doce en punto de la noche, salí del Libertine con Carmen colgada de mi brazo. Subimos las escaleras con parsimonia. Tomándonos nuestro tiempo.

Amasé sus pechos y la hice jadear allí mismo sólo con la lengua. Rogó porque la llevara ya a una de las habitaciones, y lo hice. No sin antes cerciorarme de que Caitlin estaba en la planta de arriba y era testigo de todo. A pesar de la distancia, pude distinguir los destellos de rabia en su mirada.

Cerré la puerta sintiendo opresión en el pecho.

No me la follé.

No pude hacerlo.

Eso me puso furioso.

A la mañana siguiente fui puntual por primera vez. Cuando ella entró en el cuarto de los horrores, yo estaba donde me correspondía y como me correspondía. De rodillas a los pies de la cama. Desnudo y con las manos a la espalda.

Me miró incrédula.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa. ¿Te encuentras bien? —se burló.

—Perfectamente, Ama. El polvo con la morena de ayer me vino de perlas.

Su cuerpo se tensó y sus ojos se endurecieron.

—Una de las pruebas de la exhibición será comprobar los límites de tu

dolor. Debo prepararte para ella.

Enarqué una ceja.

«Qué casualidad...».

—... Necesito hacerme una idea de hasta qué punto tengo que trabajar contigo en ese aspecto. Ponte en la cruz de espaldas a mí.

—Sí, Ama.

Dios, me temblaban las piernas.

Al fin parecía que iba a tener lo que tanto buscaba.

Puse las manos y los pies en los anclajes de sujeción. Se tomó su tiempo en encajar cada cierre. Primero las muñecas. Por último, los tobillos.

—Las pruebas de sado en la exhibición suelen ser duras. Sirven para que el jurado se haga una idea de cómo es y trabaja la persona dominante. También para evaluar el grado de confianza que el sumiso tiene en éste. Para la sesión de hoy usaré una fusta de ocho cuerdas de ante. Te lo mostraré para que te hagas una idea. ¿Recuerdas las palabras de seguridad?

—Sí, Ama.

—¿Cuáles son?

—Amarillo y Rojo.

—Bien.

Escuché que se desplazaba hasta la pared, junto a la puerta. Allí colgados tenía su arsenal de artilugios. Tardó cinco segundos en coger el que quería y volver a estar junto a mí. Me lo mostró. Era una especie de fusta de metal. De uno de los extremos salían ocho tiras de ante negro. Parecía muy suave. Lo comprobé cuando me acarició la espalda, el culo y los muslos con ellas.

Cerré los ojos.

La piel me bullía de excitación.

—Esta será una sesión corta, pero intensa. Contarás hasta quince. Pararemos para que recuperes el aliento y luego continuaremos. Si en algún momento crees que lo necesitas, pronuncia las palabras de seguridad. ¿De acuerdo?

—Sí, Ama.

El sonido de una música estruendosa y tétrica salió de los altavoces del equipo reproductor.

El primer golpe fue en la espalda, en el centro. Sentí un ligero escozor. El estómago me cosquilleó por la impresión.

—Uno—conté.

El siguiente fue en el culo. Un zas seco. Ligerero.

Me empalmé en el acto.

—Dos.

El tercero picó algo más.

La sangre en los muslos se calentó.

Igual que yo.

—Tres.

El cuerpo me ardía deliciosamente cuando llegué a quince.

Ella tenía la respiración agitada. La escuché a la perfección.

Yo pensé que aquello era pan comido. Y para mi horror, descubrí que me gustaba y me excitaba.

La siguiente sesión fue similar.

Y la siguiente.

A partir de ésta, todo se descontroló.

Aún se me eriza el vello de la nuca cada vez que pienso en ello. El sonido silbante de las tiras al cortar el aire. Como balas disparadas a corta distancia. El impacto en mi cuerpo. Una y otra vez. Y otra. Y otra más. Sin descanso. Golpes certeros. Rítmicos. Duros. Cargados de furia y rabia. Y el dolor... Un dolor lacerante que me cortaba el aliento con cada uno de los impactos. Haciéndome echar la espalda y la cabeza hacia atrás. Tirando de los agarres con fuerza. Gruñendo desesperado porque no podía soltarme... Pronuncié la palabra

“Amarillo”. Eso debería haberla hecho parar y evaluar la situación. No lo hizo. Siguió dejando caer las tiras sobre mí. Cegada. Descontrolada. Enloquecida. Gimiendo por el esfuerzo... Supliqué mil veces que se detuviera. Tampoco lo hizo. Entonces noté que la carne se me desgarraba en los omóplatos y grité. Sí, grité como un loco casi hasta quedarme sin voz:

—¡Rojo! ¡Rojo! ¡Rojo! ¡Rojo!

Los golpes cesaron de repente. Suspiré aliviado al escuchar el sonido metálico de la fusta al caer al suelo.

—¡Suéltame! —exigí con la voz quebrada.

—Oh Dios mío, qué te he hecho... —dijo horrorizada.

—¡Que me sueltes, joder! —bramé.

Sus manos temblaban al acercarse a los agarres.

Me separé de ella en cuanto me vi liberado.

—Adrien...

—No me toques.

—Por favor...

Ni la miré.

Recogí mis cosas de la silla donde estaban perfectamente dobladas y salí de la habitación.

Me crucé con Preston en el vestíbulo principal. Me miró desconcertado.

—¿Qué ha pasado?

No respondí.

Subió las escaleras detrás de mí.

—Joder, Adrien, tu espalda...

Entré en mi habitación y lancé mis cosas al suelo.

—¿Qué cojones has hecho, tío?

Bufé.

—Lárgate.

Me hizo caso. Sólo para volver cinco minutos después con algo en las manos. Me obligó a entrar con él en el baño. También a sentarme en el inodoro. Gemí al sentir el agua tibia.

Y volví a hacerlo cuando extendió algo sobre la piel. Algo que calmó un poco aquel escozor persistente. Dijo que era un ungüento especial para ese tipo de cosas.

Le di las gracias.

—¿Vas a decirme ahora qué demonios ha pasado ahí abajo? —inquirió una vez que terminó de curarme.

—Nada que no me haya buscado.

—Estás loco...

—Eso parece.

Pasé el resto de la tarde encerrado en mi habitación. Caitlin intentó hablar conmigo en varias ocasiones.

La ignoré.

A pesar de ser consciente de que lo ocurrido era culpa mía, estaba furioso con ella. Furioso por lo ocurrido. Pero, sobre todo, por ponerme en aquella situación cuando yo estaba decidido a pasar página y olvidarla.

«Pudiste decir que no y seguir con tu vida».

«No suelo dar la espalda a la gente que quiero».

Esa puta voz de la conciencia...

Por la noche, incapaz de conciliar el sueño, me levanté y fui al salón a tomar una copa. Ella estaba allí. Ovillada en uno de los sofás. Con la cara enterrada entre las manos. Sollozando. Algo se agitó en mi interior. Se me

cayó el alma a los pies al verla en ese estado. Me sentí como una mierda. Inhalé hondo y me acerqué en silencio. Me senté a su lado. Levantó la cara y me miró. Entonces comenzó a llorar sin consuelo.

—Lo si... sien... siento mucho, Adrien. Perdóname, por favor, no que... que... quería hacerte daño, lo juro. Se me... se me...

La abracé y la acerqué a mí.

—Chist, no llores, pequeña, no llores... Estoy bien. Me lo merecía...

—No, no lo entiendes—dijo contra mi pecho—. Un dominante jamás debe dejarse llevar por las emociones. Nunca debe realizar una sesión si está cabreada con el sumiso. Y yo estaba tan furiosa contigo por haber estado con ella... Yo... Yo... no pude controlarme. Me cegué y no fui consciente de lo que hacía hasta que gritaste la palabra de seguridad. Descargué mi rabia contra ti y... no...

—Ya está, ya pasó. Deja de sentirte culpable. Eres humana y reaccionaste a mi provocación.

—Sé que no tengo derecho a decirte esto, pero, no soporto verte con otra mujer. No soporto saber que estás dándole a otra lo que considero mío—susurró mirándome a los ojos—. No debí pedirte que fueras mi sumiso. No cuando tú sólo accediste para poder odiarme. No creí que te lo tomaras tan a pecho. Supongo que desde hoy ya tienes lo que querías...

—No te odio, Caitlin. No creo que pueda hacerlo nunca.

—Lo harás si continuamos con esto. Romperé nuestro contrato y me borraré de la participación en la exhibición. No quiero hacernos más daño del que ya nos hice.

—¿Tan importante es para ti? Me refiero a ganar la exhibición.

Contemplé sus hermosos ojos azules.

—No tanto como recuperarte, al menos como amigo.

Asentí.

—Seguiremos con el contrato.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Durante un buen rato, nos quedamos allí. Yo abrazándola y ella hipando sobre mi pecho. Luego, cuando lo creyó conveniente, se puso en pie.

—Será mejor que vaya a acostarme. Gracias, Adrien, sigues siendo tú.

—Caitlin—murmuré antes de que saliera por la puerta—, no me la follé. No pude hacerlo.

Sonrió con tristeza y se marchó.

Hoy, varios días después, sigo sintiéndome culpable y mortificado.
Hacernos daño no nos llevará a ninguna parte.
Y jamás podré odiarla.
¡Jamás!

CAPÍTULO 28



Pensando que me he dormido, me despierto sobresaltado.

Hoy, después de aquel episodio, volvemos a las sesiones. Caitlin estuvo varios días fuera. Alegó que tenía cosas importantes que hacer en Londres que no podía demorar. Está claro que necesitaba un tiempo para ella. Un tiempo para asimilar lo ocurrido. Lo que pasó nos afectó a los dos. Aunque de distinta manera. A ella, como dominatrix, Ama, Señora..., perder los papeles como lo hizo, la dejó bastante mal. Según Preston, jamás le había pasado algo así. «Sólo pierde los papeles contigo. Sé un poco inteligente y pregúntate por qué», me dijo una noche en el club. Lo hice. Y tengo claro el porqué. Simplemente reaccionó a mis provocaciones. Se lo dije a ella en su momento y sigo pensando lo mismo. Llevaba dos semanas aguantando mis desplantes. Mi desobediencia. Mi chulería... Por algún lado tenía que salir la frustración de no poder dominarme como quería. Si a eso le sumamos que la hice creer que me follaba a otra, pues... «¿No te dice nada que se haya puesto así por ese motivo, James?», Preston me miraba suspicaz. «Está celosa, joder, ¿es que no te has dado cuenta?», continuó al no obtener respuesta por mi parte. Por supuesto que me había dado cuenta.

¿Cómo no hacerlo si había sido clara al respecto? No soy tonto. Puedo sumar dos más dos y llegar a esa conclusión. Lo que pasa que no me lo creo. O no quiero hacerlo, que es muy diferente. ¿Por qué? Buena pregunta. Podría dar varias razones. En cambio, sólo daré una. La más importante para mí. Miedo. Sí, miedo. Miedo a hacerme ilusiones. A tener esperanza. A creer que todavía es posible. Miedo a volver a ser un juguete en sus manos. Sobreviví a que me rompiera el corazón una vez.

Si eso volviera a pasar, me moriría.

En cuanto a mí..., bueno, lo sucedido me hizo reflexionar y analizar los hechos. No estoy orgulloso de mi comportamiento. Tampoco me arrepiento de ello, ojo. Estaba en todo mi derecho, después de todo, de hacer hasta lo imposible por odiarla. De querer vengarme. De llevar a la práctica eso del ojo por ojo... No obstante, no sirvió para nada. Soy imbécil. Me siento mal

haciéndole daño. No me gusta verla sufrir. No me gusta verla llorar. No me gusta ser el culpable de su desgracia, de su vulnerabilidad. Está claro que la venganza no es lo mío. Odiarla tampoco. ¿Entonces? Entonces haré lo que le dije. Seguiremos con el contrato. Seré su sumiso y acataré sus órdenes al pie de la letra. Mi comportamiento será ejemplar. No tendrá ninguna queja sobre mí. Participaré con ella en la puta exhibición. En cuanto a lo de recuperarme como amigo..., en fin, ¿qué puedo decir que no se sepa ya? ¿Como amigo? ¡Imposible! Quizá dentro de quince o veinte años..., ¿quién sabe? De momento no quiero planteármelo. Hay demasiado rencor por mi parte. Demasiado dolor enquistado. Demasiados cabos sueltos. No, no me planteo una relación más allá de la que he firmado en un papel. Una relación con fecha de caducidad. Una fecha que se aproxima a pasos agigantados... Después de ahí, ella seguirá su camino y yo el mío.

A mí me quedará la conciencia tranquila, después de todo.

A ella la satisfacción de haber podido hacer realidad su sueño participando en esa mierda.

Por lo demás, que sea lo que Dios quiera.

Me ducho. Me visto con lo que se ha convertido en mi uniforme de sumiso. Pantalón y camiseta de deporte. Sin ropa interior. No la necesito. Me tomo un café en el comedor que María, amablemente, me sirve.

Me como un par de tostadas con mantequilla y mermelada y bajo al sótano. No sin antes pasar por el cuarto de baño y lavarme los dientes.

Respiro hondo antes de abrir la puerta. Enciendo las luces.

También el aparato reproductor de música.

Como sumiso, es mi obligación elegir algo relajante que amenice mi espera. Nunca llevé a cabo ese ritual en los días pasados. Hoy es la primera vez. Me quito los pantalones. Los doblo bien y los dejo encima de la silla. Hago lo mismo con la camiseta. Me posiciono en mi lugar. Son las ocho menos diez. Estoy nervioso y ansioso. Los acordes de una canción que desconozco, no me relajan. Clavo la vista en la pared donde ordenadamente cuelgan los artilugios de Caitlin. Justo en esa fusta. Me estremezco y me tenso. «No la mires, joder».

Es inevitable.

Me centro en respirar. Los nervios remiten. Por poco tiempo. En cuanto escucho que la puerta se abre, mi corazón se lanza a una carrera desesperada. ¡Mierda! Mantengo la vista fija en el suelo de parqué. Las manos, como siempre, a la espalda. Inspiro y espiro. El vello de la nuca se me eriza cuando

la siento acercarse y ponerse frente a mí. Sus zapatos negros llevan una calavera dibujada en rojo. No alcanzo a ver más. No sin levantar la vista. No lo haré hasta que me lo ordene.

—Buenos días, Sumiso.

Su voz es algo temblorosa.

No soy el único que está nervioso.

—Buenos días, Ama.

—¿Qué haces aquí? Te di unos días para que reflexionaras y pudieras echarte atrás.

—Cumpló con el contrato, Ama.

—Adrien...

Alzo la vista y la clavo en sus ojos. Parece triste. Abatida. Todavía no se ha recuperado de lo ocurrido.

—Creí que había quedado claro la última vez que hablamos.

—No quiero que te sientas en la obligación de hacerlo, Adrien. Entiendo que este no es tu mundo y que, en cierto modo...

—Quiero hacerlo, Ama.

—¿Por qué?

—Digamos que he descubierto que esto no me disgusta del todo y quiero experimentar. Además, siempre cumpro mi palabra.

—¿Estás seguro? Porque si seguimos adelante tendremos que emplearnos a fondo. Hemos perdido dos semanas haciendo el gilipollas y la fecha está ahí. A la vuelta de la esquina.

—Siento no habérmelo tomado en serio, Ama. Como compensación por ser el culpable de esa pérdida de tiempo, estaré a tu disposición las veinticuatro horas del día si es preciso.

—¿Dónde está la trampa?

—No hay trampa.

—¿Entonces lo dices en serio?

—Completamente.

Algo se agita en mi interior al ver el brillo en esos preciosos ojos azules.

—Bien... ¿Empezamos de cero?

—Sí, Ama—digo estrechando la mano que me tiende.

—¿Cómo está tu espalda?

—De un espantoso color verduzco, pero bien. Ya no me duele.

—Lo siento mucho, Adrien.

—Lo sé.

—Vístete y sígueme.

Lo hago.

Entramos en una salita pequeña. Con un sofá, una mesita de café y un par de butacones. Las paredes están llenas de estanterías de madera. Éstas están repletas de libros. Volúmenes antiguos y nuevos.

De todo un poco, creo. Caitlin me explica que es su lugar favorito de la casa. Al que acude siempre que quiere evadirse y relajarse.

Ahora lo utilizaremos para mis clases teóricas y conversaciones sobre las sesiones.

—Estaremos mucho más cómodos—dice.

Me siento en la butaca que me indica. Ella, en cambio, permanece de pie. Está mordiendo el labio inferior. Es un gesto muy suyo que siempre me ha calentado la sangre. Sigue nerviosa. Me gustaría saber por qué. Hemos sabido romper el hielo perfectamente, ¿no?

Al parecer no.

—Hay algo que quiero cambiar de nuestro contrato—dice al fin.

—¿Como qué?

—No me gusta llamarte Sumiso, es... demasiado impersonal. Frío. Quiero poder utilizar tu nombre.

—Vale. Por mi parte seguiré llamándote Ama.

—No es ese el nombre que utilizas cuando estamos en una sesión.

—Ya. Siempre consigues hacer que me olvide de todo.

No puedo creer que lo haya dicho en voz alta.

Sonríe.

—Gracias, supongo.

—¿Algo más que quieras cambiar?

—No.

Asiento.

Durante parte de la mañana me habla de la exhibición. Ésta consiste en evaluar al mejor Amo/Ama del mundo de entre veinte participantes. Diez hombre y diez mujeres. Entiendo que es algo así como elegir al rey y la reina del baile, pero en el BDSM. ¡Alucinante! La dinámica es la siguiente: cada dominante va con su propio sumiso. El jurado, meterá en una urna de metal las pruebas a realizar.

Pruebas intensas y en algunas ocasiones duras. Antes de ocupar sus posiciones, el dominante será el encargado de sacar una tarjeta de la urna. En dicha tarjeta, se estipula el tipo de prueba y el tiempo límite.

—El jurado es muy concienzudo. Lo mira todo con lupa.

—Si te soy sincero, se me ponen los huevos de corbata oyéndote hablar.

—Será difícil, por eso te lo estoy explicando al detalle. Quiero que tengas toda la información y que no te pille nada por sorpresa. Sé lo que es ser un sumiso. La confianza ciega que tienes que depositar en el dominante..., eso es primordial. También sé la presión que tiene el dominante en estas situaciones. Saber que te están juzgando y evaluando lo complica todo mucho más.

—¿De verdad sabes lo que se siente siendo sumiso?

—Claro que sí.

Enarco una ceja.

—¿En serio?

—Hay que caminar antes de correr...

—Vaya, no me lo esperaba.

—Fue un año muy intenso.

Imaginarla pasando por las mismas fases que yo, me molesta.

—¿Y quién fue tu amo?

«Qué mierda te pasa, joder. ¿Es que ahora ya no filtras antes de abrir la puta boca?».

—No, no me lo digas. Seguro que fue mi hermano y no estoy seguro de querer saber cómo fue la experiencia.

«O cierro el pico o me amordazo a mí mismo».

—Te equivocas, no fue él.

—No te creo.

Se encoge de hombros y de nuevo sonrío.

Su cara resplandece con esa sonrisa.

—Fue Mistress—deja caer de golpe.

Abro la boca.

La vuelvo a cerrar.

No sé si reír o darme de cabezazos contra la pared.

—¿Qué?

—Mi Ama fue Mistress.

—¿Una mujer?

Asiente.

—¿Por qué te sorprende tanto?

—Joder, ¿tú qué crees?

—¿Porque es una mujer?

—Obvio.

Ríe con ganas.

—El sexo es sexo, Adrien. Y en ese tipo de reuniones no hay sentimientos, sólo necesidad.

«¡Los cojones no hay sentimientos!».

—Hasta donde yo sé, nunca te han gustado las mujeres.

—Y no me gustan. En aquella época estaba dispuesta a revelarme contra todo y todos. No me quedaba nada por perder... Me tiré de cabeza a la piscina sólo sabiendo mantenerme a flote. Aprendí a nadar y llegué hasta aquí. Me enseñó la mejor. Mistress es una mujer excepcional.

—¿Pero por qué ella? Quiero decir que, si estabas comprometida con Theodore cuando te introdujiste en este mundo, lo más lógico es que fuera él tu amo, ¿no?

—No. Y creo que nos hemos desviado de la conversación inicial.

—Me gustaría saber qué te llevó a querer hacer esto...

«¿Otra vez? ¡Cierra la puta boca, tío!».

—Es mejor dejar el pasado donde está, Adrien.

—¿Otra vez con eso? Joder, hace unos días querías que hablásemos de ese pasado... no te entiendo.

—Tienes razón. Te lo contaré, en su momento. Hoy es la primera vez que, después de mucho tiempo, hablamos como personas civilizadas. Sin faltarnos al respeto ni hacernos daño. Escuchándonos. No quiero estropear el buen ambiente.

Además, tenemos trabajo por hacer y poco tiempo por delante.

—Vale. Como tú quieras.

—No te enfurruñes, Adrien. Te pones muy feo cuando lo haces.

Me río.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Tiene las manos apoyadas en las caderas y los ojos achinados.

Podría decirle que hubo un tiempo en que esa frase conseguía aplacarme cuando discutíamos o me molestaba por algo.

Sigue causando el mismo efecto en mí.

—Nada.

—Adrien James...

Vuelvo a reír.

—Me encanta verte reír—dice—. Ojalá lo hicieras más a menudo.

Nuestras miradas se encuentran.

Me quedo callado.

Yo tampoco quiero estropear el ambiente confesando que no he tenido muchos motivos para hacer precisamente eso. Reír.

Suspira y aparta la mirada.

—Será mejor que nos pongamos manos a la obra.

Carraspeo.

—Sí.

Por un momento he vuelto a sentir esa conexión de antes con ella.

Por un momento he tenido ganas de ponerme en pie, rodearla con mis brazos y saborear sus labios.

Por un momento he sentido que seguíamos siendo nosotros dos.

Ella y yo. Caitlin y Adrien. Adrien y Caitlin.

Sí, me reafirmo en que sigue causando el mismo efecto en mí, en todos los sentidos.

Y no sé si eso es bueno o malo.

CAPÍTULO 29



—Al fin te dejas ver, James. Empezaba a temer que Lady Rebel te hubiera secuestrado.

Sonrío.

Es el primer día, desde que firmara una tregua con ella, que bajo al Libertine. La verdad que no me apetece gran cosa estar aquí. No tengo más remedio. Hay que hacer acto de presencia de vez en cuando.

—Supongo que da esa impresión, sí.

—¿Supones? Sólo salís del sótano para dormir.

—La exhibición, o lo que sea, está a la vuelta de la esquina. El tiempo corre y tengo que estar preparado. Las horas se convierten en minutos en las sesiones.

Me mira suspicaz.

—¿Quién eres y qué has hecho con el mamón de James?

Suelto una carcajada.

Lo entiendo perfectamente. Debe de pensar que soy bipolar o algo así. O que me he vuelto loco. No sé... Yo también noto ese cambio en mí. Estoy más tranquilo. No me atormenta la sed de venganza. El odio no pulula a mi alrededor. Duermo mejor... Debí imaginar que Preston también lo notaría. Me ha calado en poco tiempo.

Parece conocerme bien.

—Joder, mírate, si hasta sonríes de verdad y todo.

—No seas idiota...

—Lo digo en serio, tío. ¿Cuánto llevas aquí? ¿Alrededor de mes y medio? —asiento—. Pues esta es la primera vez que te veo sonreír de verdad en todo este tiempo.

—No digas tonterías hombre, soy un tipo majo y agradable.

—¡Los cojones! Cuando se trata de ella eres insoportable. En realidad, lo eres siempre. Además de déspota, frío y, a veces, un pelín maleducado.

—No te pases...

—Tengo que aprovechar tu buen humor.

—Capullo.

—¿Sabes? Sea lo que sea, me alegra verte así. Hasta pareces relajado.

—Lo estoy.

Le doy un trago a la copa de brandy.

Y es verdad. Aparte de tranquilo también me siento relajado. De repente me han abandonado las tensiones y las frustraciones. Me siento bien. Contento conmigo mismo y la decisión que tomé.

Sí, fue una buena decisión.

—Por tu cara deduzco que ahí abajo todo va sobre ruedas, ¿me equivoco?

—No.

Oculto otra sonrisa con el borde de la copa.

—No me lo puedo creer... —exclama observándome con atención.

—¿Qué?

—En serio, si no lo veo no lo creo.

—Preston...

—Joder, ¡te gusta! ¡Lo estás disfrutando!

Pues sí, lo hago. No sé cómo. Ni cuándo. Tampoco por qué. Pero hace días que me siento cómodo en el papel de sumiso. Hace días que disfruto de cada segundo que paso encerrado en el sótano con ella. Hace días que me despierto deseando que llegue la hora de ponerme en sus manos. Y no sólo disfruto de las sesiones, sino también de las conversaciones.

Lo sé, estoy perdido.

—¿Si te digo que sí te vas a burlar de mí?

—¿Tú qué crees?

—Entonces te diré que es una mierda y una tortura.

Estalla en carcajadas.

—Ay, James, sé de uno que cuando regrese de su luna de miel se va a quedar alucinado cuando te vea.

—No imagino por qué...

—¿No? —vuelve a reír—. Saliste de Londres renegando de todo y solo. Dispuesto a que nada te afectara. A que nada te importara. A no socializar con nadie. Tachándonos de perversos por practicar el BDSM. Y, ahora, amigo mío, no sólo eres el sumiso de Lady Rebel, sino que vas a participar en la exhibición con ella. Has hecho amigos, entre los que me incluyo. Sí, no pongas esa cara, me considero tu amigo y tú me consideras el tuyo, aunque trates de disimularlo. Incluso te gusta el Libertine. Y ni se te ocurra negar lo

evidente. Ya no eres el cabrón pasota de todo, James.

Tuerzo el gesto.

Visto así, vuelve a tener razón.

Si al final voy a ser un trozo de pan, joder.

Resoplo.

—¿Me equivoco?

—Supongo que no.

Me palmea la espalda con regocijo.

—Así me gusta, que lo reconozcas.

Diviso al fondo del salón a Carmen acompañada de Malena y alguna más que sólo conozco de vista. Nuestras miradas se encuentran y me guiña un ojo. Le devuelvo el gesto.

—¿Qué haces?

—¿Saludar?

—Ni se te ocurra acercarte a ella ni a ninguna otra, James. No cometas el mismo error de la otra vez.

—Cierra el pico, ¿quieres?

Lo dejo rezongando por lo bajo mientras acorto la distancia que me separa de la morena. Noto su mirada en la nuca. Está preocupado por lo que pueda pasar si decidiera hacerle una proposición a la chica. No tiene ni idea de que sólo hay una piedra con la que yo tropiece más de dos veces.

Y no es morena ni española.

—¿Puedo invitarte a una copa?

Le digo apartándola del resto.

—Por supuesto, milord, siempre es un placer beber en su compañía, aparte de otras cosas.

Caminamos hacia la barra y le hago un gesto al camarero para que nos sirva.

—Me gustaría...

—¿Terminar lo que empezamos el otro día? —me interrumpe, coqueta.

—... No. En realidad, quería pedirte disculpas por cómo me marché de la habitación.

—Ya. ¿Hice algo que te disgustó?

—No fue por ti, Carmen, sino por mí.

—Parecías tan dispuesto a...

—Lo siento. No era mi intención dejarte a medias cuando te pedí que me acompañaras arriba.

—¿Puedo saber qué ocurrió para que cambiaras de opinión?

—Dejémoslo en que no me encontraba bien.

—¿Seguro que no tuvo nada que ver con la mujer que nos miraba desde la planta de arriba?

—¿Por qué crees eso?

Indago bebiendo un buen trago de la copa.

—Me di cuenta de cómo la mirabas antes de entrar en la habitación. Parecías desafiarla... Quince minutos después te esfumaste.

Podría decirle que toda mi vida gira en torno a esa mujer, aunque no quiera.

Demasiado patético.

—Lo siento, espero que puedas perdonarme.

—Te perdono.

—Gracias.

Nos bebemos la copa hablando de trivialidades y me despido de ella.

Antes de salir del club, veo que Preston respira aliviado.

Le guiño el ojo, divertido, y me marchó.

Me quedo dormido en cuanto apoyo la cabeza en la almohada. Es lo que tiene pasar varias horas realizando proezas sexuales. Que estoy hecho polvo. Bueno, yo no las realizo. Me limito a disfrutarlas, nada más. Hay quien pueda pensar que soy un tipo con suerte. No lo soy. Sí, pierdo la cuenta de las veces que llego a correrme al día. Cada orgasmo mejor que el anterior. No obstante, mi cuerpo no está saciado del todo. No lo estará nunca mientras no la posea a ella. Y a eso es algo a lo que no estoy dispuesto a sucumbir. Por muy tentado que esté y lo mucho que la desee.

Salgo de casa temprano. Dispuesto a iniciar mi ritual diario en la playa. La brisa del mar me golpea la cara con ganas. Es fría y salada. Me encanta. Cargo los pulmones de ella. Ahogo un bostezo y me preparo para hacer unos estiramientos antes de empezar con el entrenamiento. Cambio la lista de reproducción de Spotify. Hoy me apetece algo más cañero. Por ejemplo, Rock del bueno. Del que te llena de vitalidad.

—¿Te importa que me una a ti?

Me giro sobresaltado al oír su voz.

Caitlin está justo detrás de mí. Ataviada con unos mini pantalones de deporte y camiseta. Ambas prendas de color fucsia fosforescente. Todo ello adherido a su cuerpo como una segunda piel. El pelo recogido en una perfecta cola de caballo. Su cara limpia de maquillaje. Sus ojos aún están

algo hinchados tras las horas de sueño. Y su boca dibujando una sonrisa deslumbrante.

¡Preciosa!

Mi polla despierta de su letargo mañanero al contemplar la imagen.

¡Puta maldición la mía, joder!

—¿No tienes un gimnasio en tu santuario? —pregunto más borde de lo que pretendo.

—Sí, pero últimamente pasamos demasiadas horas allí encerrados. Necesitaba hacer algo al aire libre y, como, te veo desde mi ventana cada mañana hacer ejercicio aquí en la playa, pues... Volveré dentro si...

—No me incomodas, Caitlin.

—¿Seguro?

«Hombre, no es agradable correr con la polla más dura que una roca, pero...».

—Sí.

Quince minutos después empiezo a arrepentirme de haberle dicho que sí.

No entiendo cómo puede excitarme tanto verla trotar a mi lado. Ver cómo el sudor se va formando en ciertas partes de su anatomía. Cómo resbala por esa piel suave y aterciopelada hasta perderse en la separación de sus tetas. Esa respiración que se va agitando poco a poco y que casi me hace jadear. Casi. Consigo controlarme en el último momento.

«¡Por los pelos no me dejo en evidencia!».

«¡Esto sí que es una puta tortura, joder!».

Podría cerrar los ojos para no verla. Si lo hiciera correría el riesgo de darme la hostia del siglo. No sé correr a ciegas. Por eso me obligo a mirar al frente. «Respira hondo, Adrien, respira, tú puedes». Poder claro que puedo, pero no sirve de nada. Apenas me entra aire en los pulmones... Empiezo a pensar que mi sino es morir de un puñetero infarto por culpa de esta mujer.

Tiempo al tiempo.

Siguiendo mi ritual, llega el momento de zambullirme en el agua. Sólo me quito la camiseta porque...

—¿Hoy no nadas desnudo?

Su retintín me molesta.

Me está provocando.

Trago saliva.

«¿Desnudo? ¿Teniendo la polla más tiesa que una momia? ¡Ni de coña!».

—Sólo nado desnudo cuando estoy solo.

—Mentiroso. Siempre lo haces, incluso en la piscina de Clover House. Sobre todo, por las noches. ¿Recuerdas lo bien que nos lo pasábamos?

Me gustaría decirle que no. Que no recuerdo absolutamente nada del pasado. Que estoy amnésico perdido.

Estaría mintiendo, claro. Y ella lo sabría.

Mis ojos se convierten en una ranura muy pequeña cuando la veo quitarse la ropa.

—¿Qué estás haciendo, Caitlin?

Creo que mi voz ha sonado demasiado ronca para mi gusto.

—¿Desnudarme?

—¿Por qué?

—Porque al igual que a ti me gusta nadar completamente desnuda.

—No lo hagas—ruego a media voz.

—¿A qué tienes miedo, James?

«A morir de ese puto infarto, joder».

—Podrían verte y...

—Tú lo haces cada día. ¿Por qué no puedo hacerlo yo? Claro que si me dices que es porque tienes miedo a no poder contenerte...

—Déjalo, ¿quieres?

—Cobarde.

—Caitlin...

Desliza el pantaloncito de los cojones por las piernas y me lo tira a la cara.

—Te propongo un juego. ¿Ves la roca allí que sobresale del agua? —asiento—. Si la tocas antes que yo, seré tu sumisa durante toda la mañana. Podrás hacerme lo que quieras.

El corazón me late desenfrenado.

Pum. Pum.

Pum. Pum.

Pum. Pum.

«No entres en su juego».

—¿Lo que quiera?

—Lo que quieras.

La sangre me burbujea en las venas sólo de pensar en ello.

—Eso te gustaría, ¿verdad? —murmuro acercándome a ella—. Estar completamente a mi merced. Que te atara a la cama o a esa maldita cruz. Que

acariciara tu cuerpo hasta que saliera fuego de cada poro de tu piel—acaricio uno de sus brazos con lentitud—. Que lamiera cada parte de ti. Que mi lengua te saboreara..., y que luego me hundiera en ti hasta hacerte perder la razón. Follándote como sólo yo puedo hacerlo...—le susurro al oído—. ¿Es eso lo que quieres, Caitlin?

Nuestras miradas se enredan.

Sus ojos brillan de deseo.

Su respiración sale a trompicones entre sus labios semiabiertos.

—¿Es eso lo que quieres, Caitlin? —vuelvo a susurrar.

—Sí—jadea.

Sonrío de medio lado.

—Paso—exclamo sobre sus labios.

Me mira perpleja.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

—No te creo, Adrien, me deseas tanto como yo a ti, joder.

—¿Estás segura?

Sin que me lo espere me estruja la polla que, evidentemente, sigue dura.

—¿Tú qué crees?

Suelto una carcajada.

—Tienes razón. Te deseo. Nunca he dejado de hacerlo.

—¿Entonces?

—Entonces nada.

—Eres un maldito cobarde.

Me encojo de hombros.

—Eso parece.

—Adrien James...

—Me marchó, tengo que prepararme para complacer a mi Ama. Es muy exigente, ¿sabes?

Le guiño un ojo y me alejo silbando.

«Joder, ¡qué bien me siento!».

Cuando dije que no estaba dispuesto a sucumbir a ese deseo, iba en serio.

Por mucho que me duelan las pelotas ahora, creo que he hecho lo correcto.

Ceder a su provocación sería darle una victoria más sobre mí.

Ya tiene demasiadas.

CAPÍTULO 30



Arqueo la espalda hacia atrás.

Gimo.

Tiro de los agarres... ¡Joder!

Estoy sujeto por las muñecas a unas cintas de cuero que penden de una de las vigas del techo. Completamente desnudo. La respiración alterada y las entrañas ardiendo. Arrodillada a mis pies, ella. Lamiéndome las pelotas con dedicación. Su mano derecha ascendiendo y descendiendo por el tronco de mi polla, dura. La izquierda retorciendo uno de sus pezones con saña. Su mirada me tiene hipnotizado. Perdido. Entregado... Sus ojos refulgen velados de deseo. Supongo que los míos estarán haciendo chiribitas. Como mínimo. ¡Dios! Abro la boca ahogando un par de exabruptos.

La muy puñetera no deja que me corra. Es su venganza por haberla dejado con las ganas ayer en la playa. Me tortura desde entonces. A este paso creo que hoy también voy a tener que desahogarme con mi mano en la intimidad de mi habitación.

«¡Maldita sea mi estampa!».

Se pone en pie.

Su mano aún me aprieta con fuerza.

Sonríe.

—Mírate, estás espectacular, Adrien.

Se inclina y lame el sudor alrededor de mi ombligo.

—Mmm... —ronronea—. Delicioso.

Sube hacia el estómago, dibujando círculos húmedos con la lengua. Luego al esternón y las tetillas. Me muerde los pezones con rabia. Primero uno y después el otro. Cierro los ojos y aprieto los dientes.

¡Joder! Se me eriza el vello de la nuca cuando su boca llega al cuello y pasa a la mandíbula. Se detiene en la comisura de mis labios.

—¿Sabes lo que deseo, Adrien? Que pruebes tu sabor en mí—me susurra al oído.

Gruño.

En todo este tiempo compartiendo con ella sesiones sexuales, jamás nos hemos besado. Se ha acercado a mi boca infinidad de veces. Tanteándome. Provocándome... En todas ellas he pasado ganas de enredar nuestras lenguas. Sin lograrlo. Algo tan simple como un beso y a la vez tan íntimo... Echo de menos mezclar nuestras salivas y beberme sus jadeos. Su boca siempre fue mi perdición.

Y ella lo sabe.

—Tu sabor es salado y picante... ¿Quieres probarlo?

Me mira intensamente a la vez que resigue el contorno de mis labios con la lengua.

Contengo la respiración.

—¿Quieres, Adrien?

—Sí, Ama—gimoteo como un niño pequeño.

Sonríe con malicia.

—Paso.

Se aleja con mis ojos clavados en su espalda.

«¡Arpía!».

Se acerca a la cómoda de madera y abre un cajón. De él extrae el consolador que usó aquella vez para masturbarse delante de mí. No me gusta un pelo el brillo de su mirada al volver a acercarse.

Me tenso.

—Ni se te ocurra utilizar eso conmigo—bramo.

—Tienes un culo precioso.

—Caitlin...

—¿No ibas a llamarme Ama?

—No juegues con eso. Mi puerta de atrás está vetada. Lo digo en serio.

—Podría sorprenderte que...

—Nada de sorpresas. ¿Estamos?

Presiona el botón del extremo y el cacharro rota.

—Me cago en la puta, Caitlin. no estoy bromeando.

—Tranquilo, grandullón. No haré nada que no disfrutes. Lo prometo.

—Gritaré la palabra de seguridad...

—Confía en mí, Adrien.

Se arrodilla de nuevo. Un cosquilleo recorre mi espina dorsal al sentir el chisme rotar sobre mi piel. «¡Ay Dios!».

«¿Qué cojones ha sido eso?».

Miro hacia abajo y me enciendo. La polla de goma recorre mis piernas guiada por su mano hasta la parte interna de mis muslos. La mía me rebota impaciente

contra el vientre. «¿En serio?». Las pelotas se me contraen con la vibración. «¡La hostia!». Millones de diminutas hormigas se concentran en el glande. Justo donde está la cabeza del aparato enviando pequeñas descargas a mi interior. La vista se me nubla y creo que hasta me babo. La sensación es... «¡Madre mía! ¡Madre mía!». Ahogo una exclamación. Al principio jadeo con la boca pequeña. Después de varios minutos posada ahí, me retuerzo y gimo sin control. «¡Quiero correrme, joder!». En serio. Es frustrante. Lo necesito como el respirar. Sobre todo, cuando presiona otra vez el botón y aumenta la intensidad de la rotación. El estómago se me contrae. Los pulmones se me colapsan. De mi boca escapan ruidos inconexos. Ni siquiera creo que lleguen a ser palabras. Cabeceo. Gimoteo. Ruego...

—Por favor, Caitlin, me estás matando.

—¿Quieres correrte, Adrien?

—Joder, sabes que sí.

La vibración cesa de repente.

Maldigo entre dientes.

«¡No puedo creer que vuelva a dejarme con las ganas!».

—Lo siento, la sesión ha terminado por hoy. Tal vez mañana.

«¡Maldita rencorosa!».

Si pudiera la estrangularía.

Resoplo con fuerza.

Sonríe mientras me desata.

Odio esa sonrisa.

—¿Te tomas una copa conmigo?

La miro como si le hubiese salido otra cabeza.

—Ni de coña—mascullo.

—¿Por qué?

—Porque voy a ocuparme de terminar lo que tú has empezado. Voy a meneármela hasta que se me caiga la mano, joder.

—Exagerado.

—Caitlin... No hay ni una sola gota de sangre en todo mi cuerpo que no esté concentrada aquí—me cojo la polla con rabia—. Me duelen las putas pelotas por tu culpa. ¿Sabes lo que es eso? Claro que no, qué vas a saber...

—Por supuesto que lo sé. No que me duelan las pelotas porque no las tengo, pero sí otras partes de mi cuerpo. Esas sensaciones que tú tienes ahora... esa impotencia... y la frustración, las siento yo cada día cuando sales por esa maldita puerta.

«¿Qué?!».

—No lo dices en serio—susurro.

—Te lo juro por lo más sagrado, Adrien. Me muero por sentirte dentro de mí. Me muero por tus caricias y por tus besos. Me muero porque vuelvas a mirarme como lo hacías...

Rechino los dientes.

—No.

—Sí. Y si fueras sincero contigo mismo reconocerías que tú también te mueres por lo mismo.

Cierro los ojos e inspiro.

—¿Puedo irme, Ama?

—Claro que sí, maldito cobarde. Vete a restregar la polla con la mano mientras piensas en mí y en todas las cosas que te he hecho hoy.

—¿Sabes? Tal vez baje al club y la restriegue con la primera fémica disponible...

Me fulmina con la mirada.

—Lárgate.

Obedezco al instante.

No hago ninguna de las dos cosas. Ni me la meneo pensando en ella, ni bajo a buscar una fulana al club. Eso sólo lo dije para hacerle daño. Aunque ahora sea yo el que se sienta como una auténtica mierda, claro. Estoy cabreado. Mucho. Con ella.

Y conmigo. Con ella por provocarme y pretender que me meta entre sus piernas. Conmigo porque estoy a un paso de ceder y hacerlo. La tentación es demasiado grande.

La deseo tanto joder... Tanto...

Suspiro y me tumbo en la cama. La vista clavada en el techo y los brazos detrás de la cabeza. Sólo tengo que aguantar un poco más y podré volver a poner distancia entre nosotros. Entonces todo habrá pasado y regresaré a mi vida.

A mi mísera vida.

«¿Te has parado a pensar lo diferente que es esa mísera vida ahora? ¿De verdad quieres volver a ella?».

¡Putita voz de la conciencia!

Tiene razón. En cuestión de apenas dos meses mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados. Ahora hago cosas que jamás imaginé hacer. Puedo conversar con Caitlin, incluso reír. Algo impensable hace un tiempo. Por no

hablar del puñetero BDSM. Cada día me gusta más esa mierda, joder. ¿Y Preston? Cada vez que recuerdo la animadversión que le tenía..., y ahora se ha convertido en mi mejor amigo. No sé qué hubiera sido de mí sin él aquí, la verdad. También están Javier y Pablo. Y el Libertine... Mierda, esa maldita voz de mi cabeza siempre hace lo mismo. Al igual que Preston sabe qué tecla tocar para hacerme dudar.

«¿De verdad quiero dejar atrás todo esto? ¿Cuánto tiempo hacía que no me sentía así de vivo?».

Demasiado.

Si tan sólo fuera deseo lo que siento por ella...

Me sobresaltan un par de golpes contundentes en la puerta.

«¿Qué demonios...?».

Me levanto de mala hostia por la interrupción de mis pensamientos y la forma brusca de golpear mi puerta.

Es Preston. Y tiene cara de malas pulgas.

—¿Qué cojones quieres? Son casi las dos de la madrugada.

—¿Dónde tienes el puto teléfono?

Entra sin ser invitado.

—Y yo qué sé. Estará por ahí...

—Theodore ha estado tratando de ponerse en contacto contigo desde hace horas.

—Si eso fuera cierto habría escuchado el sonido del teléfono y no ha sido así. Habrá marcado mal.

—Están buscando un vuelo para regresar cuanto antes.

—¿Qué? ¿No se supone que llegaban la semana que viene?

—Sí. Resulta que Luis ha presentado su carta de renuncia en el Lust y le ha dado a Rebeca quince días para que alguien ocupe su lugar.

—No me lo puedo creer... ¿Y no podía haber esperado a que regresara de su luna de miel?

—Por lo visto no. Está desesperado y no aguanta más.

Se encoge de hombros.

—¡Mierda!

—Tu hermano, al ver que tras su insistencia ni respondías ni devolvías la llamada, se preocupó. Por eso estoy aquí, comprobando que te encuentras perfectamente. Porque te encuentras bien, ¿verdad? —me mira suspicaz.

—De puta madre.

—Ya. Bueno, ya te he dado el aviso, me bajo al club. ¿Te animas?

—Paso.

Mira al techo y menea la cabeza.

—¿Qué?

—Nada.

—Preston...

—Hacía tiempo que no escuchaba esa escueta respuesta, eso es todo. No sé por qué, pero parece haber dado un paso atrás. Tengo la sensación de que estás a la defensiva.

«¿A la defensiva? Lo que estoy es frustrado en todos los sentidos, joder».

—No lo estoy.

—Vale. Te veo mañana.

—Perfecto.

Cierro la puerta y me quedo pensativo. Menuda putada lo de Luis. Aunque lo entiendo. Imagino perfectamente por lo que estará pasando el pobre hombre.

Suspiro.

Y luego dicen que los hombres no sufrimos por amor...

«¡Y una mierda que no!».

Recorro la habitación buscando el teléfono. No lo encuentro. Entonces recuerdo que al mediodía lo utilicé en el sótano. Fue para comprobar que había recibido un correo importante. Lo dejé sobre la mesita de café, en la salita pequeña, cuando regresó Caitlin de darse una ducha tras una de las sesiones.

Me pongo unos vaqueros y una camiseta. Cojo la llave de encima del escritorio y bajo a buscarlo.

Me cosquillea el estómago al entrar en la habitación de los horrores y encender la luz. Darme cuenta de que voy a echar de menos cada minuto pasado aquí, me asusta. Ya no tengo remedio...

Voy hacia la salita. La puerta está entreabierta y el interior a oscuras. Entro sin encender la luz. No la necesito. Contengo un exabrupto al acercarme y darme cuenta de que no estoy solo. Oigo a la perfección otra respiración aparte de la mía. Me inclino hacia el sofá y enfoco la vista.

—¿Caitlin?

—¿Sí?

—¿Qué haces aquí? —indago buscando el interruptor de la lámpara de pie.

Está sentada con las piernas encogidas hacia su pecho. En la mano lleva una copa a medio beber. El tirante de un vestido de noche caído sobre uno de sus hombros. Despeinada...

—¿Te encuentras bien?

—¿Eh?

Resoplo.

—Caitlin...

—¿Sí?

Su sonrisa es bobalicona.

—¿Estás borracha?

—Bastante.

Vuelvo a resoplar. Esta vez con más fuerza.

—Esta noche he ido al Lust—la lengua se le traba al hablar—. Quería conocer el club de mi amiga Rebeca y pasármelo bien.

No esperaba esa respuesta. Tampoco mi reacción a ésta.

—¿Has ido sola?

—Estaba cabreada porque no quisiste tomar una copa conmigo. Llevo perdida la cuenta de las veces que me has rechazado esta semana y quería olvidarte.

La última palabra la alarga varios segundos.

—¿Y lo hiciste?

—Nah.

—¿Y por eso has bebido?

—En ese tipo de clubes o follas o bebes. Yo elegí la segunda opción.

Respiro aliviado.

«Lo sé, soy gilipollas».

—¿Por qué?

Suelta una carcajada sardónica.

—Porque soy patética...

«Bienvenida al club, pequeña».

—... Resulta que soy una de las mejores dominatrix de Europa. Soy... Soy buenísima haciendo que mis sumisos se corran y sientan el mayor de los placeres en cada sesión. Estarían encantados de que además los dejara penetrarme con sus pollas. No puedo hacerlo, aunque me lo proponga. Y todo por tu culpa—me mira con intensidad—. Me pongo furiosa y me hierve la sangre cada vez que pienso en todas las mujeres que te habrás tirado tú en los últimos tres años mientras yo he sido incapaz de hacerlo con nadie. Eres el

único que ha entrado en mi cuerpo, Adrien, y parece haberte quedado ahí para siempre. Cada vez que me dices no, cada vez que me restriegas en la cara a otras mujeres, me dan ganas de arrancarte de ahí dentro y matarte con mis propias manos. Me haces tanto daño...

Cada una de sus palabras son como un puñetazo en el estómago. Si tan intensos son sus sentimientos por mí, ¿por qué cojones se comprometió con mi hermano? ¿Por qué me trató como lo hizo? ¿Por qué...?

Cierro los ojos e inspiro y espiro con fuerza.

No quiero regodearme en su dolor.

—No te rechazo para hacerte daño, Caitlin, lo hago para protegerme a mí mismo.

Silencio.

—¿Caitlin?

Su respiración es tranquila y acompasada.

Se ha quedado profundamente dormida.

La recuesto en el sofá y cubro su cuerpo con una manta que hay sobre el respaldo.

Si ella sufre por mí y yo sufro por ella...

¿Qué cojones estamos haciendo con nuestras vidas?

CAPÍTULO 31



Recuerdo como si fuera ayer la primera vez que Caitlin y yo hicimos el amor. Fue en el invernadero. Poco después de aquel primer beso, también en el mismo lugar. Por eso ese armazón de metal y cristal es mi lugar favorito en el mundo.

No porque sea horticultor, floricultor, ni nada por el estilo, sino porque todas las primeras veces con ella se dieron ahí. En aquel rincón tan especial para ambos.

Era la noche de navidad y todos se habían acostado tras abrir los regalos. Afuera nevaba copiosamente. Llevaba haciéndolo todo el día. Como resultado, toda la campiña inglesa estaba cubierta por un precioso manto blanco. Inmaculado. Resplandeciente. Cogí una botella de champán del frigorífico de la nevera y me dirigí al jardín, al invernadero. Abrí la puerta y me quedé paralizado al escuchar la melodía de una música relajante. Bonita. Aun así, me molestó. «¿Quién demonios osaba ocupar mi rincón sin mi permiso?».

Cierto que era de todos, no sólo mío. Pero hasta el momento era el único que disfrutaba de aquello y por eso me cabree un poco. Quien quiera que fuese, acababa de fastidiarme el plan. Que no era otro que beber en compañía de los algodonosos copos de nieve que se deslizaban por el cristal. Me adentré con intención de mandar al carajo al ocupa.

En cambio, me quedé embobado y sin palabras cuando llegué a la parte de atrás. Había un montón de velas esparcidas por el suelo y alguno de los estantes. Cuidadosamente metidas dentro de tarros de cristal y de diferentes colores.

Pétalos de rosa rodeaban en el suelo lo que parecían unos cojines grandes forrados con telas brillantes. Pero lo más espectacular de todo, era ella.

De espaldas a mí. Con su preciosa capa de terciopelo cubriendo ese vestido de satén rojo que me había vuelto loco durante toda la cena. Una descarga eléctrica me recorrió de pies a cabeza. Se giró lentamente,

dejándome hipnotizado. El fulgor de las velas se reflejaba en su pelo. Sus ojos brillaban... Dios, era una imagen espectacular que no olvidaría mientras viviera.

—¿Y esto?

Su sonrisa pícara me dio una ligera pista.

—Nuestra fiesta particular. ¿Te gusta la idea?

—Dios, ¿gustarme? ¿Tú qué crees, pequeña? Ahora entiendo que tuvieras tanta prisa por acostarte y no quisieras tomar la última conmigo.

—¿Te he sorprendido?

—Mucho—dije acercándome a ella.

—Esa era la idea.

Dejé la botella de champán sobre la mesa que había a su lado.

—¿Quieres bailar conmigo? —dijo con voz queda.

Rodeé su cintura con uno de mis brazos y enlacé mi mano a la suya. Apoyó su cabeza en mi hombro y suspiró. Yo rocé su sien con los labios y su delicioso olor inundó mis fosas nasales. Un olor dulce y sexy que hizo que algo se removiera en mi interior. Nada comparado con lo que sentí cuando me rozó la piel del cuello con la lengua. Creo que fue la primera vez que me temblaron hasta las piernas. Dibujó un sendero húmedo hasta llegar a mis labios.

—Quiero que me hagas el amor, Adrien. Esta noche. Ahora—susurró contra estos.

Jadeé.

—Esto podría cambiarlo todo entre nosotros, Caitlin. ¿Estás segura?

—¿No me deseas?

—Compruébalo tú misma.

Llevé su mano a la bragueta de mi pantalón.

Sus ojos se agrandaron complacidos.

—¿Entonces?

—Eres demasiado importante para mí como para estropearlo todo acostándonos, Caitlin. No eres cualquier chica. Eres tú y estoy loco por ti desde que tengo uso de razón. Lo sabes.

—Yo también siento lo mismo. Te quiero, Adrien.

Esas fueron las palabras mágicas que me hicieron perder la razón.

La besé como si fuera un muerto de hambre frente a un bufé lleno de delicatessen. Acaricié cada parte de su cuerpo. Encendí cada poro de su piel. Saboreé cada recoveco de ella. Saciándome de su sabor. De su olor.

Impregnándome de cada jadeo o ruidito que escapaba de sus labios. Pronunciando su nombre en cada exhalación. Me ardió la piel con cada uno de sus besos. Me burbujeó la sangre con sus caricias temblorosas.

Y cuando me coloqué entre sus piernas y empujé notando la barrera de su virginidad, me paralicé.

—Caitlin... —murmuré.

Su mirada intensa me lo dijo todo.

—Tenías que ser tú, grandullón. Nadie más, sólo tú.

La besé tiernamente y asentí. Más enamorado de ella, si cabía, por aquel regalo inesperado.

Le hice el amor con toda la tranquilidad del mundo. Con delicadeza. Esperando con cada roce a que se acostumbrara a mí. A tenerme invadiendo su interior. La amé con ternura y dedicación. La amé como si no hubiera un mañana.

La hice mía.

Y ella me hizo suyo.

Después de esa vez, hubo más. A veces encuentros esporádicos. Otras nos amábamos durante días. No fue hasta hace poco más de cuatro años que decidimos que queríamos algo más. Era una soberana tontería seguir perdiendo el tiempo cuando lo que queríamos era estar juntos. Algo más de un año después de comenzar la relación, todo se fue al traste. Ella aceptó casarse con mi hermano y yo me quedé compuesto y sin novia.

Sin explicaciones...

Sin nada.

Fui el primero...

Y ahora, después de todo lo sucedido entre nosotros, la otra noche me entero de que he sido el único. El único en poseerla.

El único al que ha sido otorgado ese privilegio. Golpearme el pecho cual Tarzán de la selva sería la prueba de que soy un cavernícola. Pero que me maten si no es así como me siento. Eufórico. Pletórico... No ha habido nadie más...

Sólo yo.

No sé si reír o llorar.

Tampoco sé qué hacer.

O puede que sí.

«Mandarlo todo a la puta mierda es una buena opción», me digo bajando las escaleras de tres en tres.

Entro en la habitación del sótano, enciendo la luz y cierro la puerta. No me quito la ropa. No me coloco en posición sumisa a los pies de la cama. Ni pongo música... No hago nada de lo que se supone que debería hacer.

Estoy harto.

No puedo más.

Ella entra por la puerta a las ocho en punto. Espectacular, como siempre. Se queda pegada al suelo al verme en el centro de la habitación completamente vestido. Nuestros ojos se encuentran. En los suyos hay miedo. En los míos decisión.

Carraspea.

—¿Qué ocurre, Adrien?

No respondo.

Me limito a observarla. Toda ella. De pies a cabeza y de cabeza a pies. La perfección de sus facciones. Es tan bonita... Ojalá no doliera tanto estar tan loco por ella. Ojalá no tuviera esa sensación de convertirme en un pelele cuando estoy a su lado. Ojalá no tuviera ese poder sobre mí...

—¿Adrien?

Me mata cuando esos ojazos se clavan en los míos. Siento que hasta se me encoge el alma con una sola de sus miradas.

Sus labios se mueven sin emitir ningún sonido. Puede que esté suspirando.

O cogiendo aire. No lo sé... Estoy tan embobado contemplándola que no pienso en nada más. El roce de su aliento en mi cara me obliga a prestar atención a sus palabras.

—Sea lo que sea lo que te haya dicho ayer lo siento. No era mi intención molestarte ni hacer que te sintieras mal. Bebí demasiado... no debí hacerlo. Por favor, no me digas que vas a romper el contrato. No me digas que no quieres ni verme... Por favor... Sólo eran las palabras de una persona con demasiado alcohol en las venas, no me lo tengas en cuenta. Sé que soy una bocazas y que siempre la cago, pero...

La beso.

Enredo los dedos en su pelo y la beso.

Sí, la beso con todo ese sentimiento que no soy capaz de eliminar. Con toda esa alma de la que sólo ella es dueña. Con el corazón que me va a dos mil por hora desde que sentí su aliento en la cara.

—Adrien... —gime contra mis labios.

La silencio de nuevo enroscando la lengua con la suya. Deleitándome en

su sabor. En la humedad de su boca.

No quiero palabras.

Ahora no.

Deshago las lazadas de su corpiño mientras la devoro y lo deslizo hacia abajo. Acaricio los pezones duros y turgentes... Los masajeo con los pulgares y aprieto. Dios, la deseo tanto, joder... Me vuelve loco... Sus manos vuelan al bajo de mi camiseta y me la quita con desesperación. Yo arranco lo que queda de corpiño y las malditas medias de red. Se encarama a mi cuerpo y me rodea la cintura con las piernas.

Presionándome la polla con sus vaivenes frenéticos. Camino hasta la pared más próxima y pego su espalda a ésta. Echa la cabeza hacia atrás y lamo su cuello y clavícula. Desciendo y me meto unos de sus pezones en la boca. Lamo. Chupo. Muerdo. Torturándola. Haciéndola contorsionarse desesperada. Su piel arde. Quema... Jadea y gime sin control.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, dios mío! —dice una y otra vez.

Aparto sus minúsculas braguitas a un lado y ensarto dos dedos en su interior. Está empapada. Chorreando de deseo por mí. Los muevo con lentitud por toda la cavidad. La tiene tan resbaladiza... Me relamo pensando en hundir mi boca en ella y se me contrae la polla. ¡Joder! Busco ese punto en su interior que sé que la vuelve loca y lo acaricio con parsimonia.

Llevándola al límite. Sus ojos me miran sin ver. Están nublados por el deseo... La necesidad. Suelto sus caderas para bajarme los pantalones. Ni me molesto en quitármelos del todo. La urgencia de hundirme en ella puede más que cualquier otra cosa. Me masajeo el glande y lo acerco a ese calor que me atrae como la miel a las moscas. Rozo su entrada con él y me balanceo adelante y atrás. Hasta clavarme en ella por completo. Ambos gemimos a la vez. Estar dentro de ella es como tocar el cielo con las manos. Una sensación de plenitud tal que, me resulta difícil de explicar. Es como llegar a casa después de hacer una expedición por la Antártida. Me muevo... Se mueve... Empujo... Empuja... Ralentizo las acometidas... Protesta... Gruñe... Gime...

—Por favor, Adrien...

—¿Qué quieres, pequeña?

—Que me folles de una puta vez.

—Creí que ya lo estaba haciendo...

—Tú ya me entiendes.

Suelto una carcajada.

«Sí, por supuesto que la entiendo».

Por eso apoyo una mano en la pared y la otra en su precioso culo. Para hacer las acometidas más profundas. Más rápidas. Más torturadoras. Me clavo en ella desenfrenado. Una y otra vez. Y otra. Y Otra más. Resollando por el esfuerzo.

Mordiéndome los labios para no gritar como un loco. Perdido en el vaivén de sus tetas. Arriba y abajo. Arriba y abajo. Siento el latigazo en los testículos. Siento cómo me recorre el estómago. Y siento cómo me explota en la polla llevándome al puto firmamento, joder.

Convulsiono sobre su cuerpo con las piernas temblorosas. Aun así, no dejo de moverme dentro de ella hasta que la oigo gritar mi nombre y sollozar. Uno mi frente a la suya y la beso con ternura.

«Ahora sí que estoy perdido».

Horas más tarde, y después de haber follado como posesos, se sienta en la cama y me mira.

—Le pedí a Theodore que me llevara a una reunión de BDSM horas después de haber roto nuestro compromiso. Lo hice porque pensé que te había perdido para siempre. Porque me sentía cabreada y dolida con el mundo. Porque estaba harta de hacer siempre lo que se esperaba de mí. Fue una manera de rebelarme contra todo y todos. Nunca hubo una sesión entre él y yo. En realidad, nunca hubo nada entre él y yo, sólo amistad. Una amistad que creció y se hizo fuerte durante los ocho meses que duró nuestro compromiso. Sé que te hice mucho daño, Adrien. Y también sé que no merezco tu perdón, pero te quiero y haré lo que sea necesario para recuperarte. Sólo necesito que no huyas de mí y que me des tiempo para...

—Has tenido tres años, Caitlin. En estos tres años nunca has vuelto a acercarte a mí. Ni siquiera para pedir perdón o darme una explicación. ¿Por qué debería de concederte más tiempo? ¿No crees que ya ha sido suficiente? ¿Que ya nos hemos hecho demasiado daño?

—Sentía tanta vergüenza que no podía mirarte a la cara. No me atrevía. Y, cuando por fin reuní el valor de hacerlo, me di cuenta de que era demasiado tarde. Ya te había perdido...

—¿Y cómo estás tan segura de eso?

—Porque vi con mis propios ojos en lo que te habías convertido. Te alejaste de tu familia. Te volviste frío e indiferente con todos. Apartaste a Theodore de tu lado cuando eráis uña y carne. Prácticamente renegaste del apellido James...

Bufo furioso.

—El apellido James y todo lo que conlleva: reglas y obligaciones arcaicas, me quitó lo que más quería. ¿No te dio por pensar que, al igual que tú, esa era mi manera de rebelarme contra todo? ¿Que la puta primogenitura de Theo, y la tuya, me destrozaron?

—Por favor, no te cabrees.

—Pides demasiado cuando se trata de hablar de lo que ocurrió. Suéltame.

—No, no voy a hacerlo. No hasta que te calmes. Mi intención es terminar esta conversación y no podré hacerlo si te sulfuras y gritas.

—¿Adónde cojones vas?

—A darme una ducha.

—¡Suéltame, joder!

Su respuesta es encerrarse en el cuarto de baño.

Resoplo y dejo caer la cabeza hacia atrás. Si pudiera moverme me largaría. Pero estoy sujeto de brazos y piernas a unas barras de esas separadoras con las que hemos estado jugando. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Y más mierda!

«¿Cómo no voy a cabrearme si no entiendo nada de nada?».

Me alivia saber que entre mi hermano y ella nunca hubo nada. De verdad que sí. Saberlo es como quitarme una puñetera losa de hormigón de encima. Aun así, sigue doliendo su traición. Mucho. Muchísimo.

«¿Algún día podré volver la vista atrás sin que duela?».

Escucho que la puerta se abre y grito.

—¡Maldita sea, Caitlin, mueve tu culo hasta aquí y suéltame!

Silencio.

—¿Me has oído, Caitlin?

—¡Qué me aspen!

Esa voz...

Alzo la cabeza.

«Trágame tierra».

Carcajadas.

Carcajadas.

Y más carcajadas.

—Bonita estampa, hermano.

—Que te den, Theodore.

—A ti sí que parece que te han dado, sí.

Joder, ¿puede haber algo más humillante, que tu propio hermano te vea en esta tesitura?

«¡Me cago en mi puta estampa una y mil veces!».

CAPÍTULO 32



Me ducho y me visto para bajar al club, donde he quedado con mi hermano. Cada vez que pienso en cómo me encontró hace unas horas... buff. Creo que jamás había pasado tanta vergüenza en mi vida. No porque me viera en pelotas, sino por la postura y la situación. Y, sobre todo, después de haberme burlado de él cuando supe que le iba el BDSM. Me siento igual que si hubiera lanzado al aire un escupitajo y éste me hubiera caído en la boca. Sí, en toda la boca. ¡Zas!

Por otro lado, tengo que agradecer su aparición. Si no hubiera sido por su presencia inesperada en la habitación de los horrores, a estas horas aún estaría con la puñetera conversación de Caitlin. No es que no esté interesado en el tema. Por supuesto que lo estoy, joder. Lo que pasa es que, ha pasado tanto tiempo, que no sé hasta qué punto merece la pena hablar de ello ahora. «No seas hipócrita, tío, te mueres por saber por qué, si tanto te quería, aceptó casarse con Theodore. Y también por qué nunca te dio una explicación ni te pidió perdón si tan arrepentida estaba». Pues sí, es cierto. Y ella está tan dispuesta a hablar de ello... Y yo tengo tanto miedo a saber lo que pasó... Me resulta todo tan raro...

Pasé ocho putos meses lamentando mi mala suerte. Ocho meses convenciéndome de que ella era una zorra sin escrúpulos y una manipuladora. Ocho meses maldiciendo a mi hermano simplemente por el hecho de haber sido el primero en nacer. Ocho meses autodestruyéndome.

Envenenándome, pensando en los dos juntos... Y resulta que nunca hubo nada entre ellos... ¿Qué los llevó entonces a aceptar ese compromiso? Y lo más importante: ¿Qué fue lo que provocó que lo rompieran?

Hasta donde sabía, fue mi hermano el que tomó la decisión. Al menos fue él quien habló con los padres de ambos... Joder, hay tantas cosas que no entiendo... «Habla con ella de una puñetera vez y termina con todo esto. Ya va siendo hora, Adrien».

Lo haré mañana.

Ahora tengo que enfrentarme a las burlas de mi querido hermano.

Salgo de la habitación y bajo las escaleras. Preston no está al pie de éstas esperándome. Claro, como ya ha vuelto mi hermano... «No seas gilipollas, últimamente bajas poco al club y él ya nunca te espera». Cierto. Ni que estuviera celoso para pensar eso, joder. Qué patético puedo resultar a veces... Tuerzo el gesto al verlos a los dos juntos en la barra. Con sendas copas de brandy en las manos y riéndose por algo. O mejor dicho de alguien. «Seguro que de mí». Respiro hondo, varias veces, y voy hacia ellos con decisión.

Ambos me miran.

Ambos sonrían.

Hablaban de mí fijo.

—¿Qué? —espeto al llegar junto a ellos.

—Parece que alguien viene a la defensiva.

—Preston... —advierdo.

—Eh, tranquilo, no he sido yo el que te ha visto atado de pies y manos a unas barras separadoras.

Pongo los ojos en blanco.

—No tienes de qué avergonzarte, Adrien. Todos hemos pasado por eso alguna vez.

Theo me guiña un ojo.

—No me avergüenzo. De hecho, creo que el que se quedó sin palabras fuiste tú.

—Tienes razón. Estaba demasiado ocupado riéndome como para pronunciar palabra alguna.

—Payaso—murmuro entre dientes.

Se ríen con ganas.

«¡Cabrones!».

Pido una copa, también de brandy, y le doy un buen trago.

—Así que eres el nuevo sumiso de Lady Rebel, ¿eh? Interesante...

—Ya veo que la cotorra de tu amigo no ha tardado en ponerte al día.

Fulmino a Preston con la mirada.

—Tenía que hacerlo. El pobre estaba tan impresionado por lo que acababa de ver que temí que le diera una apoplejía.

—Claro. Ahora eres el buen samaritano...

Carcajadas.

Vuelvo a beber.

—¿Y cómo lo llevas? ¿Lady Rebel te trata bien?

Desvío la mirada de mi hermano a Preston.

—Creí que el metomentodo de tu amigo ya te lo había contado todo.

—No. Sólo me dijo que eras el nuevo sumiso de Lady Rebel porque Dimitri había tenido un accidente o algo así. ¿Cómo fue? ¿Ella te lo propuso sin más, o te ofreciste tú?

—¡Y una mierda me iba a ofrecer...!

—No me pareció que estuvieras muy a disgusto hace un rato.

—Supongo que uno llega a acostumbrarse, ¿no?

—O a engancharse. Ya sabes, volverse adicto y todo eso—se burla.

—¿Y mi querida cuñada? —indago tratando de desviar la conversación.
Resopla.

—En el Lust. La dejé allí viniendo del aeropuerto. Quería hablar con Luis esta misma noche.

—¿Tratará de convencerlo para que se quede?

—Supongo que sí. Aunque dudo que lo consiga. Es un tema peliagudo.

—Y tanto...

—El amor es una mierda.

Mi hermano y yo miramos a Preston.

—Y lo dices tú que aseguras no haberte enamorado nunca—le dice Theo.

—Y a Dios pongo por testigo de que nunca lo haré.

—Ten cuidado con lo que escupes—digo—, te puede caer en la boca.

—¿Lo dices por experiencia?

—Sí.

Se ríe con guasa.

—¿Sabes? Espero que ese Dios al que nombras me dé la oportunidad de devolvarte tanta risita.

—Lo dudo mucho—exclama convencido palmeándome la espalda—. ¿Y tú por qué sonríes? —le pregunta a mi hermano.

—Porque, teniendo en cuenta que no os soportabais, me hace gracia veros con tanta camaradería.

—Tu hermano y yo hemos limado asperezas. ¿Verdad, James?

—Qué remedio...

—Pues me alegra que lo hayáis hecho.

—¿Y eso por qué?

—Porque los dos sois muy importantes para mí, Adrien. Tú eres mi hermano y él mi mejor amigo. Me siento culpable de ese mal rollo que había entre vosotros. Lo que me recuerda que, tú y yo, querido hermano, tenemos

una conversación pendiente. Va siendo hora de que nosotros también limemos asperezas, ¿no te parece?

Tiene razón. Y si estoy dispuesto a terminar la conversación con Caitlin sobre lo que sucedió, y pasar página de una vez, o lo que sea, también debería de tenerla con mi hermano. Al fin y al cabo, los tres formamos parte de ese triángulo amoroso que me destrozó la vida. Aunque ahora sé que entre ellos no había amor, lo justo es hablar con los dos.

—Sí—respondo—, me parece.

Asiente complacido y los tres bebemos.

—¿Te ha dicho Preston los planes que tiene para Luis en el caso de que Rebeca no pueda convencerlo para que se quede? —indago.

—¿Tienes planes para Luis?

—Es un buen tío y me cae bien. Por eso había pensado en que tú lo contrataras y, si él quiere, enviarlo a Londres para alejarlo un poco de su historia con Mila.

—Yo había pensado en lo mismo, aunque ahora no sé si será buena idea.

—¿Y eso?

—Porque cuando Alison dé a luz necesitaré allí a alguien con más experiencia. Alguien como tú, Preston.

—¿Qué cojones has dicho? —mascullo mirando a mi hermano.

—Que necesitaré a Preston...

—No, antes de eso.

—Joder, Adrien, no me digas que no sabías que Alison está embarazada —niego con la cabeza—. ¿Cuánto tiempo hace que no hablas con la familia? —inquire.

—Pues desde que salí de Clover House dirección al aeropuerto para venir aquí.

—¿En serio? —asiento—. Pues debería de darte vergüenza llevar casi dos meses sin hablar con tus padres ni con tus hermanas.

—He estado demasiado ocupado...

—No me jodas, Adrien, nunca se está demasiado ocupado cuando se trata de la familia.

De nuevo tiene razón. Pero no sería la oveja negra o la descarriada si llamara para interesarme por ellos cada dos por tres, ¿no?

—¿Quién es el padre?

—Y yo qué cojones sé. El día que me llamó para decírmelo me quedé tan sorprendido que apenas atiné a hacerle ninguna pregunta. Sólo si se

encontraba bien y si había ido al médico.

—¿Y?

—Está perfectamente.

—¿De cuánto está? ¿Tiene pensado casarse?

Bufa.

—Llámalas y pregúntale, joder.

—Mataré a ese hijo de puta cuando lo conozca por dejar embarazada a mi hermana pequeña.

—No seas troglodita. Tu hermana pequeña tiene veintisiete años. Los suficientes para saber cómo se fabrica un bebé y cómo se puede evitar dicha fabricación, ¿no crees?

—Es igual. Lo mataré.

Preston silba a nuestro lado.

—¡Qué!

Bramamos mi hermano y yo a la vez.

—Nada. Sólo que no me gustaría estar en el pellejo de ese tipo. Pobre diablo, no sabe lo que se le viene encima.

—Mejor que no lo sepa... —rezongo.

Pedimos otra copa y yo me bebo la mía de un trago.

No me puedo creer que mi hermana Alison esté embarazada.

¿En qué demonios estaba pensado? No recuerdo que me dijera que había alguien en su vida. Maldita sea, es demasiado joven para ser madre. Seguro que mi progenitora no dirá lo mismo. Ella a esa edad ya nos tenía a los cuatro.

Ahora son otros tiempos. ¿Cómo se habrán tomado mis padres la noticia? Sonríe. Con lo clásicos que ellos son..., me los imagino llevándose las manos a la cabeza y poniendo el grito en el cielo. Su hija pequeña embarazada de a saber Dios quién...

«¡Menudo escándalo!».

Por lo visto no soy la única oveja que se sale del redil en la familia de los James.

—¿Me estás escuchando, Adrien?

Miro a mi hermano.

—¿Perdón?

—Me parece que tu hermano ya estaba ideando la mejor manera de deshacerse del padre de la futura criatura.

—No lo dudo.

—¿Qué me decías?

—Que me marchaba al Lust y me quedaré allí con Rebeca. Mañana vendré a ponerme al día con el trabajo y la preparación de la exhibición. ¿Te parece que nos veamos a la hora de la comida?

—Uyyy, eso va a ser imposible, Theodore. Tu hermano se encierra en el sótano con el Ama y se le va el santo al cielo.

—¿Tantas horas les dedican a las sesiones? Humm, interesante.

—¿Verdad que sí? Yo pienso lo mismo.

—Por favor, no habléis de mí como si no estuviera aquí delante de vosotros.

Se ríen.

—Comeré contigo—manifiesto—. Dale un beso a mi cuñada y dile que me muero por verla.

—Que mamón eres... ¿Ya te vas?

—Tu hermano tiene que descansar, ¿no ves las ojeras que se gasta? Últimamente está hecho polvo el pobre hombre.

—También está más delgado, ¿no? ¿Tú crees...?

Lo último que escucho antes de abandonar el salón son sus estruendosas carcajadas.

Paso.

Que les den.

Una vez en mi habitación, le dedico un rato a la página web de subastas. La tengo demasiado abandonada. Menos mal que ya falta poco para la maldita exhibición y luego podré volver a mi vida. A la rutina. ¿Quién me iba a decir, hace apenas ocho semanas, cuando salí de Londres porque me sentía asfixiado, que lo echaría de menos? ¿Que aceptaría ser el sumiso de la mujer que me destrozó la vida y la capacidad de enamorarme de nuevo?

¿Que anhelaría con más intensidad cada momento compartido con ella?

¿Que me plantearía mandarlo todo a la mierda sólo por volver a tenerla en mi vida? ¿Que ella estaba dispuesta a todo por tenerme en la suya? ¿Lo decía en serio o estaba jugando otra vez conmigo? ¿Por qué cuando más decidido estaba a olvidarla, pasaba todo esto? Qué hijo de puta era el destino que no dejaba de jugármela. Qué putada no verme con las suficientes fuerzas ni ganas de luchar contra él. Qué imbécil soy por seguir perdidamente enamorado de ella.

No tengo remedio.

Y luego dicen que los hombres somos muy simples y no sufrimos por

amor. Que saltamos de una a otra sin remordimientos. Que no las trae floja con quién nos acostamos. Que todas las mujeres son iguales..., pura palabrería barata. Si eso fuera cierto yo no llevaría tres años viviendo sin vivir. Sí, sobreviviendo, más bien. Lo habría pasado mal un par de semanas y luego a otra cosa mariposa.

En cambio, aquí sigo. He tenido que venir a Ibiza para enfrentar de una puta vez, y cara a cara, a mi pasado. Viviendo un presente que ni de coña había imaginado. Y pensando en un futuro incierto...

«Querido destino, ¿qué cojones quieres de mí? ¿Qué vas a hacer con mi vida?».

Para bien o para mal, no sabía lo cerca que estaba de descubrirlo.

CAPÍTULO 33



Faltan tres días para que dé comienzo la exhibición y la casa es un caos. Bueno, la casa, el sótano y el Libertine. Todo está manga por hombro. Es un continuo ir y venir de gente, operarios y empresas de paquetería. Mi hermano está insoportable. Es tan meticuloso, y está tan dispuesto a que todo salga a la perfección que no hay Dios quien lo aguante. Hasta yo empiezo a estar nervioso por no saber a qué cojones me voy a enfrentar. No es que me dé vergüenza realizar las pruebas delante de un montón de desconocidos, pero ahora que sé que entre el público también estarán Javier y Pablo, aparte de Theodore, Preston y mi cuñada Rebeca, en fin... Cuento las horas para que todo esto termine de una maldita vez y todo vuelva a la normalidad. Mi normalidad.

Las sesiones con Caitlin se han vuelto más intensas. Más profesionales. Encerrados en el sótano ella es Lady Rebel y punto. Parece que la tensión también hace mella en ella. No me pasa una. Dice que es por mi bien. En realidad, por el de ambos si queremos llegar a la final y alzarnos con el primer puesto. Sobra decir que a mí tal cosa me la suda bastante, pero si he llegado hasta aquí, que menos que hacerlo bien, ¿no? Al menos intentarlo. Aunque obedecer sin rechistar sea todo un suplicio para un servidor.

Eso sí, en cuanto se quita de encima su papel de dominante, es una mujer muy complaciente. Sobre todo, por las noches, cuando se mete a hurtadillas en mi cama y compensa lo dura que ha sido conmigo durante el día en las sesiones. He intentado, varias veces, seguir con la conversación que quedó a medias cuando Theodore llegó.

De hecho, al día siguiente de aquello, le pregunté a bocajarro:

«¿Por qué aceptaste el compromiso con mi hermano?». Su respuesta: «Ahora no, Adrien, necesitamos estar concentrados en lo que nos ocupa», me dejó mal sabor de boca. Volví a probar suerte la noche siguiente, después de hacer el amor: «Necesito saber por qué tomaste aquella decisión, Caitlin». Se levantó de la cama y recogió sus cosas: «cuando pase todo esto de la exhibición te lo contaré». La frustración va creciendo en mí. Al parecer, para

ella sigue siendo más importante todo lo que tenga que ver con el BDSM que aclarar las cosas conmigo. Dos noches atrás fue mi último intento. Pensé que el orgasmo tan bestial que acabábamos de compartir haría que al fin me diera una respuesta. Además, ella me lo puso a huevo:

—Cuando estamos así de bien, relajados y satisfechos, tengo la sensación de que no ha pasado el tiempo...

—Pero ha pasado—la interrumpí—, y nos ha arrastrado con él. Aun así, empiezo a sentirme cómodo contigo de nuevo. Por eso necesito saber, Caitlin, quiero entenderte. Necesito hacerlo para poder continuar con esto.

Resopló mirando al techo de la habitación.

—Ya te dije que no era el momento, Adrien.

—¿Por qué?

—Porque es demasiado duro hablar de lo que pasó, de lo que te hice. No estoy orgullosa de ello, ¿sabes? Y, recordar todo ahora, cuando estamos a las puertas de la exhibición, no nos haría bien a ninguno de los dos. Necesitamos estar en plenas facultades, físicas y mentales, para participar.

—Empiezo a estar hasta los cojones de la puta exhibición esa.

—Te gustará.

—No cuando es lo único que a ti parece importarte.

Me levanté de la cama y me encerré en el baño. Necesitaba unos minutos a solas.

No tardé en oír sus golpes quedos en la puerta.

—No te enfurruñes, por favor—susurró—. Sólo te estoy pidiendo unos días más. Luego seré sincera contigo y te lo contaré todo. No habrá más evasivas ni mentiras, sólo la verdad.

Abrí la puerta y me enfrenté a su mirada suplicante.

—¿A qué te refieres con mentiras? —indagué confuso.

—Adrien, por favor, confía en mí, ¿sí? Unos pocos días más...

La miré durante unos segundos antes de que su sonrisa me desarmara.

—Está bien, tú ganas. En cuanto esta mierda termine, hablaremos.

—Gracias—musitó contra mis labios—. Te quiero.

Y ahí está la principal razón de mi insistencia en aclarar las cosas entre nosotros. Sus «te quiero» salen a relucir demasiadas veces en nuestros encuentros y me pica la lengua por pronunciar las mismas palabras. No voy a hacerlo hasta no tener las cosas claras y solucionadas, para bien o para mal, entre los dos. No voy a cometer la locura de hacerlo para después volver a quedarme con un palmo de narices. Sí, sigo sin confiar en ella por mucho que

me lo proponga. Es superior a mis fuerzas dejarme llevar y volver a darlo todo de mí. La experiencia es un grado, dicen. Y la mía aún sigue ahí, demasiado a la vista como para hacer nada a ciegas.

«Sólo serán unos días más...».

Por otro lado, está esa otra conversación pendiente con mi hermano. Al contrario que con Caitlin, es él el que anda detrás de mí, cuando tiene tiempo, dándome la tabarra. Afortunadamente, dado que él está demasiado ocupado, no es muy a menudo.

Aun así, soy yo el que le da largas. Más que nada porque, como tengo una ligera idea de qué quiere hablarme, no me parece correcto hacerlo hasta no tener las cosas claras con Caitlin.

No sé hasta qué punto él sabe lo nuestro.

Y tampoco tengo idea del grado de su implicación en todo el asunto. Prefiero no meter la pata y acusarlo de algo que no sé a ciencia cierta si es verdad o sólo imaginaciones mías.

Lo que sí me ha quedado claro, es que está preocupado por mi participación en la puñetera exhibición. Me lo dijo al día siguiente de su regreso. Cuando comimos juntos. Empezó con un: «te veo cambiado. Más relajado. Más tú». Mi respuesta fue encogerme de hombros. ¿Qué podía decir? ¿Que tenía razón? Ni de coña. «Preston habla muy bien de ti, de tu trabajo en el Libertine», dijo a continuación. Casi se me escapa la risa. Con lo mamón que había sido con él los primeros días aquí... Arthur Preston es un buen tío.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —preguntó sin dar más rodeos.

—¿Dejar que me dominen?

—Esto no es un juego, Adrien.

—Lo sé.

—¿Por qué lo haces?

—Porque me gusta vivir experiencias nuevas y que me pongan el trasero al rojo vivo.

Sonrió.

—Me refiero a que por qué aceptaste ayudarla.

—No fue para ayudarla. Fue para odiarla.

Enarcó una ceja.

—Pero es Caitlin, Adrien. Es la persona que mejor conoces del mundo. Tu mejor amiga y...

—Ya no.

—Vamos... ¿A quién pretendes engañar? Nunca podrás odiarla, al igual que tampoco podrás alejarte de tu familia indefinidamente. Todos formamos parte de ti, de lo que eres...

«A esa conclusión he llegado yo solo. Gracias».

—Ya.

—Mira, sé que los últimos tres años no han sido fáciles para ti. Tampoco lo han sido para ella, ¿sabes? No me gustaría que todo esto acabara con la posibilidad de arreglar las cosas entre vosotros.

—¿Qué cosas?

Carraspeó.

—Bueno, su amistad y estar con ella era lo más importante para ti. Puedo imaginar por qué te propuso ser su sumiso...

—Porque Dimitri ha tenido un accidente, ya te lo dije—lo interrumpí.

—Si eso es lo que quieres creer, adelante.

—¿Qué quieres decir?

—Por favor, Adrien, piensa un poco, hombre.

—No te sigo.

Puso los ojos en blanco.

—Tarde o temprano lo pillarás. Espero que para entonces no sea demasiado tarde. No me gustaría volver a veros sufrir a los dos otra vez.

Y he aquí otra de las razones..., la intriga que me quedó después de que mi hermano me dijera eso. Por lo visto sabe algo que a mí se me escapa. Sus insinuaciones así me lo confirman. Desde entonces tengo un runrún en la cabeza. Una especie de zumbido que me indica que estoy más ciego de lo que pensaba. De hecho, he llegado a pensar que todo lo del accidente de Dimitri ha sido una invención de Caitlin para salirse con la suya. Luego me he llamado estúpido... Ella no es capaz de hacer algo así. «¿Y cómo estás tan seguro?». No lo estoy, pero es lo que quiero pensar. Me repatearía muy mucho los hígados saberme manipulado de nuevo por ella y haber llegado hasta aquí creyéndola a pies juntillas sobre un tema tan delicado como el accidente de su sumiso. Dios, cómo duele pensar en él en ese término. Sacudo la cabeza con fuerza. No, no creo que fuera capaz de inventarse eso. Ella no...

La puerta de mi habitación se abre y la dueña de todas mis cavilaciones entra con una gran sonrisa. La miro. Lleva un batín de satén azul que apenas le cubre los muslos. Me empalmo sólo con saber lo que voy a encontrarme debajo de esa prenda. Su pelo, del color del fuego, descansa sobre su pecho.

Sus ojos brillan pícaros. Se acerca con parsimonia a la cama, donde estoy tumbado. Se deshace del batín y lo deja caer al suelo. Luego trepa por la cama, como una gatita, y se coloca a horcajadas sobre mí.

—Apuesto a que pensabas que ya no vendría...

Apoya las manos en mi pecho, la cara sobre éstas, y me mira.

Me quedo prendado en sus preciosos ojos azules. ¿Alguna vez podré mirarla sin que se me encoja el estómago? ¿Alguna vez podré tenerla cerca sin que me cosquille la piel? Lo dudo mucho.

—¿Qué? —susurra rozándome con su aliento.

—Eres preciosa, Caitlin Smith.

—Tú más.

Delineo con el dedo índice el contorno de su boca y me inclino para morder y lamer su labio inferior.

—Mmmm... Deliciosa.

Sonríe complacida.

—¿Vas a devorarme?

—¿Lo dudas?

Niega con la cabeza a la vez que se acerca a mi boca.

Nos fundimos en un beso abrasador. Húmedo. Caliente. Nuestras lenguas se tocan. Se palpan. Se sienten... Una descarga eléctrica me golpea el esternón. Siempre me pasa lo mismo con ella cuando me besa de ese modo. Como si esos besos fueran lo que necesitara para respirar. Para vivir. Me hace sentir poderoso. Sus manos comienzan a acariciar perezosas mi cuerpo. Cada pedazo de mí arde con cada una de sus caricias. Me enloquece con cada contacto.

Gimo en el interior de su boca.

—Me desarmas, Caitlin...

Voy subiendo lentamente hasta quedar sentado por completo, con sus piernas enroscadas en mi cintura. Amaso sus glúteos y aprieto con fuerza, rozando su abertura resbaladiza con la polla. Inclino la cabeza y me meto uno de sus pezones en la boca. Chupo. Muerdo y vuelvo a chupar. Hago lo mismo con el otro. Su pecho sube y baja agitado. Igual que el mío. Se balancea adelante y atrás. Tentándome a hundirme en ella. Lo hago penetrando su cuerpo poco a poco. Perdido en su intensa mirada. Adentrarme en ella me hace gruñir como un loco. Y saber que sólo yo he estado ahí, hace que me sienta el puto amo del mundo entero.

Empujo con fuerza hacia dentro.

Su boca se abre y gime.

—Dios, Adrien..., me matas.

Vuelvo a empujar, con los dientes apretados, hasta el fondo. Con fuerza. Con ímpetu. Con tanta necesidad de ella que me asusta. Siento los músculos de su interior contraerse sobre mi polla y clavo la vista en su rostro. Me encantan sus gestos cuando está a punto de correrse. Escucharla jadear mi nombre con urgencia me catapulta a un orgasmo alucinante y catártico que me nubla la vista y el resto de los sentidos.

Dejándome completamente exhausto.

«Ella sí que me mata, joder».

Besa con ternura mis labios y apoya su frente en la mía hipnotizándome con su mirada.

—No tienes ni idea de cuánto te quiero, Adrien James. Ojalá me dejes demostrártelo y recuperar el tiempo perdido.

El corazón me golpea la caja torácica.

Ojalá pudiera corresponder a esa declaración de amor y decirle que adelante. Que soy todo suyo. Que nunca he dejado de serlo. Ni siquiera en los peores momentos. Que el amor que siento por ella es tan fuerte que ninguna de sus humillaciones tras su abandono ha conseguido menguarlo.

No lo hago.

El miedo me atenaza las cuerdas vocales silenciándolas a cal y canto.

La abrazo con fuerza.

«Yo también te quiero, pequeña».

CAPÍTULO 34



Hoy tengo por delante un día tranquilo. Relajado. No hay sesión con Caitlin y el club está cerrado hasta que pase la exhibición. Mañana por la noche será la recepción de bienvenida para todos los asistentes. Y también mi último ensayo antes de subirme a una tarima y competir con los más profesionales del gremio. Yo, que me harté de reírme de mi hermano por ser un pervertido, resulta que soy el nuevo sumiso, nada más y nada menos, que de Lady Rebel. La que fue la mujer de mi vida durante un tiempo. La persona que más daño me hizo, y la que continúa teniéndome postrado a sus pies. La de vueltas que ha dado la vida para volver a dejarme en la misma posición y situación. Prendado de ella.

Ya ni me molesto en luchar contra lo que siento. ¿Para qué si no voy a conseguir nada más que perder el tiempo? Si no fui capaz de olvidarla con todo lo sucedido, no voy a hacerlo ahora cuando de nuevo estamos compartiendo algo más que tiempo y espacio. Además, no quiero hacerlo. No cuando el destino es tan cabrón que se ha empeñado en acercarla cada vez que me pongo firme y me alejo. Paso. Como diría mi abuela, que en paz esté, que sea lo que Dios quiera. En sus manos queda.

«¿Qué puede ser peor que lo ya vivido?».

Nada.

Me pongo las gafas de sol. Cojo el libro de encima de la cama y la toalla. Mi plan para hoy es tumbarme al sol, leer y tratar de descansar lo máximo posible la mente y el cuerpo. Lo necesito con urgencia. Hace demasiado tiempo que me siento exhausto, en todos los sentidos. Menos mal que aquí tengo los días contados. De hecho, he empezado a tacharlos en el calendario.

Debe de ser por eso que a veces me siento tan ansioso. Porque empiezo a vislumbrar el final de mi aventura aquí en Ibiza. Si cuando me subí al avión en Londres, hace dos meses, me hubieran dicho lo que me esperaba al cruzar el charco, me hubiera reído con ganas. En fin..., si todo se volviera a ir al traste, siempre puedo quedarme con las nuevas experiencias vividas y el sexo

compartido con ella.

«Es lo mejor que puedo hacer».

O eso creo.

Cruzo la portilla que da a la playa y extendiendo la toalla en la arena. Antes de llevar a cabo mi plan, me doy un buen chapuzón. El mar está en calma. El agua templada. Y yo dispuesto a desconectar. Braceo con fuerza y me alejo de la orilla. Cuando noto que me falta el aire, me dejo flotar varios minutos. Cuando me recupero, regreso a la orilla sintiéndome algo más ligero.

«Parece que la cosa pinta bien».

Sonrío.

Me quedo de pie mientras dejo que los rayos del sol se encarguen de secar mi cuerpo. Luego me tumbo, abro el libro y comienzo a leer. Apenas llevo una hora enfrascado en la historia que tengo en las manos cuando mi placentera lectura es interrumpida por una sombra que se posiciona frente a mí. Sin quitarme las gafas de sol, recorro con los ojos los elegantes pies. Las esbeltas piernas bronceadas. Los torneados muslos. Las caderas... Ahogo un ronco quejido cuando sobrepaso el vientre y mis ojos se centran en los apetitosos pezones.

—¿Te gusta lo que ves, grandullón?

Chasqueo la lengua.

—Ni una pizca.

—Mentiroso.

Su sonrisa ya me tiene cautivado.

—¿Qué lees?

—“La ira de los Ángeles” de John Connolly.

—¿De qué va?

—Del descubrimiento de los restos de un avión siniestrado en los bosques de Maine.

—¿Te gusta?

—Lo he empezado hace nada. No me has dado tiempo a meterme en la trama. ¿Querías algo?

—Sí, estar contigo—se encoge de hombros—. Te echo de menos cuando no te tengo junto a mí. ¿Puedo sentarme?

—Claro.

—No te molestaré.

«Ya, como si al tenerte pegada a mí, con ese minúsculo bikini, pudiera concentrarme en otra cosa que no seas tú».

—Puedes seguir leyendo, si quieres.

Asiento y lo intento.

Diez minutos después...

—¿Me ayudas con la crema protectora? Hay partes de la espalda a las que no llego.

Asiento cogiendo el tarro que me ofrece.

Ronronea en cuanto comienzo a extender la crema sobre su piel.

Me empalmo como un puto quinceañero.

«Ay señor, esto no me ayuda a estar relajado. Todo lo contrario».

—Gracias—musita zalamera cuando termino.

Vuelvo a abrir el libro. Leo una página. Dos. Y en la tercera...

—Uff... ¿No hace demasiado calor?

Mirándome de soslayo, se abanica con la mano las zonas del cuello y nuca.

Sonrío para mis adentros y me hago el loco.

—¿Nos metemos en el agua para refrescarnos? —propone.

—Yo estoy perfectamente.

—Ya. ¿Seguro?

—Sí.

—Entonces, ¿es interesante el libro?

—Mucho.

En realidad, no tengo ni pajolera idea porque con ella aquí es imposible centrarme en la lectura.

—Uy, parece que se te están quemando los hombros, te echaré crema.

La dejo hacer.

Quiero comprobar hasta dónde es capaz de llegar con tal de tener toda mi atención.

Lo que no sabe es que la tiene desde que llegó.

—¿Me estás soplando en la nuca? —pregunto divertido.

—Es para el calor...

—Ajá. Oye, pensé que se me quemaban los hombros, no las tetillas.

—Hay que ser precavidos.

—Ya veo.

Sus manos descienden hasta colocarse encima de la cinturilla del bañador.

—¿También vas a echarme crema ahí?

—¿Quieres?

Suelto una carcajada y tiro de ella hasta tenerla tumbada en mi regazo.

—¿Y bien? Ya tienes toda mi atención—murmuro sobre sus labios.

—Dios, pensé que no lo conseguiría nunca.

Ríe complacida.

—Ahora qué...

—Ahora bésame.

Y lo hago.

Poso suavemente los labios sobre los de ella y me deleito en su sabor.

En su olor. En su textura...

«Joder, me vuelve loco».

Los minutos se convierten en segundos cuando la tengo así, en mis brazos.

—¿Ya has hablado con Alison? —indaga poco después abrazada a mi cintura.

—No. No me coge las llamadas.

—¿Quién crees que pude ser el padre del bebé?

—No tengo ni puñetera idea. Ni siquiera sabía que tenía una relación seria con alguien.

—Que yo sepa no la tenía. Tonteaba con un par de chicos, nada de otro mundo.

—Eso es lo peor. Que se haya quedado embarazada de un tipo al que apenas conoce y con el que ha echado un polvo de una noche. ¡Menuda estupidez!

Sus manos juegan en mi vientre.

Las mías en su delicioso trasero.

—Rebeca quiere que esta noche nos juntemos todos en el Lust.

—¿Y eso?

—Dijo que como el Libertine está cerrado era un buen momento para reunirnos y disfrutar un rato juntos. ¿Te apetece?

—¿A ti?

—Sí, siempre que también vayas tú.

—Por mí no hay problema.

—Entonces la llamaré y le diré que cuente con nosotros.

—Vale.

Sus ojos se clavan en los míos con picardía.

—¿Qué? —musito.

—¿Te acuerdas de aquella vez que nos bañamos desnudos en el lago de

Clover House?

—Sí.

—¿Recuerdas cómo terminó aquel baño?

Sonrío.

—Perfectamente. Hicimos el amor mecidos por el agua.

—Quiero repetirlo.

—¿Ahora? —asiente traviesa—. Caitlin, es de día y alguien podría vernos. Y no estamos en Clover House.

—No me importa.

—Te has vuelto muy perversa y morbosa.

—Y eso te disgusta porque...

—No me disgusta. Simplemente estoy sorprendido. Nada más.

—Vamos, Adrien, hagamos una locura.

—¿Acaso no la estamos haciendo ya?

La miro con intensidad esperando que entienda a qué me refiero.

Tuerce el gesto.

Parece haberlo entendido perfectamente.

—Estar juntos no es ninguna locura. Es lo correcto.

—Hay cosas demasiado importantes sin aclarar para que esto llegue a ser lo correcto, Caitlin.

—¿Otra vez con eso? Creí que habías quedado de acuerdo en que cuando pasara todo esto de la exhibición hablaríamos.

—Así es, pero no puedo evitar pensar en ello. Si fueras capaz de ponerte en mi lugar por un segundo, me entenderías.

—Te entiendo mejor de lo que imaginas, y sé que tienes miedo, Adrien. Lo último que quiero es volver a hacerte daño. Deseo hacer las cosas bien. Deseo que me perdones. Y deseo con toda mi alma que me des una oportunidad para demostrar lo que siento por ti. Lo que siempre he sentido cuando estamos juntos. Yo también tengo miedo, ¿sabes?

—¿Tú?

—Sí, yo.

—¿Por qué?

—Porque no me dejas ver tu interior. Siempre que te digo que te quiero, te quedas callado. Descifro a la perfección el deseo y la lujuria en tu mirada, pero nada más. Bueno sí, sí hay algo más..., ese miedo que no te deja ser la persona que eras cuando estábamos juntos.

—Puede que ya no sea esa persona de la que hablas...

—Sí que lo eres, Adrien. Lo fuiste hace un momento, y cada noche en tu cama. Luego, cuando menos lo espero, vuelve esa mirada desconfiada y te cierras en banda, bloqueándome la entrada a tus sentimientos. Justo como estás haciendo ahora mismo. Yo también necesito saber...

—Ya.

—¿Lo ves? En estos momentos vuelves a ser hermético y opaco mientras yo estoy siendo totalmente transparente—suspira—. Te quiero como no he querido a nadie en mi vida, Adrien, lo juro.

Veo sinceridad en sus ojos, también en sus palabras.

Aun así...

—Sé valiente y dime qué sientes tú, grandullón. Déjame ver si voy por buen camino o he vuelto a equivocarme.

Nuestras miradas se enredan durante minutos eternos.

—Seré valiente cuando tenga todas las piezas del puzle. Hasta entonces no pienso arriesgarme, Caitlin. Lo siento.

—Pues no vuelvas a sacar el tema hasta que llegue ese momento, por favor. Recuerda que no eres el único que está muerto de miedo.

Asiento.

Ambos nos quedamos mirando al mar. Ella con la cabeza apoyada en mis muslos, acurrucada a mi lado. Yo con las manos entrelazadas en su cintura. ¿Soy cobarde por no decirle, con palabras, que nunca he dejado de quererla? ¿Acaso no es suficiente, con los hechos, para que lo tenga claro? Me he sometido a su absoluta voluntad. He aceptado todo lo que me ha dado. Me ha dolido, más que a ella, todas las veces que la he desobedecido y he querido odiarla. Sigo aquí, a su lado, a pesar de todo... Dispuesto a ser partícipe de algo que ni me va ni me viene. Esperando una respuesta que me ayude a entender sus motivos y razones para hacer lo que hizo. Que me ayude a ver si soy capaz de perdonar todo el daño y dar el paso que falta para completar este camino tan embarrado.

¿Hermético y opaco?

¡Los cojones!

«¡Más cristalino no puedo ser, joder!».

—Deja de pensar en ello, Adrien—murmura.

—Es complicado...

Se pone en pie y medio sonrío.

—Vamos al agua y juguemos un rato. Como cuando éramos niños, no adultos. Eso nos ayudará a dejar de pensar a los dos.

Tomo la mano que me extiende y, cuando casi estoy completamente en pie, me empuja de nuevo hacia el suelo soltando una carcajada y echando a correr.

—Cógeme si eres capaz, grandullón.

Gruño.

—¡Vamos carcamal!

Me río.

—¡Sólo te estoy dando ventaja! —grito.

A continuación, me lanzo a la carrera tras ella. Es escurridiza como una anguila. Poco después, la tengo cogida cual saco de patatas, sobre mi hombro. Grita, patalea y me da palmadas en el culo.

—¡Bájame, neandertal!

—¿No querías jugar?

—Me estoy mareando. Bájame.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Entro en el agua. Cuando ésta me llega por la cintura, la balanceo y la dejo caer. ¡Plof! No tarda en emerger, tosiendo y blasfemando como un camionero.

—¡Eres un bruto, Adrien James!

Me río con ganas.

—Y tú estás preciosa cuando te enfadas.

—Me las vas a pagar...

—Para eso tendrás que pillarme, pequeña.

Corro por la arena con ella detrás. Tropezando cada dos por tres a causa de la risa. Escabulléndome cada vez que intenta darme alcance. Sin darme cuenta he vuelto a aquellos tiempos en los que éramos unos niños y nada era complicado entre nosotros. Aquellos tiempos en los que lo único que teníamos que hacer era disfrutar de nuestras bromas y juegos.

Ser felices... Me dejo atrapar cuando noto que le falta el aliento.

—Ahora qué... —susurro con ella encaramada a mi cuerpo.

Sus ojos resplandecen divertidos.

—Ya sabes qué.

—¿Lo sé?

—Por supuesto que lo sabes.

La beso.

Primero con ternura y luego con avidez, urgencia y necesidad.

¿Puedo estar más loco por ella?

No lo creo.

CAPÍTULO 35



Son las nueve en punto de la noche cuando bajo las escaleras. Me he puesto un traje de tres piezas en color negro, camisa blanca y pajarita negra. Me he echado gomina en el pelo y parece que me haya lamido una vaca. Aunque no me gusta peinarme así, reconozco que me queda bien y estoy guapo. Muy guapo, de hecho. No, no tengo abuela, ambas fallecieron hace tiempo. Por desgracia. Todos tenemos una cita en Lust.

Mi cuñada, Rebeca, ha reservado uno de los salones privados de su club para invitarnos a cenar. Luego podremos divertirnos bailando y tomando copas en el resto de las estancias. Mi plan del día, hace unas horas, era relajar cuerpo y mente. Ahora tengo ganas de mezclarme con el mundo Disney y jugar a lo que se tercie.

Con Caitlin, por supuesto.

Me quedo paralizado antes de posar los pies en el último escalón al verla esperando en el vestíbulo. Lleva un top de escote barco. De encaje semitransparente y de color negro. Sexi. Atrevido. Una falda de satén fucsia y ribeteada en negro cae casi hasta los pies, en la parte de atrás. La zona delantera deja al descubierto sus preciosas piernas por encima de la rodilla. Un cinturón a juego con la falda y de hebilla plateada, marca a la perfección su esbelta cintura. Sus pies los cubren unas delicadas sandalias de finísimo tacón, en negro y abrochadas a sus delicados tobillos. Me ponen los zapatos que van sujetos a esa parte del cuerpo por una diminuta correa.

Me parecen absolutamente arrebatadores y sensuales. Y me encanta cuando se sujeta a medias el pelo. Es elegante e informal a la vez. Tiene un cuello precioso. Trago saliva al imaginarme posando mis labios en el hueco de su clavícula. Está perfecta y preciosa. Como siempre.

Sonrío apoyado en la balaustrada de la escalera.

—¿Esperas a alguien?

—A ti.

«Buena respuesta».

—Estás preciosa.

—Y tú muy guapo.

—Gracias.

Bajo el escalón y camino hacia ella.

—Preston dijo que necesitarías esto.

Me extiende el mismo antifaz negro que me prestó aquel día que fuimos al Lust.

—¿Dónde está?

—Bajaré enseguida.

Asiento guardando el antifaz en el bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Y el tuyo? —indago.

—Rebeca me dejará uno. Por cierto, esta noche seré Brave, la princesa indomable.

—Me gusta.

Enlaza su mano con la mía.

—¿Y tú?

—Soy el Llanero solitario.

—Interesante elección... ¿Vas a invitarme a jugar esta noche, Llanero?

Su dedo índice sube y baja desde mi pecho a la cinturilla de los pantalones.

—Si no lo hace él, lo haré yo.

Pongo los ojos en blanco y miro por encima del hombro.

Preston baja con cara de guasa.

—Inténtalo... —mascullo.

Se carcajea.

—Dios, sois tan adorables...

—Gilipollas.

—Mamón.

Caitlin ríe, divertida.

—Me encanta vuestro buen rollo—exclama con retintín.

Ambos protestamos a la vez.

—¿Vas a invitarla a jugar o no, Llanero?

—Cierra el pico, entrometido.

—Me adoras, y lo sabes.

Me descojono.

—Si tú lo dices...

—Vaya dos—protesta Caitlin dirigiéndose a la puerta—Venga, cabezones, nos están esperando.

Durante el trayecto al Lust hablamos de Luis y de que ya está confirmado que deja el trabajo en el club. Por lo visto, mi hermano ya ha hablado con él y le ha ofrecido un puesto en el Libertine.

El de Preston.

—¿Y a ti te parece bien? —le pregunto.

Se encoge de hombros.

—Es una decisión del jefe, debo respetarla. Además, no es que me vaya a dejar sin trabajo.

—Pero tendrás que irte a Londres, y a ti te encanta vivir aquí.

—No será indefinidamente, sólo hasta que tu hermana se reponga del parto y esas cosas.

Dios, cada vez que pienso que mi hermana pequeña está embarazada y que desconocemos la identidad del padre, me enfurezco.

—¿Averiguarás quién es ese cabrón para mí?

—Cuenta con ello.

—Bueno, yo también andaré por allí, por si necesitas algo. Puedes contar conmigo para lo que sea.

—Lo sé, James.

Me mira y me guiña un ojo.

—¿Os parece justo que un tío tenga que dejar su trabajo por una mujer?

—Nadie lo ha obligado, Caitlin—responde Preston.

—Ya, pero ¿y qué hay de ella? ¿No tiene nada que decir al respecto?

—Es complicado...

—Apenas conozco a esa mujer y siento que no la soporto—rezonga por lo bajo.

—¿Y eso por qué?

—Por lo que le está haciendo al pobre hombre, ha jugado con sus sentimientos y... —se queda callada de repente.

Me tenso en el asiento.

Nuestras miradas se encuentran en el espejo interior del coche.

El ambiente se enrarece.

—La verdad que la tía es bastante descarada, sobre todo cuando te invitó a jugar con ella aquel día delante de Luis sin cortarse un pelo. Joder, menuda manera de rozarse contigo y de...

—¿Jugaste con ella? ¿Te la follaste? ¡Por Dios, James!

Fulmino al bocazas de Preston con la mirada y luego me giro a mirarla a ella.

—No, no lo hice. Pero no porque no tuviera ganas, sino por consideración a él. Por desgracia sé lo que se siente cuando juegan con tus sentimientos. Y, por cierto, no creo que estés en condiciones de juzgar a una mujer que ni siquiera conoces. Tú más que nadie debería de tener el pico cerrado en este asunto.

Rechina los dientes y aparta la mirada.

—Lo siento—susurra Preston.

—Es lo que hay.

—Yo también lo siento, Adrien, más de lo que imaginas.

Me sorprende al sentir sus labios en mis mejillas y la humedad de sus lágrimas con estos.

—¿Estás llorando?

—No—sorbe por la nariz—, debe de haberseme metido algo en el ojo.

—Caitlin...

—Estoy bien—suspira—. Estoy bien.

Ninguno de los tres vuelve a abrir la boca hasta llegar a las puertas del Lust. Nos hemos sumido en un silencio tan incómodo que es insoportable. De hecho, casi salto del coche cuando éste para frente al edificio.

—Id entrando, voy a buscar aparcamiento.

Asiento a Preston.

—Adrien...

—Déjalo estar, Caitlin, no estropeemos la noche.

Entramos en el club más tensos que la cuerda de un violín. Mi hermano Theodore, Rebeca, Luis y Mila, nos esperan en uno de los salones privados ya dispuesto para la cena. Pensé que sólo estaríamos nosotros, por eso me sorprende ver a Mila y a Luis allí. A la primera que me acerco es a mi cuñada.

—No me mires así, Adrien James—dice.

—¿Así cómo, preciosa?

Resopla.

—Como si fueras a darme un bocado. Soy inmune a tus miraditas y tus gestos.

—Lástima...

Mi hermano suelta una carcajada y menea la cabeza.

—Estás deslumbrante, Rebeca Hamilton.

—Lo mismo digo, cuñado.

Me rodea el cuello con sus brazos y me besa en la mejilla.

Me encanta esta mujer.

Y me encanta que forme parte de la familia James.

Theodore no tarda en separarme de ella, dándome un abrazo tan fuerte, que casi me deja sin respiración.

—Gracias por venir, Adrien.

—Todavía no me las des.

Me da unas palmadas en la espalda y ríe.

La siguiente es Mila. Nuestro apretón de manos es formal, rápido y bastante frío. Parece algo avergonzada. Supongo que por aquella invitación a jugar y mi negación a aceptar. A continuación, me acerco a Luis.

—¿Estás bien? —le pregunto antes de darle un abrazo.

—Podría estar mejor. ¿Y tú?

—No me quejo.

Ambos nos encogemos de hombros.

Después de que Preston haga acto de presencia y de tomarnos unas copas de vino, nos sentamos a la mesa. La cena se desarrolla tranquila, incluso amena. Hablamos de trivialidades y tonterías. Theodore y Rebeca nos cuentan anécdotas de su luna de miel y Preston habla de nuestra noche de acampada. Todos reímos cuando recuerda lo inútiles que fuimos con las putas tiendas de campaña.

¡Es un bocazas!

Tras los postres, los cafés y los licores, mi cuñada se pone en pie y carraspea.

—Bueno, hay un motivo por el que quería reuniros hoy aquí. Luis ha decidido dejarnos y esta cena es en su honor.

El desconcierto de Mila creo que nos sorprende a todos.

—¿A qué coño te refieres con que nos deja?

—Luis ha presentado su renuncia hace días, Mila, por eso he adelantado mi regreso de...

—¡Joder, no me lo puedo creer! ¿Te marchas? —sus ojos se clavan en él—. ¿Por qué? Te encanta este trabajo.

—A veces no es suficiente que te encante hacer algo para sentirse a gusto, Mila—responde él.

—Luis, pero tú... tú... no puedes marcharte. Esto no sería lo mismo sin ti. Somos un equipo, los tres, Rebeca, tú y yo, no puedes dejarnos.

—Sí puedo. El domingo es mi último día en el Lust.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—No es que hablemos mucho últimamente, ¿no te parece?

—¡Vete a la mierda! —arrastra la silla hacia atrás y se levanta con rabia—. Disculpadme.

Luis y Rebeca se miran.

—Te lo dije—exclama mi cuñada antes de salir tras ella.

Él no dice nada.

Los demás tampoco.

Para cuando pasamos al salón principal, que ya está lleno de gente, el ambiente en el grupo sigue raro. De hecho, las chicas están en un extremo y nosotros en el opuesto.

—¿Por qué no se lo dijiste? —indago.

—Porque no quería que tratara de convencerme de que me quedara. Necesito alejarme de ella y de lo que siento.

—Te entiendo.

—¿Su reacción no ha sido un poco intensa?

—Está dolida, Preston—responde mi hermano—, y al parecer bastante cabreada.

«Y abatida», pero claro, ese pensamiento me lo guardo para mí.

—No dejemos que lo ocurrido nos estropee la noche, ¿de acuerdo? Al fin y al cabo, es mi despedida, divirtámonos—Luis alza su copa—. Por nosotros.

¡Chin, chin!

Lamentablemente, la noche se estropea. No de forma inmediata, sino casi al final, y cuando menos me lo espero. Aunque si soy sincero, creo que mi noche empezó a irse a la mierda en el coche cuando veníamos hacia aquí. Mi intuición me lo dijo en aquel mismo momento y lo ignoré.

Mi hermano y mi cuñada bailan en la pista enamorados y acaramelados. Preston flirtea con cada fémina que se ponga a tiro. El tío no pierde el tiempo y sus ganas de jugar se notan a leguas. Mila no ha vuelto a acercarse al grupo. Va departiendo, con una magnífica sonrisa falsa, con unos y otros evitando a Luis a toda costa. A Luis hace un buen rato que no lo veo, puede que, al igual que Mila, esté evitando encontrarse cara a cara con ella. Y Caitlin y yo, también hemos bailado.

Hemos coqueteado. Nos hemos besado como adolescentes hormonados y salidos. Y ahora estoy esperando que venga del aseo para proponerle un juego. Un juego picante y excitante que no podrá rechazar. Al menos eso espero.

Le doy un trago a la copa y miro el reloj.

Ignorando, para mi desgracia, lo que se estaba cociendo.

No se puede salvar lo que no tiene solución.

Y no se puede esquivar lo que está destinado a suceder...

—¿Quién es el hombre que habla con tu chica?

Miro a Luis sorprendido de encontrarlo a mi lado.

—Tienes que dejar de hacer eso de aparecer y desaparecer por arte de magia, tío. Y yo no tengo chica.

—Lo que tú digas... Pero ¿quién es?

Miro hacia el lugar que me indica con la cabeza y algo, como un agujonazo, me perfora las entrañas al ver a Caitlin con un hombre alto y fornido.

—No tengo ni la más mínima idea—respondo en un murmullo—. No obstante, algo en él me resulta familiar.

—Supongo que si no es tu chica no te importará que otro la invite a jugar, ¿no?

—¿Tú crees...?

—Júzgalo tú mismo.

Y lo hago.

Observo desde mi posición sin ser visto y sí, da la sensación de que justo es eso lo que está haciendo el hombre. Invitarla a jugar. Ella parece seria, demasiado quizá. Gesticula como si estuviera empezando a perder la paciencia. Tal vez debería de intervenir y quitarle a ese pelma de encima... No lo hago, claro, que se apañe con sus admiradores ella solita. Aun así, no puedo evitar sentir unos celos terribles por el simple hecho de verlo tan pegado a ella y susurrándole al oído. Además, cuanto más lo miro, más seguro estoy de que lo conozco de algo. Estoy convencido de que lo he visto en alguna parte y no soy capaz de acordarme de dónde. «Maldita sea, si no llevara la cara cubierta con ese antifaz...».

—Luis, ¿a ti te parece que...?

Luis ha vuelto a evaporarse.

Qué puta manía, joder.

Disimulo cuando ella se gira y camina hacia donde estoy. Viene con una sonrisa rara en la cara. Yo diría que bastante forzada.

«No preguntes nada, James, hazte el loco».

—Aquí estás... —manifiesta zalamera.

—Sí, justo aquí.

Me mira suspicaz.

—¿Va todo bien?

«No lo hagas, James, no lo hagas».

—¿Quién era ese tipo con el que hablabas hace un segundo?

Sí, lo hago. Abro la boca.

Es superior a mis fuerzas.

—No era nadie a quien conozcamos.

—Pues para no ser nadie has estado un buen rato con él... ¿Te faltó al respeto? ¿Se sobrepasó contigo?

—¡Por Dios no! ¿Cómo se te ocurre?

—Desde aquí parecías cabreada.

—¿Estás celoso, Adrien?

—Ni una pizca.

—Mientes fatal.

Sonrío.

—Lo sé.

Me besa con picardía.

—¿Tenemos algún plan para las próximas horas?

—Lo tenemos.

Sonríe complacida.

—Bien.

—¿Seguro que ese hombre no te molestó?

—Adrien...

—Está bien, ya lo dejo.

Parece nerviosa.

Y yo tengo una sensación rara en la boca del estómago.

¡Mierda!

—¿Qué hay de ese plan? —pregunta.

—¿Qué? Ah, sí, sí, el plan... —miro el reloj—. Te cuento, voy a salir del salón y, en cuestión de unos minutos, una chica te entregará una llave y una nota en una bandeja de plata. En cuanto eso ocurra y aceptes, empezará mi juego.

¿Estás lista?

—Totalmente.

Le doy un beso tierno antes de dejarla sola y salir del salón. Le hago un gesto a la chica, con la que he hablado previamente y, antes de subir las escaleras, voy al aseo. En lo primero que me fijo al entrar, es en el tipo que

está secándose las manos con una toallita de papel. Es él. El hombre que hace unos momentos hablaba con Caitlin. El corazón me palpita con fuerza en el pecho al verlo.

«No seas neandertal, James, por favor».

Me acerco al lavabo y abro el grifo, conteniendo las ganas de decirle algo. Me aclaro las manos y me echo agua en la cara y la nuca. Me doy cuenta de que el tipo me ha mirado y me ha dado la espalda con demasiada rapidez. La misma que utiliza para apresurarse a salir del baño. Eso me mosquea. Veo su antifaz sobre la encimera de mármol y lo contemplo durante unos segundos. Entonces decido cogerlo y salir detrás de él. Necesito verle la cara.

Lo alcanzo en el vestíbulo.

—Eh, amigo, te has dejado el antifaz ahí dentro.

Ni responde, ni me mira.

—¡Eh! —grito—. Te estoy hablando.

Se gira lentamente y, cuando lo tengo de frente, me quedo paralizado. Sabía que lo conocía, joder. ¡Lo sabía! El aire me colapsa los pulmones y se me cae el alma a los putos pies.

—Dimitri—balbuceo.

Me quita el antifaz de las manos y desaparece de mi vista.

Cierro los ojos.

Algo se resquebraja en mi interior.

¡Me cago en mi puta vida!

¡Soy gilipollas!

CAPÍTULO 36



No sé si me siento decepcionado, cabreado o burlado. Supongo que bastante de las tres cosas. Lo único que sé es que, el run run en mi cabeza, y la sensación rara en la boca del estómago, trataban de advertirme de que algo iba a ocurrir. Y así ha sido. Me hierve la sangre de rabia. Lo juro. No entiendo por qué me sorprende, la verdad. Debería de estar más que acostumbrado, después de todo lo vivido, a las artimañas de Caitlin. Me jode seguir siendo tan condenadamente estúpido como para dejarme manipular de nuevo por ella. Está claro que no aprendo de los putos errores cometidos con anterioridad. Sí, lo sé. Mi único error es quererla como la quiero y dejarme embaucar.

Es una egoísta.

Es una mentirosa.

En una maldita manipuladora.

Y yo estoy hasta los mismísimos cojones de ser un puñetero peón en su vida.

¡Se acabó!

—¿Qué haces ahí parado, James? ¿Estás bien? Tío, parece que hayas visto un fantasma.

Miro a Preston con frialdad.

Aprieto los dientes y los puños a los costados.

—Dime que no lo sabías...

—¿Saber qué? —se acerca a mí—. Me estás acojonando, Adrien. Dime qué ocurre.

—Dime que no sabías que el accidente de Dimitri era una invención de Caitlin. Dime que no estabas metido en esto. Por favor, dímelo.

Baja la cabeza y clava la vista en sus pies.

—Joder, lo sabías...

Me paso las manos desesperado por la cara.

—¡Lo sabías! —gruño.

Me dan ganas de matarlo con mis propias manos.

—¿Cómo te has enterado?

—Todo este tiempo pensando que eras mi amigo y... Dios, soy más gilipollas de lo que creía.

—¿Te lo dijo Caitlin?

—La cuestión no es si ella me lo dijo, o de qué forma me enteré, joder. La cuestión es que me habéis engañado. Tanto tú como ella os habéis reído de mí en mi propia cara —grito.

—Baja la voz, ¿quieres?

—¡Vete a la mierda!

—Deja que te lo explique, Adrien.

—Déjame en paz.

Paso a su lado, furioso y muerto de coraje.

—Escúchame, por favor...

Miro con desprecio la mano que me sujeta el brazo.

—Suéltame, Preston, o juro por Dios que no atenderé a razones.

Me suelta y se mete las manos en los bolsillos mirándome con cautela.

—¿Qué vas a hacer?

—Largarme de esta puta isla y olvidarme de todos vosotros.

—Ella te quiere, James, está enamorada de ti. Siempre lo estuvo, por eso acepté ayudarla. En realidad, lo hice por los dos. Un amor como el vuestro no podía quedar así, necesitabais volver a pasar tiempo juntos y lo siento, pero no lo dudé.

—Que os jodan —mascullo dándole la espalda.

Camino a grandes zancadas hacia la puerta.

—¿Esta es tu oportunidad para saber toda la verdad y vas a irte sin más? ¿Sin hablarlo con ella? ¿Sin escuchar lo que tenga que decir al respecto?

¿Sin dejar que te explique sus razones y motivos? ¿A qué tienes miedo? —chasquea la lengua—. No te tenía por un cobarde, James...

Me paro antes de alcanzar el pomo de la puerta y me giro.

Las pocas personas que hay en el vestíbulo nos miran a ambos. Cuchichean entre ellas, pendientes de todas nuestras palabras. De los gestos. Al parecer estamos dando un buen espectáculo. Mi cuñada me matará cuando se entere, no me cabe duda. Espero haber desaparecido para entonces. Pero Preston tiene razón, cómo no. Y no puedo marcharme sin haber puesto el punto final a esta historia. Yo no soy un puto cobarde, joder. Por eso retrocedo y me dirijo a las escaleras.

—¿Adónde vas ahora?

—Voy a hacer lo que debería de haber hecho hace tiempo.

—¡Espera!

—Me has convencido tú con tus argumentos, así que ni se te ocurra impedírmelo, Preston.

—¡Mierda!

—Sí, eso, ¡mierda!

Subo las escaleras de dos en dos. Estoy muy furioso y no habrá Dios quien impida que entre en la habitación donde Caitlin me espera y la ponga contra las cuerdas. De hoy, de este momento, no pasa el que de una vez por todas sepa por qué ese empeño en joderme la vida. Por qué esa necesidad de putearme hasta la saciedad. Por qué mierda le gusta tanto jugar con mis sentimientos mintiendo con los suyos.

¡Estoy harto!

Me paro frente a la puerta de la habitación.

Para lo que tengo en mente no puedo entrar ahí como un energúmeno. Quiero comprobar hasta dónde es capaz de llegar con tal de salirse con la suya.

Respiro hondo varias veces.

Y varias veces más.

Muchas, en realidad.

Sólo cuando creo que respiro con normalidad, abro la puerta y entro, volviendo a cerrarla a mis espaldas con un golpe seco. Me tensó en cuanto la veo. La bilis me recorre el cuerpo y se me instala en la garganta. ¿Cómo puedo seguir amando de esta manera tan incondicional a una mujer como ella? Una mujer que ha demostrado no tener escrúpulos. Que ha hecho conmigo lo que le ha dado la gana...

—Al fin llegas..., empezaba a pensar que me habías dejado plantada.

Escuchar su voz cantarina y melosa me revuelve las tripas.

—¿Dónde estabas?

Me trago la ira que me provoca tenerla tan campante frente a mí.

—Lo siento, me encontré con un conocido al que no esperaba ver.

Sonríe zalamera y se aproxima a mí cuerpo para dejar caer una mano lánguida sobre mi pecho.

—Te echaba de menos, grandullón.

—Seguro que sí.

—¿Acaso lo dudas?

Me muerdo la lengua cuando nuestras miradas se encuentran.

—Estás un poco raro, Adrien, ¿qué te pasa?

Detengo la mano que se desliza hacia la cinturilla de mis pantalones y la aparto sin miramientos.

—¿Quién era el tipo del salón, Caitlin?

Resopla.

—No me digas que estás así de raro por ese hombre.

—Responde.

—Ya te dije que no era nadie, Adrien. ¿Por qué no te olvidas de él?

Rechino los dientes y vuelvo a morderme la lengua.

—Entonces, ¿no lo conoces de nada? ¿No sabes quién es?

Resopla.

—No.

La rabia me consume con cada una de sus negaciones.

—¿Estás segura, Caitlin?

—Sí.

—¡Mientes!

Mi grito la pillá por sorpresa y se sobresalta.

Me mira suspicaz.

—¿Por qué tanta insistencia con él?

La miro con frialdad.

—¿Tú qué crees?

Traga saliva, se muerde el labio inferior y retrocede un par de pasos, marcando la distancia entre ambos.

—Adrien...

—¿Nunca te han dicho que las mentiras tienen las patas muy cortas, Caitlin? —la interrumpo—. ¿Que se pillá antes a un mentiroso que a un cojo?

—Yo no te mentí.

A duras penas contengo un grito de frustración.

De dos zancadas me pego a ella y la miro con furia.

—Maldita sea, he visto a Dimitri con mis propios ojos, no sigas diciendo que no mentiste, joder.

Su mandíbula tiembla.

—Vale, lo confieso, puede que te haya mentido un poco, yo...

—¿Un poco? ¡¿Un poco?! Dijiste que había tenido un accidente. Que estaría postrado en una cama durante semanas. Curioso porque, no parecía tener lesión alguna.

Sus ojos se llenan de lágrimas y le falla la voz cuando intenta hablar.

—Es... Es... —carraspea—, Estaba desesperada, Adrien, verte con Mistress me hizo daño, me destrozó. Me di cuenta de que no te había olvidado como aseguraba. Que todo ese amor que sentí por ti seguía ahí. Intacto.

—Eres tan egoísta... Todo se trata de ti, ¿verdad? Eres tú, tú y solo tú. Estaba dispuesto a olvidarte, a pasar página de una puta vez. Me veía fuerte para hacerlo, de hecho, estaba consiguiendo tener una vida normal después de que destruyeras todas mis ilusiones...

—Por eso lo hice, porque no quería volver a perderte. Necesitaba recuperarte. Demostrarte mis sentimientos y mi arrepentimiento.

—¿Cómo? ¿Engañándome otra vez? ¿Tomándome por idiota?

Ahoga un sollozo y me mira.

—Fue lo único que se me ocurrió para que pasáramos tiempo juntos. Para que ambos volviéramos a recordar.

—Yo no había olvidado, Caitlin, pero tú sí. Tú misma lo dijiste, yo era pasado. Un pasado al que no querías volver, ¿lo recuerdas? —me río con desdén—. Y, de repente, me ves con Mistress y como no soportas no salirte con la tuya, decides quererme de nuevo y demostrármelo obligándome a ser tu sumiso. Así matabas dos pájaros de un tiro, ¿verdad? Me hacías entrar en tu mundo de perversión y me tenías a tus pies, literalmente.

Rechina los dientes a la vez que seca las lágrimas que se deslizan por sus mejillas.

—Yo no te obligué a nada, aceptaste por propia voluntad.

Suelto una carcajada.

—¿En serio? Dime que cuando se te ocurrió la genial idea de accidentar al pobre Dimitri y proponerme ocupar su lugar, no pensaste en que como yo seguía enamorado de ti, aceptaría sin rechistar—no responde—. Pero, claro, me negué y entonces decidiste pedirle ayuda a Preston para que me convenciera, ¿no es así? ¡¿No es así?!

Su llanto contenido se desborda.

—Estaba desesperada... Adrien, te quiero con toda mi alma, te he querido siempre.

—Eso no es amor, joder. Eso es...

Sin que me lo espere, coge mi mano derecha, la pone sobre su corazón y se pega a mí.

Su mirada, nublada por las lágrimas, me atrapa.

—Adrien, cuando te tengo a diez centímetros de distancia, el corazón se

me dispara. Me golpea con tanta fuerza que duele. Dime que tú no sientes lo mismo. Dime que el tuyo no late tan fuerte como el mío.

Todo lo sucedido entre nosotros, todo el daño que tengo acumulado aflora a la superficie.

—¿Y qué si siento lo mismo? Me destrozaste, Caitlin. Me partiste el alma en dos. Me hundiste en la peor de las miserias cuando aquella tarde tú y mi hermano anunciasteis vuestro compromiso. Joder, teníamos planes. Casarnos... Formar una familia... La noche anterior estabas en mi cama diciéndome que era el amor de tu vida. Que lo era todo para ti. Que me amarías siempre. En aquel momento pensé que era una promesa, cuando en realidad, no era más que una puta despedida. Ya lo teníais todo hablado. Ya habías aceptado casarte con él. ¿Cómo crees que me sentí cuando entré en el comedor y me encontré con aquel panorama? ¿Cuando nuestros padres, orgullosos, propusieron un brindis en vuestro honor? —aparto la mano de su pecho con lentitud—. Esquivaste mi mirada todo el maldito tiempo. Esperé en vano una palabra tuya. Una explicación. Una puñetera disculpa.

¿Sabes qué recibí de ti? Nada. ¡Absolutamente nada! Así de grande era tu amor, ¿no?

Hubo un tiempo en que verla llorar tan desconsolada me hubiera dolido. Ya no.

Intenta acariciarme y me aparto con rabia.

—Me sentía tan avergonzada que no me atrevía a mirarte a la cara. Jamás podrás imaginarte lo mucho que me dolió hacerte tanto daño. La culpabilidad me carcomía por dentro y...

—Sí, te carcomía tanto que te importé una mierda.

—¡Maldita sea, eso no es verdad! Y sí que fui a verte, a pedirte perdón.

—No recuerdo tal cosa...

—Lógico, estabas tan borracho y pasado de vueltas que lo raro sería que recordaras siquiera haberme visto aquel día—masculla con inquina.

Me devano los sesos durante unos minutos, pero a mi memoria no viene nada de eso.

—¿Estoy frente a otra de tus mentiras? Ni te molestes.

—No es una mentira, Adrien.

—Ilumíname entonces...

—Fue el día que rompí el compromiso con Theodore y...

—Hasta dónde yo sé, lo rompió él, no tú.

—Sí, bueno, eso fue lo que os hicimos creer a todos, pero lo cierto es

que yo tomé la decisión. Y lo hice por ti, por los dos. Porque no podía vivir con la culpa de tanto dolor. Porque te quería como no había querido a nadie en la vida. Porque, por mucho que me empeñara, no podía seguir con la pantomima de un compromiso que me vi obligada a aceptar. Igual que tu hermano—sus ojos buscan los míos—. No soportaba que me miraras con tanto rencor. No soportaba ver que te estabas echando a perder por mi maldita culpa. No soportaba habernos hecho aquello cuando teníamos algo tan bonito. No fuiste el único que sufrió con todo eso, Adrien, créeme—suspira—. Y decidí sincerarme con Theo. Le dije que estaba enamorada de ti. Que hacía un año que habíamos empezado una relación de pareja. Y que jamás podría estar con alguien que no fueras tú. Hablamos durante horas. Muchas horas. Rompí el compromiso y nos pusimos de acuerdo con lo que íbamos a contar a todo el mundo. Después me animó a ir a verte. Dudé, porque tenía miedo de tu reacción. Él dijo que si nuestro amor era tan grande como aseguraba, lo entenderías y me perdonarías.

—Mientes—musito.

Coge aire y continúa hablando.

—Fui a tu casa. Alguien me abrió la puerta y entré. Había un grupo de gente follando en tu salón. Tú estabas en el centro de éste, desnudo. Con una botella de licor en una mano y la otra enroscada en el pelo de una mujer que te chupaba la polla. Me miraste... —solloza de nuevo—. Me miraste, soltaste una carcajada y dijiste: «¿quieres unirte a la orgía, monada, seré el primero en metértela hasta el fondo?». Deseé ser lo suficientemente valiente para quitarme la ropa y comprobar si eras capaz de hacerlo. Volviste a reír a carcajadas y me señalaste: «si no vas a unirte, lárgate, zorra mentirosa». En ese mismo momento, supe que te había perdido, que ya no eras mi amor. Salí de allí con ganas de estrangularte—sorbe por la nariz y suelta el aire—. Llamé a Theodore y le conté lo que había pasado. Nos vimos esa noche y me harté a llorar y maldecirte. Luego, le rogué que me ayudara a ser como tú. Que me enseñara a follar sin sentimientos. Que me ayudara a olvidar... En un principio se negó. Tardé dos días en convencerlo. A partir de ahí, y paso a paso, se fue gestando Lady Rebel. En parte es gracias a ti que...

—¿Intentas culpabilizarme de haberte convertido en lo que hoy eres? Porque si es así, déjame decirte que...

—Tú fuiste el detonante, el culpable fue mi padre.

Bufo con desesperación.

—No creo ni una de tus palabras. Si lo que dices fuera cierto, lo

recordaría, igual que recuerdo el resto. Además, habían pasado ocho meses desde que me partiste el corazón. ¡Ocho meses! ¿Qué esperabas? ¿Que me mantuviera célibe hasta que tú te cansaras de jugar a las parejitas felices? ¿Qué cojones querías de mí?

—Que me perdonaras y me quisieras.

—Ya te quería, Caitlin. Te quería como un condenado. Eras la luz de mis ojos... Respiraba por ti... Vivía por ti... Eras mi puto mundo entero... Mi todo. El perdón hubiera llegado si no te hubieras rendido tan rápido. Si hubieras luchado por mí.

—Maldita sea, es lo que estoy haciendo ahora, ¿no te das cuenta? Te dije que haría lo que hiciera falta para recuperarte y eso he hecho.

—No se recupera al supuesto amor de tu vida a base de mentiras, joder. ¡Así no!

Me froto la cara cansado. Frustrado. Cabreado... Tengo tantas ganas de golpear algo... de soltar toda esta ira... toda la mierda...

—Escúchame por favor, Adrien, lo siento mucho. No quería herirte de nuevo. Tienes que perdonarme. Te quise, te quiero y te querré mientras viva. Perdóname, te lo suplico.

—¡No quiero escucharte más!

—Pero tienes que hacerlo, mi padre...

—¡Ya basta, Caitlin, se acabó!

—¿Adónde vas? No puedes irte y dejarme así. Por favor, Adrien, no lo hagas, no te vayas...

Camino hacia la puerta dispuesto a salir de la habitación.

Me sujeta desquiciada del bajo de la chaqueta y me suelto de un tirón.

Me giro para mirarla por última vez.

—¿No entiendes que no puedo más? ¡No puedo más, joder!

Creía que no, pero me parte el corazón verla llorar sin consuelo.

Aun así, ni puedo ni quiero seguir escuchándola.

Necesito estar solo y pensar.

—¿Y qué pasa con la exhibición?

Sonrío sin ganas.

—Eso es lo único que te preocupa, ¿verdad? La puta exhibición de los cojones.

—No es cierto, yo...

—Este es tu mundo, Caitlin, no el mío. Si tan importante es para ti, abajo tienes a tu sumiso, al de verdad, búscalo y que él te acompañe a esa

mierda.

—Adrien...

No vuelvo la vista atrás cuando salgo de la habitación haciendo oídos sordos a su llanto desgarrador.

Rebeca, Theodore y Preston están en el pasillo.

Paso junto a ellos sin mirarlos.

¡A la mierda con todo!

¡A la mierda con todos!

CAPÍTULO 37



En lugar de ir directamente a casa, me dedico a deambular por ahí. Camino, camino y camino, sin un rumbo fijo. Sin un lugar al que de verdad desee ir. Me encuentro demasiado cansado. Abatido. Hundido... Sin saberlo, tenía la esperanza de que esta vez era la buena. De que esta vez era la nuestra. Nuestro momento de conseguir al fin ser felices juntos. Todo apuntaba a que estábamos cerca de dejarlo todo atrás y empezar de nuevo. Me había hecho ilusiones... Y, al igual que la vez anterior, me ha vuelto a decepcionar. Debí verlo venir y no bajar la guardia. Debí mantenerme firme y no ceder a lo que me provoca estar con ella. A ese deseo irracional de estar con la persona que uno quiere y de ser correspondido. Ese deseo de sentirla... Siempre lo digo y es la pura verdad, soy muy patético en cuanto a Caitlin se refiere.

No tengo remedio.

«¿Ahora qué, Adrien, otra vez a pasar por lo mismo?».

Inspiro con fuerza y el olor a salitre inunda mis fosas nasales.

Miro a mi alrededor. Son cerca de las dos de la madrugada y estoy en medio de una playa desierta. Emocionalmente perdido, otra vez. Ni siquiera tengo fuerzas para seguir cabreado. Creo que todo esto, nuestra historia, me supera. Ella me supera. Me quito los zapatos y los calcetines. Siento la arena fría en los pies y la humedad. Un escalofrío me recorre la espina dorsal. Hay buena temperatura en el ambiente y yo tengo todo el vello del cuerpo erizado. Mi madre diría que todo el cúmulo de emociones y sentimientos me ha dejado destemplado. Puede ser... Sigo caminando sin importarme el destino. Juro que en estos momentos no sé qué hacer con mi vida. Qué pasos seguir... Quedarme en la isla, no es una opción. Y regresar a Londres se me hace muy cuesta arriba.

Sin querer he vuelto a complicarme la existencia.

Qué idiota soy.

Me siento en el suelo y apoyo la espalda en una roca. Suspiro.

Cierro los ojos y vuelvo a repasar en mi mente la discusión con ella. Haciendo hincapié en la parte en la que supuestamente ella fue a mi casa a

pedirme perdón. Volviendo a devanarme los sesos intentando recordar. Nada. Mi mente no parece haber registrado aquel momento. «¿Memoria selectiva?». No me atrevería a decir que no. Como tampoco me atrevería a asegurar categóricamente que ella miente. Ya dije que, en aquella época, mi vida era un caos autodestructivo. Bebía demasiado y consumía ciertas sustancias que me hacían evadirme de mi realidad. Que me hacían seguir adelante, aunque fuera en un ambiente que no era el mío y que no me convenía. También dije a qué dedicaba mi tiempo por aquel entonces y que, era asiduo a hacer reuniones en mi casa que terminaban en auténticas bacanales.

Así que sí, probablemente, uno de aquellos días, ella se presentara en mi casa y yo la humillara y la insultara invitándola a unirse al grupo. Siento vergüenza sólo de imaginar la escena. Siento vergüenza de aquella maldita época. Siento vergüenza de mí mismo, joder.

Sigo con el repaso y, es entonces cuando caigo en la cuenta de algo que dijo y que no le había prestado la atención adecuada. Según ella, yo fui el detonante para que se pasara al mundo de la perversión. Y su padre el culpable. No hay que ser una lumbrera para hacer encajar las piezas. El compromiso fue una pantomima que se vio obligada a aceptar, igual que mi hermano. Esas fueron sus palabras exactas.

Hasta cierto punto, siempre he entendido las normas de las familias ilustres. Esas en las que el primogénito tiene que casarse con quien el progenitor elija para unificar empresas y apellidos destacados.

Algo que por supuesto no comparto en absoluto.

Imagino que, para verse obligada, el señor Smith debía de tener algún problema que sería resuelto al unir en matrimonio a Caitlin y a Theodore, digo yo. ¿Qué puto problema era ese? ¿Qué pasó con él una vez que rompieron el compromiso? Hasta donde yo sé, las empresas de su padre siguen intactas y bien posicionadas... «Si la hubieras dejado hablar ahora lo sabrías, idiota». Sí, pero estaba demasiado cabreado para seguir escuchándola. No podía seguir respirando el mismo aire que ella.

¡Maldita sea, me estaba asfixiando!

El teléfono suena en el bolsillo interior de mi chaqueta, sobresaltándome. Lo ignoro. Vuelve a sonar poco después, insistentemente. Es mi hermano Theodore. Por lo visto, también me han llamado Preston y Rebeca. Y hay mensajes de texto:

Preston: ¿Dónde estás? Coge el teléfono y hablemos.

Rebeca: Adrien, has liado una buena. Estamos preocupados por ti, dinos

dónde estás, por favor.

Theodore: ¡No seas tan cabezota y coge el puto teléfono, Adrien! Tenemos que hablar.

Theodore: Estoy empezando a cabrearme contigo, hermano. Dime dónde demonios te has metido para que pueda ir a buscarte.

Caitlin: ¿Qué tengo que hacer para que me perdones?

No contesto ni a las llamadas ni a los mensajes. Es más, apago el puñetero teléfono para que no sigan molestándome. Lo que menos quiero ahora mismo es escuchar lo que sea que me tengan que decir. Paso. Necesito mi tiempo. Mi espacio. Aclarar la mente. Analizar todo lo que tengo dentro. Lo que he dicho y lo que me he guardado.

Lo que merece la pena y lo que no. Claro que sé que la he liado buena. Pero no ha sido sólo culpa mía. Todo estaba bien, al menos eso parecía, aunque la noche estuviera resultando ser un poco rara.

Si no hubiera aparecido Dimitri, yo estaría jugando en esa habitación con ella sin saber que estaba siendo engañado y manipulado.

Debería de darle las gracias por abrirme los ojos. «¿De verdad crees eso?». «¿Acaso no fuiste tú el que eligió seguir adelante con el contrato tras el nefasto castigo?». «¿En serio te crees manipulado?». «Me parece que estás siendo un poco hipócrita, ¿no?». Engañado sí, manipulado no lo sé..., hipócrita puede que bastante.

Dios, tengo la cabeza hecha un puto lio.

Ya no sé ni lo que siento, joder.

Me pongo en pie y me acerco a la orilla. Me quedo allí durante bastante tiempo. Contemplando el ir y venir de las olas. Centrándome en el relajante sonido del mar. Viendo cómo clarea el cielo al despuntar el alba.

Suspiro.

Creo que ya es hora de regresar.

Son las seis y media de la madrugada cuando el taxi me deja frente a la casa de Theodore. Una buena hora para recoger mis cosas y largarme sin cruzarme con nadie en mi camino. Una buena hora para decir adiós y poner rumbo a cualquier otra parte. Una en la que cada esquina que mire, no me recuerde a ella. «Qué gilipollez, cuando la llevas grabada a fuego en la mente». Suelto el aire retenido en los pulmones y entro. Subo las escaleras con parsimonia. Dios, los pies me pesan como si estuvieran recubiertos de plomo. Qué sensación más aplastante.

Recorro el pasillo con miedo a que Caitlin pueda aparecer en cualquier

momento. No lo hace. Respiro aliviado cuando llego a la puerta de mi habitación. Aunque, si me paro a pensarlo, aún no estoy a salvo del todo. Ella puede encontrarse ahí dentro dispuesta a seguir queriendo salirse con la suya. Inventándose cualquier excusa para que me quede. Miro la puerta con angustia. No quiero volver a discutir con ella. No quiero voces ni reproches. No quiero nada. Ni siquiera verla...

Abro la puerta con cautela.

La habitación está en penumbra y no parece que haya nadie dentro. Aliviado, entro y enciendo la luz. Cojo la maleta del armario y la dejo abierta sobre la cama. A continuación, voy sacando mis pertenencias y las voy colocando en el interior de ésta. Cuando lo tengo todo más o menos organizado, me desvisto para darme una ducha. El agua caliente templará mi cuerpo y elimina parte de la tensión de los músculos. La decepción, la tristeza y algo de rabia, siguen ahí, intactas.

Supongo que de nuevo sólo será cuestión de tiempo que vuelvan al rincón del que no debieron salir. Me enrolló una toalla a la cintura y salgo. Mi hermano, con las manos metidas en los bolsillos, está mirando por la ventana.

Se gira en cuanto me oye respirar con fuerza.

—Tenemos que hablar—dice.

—Márchate.

—Por lo visto el que se va eres tú.

No respondo.

Me acerco a la cama y me pongo la ropa que dejé preparada antes de meterme en la ducha.

—No es mi intención retenerte ni convencerte de nada, Adrien, es tu vida y debes hacer lo que creas conveniente. Pero no dejaré que salgas por esa puerta sin haberme escuchado, al igual que hice yo cuando Rebeca me dejó en Clover House hecho polvo, ¿lo recuerdas? En aquel momento me ayudaste mucho y sigo agradecido por tus palabras.

—Esto no tiene nada que ver con aquello.

—Bueno, tiene que ver con el amor, que para el caso es lo mismo.

Lo ignoro y entro otra vez al baño a recoger los artículos de aseo.

—Caitlin no te mintió—continúa cuando vuelvo a aparecer.

Suelto una carcajada desdeñosa como respuesta.

—Me refiero a sus sentimientos.

—Lo que tú digas...

—Deja de ser tan gilipollas y escúchame, ¿quieres?

—No, no quiero. Vete.

—No me hinches las pelotas, Adrien. Me vas a escuchar lo quieras o no. Así que deja de moverte y préstame atención, joder.

—Al que se le están volviendo a hinchar las pelotas es a mí, Theodore.

—Por favor, no seas tan cabezota, hombre. Sólo serán unos minutos.

Me cruzo de brazos y asiento.

—Adelante, te escucho.

Carraspea para aclararse la voz.

—Empezaré desde el principio, ¿vale?

—Dijiste que sólo serían unos minutos.

Mira al techo y resopla.

—Una tarde recibí la llamada de papá, quería reunirse conmigo porque tenía algo importante que comunicarme. Nos vimos en su despacho de Clover House. Empezó hablándome del deber y todas esas cosas, ya sabes, y luego me soltó el mazazo. Tenía que casarme con Caitlin Smith porque así lo habían decidido él y el señor Smith. Sería un matrimonio por conveniencia, por supuesto.

—¿Por qué?

—Cooper Smith tenía problemas serios con su empresa hotelera.

—¿Qué problemas?

—Se le fue la cabeza jugando en una timba de póker con papá y otros caballeros importantes en nuestro club de Londres. Lo apostó todo en la última mano y ganó papá.

—Eran amigos, ¿no pudo perdonar su estupidez?

—Le perdonó la mitad y después llegaron a un acuerdo. Si Caitlin y yo nos casábamos, papá me daría la otra mitad de la deuda del señor Cooper como regalo de boda. De ese modo, él podría seguir manejando toda la empresa; pero en realidad, esa mitad me pertenecería a mí.

Fue todo muy rápido. En cuestión de días ya lo tenían todo preparado. Y a mí y a ella no nos quedó más remedio que aceptar. Era eso, o que el señor Cooper pasara la vergüenza de ver su fortuna mermar considerablemente, aparte de las habladurías, claro.

—Yo lo hubiera dejado en la puta calle por imbécil.

—Sin duda hubiera sido una buena lección, no te lo discuto, pero ya sabes cómo funcionan las mentes retrógradas de los que siguen viendo las cosas como se veían hace un par de siglos.

Sí, lo sé.

Y aunque me sorprende que el señor Smith hubiera cometido esa locura, la solución egoísta que buscaron, tanto él como mi padre, no me extraña en absoluto.

¡Menudos idiotas!

—Total que, una vez sellado y aceptado el acuerdo—continúa hablando—, llegó el día de anunciar nuestro compromiso.

¿Sabes? En cuanto lo pronunciaron en voz alta, lo primero que hice fue buscarte con la mirada. Siempre pensé que estabas enamorado de Caitlin, de que vuestra amistad era algo más...

Por eso te miré. Lo hice pensando encontrarme una protesta por tu parte, una reacción... no sé, algo.

Si lo hubieras hecho, me hubiera echado atrás, Adrien, pero no lo hiciste, te quedaste callado y luego desapareciste. Entonces creí que, en realidad, ella no era tan importante para ti como suponía.

—¿Por qué no se lo preguntaste a ella?

—Antes de ese día, no nos dejaron vernos. Y en vista de que no parecía haber nada que impidiera nuestra unión, no me pareció relevante indagar en ello. Si ella estaba de acuerdo y a ti no te importaba, ¿qué más daba?

—Ya, claro.

Suspira cansado.

—El resto de la historia ya la sabes, ella te la contó ayer en el Lust. Todo lo que te dijo es cierto. Nunca ha dejado de quererte y, supongo que al igual que tú, nunca hizo nada al respecto porque creyó haberte perdido. Los dos habéis sufrido lo vuestro en esta historia.

—Pareces muy convencido de mis sentimientos por ella.

—Mírame a los ojos y dime que no la quieres.

—En estos momentos no sé ni lo que siento, la verdad.

Sonríe.

—Estás loco por ella, hermano, no hay más que ver cómo la miras. Puedes engañarte a ti mismo, pero no a los que somos testigos de vuestro amor. Serías idiota si ahora la perdieras de verdad por una mentirijilla de nada.

—Eso sólo lo dices porque no estás en mi pellejo.

—Adrien, olvidas que Rebeca se hizo pasar por un caballero en el Libertine para apostar por ella misma. También me mintió y se burló de mí. El amor se trata de eso, de hacer locuras, de aceptar, de perdonar... Tú ya has

hecho dos de esas tres cosas—lo miro sin comprender—. Vamos, no pongas esa cara. Uno: has aceptado que ella es Lady Rebel. Dos: has cometido la locura de aceptar ser su sumiso. Y tres, la única que te falta: perdonarla.

Otro como Preston que siempre tiene razón.

Aun así...

—Son demasiadas cosas, Theo, demasiado daño. No sé si podré hacerlo.

—Es un paso de nada, hermano. No seas cobarde y hazlo.

Niego con la cabeza.

—Necesito tiempo.

—¿Tres años no te parece suficiente tiempo?

—Lo siento, no puedo hacerlo, de verdad que no. Ahora no.

—Está bien, dije que no trataría de convencerte y no lo voy a hacer.

¿Vuelves a Londres?

—Sí, pasaré unos días en Clover House y luego ya veré.

—Llámame cuando llegues.

—Lo haré. Oye—le digo antes de que llegue a la puerta—, ¿qué pasó con la otra mitad de la empresa del señor Cooper?

—Se la compré a papá y luego se la vendí a Caitlin por un módico precio y un puñado de acciones. Ella se la cedió a su padre con la condición de que jamás volviera a interferir en su vida.

—Un buen gesto por tu parte y por la suya.

—Bueno, alguien tenía que arreglar el estropicio.

—No se lo merecían.

—Supongo que no. Tampoco tú merecías sufrir las consecuencias de sus actos y, sin embargo, todos te hicimos daño: papá, el señor Smith, Caitlin y yo. No tendré la conciencia tranquila hasta que os vea juntos y felices, así que, ve, llora en silencio, patatea y despotrica. Cuando asumas que tu sino es ella, volverás a buscarla.

—Yo que tú no estaría tan seguro de eso.

Sonríe.

—Lo harás, Adrien. Lo harás.

CAPÍTULO 38



Caitlin

Esta vez sí que la he cagado.
Lo he perdido para siempre.
Y todo por mi cabezonería.

Cuando presencié aquella sesión suya con Mistress y me di cuenta de lo profundos que seguían siendo mis sentimientos por él, tuve miedo de que pasara precisamente esto, perderle. Por eso se me ocurrió proponerle entrenarle como sumiso para participar conmigo en la exhibición. No lo hice por despecho ni por manipular la situación. Simplemente creí que esa era la única manera de que volviéramos a pasar tiempo juntos, como antes.

Supongo que pensé que, si él aceptaba, y de nuevo conectábamos, no estaría todo perdido. Me equivoqué en la forma de hacer las cosas. Romper el contrato con Dimitri, era un hecho que tarde o temprano llevaría a cabo. No porque no fuera entregado en su papel. Era obediente, complaciente y perfecto. No obstante, el que creyera estar enamorado de mí, era un gran impedimento para continuar.

Lo único que hice, fue adelantar la decisión de rescindir el contrato. De esa manera, yo necesitaría a alguien si quería presentarme a la exhibición y, sabía, por su forma de ser, que, si se lo proponía a Adrien, no me diría que no.

Principalmente porque había prometido estar ahí siempre que lo necesitara. Con lo que no contaba era con que él ya no quería saber nada de mí y empezaba a pasar página de verdad. Lo siento, pero no podía dejar que desapareciera de mi vida sin demostrarle lo arrepentida que estaba y lo mucho que seguía queriéndole. Lo sé, no debí mentir.

No debí decirle que Dimitri había tenido un accidente. Decirle la verdad hubiera significado no tener ni la más mínima oportunidad con él.

Y eso no podía ser.

Ni siquiera me echó atrás que él aceptara con el único propósito de

odiarme. Tampoco lo hizo que continuamente me desafiara buscando un castigo. Podía lidiar con eso sin problema no cediendo a lo que sus acciones pedían. Era pan comido para mí. Hice todos los cambios que creyó convenientes en el contrato, sin protestar. Estaba dispuesta a todo con tal de tener esa oportunidad. Con lo que no contaba, era con verlo con otras mujeres y lo que eso me provocaba. Un dolor tan profundo que me partía en dos. Unos celos tan irracionales que llegaron a cegarme de tal manera, que descargué mi furia en su cuerpo dejándolo lleno de cardenales. Jamás olvidaré lo que hice. Jamás se borrará de mi memoria el asco en su mirada. Su rabia. Su impotencia. Jamás me perdonaré por hacerle tanto daño. Por ser la causante de su dolor.

No sólo en la sesión, sino en general.

Sim embargo, aquel castigo tuvo unas consecuencias que en la vida imaginé, y todo cambió entre nosotros, para bien. Hablábamos, reíamos y hacíamos el amor como antes de destrozarle la vida. Volvíamos a ser los mismos de entonces y eso hizo surgir la esperanza en mí, otra vez. Estaba segura de que esta vez todo saldría bien. Que esta vez era la definitiva y que, por fin, podríamos ser felices juntos. Aún teníamos una conversación pendiente y, aunque tenía miedo de su reacción, estaba segura de que su amor sería más fuerte y me perdonaría por todo. Cada día a su lado, cada momento compartido, era un paso más en el camino a nuestra felicidad. Por eso traté de alargar el máximo tiempo posible el momento de hablar del pasado. Para afianzar más lo que ambos sentíamos.

Pero tuvo que aparecer Dimitri y estropearlo todo...

Lo sé, la culpa no es de Dimitri. La culpa es sólo mía por no hacer las cosas bien. Por creer que mentir me ayudaría. Adrien tiene razón, no se recupera al amor de tu vida a base de engaños. Merezco que me odie. Merezco que no quiera volver a verme ni a saber de mí. Merezco su desprecio.

Aunque duela. Aunque eso me destroce por dentro y no me deje respirar. Aunque eso me hunda en la miseria de seguir viviendo sin él. Mi castigo será seguir amándolo mientras viva sabiendo que nunca seré correspondida.

Me lo he ganado a pulso.

No merezco su amor.

Me limpio las lágrimas al escuchar unos golpes quedos en la puerta.

—Pasa—musito.

Es Rebeca.

Estoy aquí en su casa desde anoche.

—¿Cómo estás?

Se sienta a mi lado, junto a la ventana.

—Hecha una mierda—me limpio las lágrimas—. Lo he perdido, Rebeca. Soy tan estúpida...

—No digas eso.

—Es la verdad.

—Todo se solucionará, ya lo verás.

—¿Cómo, si no dejo de hacerle daño? No hay perdón para mí, amiga mía.

—No seas tonta, claro que lo hay. Siempre lo hay.

Sollozo y me dejo abrazar por ella.

—¿Habéis sabido algo de él?

—No. Preston dice que lo ha buscado en cada garito de la isla. Y Theodore dijo que tarde o temprano aparecería, por eso de madrugada se ha ido a esperarlo a casa.

—Estoy preocupada...

—Seguro que está bien.

—No, no lo está. Mi última puñalada sangrará durante mucho tiempo, Rebeca. Me moriría si de nuevo lo viera perder el norte. Si volviera a beber como un cosaco y a consumir drogas, no me lo perdonaría nunca.

Su abrazo se vuelve más apretado.

—No lo hará.

—Ojalá yo pudiera estar tan segura como tú.

—Supongo que es la costumbre de pasar por situaciones como esta la que me hace ser tan positiva y segura.

Sonrío sin ganas.

—¿La costumbre?

—Oh sí, primero fue con mi amiga Olivia y Daniel. Luego, mi hermano Oliver y Sheila. Después, pasé por la propia: Theodore y yo—suspira—. ¿Y sabes qué? —niego con la cabeza—. Todos estamos felizmente casados. Con nuestros más y nuestros menos, pero felices. No dudo de que contigo y Adrien será igual. Te apuesto lo que quieras...

—¿De veras lo crees?

—Estoy convencida de ello. ¿Por qué no te das una ducha y luego tratas de dormir un poco?

—No tengo ropa limpia que ponerme. Y tampoco tengo sueño.

—Necesitas descansar, Caitlin, y por la ropa no te preocupes, te prestaré lo que necesites.

Claudico y la sigo al enorme baño de la habitación de invitados. Me siento en un taburete que hay junto a la bañera y, dejo que sea ella la que me prepare el baño. Una vez que el agua sale caliente, Rebeca vierte sales y espuma en ella. «He pensado que te ayudaría más un buen baño relajante». Luego, se va dándome la intimidad que necesito, prometiendo dejarme sobre la cama todo lo necesario.

Ahogo una exclamación cuando me meto en la bañera y el agua me cubre todo el cuerpo hasta el cuello.

Está demasiado caliente para mi gusto, pero lo necesito para entrar en calor.

No me había dado cuenta de hasta qué punto el frío me calaba hasta los huesos.

Cierro los ojos y suspiro. «La has cagado, Caitlin. La has cagado, pero a base de bien». Debí de escuchar a Preston cuando me dijo que no lo hiciera. Cuando me advirtió de que podía ser peor el remedio que la enfermedad, pero estaba tan desesperada... Lo convencí para que me ayudara asegurando que lo último que quería era volver a hacerle daño a Adrien... «Te lo dije», fueron las primeras palabras que salieron de su boca anoche cuando, por un momento, nos quedamos solos en aquella habitación.

Estaba cabreado conmigo y lo entiendo. Por mi culpa estaba metido en medio de todo y corría el riesgo de perder su amistad con Adrien. Ojalá pudieran, ambos, perdonarme algún día. Ojalá yo pudiera perdonarme algún día por todos los errores cometidos.

Como un autómatas me lavo el pelo y me enjabono el cuerpo. Como un autómatas salgo de la bañera y me seco. Y también como un autómatas, me pongo la ropa que Rebeca me ha dejado a los pies de la cama. Lo último que recuerdo antes de quedarme dormida, es el llanto desgarrador que me atenazaba la garganta impidiéndome respirar. La angustia y el dolor de tener la seguridad de haber perdido para siempre al amor de mi vida.

Me despierto igual que me dormí. Encogida y con la cara empapada en lágrimas. Tengo el cuerpo dolorido y la cabeza me estalla. Poso los ojos en la ventana y me incorporo sobresaltada al comprender que he dormido varias horas porque está atardeciendo.

¿Cómo ha sido posible si ni siquiera tenía sueño? Aparto la sábana a un

lado y me levanto. Dios, estoy hasta mareada y creo que tengo ganas de vomitar.

Ni que tuviera la peor resaca del mundo. Busco mi teléfono con la esperanza de que Adrien haya contestado al mensaje que le envié anoche.

Sollozo de nuevo al comprobar que no lo ha hecho. Me encierro en el baño y me miro al espejo, sólo para cerrar los ojos al segundo siguiente. Mi aspecto da puta pena. Yo doy pena. Odio sentirme así. «Pues haz algo, maldita sea. No te quedes encerrada en este apartamento lamentándote, cuando sabes que él está en casa de Theodore y aún puedes suplicar que te perdone». Mi interior se agita con ese pensamiento y esa pequeña posibilidad.

Tardo un suspiro en vestirme, peinarme y calzarme.

—¡Rebeca! —grito saliendo de la habitación—. ¡Rebeca!

—Estamos en el salón, Caitlin—responde.

—Rebeca, voy a ir a casa de Theodore, necesito ver a Adrien, debo intentar hablar con él. No puedo...

Me quedo parada en el quicio de la puerta al ver las caras de Theodore, Preston y la propia Rebeca.

El estómago se me contrae.

—¿Qué ocurre? ¿Qué le ha pasado a Adrien?

—Siéntate, Caitlin—me dice Theodore.

Lo hago sin ser consciente de ello.

—¿Lo has visto? ¿Has hablado con él?

—Lo he visto y he hablado con él.

—Llévame a tu casa, tengo que explicarle...

—Se ha ido, Caitlin.

El alma se me cae a los pies.

—¿Cómo dices?

—Se ha marchado esta mañana.

—¿Se ha... ¿Se ha...? —Todos asienten—. ¿Adónde?

—Ha regresado a Londres.

De nuevo las lágrimas empañan mis ojos.

—¿Pero no dices que has hablado con él?

—Sí, y lo he hecho, pero necesita tiempo, Caitlin. Está muy dolido.

—Se ha ido... —musito entre sollozos.

—Tienes que entenderlo, Caitlin, se siente traicionado por todos.

Rebeca se sienta a mi lado y me abraza.

—Volverá—asegura.

La miro.

—No, no lo hará.

—Claro que sí—exclama Preston—. Él te quiere, nunca ha dejado de hacerlo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo dijo el día que supo que eras Lady Rebel. Estaba borracho como una cuba y ya sabes el dicho de los borrachos, siempre dicen la verdad.

Ojalá eso fuera cierto, pero no lo creo.

—Le he contado el motivo de que aceptáramos el compromiso, espero que no te moleste.

Niego con la cabeza.

—Al menos a ti te ha escuchado. A mí me dijo que no podía más—susurro—, por eso estoy convencida de que todo se ha acabado entre nosotros. Está harto de mí. De mis mentiras. De todo. Y lo comprendo...

—Hay algo más.

Miro a Preston con miedo.

—Siento ser yo el que lo diga, pero, esta noche es la recepción de bienvenida de la exhibición y...

«Mierda, me había olvidado de ello».

—... Tienes que tomar una decisión respecto a tu participación en ella.

Las últimas palabras de Adrien, antes de abandonar la habitación en el Lust, me retumban en los oídos.

«Este es tu mundo, Caitlin, no el mío. Si tan importante es para ti, abajo tienes a tu sumiso, al de verdad, búscalos y que él te acompañe a esa mierda».

—¿Qué vas a hacer?

Lo medito durante unos minutos bajo la atenta mirada de los tres.

Finalmente respondo.

—Llama a Dimitri, dile que esté en el Libertine dentro de dos horas.

—¿Estás segura?

—En mi vida había estado tan segura de algo, Rebeca—Preston sale con el teléfono pegado a la oreja—. ¿Te importa si hablo con tu marido a solas?

—Para nada.

Miro a mi amigo del alma en cuanto nos quedamos solos y comienzo a hablar.

Su gesto se va transformando con cada una de mis palabras y asiente.

No esperaba menos de él.

CAPÍTULO 39



Adrien

Sólo llevo veinticuatro horas en Clover House y ya estoy arrepentido de no haberme quedado en mi apartamento de Londres. Mi madre no me ha dejado en paz desde que llegué. Primero con los reproches: «Adrien James, has estado en Ibiza dos meses y no has tenido la decencia de llamarnos ni una sola vez. ¿Es que tu familia no te importa?». «Ten hijos para esto, para que se olviden de uno a la menor oportunidad».

Luego las preocupaciones: «Adrien, estás más delgado, ¿no te han dado de comer en esa isla?». «Dime qué te pasa, hijo, pareces triste». «¿Has vuelto a discutir con tu hermano? ¿Es eso?». «Me tienes muy preocupada, hijo, ya no sé qué hacer para que confíes en mí». Pude responderle que, si estaba así, era gracias a mi padre y a su mente retrógrada. Evidentemente me callé y apenas contesté con monosílabos y evasivas. Demasiado tengo encima como para buscar más conflictos que ya no vienen al caso.

Ya no merece la pena.

Mi padre también ha intentado que me abriera a él. Fue anoche, después de cenar. Me pidió que lo acompañara al despacho y me tomara con él una copa de brandy. Me negué.

No me apetecía nada estar en su compañía. Sobre todo, después de tener la certeza de que tanto él como el padre de Caitlin, eran los principales culpables de mi desgracia.

Sí, lo sé, también de la de ella. Ahora lo tengo claro. Los dos hemos sido los peones en una jugada de dos hombres que no han evolucionado con el paso del tiempo.

Ahora entiendo perfectamente todo lo sucedido. Ahora sé que ella también ha sido una víctima más.

Que ha sufrido con todo esto tanto o más que yo mismo.

No debí irme de la isla.

Sólo he necesitado veinticuatro horas lejos de ella para comprender todo

lo que había sido capaz de hacer por mí. Para recuperarme. Para que la perdonara. Todo lo que ha tenido que pasar desde el minuto uno. Y, aun así, estaba decidida a apostar por lo nuestro sin importarle nada más. Llegando a accidentar al pobre Dimitri con tal de que pasara tiempo con ella. Si eso no es amor, ¿entonces qué lo es? Fui un necio cegado por la rabia, el hastío y el engaño. No fui capaz de ver lo que era realmente importante: que ella me quiere.

Y yo la quiero a ella.

«¿Qué cojones hago aquí?».

Enciendo el portátil y busco en la agencia de viajes habitual un vuelo que me lleve de regreso a Ibiza. No hay ningún billete disponible hasta el mediodía de mañana. Miro el reloj. Hago la reserva y bajo al despacho de mi padre para imprimir el billete. Espero que pueda perdonarme el haberla dejado sola el primer día de la exhibición. Aunque supongo que Dimitri estará con ella... Pensar en eso hace que los celos se me disparen como flechas. La culpa es mía, por haberme largado.

No tengo derecho a pedirle explicaciones. Fui yo quien le dije que, si tan importante era para ella que lo buscara. No, no tengo ningún derecho a hacer y decir nada al respecto.

Guardo en el bolsillo interior de la chaqueta el papel impreso y me dirijo a la puerta. Antes de que me dé tiempo a salir, entra mi hermana Alison.

—Hola, hermanito—saluda—, mamá me dijo que te encontraría aquí en el despacho.

Enarco una ceja.

—No me digas que me buscabas...

—Pues sí.

—¿Y cómo sabías que estaba aquí en Clover House?

—Ella me lo dijo. ¿Estás ocupado?

—No.

—Genial.

—¿Genial?

La miro suspicaz.

—Sí porque quiero que me acompañes a Dover.

—¿Y eso por qué?

—¿Tengo que tener algún motivo especial para pasar el día con mi hermano?

Sonrío de medio lado.

—Alison, llevo intentando hablar contigo toda una semana y has ignorado todas mis llamadas. ¿Qué quieres en realidad?

—Ya te lo dije, pasar el día contigo.

Me cruzo de brazos.

—Alison...

—Está bien, mamá me dijo que no estabas bien y se preocupa por ti. Y no me extraña, has adelgazado y tienes ojeras. Todo indica que tienes mal de amores.

—Hablando de amores... ¿Quién es el padre de mi futuro sobrino?

Pone los ojos en blanco.

—Ni siquiera me has felicitado por mi próxima maternidad y ya me estás interrogando. Los hombres de esta familia no tenéis remedio.

—Tenemos derecho a saber quién es, ¿no te parece?

Imita mi postura.

—¿Vas a venir conmigo a Dover?

—¿Vas a hablarme de él?

—¿Y tú de ella?

Ahora soy yo el que pone los ojos en blanco.

—Vamos anda, de todos modos, no tengo nada mejor que hacer...

Mi hermana conduce hasta Dover. Dice que prefiere hacerlo ella porque si no se marea. No termino de hacerme a la idea de que dentro de unos meses vaya a ser madre.

Una vez en la ciudad, elije una cafetería muy mona que hay a pie de playa y nos sentamos en la terraza. Pedimos unos cafés y guardamos silencio durante unos minutos.

—Bueno, Adrien, ¿vas a cotarme lo que ha pasado ahora con Caitlin?

Directa al grano, así es Alison.

—¿Cómo sabes que se trata de ella?

Remuevo el café y la miro curioso.

—¿Porque soy mujer y tengo un sexto sentido? ¿Porque siempre he sabido que estabas loco por ella? Venga, no me mires así, sabes que estoy en lo cierto. Además, disimulabais fatal cuando estabais juntos. Era demasiado evidente...

—Pues ha debido de serlo sólo para ti.

—Ya te lo dije, es por mi sexto sentido.

—Claro.

—Vamos, cuéntamelo todo. Quiero saber por qué mi hermano sufre

desde hace tres años y no hizo nada al respecto.

Empiezo a hablar sin darme cuenta de la necesidad que tenía de desahogarme con alguien. De un café pasamos a dos. Y a tres. Y luego, mientras yo sigo relatando mi historia, nos dirigimos al castillo medieval, el rincón favorito de mi hermana aquí en Dover.

—Pero tú la quieres, ¿no?

Contemplo la espectacular panorámica que tengo frente a mí. Estamos al pie de uno de los muros que rodea el castillo. De fondo, el mar en calma.

—Con toda mi alma—respondo al fin.

—¿Y entonces por qué estás aquí y no en Ibiza con ella?

—Porque soy idiota, Alison, y un ciego.

—¿De verdad no sabías que Caitlin era Lady Rebel?

—¿Tú sí?

—Por supuesto, es muy conocida en el mundo del BDSM.

—No me jodas que formas parte del grupo de los pervertidos.

Suelta una carcajada.

—No soy asidua, pero alguna vez me he dejado caer en alguna de las reuniones. Por lo visto, a esta familia le va ese rollo...

—Oh, no, a mí no me mires, yo paso.

—Si tú lo dices, no seré yo quien te diga lo contrario. Aunque tengo la sensación de que te mientes a ti mismo y sólo tratas de convencerte de ello. Además, si vas a estar con ella, ya sabes...

Sí, lo sé. Ella es Lady Rebel, la mejor dominatrix de Europa y, puede que, dentro de unos días, la mejor del mundo.

—¿Vas a dejar que otro sea su sumiso?

No necesito pensar la respuesta.

—¡Ni de coña!

—Ahí lo tienes. Te va este rollo, hermanito, no lo niegues.

—Me va ella. Estoy enamorado de ella y, si su trabajo consiste en participar en exhibiciones pervertidas, será un placer hacerlo con ella.

Comemos en un restaurante muy pintoresco que hay cerca de la zona medieval. Durante la comida, seguimos hablando de mí y de Caitlin. De nuestra relación pasada y de la que nos ocupa en estos momentos. La verdad que me encuentro muy cómodo hablando con ella. No recuerdo cuándo fue la última vez que Alison y yo estuvimos así, compartiendo nuestras intimidades. Bueno, en realidad sólo hablo yo, porque, lo que es ella, de lo suyo no suelta ni palabra. La encuentro más madura. Más relajada. Incluso me atrevería a

asegurar que feliz. Pasó por un duro trance hace un tiempo y me alegra mucho ver que lo está superando.

—¿Entonces te vas mañana? —pregunta de camino a la espectacular cascada del Jardín de Pines.

—Me hubiera ido hoy mismo, pero no tenía billete así que...

Suspira.

—Qué pena que me pierda vuestro reencuentro.

—Vente conmigo, así también verás a Theodore y a Rebeca.

—No puedo. Mañana tengo la primera cita con el tocólogo.

—¿Tocólogo?

—Sí, es el médico que se encargará de controlar mi embarazo, pruebas, ecografías..., ya sabes.

—Lo siento, no estoy muy familiarizado con ese tema.

Ríe y me hace una señal para que me siente en un banco junto a ella.

—No voy a decirles quien es el padre, Adrien—musita.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de algo?

—No.

—¿Entonces?

Pasan varios minutos antes de que se decida a responder.

—Mira, me acosté con alguien hace unas ocho semanas. Fue un calentón, ¿entiendes?

—¿Y por qué no usasteis preservativo?

—Te acabo de decir que fue un calentón, no nos acordamos del método anticonceptivo. Cuando nos dimos cuenta era demasiado tarde. Aunque tampoco me preocupé mucho porque tomo la píldora desde hace tiempo. No obstante, se ve que los antibióticos que había tomado recientemente, para un fuerte resfriado, anularon el efecto de ésta.

—Joder, lo siento.

—No lo sientas, Adrien. Desde que sé que estoy embarazada me siento genial. Tranquila. Animada...

Asiento.

—¿Y él?

Se queda pensativa.

—Él ni siquiera vive en Londres.

—¿No piensas decírselo?

—¿Para qué? Tiene su vida en otra parte, Adrien, no quiero complicársela. Además, ni siquiera me cae bien.

—¿Entonces por qué te acostaste con él?

Sonríe.

—Joder, porque está buenísimo, y en aquel momento me apetecía.

—Alison, tiene derecho a saberlo.

—Es mi decisión y, os guste o no, debéis respetarla.

—Sabes que tarde o temprano averiguaremos su identidad, ¿verdad?

Me mira consternada.

—Eso es lo que me preocupa, que no lo dejéis estar...

—Bueno, lo importante es que tú estés bien.

—Lo estoy.

Me abraza con fuerza, como cuando era pequeña y se metía en mi cama a ver una película de dibujos.

—No estás sola en esto, enana.

—Lo sé. El bebé tendrá la misma suerte que yo al formar parte de esta familia.

Nos quedamos allí un buen rato. Contemplando la caída del agua. Disfrutando de la tranquilidad del lugar.

Para cuando regresamos a casa, son pasadas las once de la noche.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunta.

—Pues darme una ducha, recoger mis cosas y quizá leer un poco. ¿Por qué, tienes algún otro plan?

Se muerde los labios.

—Ve al invernadero.

—¿Al invernadero? —inquiero extrañado—. ¿Para qué?

Me mira risueña.

—Tú sólo ve.

—Pero...

—¡Ve!

El estómago me da un vuelco.

Salgo por la puerta de atrás y recorro el sendero que me lleva directo a mi rincón favorito del universo.

Me gustaría decir que lo hago con toda la parsimonia del mundo, pero estaría mintiendo. La mano me tiembla cuando la acerco al pomo de la puerta. El corazón me late desenfrenado cuando veo el resplandor de luz. «No puede ser...». Doy los últimos pasos con el vello de la nuca erizado y los nervios instalados en el jodido estómago. Contengo la respiración cuando paseo la mirada por mi rincón: cojines desperdigados por el suelo; montones

de velas, metidas en frascos de cristal, repartidas por todas partes. La música suave, envolvente. Igual que aquella vez... Nuestra primera vez.

—Hola—saluda con voz contenida.

Caitlin, mi pequeña gran mujer, está observándome con cautela desde la cristalera más alejada. Lleva un vestido sencillo de color verde botella. El pelo suelto, voluminoso. Sus preciosos ojos azules brillan. Sus labios, apetecibles, curvados ligeramente hacia arriba en una tímida sonrisa. Tengo ante mí a la mujer más hermosa del planeta.

Sólo para mí.

Mía.

—Hola—susurro.

Se retuerce las manos. Está nerviosa.

Confieso que yo también.

Doy un paso hacia ella y ella hacia mí.

—Siento haberte hecho esta encerrona, pero necesitaba tenerte entretenido.

Sonrío.

—Yo no lo siento, en absoluto.

—Sé que le dijiste a Theodore que necesitabas tiempo, pero...

—Ya hemos perdido demasiado—termino por ella.

—No podía quedarme allí esperando. No cuando lo único que realmente me importa está aquí, por eso me he borrado de la exhibición y he roto definitivamente mi contrato con Dimitri.

Todo dejó de tener sentido para mí cuando supe que te habías ido. Y aquí estoy, supongo que quemando mi último cartucho—se aprieta los dedos de las manos—. Adrien, no puedo perderte.

Eres el hombre más maravilloso del mundo y, yo he tenido la suerte de que te enamoras de mí siendo una niña. Me has cuidado desde entonces. Me has hecho reír... Contigo descubrí lo que es ser amada. Nuestro primer beso fue en ese rincón de ahí. Y aquí, justo donde estoy ahora, hicimos el amor, también por primera vez. Has sido y eres mi todo. Te quiero con todo mi ser. Por favor, te lo suplico, dame la oportunidad de demostrarte que todo lo que digo, lo que siento, es verdad.

Me acerco un poco más y estiro las manos, ahuecando con ellas su cara, y acariciando con los pulgares sus mejillas.

—Caitlin, creo que ya has hecho demasiadas demostraciones, no

necesito ninguna más. Te creo cuando dices que me quieres porque, sólo una mujer enamorada, sería capaz de hacer todo lo que tú hiciste—clavo la vista en sus ojos—. Intenté con todas mis fuerzas odiarte y, lo único que conseguí, fue quererte mucho más—sonríó—. Dicen que en la vida todos tenemos un sino y tengo claro que el mío eres tú.

Nunca he dejado de amarte, ni siquiera cuando más cabreado estaba contigo. ¿Cómo hacerlo, si eres mi puto mundo entero? Te amo más que a mi vida, pequeña. Desde siempre, y para toda la eternidad.

Sus lágrimas rozan las puntas de mis pulgares y se las limpio.

—Dime que no estoy soñando y que esta vez es la buena—gimotea.

Inclino la cabeza y deposito un beso tierno en sus labios.

—No estás soñando, mi amor. Y sí, esta es la definitiva, te lo prometo.

Nos fundimos en un beso lento que me pone los pelos de punta y me enciende la sangre. Nos quitamos la ropa, redescubriendo nuestros cuerpos. Saboreamos cada parte de nosotros, con avidez. Nos acariciamos como si nunca lo hubiéramos hecho. Y nuestros cuerpos se funden en uno, como si fuera la primera vez. Con las respiraciones agitadas.

Gimiéndonos en los labios. Enredándonos en nuestras miradas. Sintiéndonos con cada partícula de nuestras almas. Acompasando nuestras caderas al movimiento del otro, catapultándonos al mejor de los orgasmos que hayamos tenido en nuestras vidas.

Bastante rato después, ya con las respiraciones relajadas, susurro:

—Tenía reservado un billete para ir a buscarte.

—¿De veras?

—Sí. Al llegar aquí me di cuenta de lo estúpido que había sido al marcharme. Te eché de menos desde el minuto uno. Me bastaron unas pocas horas para comprender que lo único importante era nuestro amor y que sería un idiota si volvía a perderte.

Me besa con fuerza y ríe.

—Pues lo siento, me adelanté.

—¿Cómo conseguiste engatusar a mi hermana para que me distrajera?

—No fui yo, fue Theodore. Él se encargó de hablar con ella. Y también hizo que tus padres fueran a pasar la noche fuera.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Preston removi6 cielo y tierra para conseguir las entradas de un musical que tu madre se moría por ver. Y Rebeca se encargó de gestionar mi pasaje y todo lo demás.

—Tendré que darles las gracias a todos.

—Adrien, no le guardes rencor a Preston, sólo lo hizo por ayudarnos.

—Lo sé, es un buen tío.

—Igual que tú.

—Yo soy mejor.

—Estoy de acuerdo.

Cierro los ojos y disfruto del recorrido de sus dedos en mi antebrazo.

—Te quiero, grandullón.

Sonrío.

—Y yo a ti, pequeña.

EPÍLOGO



Dos semanas después

Podría gritar a los cuatro vientos que estas dos últimas semanas he sido el hombre más feliz del universo junto a la mujer de mi vida.

No obstante, como aún me queda algo por hacer, para que mi felicidad sea completa, prefiero callármelo hasta entonces. Hoy se celebra el picnic anual aquí en Clover House y vendrá todo el mundo a pasar el día en familia.

Con todo el mundo me refiero a mis padres, por supuesto; mi hermana Amber y su marido Albert, Theodore con Rebeca, Alison y su imperceptible tripita de embarazada; el señor y la señora Cooper con Caitlin; Preston, Luis, que por cierto ya está trabajando en el Libertine con mi hermano, y unos pocos amigos de la familia. Mila no ha querido venir, sigue enfadada por la dimisión de Luis en el Lust. Total, que, dentro de nada, la casa estará llena de gente y yo necesito hacer ese algo antes de que todos estén pululando por aquí. Y como tengo poca paciencia y el tiempo vuela, he citado a mis padres en el despacho de mi progenitor para hablar con ellos. Quiero hacer lo correcto y pedirles su bendición.

Aunque en realidad no la necesito porque lo haré de todos modos. Aun así, respetaré las normas y los malditos formalismos.

Me siento nervioso, ansioso.

No puedo quedarme quieto en el mismo lugar y me muevo por el despacho con un nudo en el estómago. Mis ojos vuelan por las estanterías, contemplando los recuerdos familiares que las adornan: fotografías, trofeos y figuritas de porcelana.

Y de repente, me quedo clavado en el suelo al fijarme en algo en lo que no había reparado hasta ahora: una perfecta colección de botones del ejército americano que está meticulosamente colocada en una pequeña vitrina.

«¡Vaya!».

—¿Te gustan? Pujé por ellos en una página de internet.

Me giro y descubro a mi padre justo detrás de mí.

—Relics.com—digo—, pagaste por ellos dos mil libras, si no me equivoco.

—¿Y tú cómo demonios lo sabes?

—Porque esa página es mía.

Sus ojos se agrandan por la sorpresa.

—¿Hablas en serio?

—Totalmente.

—¿Y por qué nunca me lo dijiste?

—Porque sabía que te avergonzarías...

—Yo nunca me avergüenzo de mis hijos. Al contrario, estoy muy orgulloso de todos vosotros, Adrien.

—Querías que formara parte del legado familiar. Te cabreaste cuando me negué.

Resopla.

—Pero eso no significa que no esté orgulloso de ti. Te has labrado tu camino y eso es digno de mi más absoluto respeto.

—Gracias. ¿Cómo la descubriste?

—Tu madre, ella me dijo que le echara un vistazo.

—No tenía ni idea de que a mamá le gustara navegar por la red.

—Te sorprenderías de la cantidad de cosas que le gustan a tu madre, hijo.

—¿Hablando de mí, querido esposo?

Mi madre entra como un vendaval en el despacho y le da un beso en la mejilla a mi padre.

—¿Sabías que la página esa de internet que tanto te gusta es de tu hijo?

Ella sonríe y me guiña un ojo.

—Una madre siempre lo sabe todo de sus hijos.

—¡Mujeres! —rezonga papá por lo bajo.

Me río.

—¿No vas a contarnos cómo lo supiste, mamá?

—No, se dice el pecado, pero nunca el pecador.

—Venga... —insisto.

Niega con la cabeza y se sienta en uno de los sofás, tiesa como un mástil.

—Dímelo—insisto de nuevo.

Papá suspira.

—Si una mujer dice no, es no, hijo. Tenlo presente siempre.

Curtis, el mayordomo, entra portando una bandeja con una tetera, tres tazas con sus respectivos platillos y unas pastas. Lo coloca todo en la mesita central y se dispone a servirlo.

—Ya lo hago yo, Curtis—lo interrumpe mamá—, gracias.

—Como guste, señora.

Hace una perfecta inclinación de cabeza y nos deja solos.

—¿Y bien? ¿Qué es eso tan importante que tenías que hablar con nosotros? —indaga mi padre vertiendo unas gotas de leche en su té.

Me aclaro la voz.

—Como ya sabéis, Caitlin y yo estamos enamorados...

—Era un secreto a voces—murmura mamá cortándome—. Adelante, continúa.

Sonrío.

—Como iba diciendo, Caitlin y yo estamos enamorados y, bueno, aprovechando que sus padres vienen al picnic anual, me gustaría reunirme con ellos y pedirles la mano de su hija. Quiero casarme con ella cuanto antes.

Se miran entre sí con caras de circunstancia.

Esas miradas no me gustan un pelo.

—¿Qué pasa?

—Verás hijo—papá carraspea—, creo que eso no va a ser posible.

Aprieto los dientes.

—¿Por qué no?

—Se te han adelantado—musita mamá sobre el borde de su taza de té.

El corazón se me paraliza.

Me mareo y lo veo todo borroso.

Creo que ahora sí me está dando un infarto.

—¿Cómo que...? —me falla la voz—. ¿Cómo que...?

—Anoche nos llamaron los Cooper, querían hablar con nosotros urgentemente—explica mi padre—. Tu madre y yo nos asustamos y fuimos a su casa de inmediato. Nos estaban esperando en el salón, los tres. Caitlin parecía nerviosa, hijo. Y bueno...

—Por el amor de Dios, August, no des rodeos y díselo de una maldita vez, ¿no ves que está a punto de darle un síncope?

—¡Habla! —rujo.

—Caitlin nos pidió tu mano, y aunque no estoy muy de acuerdo porque eso le corresponde hacerlo al hombre, le hemos dicho que sí.

Me atraganto al coger una bocanada de aire.

Estallo en carcajadas.

—Ella... Ella...

—Sí, hijo, sí, ella se te ha adelantado.

—Joder, casi me matáis de un susto. Por un momento pensé que...

—La historia se repetía—concluye mi madre por mí.

—Lo sabes todo, ¿verdad, mamá?

Asiente y mira a mi padre.

—¿No tienes nada que decirle a tu hijo, August?

—Siento haberte hecho pasar por este calvario, hijo. Al contrario que tu madre, yo nunca me entero de nada. Si hubiese sabido cuáles eran tus sentimientos por Caitlin, jamás hubiera concertado un matrimonio entre ella y tu hermano.

Espero que algún día puedas perdonarme.

En ese momento, me doy cuenta de que mi padre es un hombre mayor que ha sido educado estrictamente. No puedo culparlo por actuar como le han enseñado, ni por tener creencias que son obsoletas para mí.

Me acerco a él y apoyo una mano en su hombro.

—Ya lo he hecho, papá. Ya te he perdonado.

Su mano presiona la mía con cariño.

A mamá se le escapan las lágrimas.

—Tienes nuestra bendición para casarte con la pequeña Smith, hijo.

Abraza a ambos y beso la mejilla de mamá.

—Gracias.

—Anda, ve a ponerte guapo, tu futura esposa está a punto de llegar y no querrás que te vea con esas pintas.

—Como si eso fuera importante, mujer...

—Tú a callar, viejo gruñón.

Les dejo entretenidos con sus pequeñas pullas y subo a mi habitación.

Juro que hace un momento he estado a punto de morir pensando que el señor Cooper la había vuelto a cagar, y había concedido la mano de su hija a un puto mindungui. Ahora me da la risa, pero joder, las he pasado canutas ahí abajo.

Me desvisto y me meto en la ducha.

Al hacerlo, me fijo en las marcas que han dejado las correas que Caitlin utilizó anoche para someterme. Las tengo en los tobillos y las muñecas. Hemos comenzado con las sesiones de sumisión esta semana, después de

regresar de Ibiza. No, no participamos en la exhibición, porque ella ya se había retirado de ésta, aun así, no nos la perdimos. Mistress fue la ganadora.

El próximo año lo será mi futura esposa, y yo estaré a su lado. Mi contrato de sumisión se ha roto. Ahora lo hago por voluntad propia.

Como también he dejado, por voluntad propia, que me marque. Me ha regalado una pulsera que en el mundo del BDSM indica que soy de su propiedad. Me importa una mierda que todo el mundo lo sepa, es la verdad.

Le pertenezco en cuerpo, mente, alma y corazón. Me gusta estar rendido a sus pies. Para qué vamos a engañarnos, me gusta que me dé caña. Me esperan muchos días de entrenamiento para estar a su altura, pero lo conseguiré. No tengo ninguna duda de ello. Y más teniéndola a ella como ama y señora.

Quiero con locura a esa mujer.

Cuando vuelvo a bajar, ya hay un montón de invitados pululando por el jardín. Oteo el ambiente: mis padres hablan con un grupo de gente; Rebeca y Luis ríen por algo que mi hermano les está diciendo; Alison y Preston, un poco más apartados, parecen enfrascados en una conversación. No tenía ni idea de que esos dos eran amigos. De hecho, creo que es la primera vez que los veo juntos. Mi hermana Amber y su marido, cuchichean con una pareja que no conozco de nada.

También distingo a los Smith entre el grupo de personas que rodean a mis padres. Parecen contentos. A quien no veo, es a la única persona del mundo que estoy deseando ver. Estoy ansioso porque me haga la pregunta del millón para poder gritar a los cuatro vientos: ¡Sí quiero!

Cojo una copa de vino y bajo las escaleras para mezclarme con el gentío.

El primero en acercarse a mí es Theodore:

—Bueno, bueno, bueno, creo que tengo que felicitarte, acabo de enterarme de que han pedido tu mano.

Sonrío.

—Eso parece.

Chasquea la lengua.

—Supongo que esa petición deja claro quien llevará los pantalones en tu casa.

Bebo un poco de vino y lo miro.

—¿Acaso en la tuya los llevas tú? Porque no lo parece.

—Touché.

Los dos reímos.

—Felicidades, hermano. Me alegro mucho por los dos. Os merecéis toda la felicidad del mundo.

—Gracias.

—¿Has pensado en lo que te dije?

—Sí.

—¿Y?

—Te agradezco que quieras que forme parte de los clubes, tanto en Ibiza como aquí en Londres, pero no es lo mío, Theo. Eso sí, podrás contar conmigo siempre que lo necesites. Relics.com va muy bien y quiero centrarme en ella. Últimamente he tenido la página muy olvidada.

—Te entiendo. De todos modos, siempre tendrás tu sitio en la empresa familiar.

—Lo sé. Gracias.

—Por cierto, he visto a la persona que buscas entrar en el invernadero.

—Debí imaginarlo.

—Ve a por ella, Adrien, sé un hombre.

—Muy gracioso.

Me palmea la espalda y se aleja carcajeándose.

«Capullo».

Dejo la copa de vino sobre una de las mesas dispuestas en el jardín, y voy en busca de mi chica.

Me cruzo con ella a medio camino.

Ambos sonreímos.

—Te estaba buscando—murmura.

—Y yo a ti.

Rodeo su cintura con un brazo y la acerco para besarla.

—Adrien, esta mañana hablé con tus padres y...

—Les has pedido mi mano y te la han dado.

—Sí—musita sobre mis labios.

—Has vuelto a adelantarte.

—Eso creo.

—¿Es ahora cuando vas a preguntarme si quiero casarme contigo? — digo rozando el lóbulo de su oreja con la lengua.

Gime.

—Este parece un buen momento...

—¿Entonces a qué esperas?

Mi lengua desciende por su cuello hasta el hueco de su clavícula.
Jadea.

—Adrien James... Oh Dios...

—¿Sí? —le rozo el pezón con el pulgar.

—¿Quieres...? ¡Madre mía! ¿Quieres...?

Se arquea pegándose a mi pecho.

—Que, si quiero, ¿qué?

—Joder, ya sé que vas a casarte conmigo, ¿quieres follarme de una maldita vez?

—¿Aquí? —pregunto introduciendo la mano en sus bragas.

—En el invernadero.

Presiono su clítoris y gruñe.

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Que nos casemos cuanto antes.

—Hecho.

FIN



AGRADECIMIENTOS

Siempre a Dios, por cumplir mi anhelo y darme su respaldo. A mi familia, en especial a mis padres, por inculcarme los valores más importantes de la vida: el amor, el respeto y la lealtad. A mis hermanos, por su apoyo incondicional y por quererme como me quieren. ¡Siempre juntos, hasta el infinito y más allá!

A mi marido y mi hija, las dos personas más importantes de mi día a día. El motor que me empuja a seguir adelante. Mi razón de vivir. Mi todo. ¡Os quiero con locura!

A mis lectoras 0: Mari, Sheila, Vane y Sonia, por vuestra implicación en todo lo que propongo, por vuestro entusiasmo, por vuestros mensajes... por todo. ¡Gracias

por estar ahí!

A todos esos grupos de Facebook y Twitter que me permiten promocionar mis historias en sus muros. Hacéis una labor muy bonita al ayudarnos a los autores independientes desinteresadamente.

¡Millones de gracias!

Y por último y no menos importante, a ti, sí, a ti que estás leyendo estas letras y que has decidido arriesgarte y dar una oportunidad a mis historias; siempre lo digo, pero es la verdad, los lectores sois lo más importante, sin vosotros lo que hago no sería posible. ¡Se os quiere!

¡¡GRACIAS!!

SOBRE LA AUTORA

Nació en 1977 en Oviedo, Asturias, donde reside desde los catorce años. Hasta esa edad creció en un pueblo a las afueras de Oviedo donde, ella misma confiesa, vivió una de las etapas más felices de su vida.

Se declara lectora empedernida y amante de la novela romántica en todos sus subgéneros. Le gusta escribir desde niña, pero no fue hasta el año 2015 que decidió plasmar en un papel las historias que surgían en su cabeza y darles vida, consiguiendo con ello, realizar uno de sus sueños al autopublicar su primera novela: «No quería enamorarme y apareciste tú» en junio del mismo año.

Su mayor debilidad, su familia.

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

No quería enamorarme y apareciste tú (junio de 2015). Reeditada en agosto de 2016.

Reina de Corazones (abril de 2016)

Empezar de Cero (junio 2016)

Bienvenida al Club (diciembre 2016)

Un adiós inesperado (septiembre 2017)

Un sueño por cumplir (noviembre 2017)

Aposté por mí (mayo 2018)

Créditos de portada, maquetación: Ediciones K.

Facebook: Virginia V.B.

Twitter: @Kynkya

Instagram: @Kynkya

